

IKERNE MANDALUNIZ

ESTIGIA

Donde comienza el olvido



Ikerne Mandaluniz

ESTIGIA

Donde comienza el olvido

Todos los derechos reservados

©Estigia, 2020.

©Ikerne Mandaluniz, 2020

©Maquetación y diseño portada: Ileana Ajjam (ileana.ajjam@gmail.com)

©Maquetación interior: Néstor Belda (jo.soc.ness@gmail.com)

©Fotografía de portada: Santiago Soto.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ESPAÑA – COMUNIDAD EUROPEA

CAPÍTULO 1

No necesita esperar a que suene la alarma; después de más de seis meses trabajando en ese lugar, su cuerpo está acostumbrado a despertarse temprano. Así que, a las seis de la mañana, Edurne comienza su rutina. Aún en pijama camina hasta la cocina, se sirve un tazón de leche y cereales, saca de la nevera un botellón de agua que puso a enfriar durante la noche. Desayuna de pie, mirando por la ventana. Desde allí observa un paisaje que para cualquiera hubiese sido paradisíaco: árboles increíblemente altos y frondosos que se alzan como una especie de cortina que bordea el río, cuyas aguas impetuosas bañan las rocas de ambas márgenes. Flores de cálidos colores ordenadas en grupos forman una ancha hilera en el camino. Entre las flores, un bloque rectangular de piedra, dejado allí quizá por el azar. Todo refleja un equilibrio perfecto, que en ese momento le es imposible disfrutar. Tanta belleza no es capaz de emocionarla, sino que genera en ella una sensación de amargura visceral. Su vida ha cambiado por completo.

Hace apenas diez meses se encontraba en un crucero por el Mediterráneo, trabajando como psicóloga de un tour de jóvenes adolescentes. Su vida fluía en armonía entre su profesión y la vida familiar. Solía jugar al tenis antes de atender su consulta. Por las tardes, tomar café con las amigas era su cita infaltable.

Ahora, después de verse forzada a emigrar junto a su familia, y dejar atrás una vida que adoraba, su trabajo, su casa, sus amigos, ha dejado un mundo casi perfecto que en los últimos años se fue resquebrajando, poco a poco, casi imperceptiblemente como el hielo falsamente grueso. Pero era imposible quedarse a esperar que llegara una hipotética mejora, que probablemente nunca habría de llegar.

Mientras observa por la ventana, piensa: «Yo debería estar allí, debería estar recostada sobre esa piedra, descansando...» Para ella es un momento de nostalgia. Sabe que esa tranquilidad que ahora disfruta, en cuestión de una hora se transformará, como cada día, en una situación que ella detesta.

Luego de ese breve momento de abstracción, toma su uniforme blanco, lo dobla, lo mete en la mochila junto con el ancho cinturón que, de forma disciplinada, utiliza siempre para cuidar su espalda. Luego se calza las zapatillas plásticas amarillas y se dirige a la habitación donde todavía está su marido.

—Listo Andrés, ya me tengo que ir.

—¿Desayunaste?

—Sí.

—¿Llevas tu cinturón y el agua?

—Sí, tengo todo, vamos ya.

Se suben en la furgoneta azul en completo silencio y recorren el camino hasta llegar frente a la residencia donde trabaja. Una vez allí, Edurne se toma unos minutos antes de bajarse. Permanece callada, tomada con fuerza de la mano de Andrés, y espera a que alguno de los compañeros de trabajo llegue para entrar acompañada. Es su forma ingenua de vencer el miedo.

—Vamos, Edurne, es solo un día más—le dice Andrés como parte de la rutina que tienen para darse ánimo.

—Un día menos para salir de aquí—contesta ella.

El turno de trabajo inicia, como todos los días, a las siete en punto de la mañana. Se trata de una residencia para mayores, donde viven más de ciento cuarenta abuelos distribuidos en cinco pabellones. Es un edificio blanco de tres pisos, con las columnas pintadas en gris plomo. Lo rodea un muro de piedra, sobre el cual reposa una verja que deja al descubierto sus hermosos jardines. La fachada está repleta de ventanas modernas, con impecables vidrios ahumados que dan sensación de claustro. A la entrada, dos amplias puertas automáticas de vidrio templado con el logotipo de la empresa. Tanto allí como en el techo, hay dos letreros gigantes con letras azules que se iluminan en la noche anunciando el nombre: El Remanso, en alusión al tranquilo recodo que toma el río que bordea la parte trasera de la residencia, donde los abuelos cuentan con unas agradables banquetas de madera para sentarse en los días soleados. A pesar de la impresionante edificación, los empleados deben entrar por una rústica y desconchada puerta de hierro gris ubicada en la parte de atrás, para que los usuarios o sus familiares no los vean sin uniforme.

El estacionamiento para los visitantes está en la parte frontal, con una gran redoma que facilita que los coches y las ambulancias puedan acercarse a los abuelos hasta la entrada principal sin necesidad de caminar. En el centro de la rotonda hay una escultura moderna y abstracta de la que emergen cinco grandes tubos de acero inoxidable de los cuales brota agua que luego reposa en un estanque rodeado de flores.

Adentro, cada pabellón está señalado con pequeños letreros azules según los números de las habitaciones. No hay cuadros, ni adornos. Las

paredes son de impecable color blanco, solo interrumpido por el brillo de las barandas y las láminas de acero inoxidable colocadas a media altura de las paredes de los pasillos para evitar que el roce de las sillas de ruedas las ensucie. Las puertas de las habitaciones son de madera oscura y tienen en la parte superior un rótulo con el nombre de las personas que viven en cada una de ellas. En cada pabellón hay habitaciones individuales y dobles. Cada una cuenta con su propio baño. Las camas en su mayoría son de madera, pero otras son metálicas, y para nada concuerdan con la imagen de modernidad del exterior. Por el contrario, lucen viejas y desgastadas, y muy pocas cuentan con sistema motorizado. En fin, simples camas de hostel barato. Todas tienen barandas metálicas que se les han adaptado para poder engancharlas a los laterales de las camas. Cuentan con una mesa de noche para cada residente y un sillón para compartir. Algunas habitaciones han sido remodeladas y muestran un poco de lujo. Impresiona la idea casi certera que al construir la residencia el presupuesto hubiese estado dirigido a impactar a los familiares con la imagen de la fachada, y que luego la falta de lujo la asumieran los pobres abuelos en la incomodidad de las camas.

En cada pabellón un auxiliar va de cuarto en cuarto levantando, bañando y vistiendo a cada residente, y arrastrando el pesado carro con pañales, sábanas y toallas, llenando el saco verde de ropa sucia y el amarillo siempre a reventar de pañales usados. Lo que podría sonar como una tarea sencilla, dista mucho de serlo, pues levantar a un abuelo conlleva despertarlo, desatar las amarras, quitarles el pijama, que por lo general está empapado de orina, desvestirlo por completo, asearlo o bañarlo, de acuerdo con el número de baños que le correspondan a la semana según lo acordado a su ingreso entre la administración y sus familiares. También hay que limpiar la mierda, si han hecho, colocarles crema para evitar las escaras, humectante en todo el cuerpo, buscar en sus cajones y armarios la ropa, vestirlos hasta con cinco capas dependiendo de la época del año, calzarlos, llevarlos al lavabo, limpiarles los ojos que suelen tener legañas, lavarles la boca y sus dentaduras antes de colocarlas, peinarlos, y todo esto movilizándolos con la ayuda que cada uno pueda proporcionar, que las más de las veces es nula. Todo esto sin olvidar que son personas, no objetos. Entonces viene lo que en realidad hace que este trabajo sea complejo y delicado: cada día, el mismo abuelo puede despertar de diferente humor. Puede resistirse a ser levantado, estar desorientado y reaccionar de diferentes modos ante la presencia del auxiliar. Pueden comportarse amablemente o no parar de gritar. Una vez vestidos, al

igual que un bebé, quizá vomiten. Tal vez quieran un abrazo o solo charlar. Son muchas variables que manejar.

Ese día el carro de ayuda de Edurne se había quedado sin pañales y tenía que correr al baño de enfermería para buscar más, lo que le suponía un retraso en su rutina. Ella y su compañero asignado para ese día son los responsables de levantar un pabellón completo en dos horas y media, lo cual significa que cada uno debe encargarse de catorce o dieciséis residentes, dependiendo de la ocupación de cada semana. Y todo en unas muy escasas e hipotéticas dos horas.

Edurne entra apresurada al baño de enfermería. Los pañales están guardados en un armario para que los abuelos no se los lleven a escondidas. Cada abuelo tiene derecho a un número de pañales específico, tres al día, por lo general. Es decir que, si un día las estadísticas no coinciden con sus ganas de cagar, pues tendrán que aguantarse hasta el siguiente cambio programado. Es por ello por lo que buscan tener alguno de repuesto escondido en sus habitaciones para esas "emergencias". En una residencia los pañales son un tesoro muy apreciado.

Edurne se detiene en seco al ver a Nixon, uno de los auxiliares, muy conocido por su mal carácter que en ese momento está gritándole a Isidora mientras le baña. Isidora es una abuela que pesa más de cien kilos y los múltiples pliegues de su piel hacen que sea complejo lavarla. Además solo puede mantenerse de pie un rato, puesto que, a sus más de setenta años, tiene las rodillas afectadas y no soportan su propio peso. Hay que ser habilidoso y rápido para atenderla antes de que necesite sentarse y la caca se extienda bajo su cuerpo. Nixon, que no le tiene la más mínima paciencia, en uno de sus constantes ataques de rabia, se descarga con ella.

—¡Levanta ese culo! —grita Nixon levantándola por un brazo con más fuerza de la necesaria— Estás llena de mierda por todos lados, y más encima te has tirado un pedo en mi cara.

Ella llora y, como puede, insiste en que no lo hace por molestarlo. Entre lágrimas alega que le duelen mucho las rodillas, al tiempo que se lamenta de seguir viva y necesitar de ayuda para lo que considera que son cosas en las que nadie la tendría que asistir.

—Deja ya de gritarle, hombre —interrumpe Edurne—. ¿No ves que está llorando? ¿Es que no ves como la pones de angustiada?

—Entonces límpiale tú la mierda —gruñe Nixon mientras continúa limpiando a Isidora con innecesaria rudeza.

—Hace rato que estoy limpiando mierda —responde Edurne molesta, y sin detenerse más toma los pañales del armario y corre hasta la última habitación del lado derecho de su pabellón donde debe levantar y bañar a dos abuelas, Juanita y Aurora.

Sabe que a Juanita la atiende en diez minutos, pero con Aurora va a tardar veinte o más, dependiendo del humor con el que se haya despertado esa mañana. Aurora es conocida por su mal carácter. No le gusta que la despierten y se aferra con fuerza a las barandas de la cama para que no la levanten. Suele insultar a todos a su alrededor y, como desvaría con frecuencia, se equivoca de habitación y ataca a quien considere que le está quitando su puesto. Desde hace unos meses utiliza su andadera para golpear a quien se le acerque, así que con ella hay que tener mucho cuidado al atenderla.

Mientras Edurne corre por el pasillo hacia la habitación, la detiene un fuerte tirón a su uniforme. Teodoro, el residente de la habitación contigua a la que ella se dirigía, la mira expectante desde su silla de ruedas.

—¡Carajo Teodoro! —exclama Edurne recuperando el equilibrio—. Casi me haces caer. Te he dicho mil veces que no me tires del uniforme. Dime rápido qué es lo que quieres.

—Llévame al comedor a desayunar, que se me cansan los brazos de darle a las ruedas—pide Teodoro.

—Venga Teo, sabes que ya te vienen a buscar y yo voy tarde. ¿No me ves corriendo? Además, si te dejo solo en el comedor haces desastres.

—¿Yo desastres? —pregunta Teo mientras baja la cabeza asumiendo actitud de víctima.

—Sí guapín, ¿o te crees que no sé qué te ha dado por llevarte cucharas del comedor y esconderlas debajo del cojín de tu silla?

—Eso se lo han inventado —refuta el anciano inclinando la cabeza rehuyendo el contacto visual.

Teodoro es uno de los huéspedes más jóvenes de la residencia. Está interno desde hace siete años. Padecía de una tumoración cerebral y después de una extensa cirugía perdió la movilidad de las piernas y tiene dificultad para masticar y tragar, además de presentar algunas lagunas mentales y cambios de humor repentinos. Sin embargo, es de los personajes más queridos de la residencia. Suele imitar todos los movimientos del cura cuando los abuelos ven la misa de los domingos en la televisión, y hace reír a todos. A veces también imita a la jefa, y cuando ella se voltea, se hace el desmayado o el tonto para no ser regañado. En un último intento de convencer a Edurne para

que lo lleve al comedor, le hace una oferta:

—Anda, llévame al comedor y yo después te llevo a pasear a la Alberca, es un pueblo muy bonito.

Edurne se zafa con rapidez de sus manos y con torpes saltos intenta recobrar el equilibrio y llegar al final del pasillo. Acomoda su uniforme, que ha quedado arrugado, y entra a la última habitación. Se le corta la respiración. La escena es dantesca. Hay dos camas. En la que está a la derecha se encuentra Juanita aun durmiendo, ajena a lo que ha ocurrido. En la cama de la izquierda está Aurora, casi desnuda, con el pijama rosado enrollado debajo de sus axilas. La mitad superior del cuerpo cuelga sobre la baranda de su izquierda, que está caída. Su cintura y piernas se mantienen en la cama gracias al cinturón de restricción que le impide levantarse. Su rostro está deformado, tiene una gran herida en la sien izquierda, el ojo del mismo lado hundido, vaciado, y todo su pelo blanco teñido de sangre. Su piel está de blanco grisáceo. La lengua asoma entre sus escasos dientes a través de su boca abierta. Su brazo derecho colgando, su mano apoyada en el enorme charco de sangre. Aurora está muerta.

Edurne se le acerca con cautela. Está desconcertada y asombrada. Su primera intención es levantarla, pero su instinto le advierte que no debe tocar nada. Se dirige a la puerta del cuarto con ganas de vomitar, se apoya en la puerta del armario respirando de forma acelerada, y susurra.

—¡Puto lugar! Esta mujer tiene horas muerta y nadie se ha dado cuenta.

No es la primera vez que durante la levantada de la mañana se encuentran con un residente muerto. En esta residencia hay un promedio de ciento cuarenta abuelos ingresados, de los cuales más de sesenta son considerados asistidos, pues no están en condiciones de valerse por sí mismos. La edad promedio supera los setenta años, por lo que es de esperar que todos tengan un amplio historial médico. Lo que no es sensato desde ningún punto de vista, es que una vez que finaliza el turno de la tarde, a las diez y media de la noche, solo se queden dos auxiliares para atender a los ciento cuarenta residentes. Y la verdad sea bien dicha, esas dos personas del turno noche son las responsables de limpiar la residencia, planchar toda la ropa que se ha ido lavando a lo largo del día en múltiples turnos de coladas, deben doblar todas las sábanas y toallas, armar los carros del día siguiente, repartir y dar de beber la leche a los diabéticos, atender a los que se encuentran mal y cambiar pañales a aquellos que por orden de enfermería ameritan hacerlo durante la noche. Obviamente todo esto sobre el papel. Es

imposible que se hagan responsables de todo. Edurne sabe que es muy probable que ninguno de sus compañeros haya pasado por la habitación en toda la noche, y eso hará que la muerte de Aurora traiga consecuencias.

La vez anterior que había ocurrido un suceso parecido, despidieron al auxiliar responsable de la guardia, aunque después de seis meses lo volvieron a contratar.

A Edurne le preocupa más la reacción de Juanita si se llega a despertar en semejante escena, por lo que duda a que darle prioridad: si levantar a Juanita y sacarla de la habitación o ir directo a avisar de la muerte de Aurora al director. Tiene ganas de llorar, está acostumbrada a afrontar la muerte, pero esto es diferente. Aurora está amarrada a la cama con unos cinturones que recuerdan las torturas medievales y nadie estuvo allí para auxiliarla. Le resultaba cruel que hubiera muerto de esa manera. Respira profundo intentando mantener la calma y mirando cada detalle de la escena de forma meticulosa. Decide salir a avisar. Camina despacio, con naturalidad; no quiere alarmar a los demás abuelos.

—¿Ya llegó César? —le pregunta a Pedro, encargado de la recepción

—Sí, está en el comedor. Apúrate que estás tarde en el turno, mira la cantidad de gente en el pasillo esperando que los lleven al comedor.

Edurne no quiere alejarse de la escena.

—Por favor Pedro, búscalo tú, que es para algo importante.

—Estoy ocupado, ve tú —le responde Pedro con su habitual indiferencia.

Edurne mira hacia atrás en el pasillo y se da cuenta de que Teodoro está a punto de entrar a la habitación de Aurora, por lo que corre hasta alcanzarlo

—¿Qué haces, Teo? Mira que hoy de verdad necesito que ayudes un poco. —Teodoro intenta escabullirse con su silla.

—Déjame mujer, que voy a mi habitación a buscar las llaves del coche para irme a desayunar a la Alberca.

—Venga Teo, que hoy estás muy tonto y, como dicen ustedes, me estás tocando las pelotas. Ni esa es tu habitación, ni te vas a la Alberca. Venga que te llevo a desayunar.

Para evitar discutir con él, procura distraerlo al tiempo que toma la silla por los manubrios. Tras un breve forcejeo con Teodoro que se aferra al marco de la puerta, logra soltarle las manos y llevarlo al comedor.

Edurne camina agobiada ignorando a todos. Deja a Teodoro frente a la

mesa donde suele desayunar y le dice al director:

—César ven, acompáñame que ha pasado algo grave.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta César sin prestarle demasiada atención, dándole más importancia a revisar en su planilla a quién se ha bañado y a quién no. En este punto, Edurne ya está cabreada.

—Aurora está muerta en el cuarto, y por cómo se encuentra el cadáver ha muerto hace horas.

—¿Qué cojones dices? No me jodas, mujer —dice César mientras lanza la carpeta sobre la mesa y con su mano sobre la espalda de Edurne corre a la recepción.

—¿En qué habitación está Aurora? —pregunta al tiempo que va mirando a todos lados—. Llévame hasta allá, dile a Pedro que llame con urgencia al médico, que le diga que venga lo más rápido posible y que le diga a la jefa de enfermeras que también venga.

—Dile tú a Pedro que los llame, a mí no me hace caso —le replica Edurne—. Vamos, yo te llevo al cuarto de Aurora, pero creo que ya correr no te sirve de nada. Además, no hagas ruido, que en la habitación aún está durmiendo Juanita y no quiero que se dé cuenta de lo que le ha pasado a Aurora.

Edurne abre la puerta con cautela. Entra primero y con su mano le indica a César que pase. Al asomarse a la habitación, César se pone pálido, se lleva las manos a la cabeza.

—¡Mierda! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué es todo esto?

Se acerca dando pequeños pasos para ver mejor a Aurora. Está aterrado. Con señas le indica a Edurne que cierre la puerta. Necesita tiempo para procesar lo que está viendo. Las veces anteriores que se había enfrentado una situación similar, la muerte era consecuencia de un infarto o de una enfermedad terminal, pero en esta la presencia de tanta sangre, el rostro deformado, es demasiado para cualquiera. Se puede casi respirar la violencia.

—Así la acabo de encontrar —indica Edurne

Mientras dice eso se da cuenta de que Juanita ha despertado. A ella también la atan con un cinturón para que no se levante de la cama, así que permanece inmóvil. Juanita es una abuela muy amable, agradece cada atención que se tenga con ella y tiene la actitud constante de molestar lo menos posible. Edurne se para frente a ella para impedir que vea a Aurora. Juanita intenta esquivarla balanceándose hacia ambos lados y mirar por encima de los hombros de Edurne. Entonces, con sus manos indicando hacia el piso, dice:

—Huy, huy, mira qué desorden que hay aquí, mira todo ese sucio en el piso, le estoy diciendo a ella —refiriéndose a Aurora—. Que se levante y limpie, pero quiere seguir durmiendo. Yo no hice nada, yo estaba dormida. A mí no me gusta ensuciar, solo que a veces sin querer me hago caca.

César se da cuenta de la presencia de Juanita y le ordena a Edurne:

—Saca a esa mujer rápido. ¿Qué coño hace aquí? Sácala, sácala rápido —y a gritos empieza llamar a Pedro. Cuando por fin aparece, se queda congelado en la entrada de la habitación. Edurne lo mira con desaprobación ya que le había pedido ayuda y que él se había negado.

—Llama al médico y que venga ya, no quiero que más nadie entre en este cuarto. Averigua quien acostó a Aurora anoche y le dices que venga. No des explicaciones por teléfono, solo que los quiero a todos aquí y punto —dice César.

—Esta área la acostó anoche Daniel —contesta Pedro.

—Llámallo y que venga ya —ordena César con firmeza.

—¿Quieres que llame a alguien más? —pregunta Pedro con timidez antes de retirarse. Está pálido y asustado, quiere alejarse de allí de una buena vez.

Pedro es el típico empleado que jamás toma una posición clara ante nada. Es un hombre de baja estatura, delgado, camina encorvado, intentando pasar desapercibido por la vida. Vive detrás del ordenador. Sin embargo, cuando la oportunidad se lo permite, sabe hacer daño. Suele manipular los turnos de los trabajadores para castigarlos, asignando los peores horarios o las tareas más pesadas a quienes no les caen en gracia.

—Sí, llama a los auxiliares de la noche que aún no se han ido y si alguno se ha ido que vuelva. Estos cabrones no se han dado ni cuenta de que se ha muerto esta vieja —dice César.

Edurne se dedica a atender a Juanita. La viste y le cambia el pañal, decide no bañarla para sacarla lo más rápido posible de la habitación. Pero mientras lo hace, Juanita no deja de repetir:

—¡Ay que feo! ¡Ay que feo! Hay mucho sucio en el piso, yo no he sido. —Sus pequeñas manos no paran de temblar y comienza a llorar.

—Tranquila, Juanita, que ya vamos a limpiar y tú vas a ir a desayunar —le dice Edurne tratando de calmarla.

—Ponme rápido la ropa y sácame, porque esa señora ahora se despierta y me echa la culpa a mí. Sácame rápido de aquí —insiste Juanita Edurne la sienta con un solo impulso en su silla de ruedas, le ata el

cinturón para evitar que se caiga, la saca al pasillo y regresa para botar el pañal lleno de orina que le ha quitado. Entra al baño con la intención de tirarlo en la papelera y se da cuenta de que hay dos manchas de sangre en el lavamanos y sin pensarlo con el mismo pañal las limpia y abre el grifo para que el agua borre cualquier rastro de sangre. Y mientras ve el rastro de sangre yéndose por el sumidero, cae en la cuenta y se aterra por lo que ha hecho. Fue irreflexiva, imprudente. No puede botarlo allí, eso dejaría una evidencia de lo que ha hecho, y decide llevarlo disimuladamente en la mano y echarlo en la basura de enfermería. Sabe que en poco rato vaciarán ese bote y que jamás lo encontrarán, pues eso va al contenedor donde hay kilos y kilos de pañales.

Lo ha hecho de forma instintiva, en cuestión de segundos su cabeza ha pensado que acusarían a uno de sus compañeros por la muerte de Aurora, y si hay sangre allí, es imposible que sea de Aurora pues estaba amarrada. Su cabeza se había adelantado. Ha barrido una huella, una posible evidencia.

Sale y se lleva a Juanita. A medida que se aleja, se va dando cuenta de la gravedad de lo que ha hecho. Entonces piensa: «¿Qué burrada acabo de hacer? ¿Por qué lo he limpiado?» No deja de reprocharse haber actuado sin pensar.

«¿Cómo pude haber sido tan idiota?» Entra al cuarto de cambio del personal e intenta calmarse. Ahora piensa: «Nadie se ha dado cuenta, ya botaste el pañal y además no seas idiota, que tú no has hecho nada. No te pongas nerviosa». Edurne regresa a la habitación de Aurora.

—Listo, ya he sacado a Juanita. ¿Me voy al comedor o me quedo a ayudar aquí? —le pregunta a César.

César parece un puma acorralado, camina sobre una parte del piso en forma de L que es lo único que ha quedado libre de sangre. Se muerde las uñas, se para frente a la ventana y mira hacia afuera, como buscando una explicación aceptable. No puede creer lo que está pasando. Él es consciente de su responsabilidad en este asunto. Está al frente de una institución que no cumple la normativa vigente y donde la mayoría de las cosas que se hacen tienen su trampa. Sabe que tiene menos empleados que el personal mínimo de atención requerido, y por si fuera poco, el ochenta por ciento no está calificado para el puesto.

Está claro que en la residencia ocurren muchas cosas que no debieran de suceder, y lo sabe porque incluso ya han ido a uno que otro juicio. Durante su gerencia perdieron una demanda por un residente que murió asfixiado al caerse de la cama y quedar colgado del cinturón. Han enfrentado otro por

abuso sexual que no ha prosperado, pero el implicado aún es parte de la plantilla. Sabe que esto lo llevará a una nueva inspección por parte de la Junta, pero también sabe qué debe hacer para evadir responsabilidades, y eso ocupa su mente en este momento.

César, después de pensar unos segundos, le dice a Edurne:

—Vete a hacer lo tuyo, yo ahora te llamo. Busca a la enfermera y dile que venga. No le digas a nadie de esto hasta que hablemos.

—Si alguien me pregunta, ¿qué digo? —pregunta Edurne.

—Si te preguntan te haces la idiota, si hablas te multo y a ver cómo coño llegas a final de mes.

Su rostro no deja ninguna duda de que es una orden clara y que le conviene cumplirla. Es una de las cosas que mayor placer le proporcionan a César: quitarle unos euros al salario de los empleados. Para él es una doble fuente de satisfacción: hace gala de su poder sometiendo a todos a su voluntad, y le permite llevarle dinero libre a la Jefa. Así se manejan en esta residencia, a punta de crueldades e ilegalidades. El dinero que todos los meses les quitan a los empleados a través de multas es ganancia en negro, y así César suma méritos ante la jefa, que parece disfrutar enriqueciéndose con la miseria ajena.

Edurne no se aguanta y responde ante su amenaza:

—Exacto, es lo único que me falta hoy César. Encontrarme un cadáver y que tú me metas la mano en el bolsillo. ¡No me jodas!

Durante este tiempo, Pedro había llamado al médico que en cuestión de veinte minutos se hizo presente. Entró en la habitación con su acostumbrado aire de grandeza. Caminaba como si fuese presidiendo un ceremonial, con su pecho inflado y la mirada fija en el rostro de Aurora. La miró sin acercarse al cadáver, para evitar que el charco de sangre le ensuciara sus zapatos. Poco a poco fue examinando el resto del cuerpo. Observó la baranda, la mesa de noche, se giró sobre sí mismo revisando todo a su alrededor, hasta que preguntó:

—¿Quién la encontró así?

—Edurne, la venezolana —respondió César.

El médico levantó una ceja, y acomodando sus gafas, al momento comentó:

—Para terminar de complicar todo, tenía que encontrarla ella—dijo demostrando un claro desprecio hacia Edurne—. Dile a esa idiota que venga y llama a la Guardia Civil. Esta vez no me como este marrón. Esto se ve muy mal, y además tiene muchas horas de muerta. No podemos hacer nada.

César decide ser él quien busque a Edurne, que se encontraba afeitando a los abuelos en el área de usos múltiples. Ella deja lo que estás haciendo y va de nuevo a la habitación. Se asoma por la puerta y se dirige al médico.

—Dígame, me dijo César que viniera.

—¿La encontraste así o la moviste? —pregunta el médico dándole la espalda—. ¿La has tocado? ¿Has tocado algo? ¿Has bajado la baranda? —Su tono es frío, ni siquiera le dirige la mirada al hablarle.

—Nada, no hice nada, no la toqué, ni toqué nada. La vi y salí a avisar.

Edurne sabe que debe cuidar cada palabra. Desde que el médico se enteró de que ella también era médica, el rechazo fue inmediato. Daba la sensación de que él se sentía evaluado, amenazado por su presencia. Esta era una oportunidad para que él se dedicase a buscar y encontrar un error en el procedimiento. Así que Edurne iría con cuidado.

—¿Y esa sangre en la mesa de noche?

—No lo sé, hay sangre por todos lados —responde Edurne.

—¿Y la baranda? ¿Se les olvidó subirla o se cayó por el peso de la mujer? —continúa preguntando el médico.

—La mujer tiene nombre, se llama Aurora. Por otro lado, es imposible que yo sepa eso, solo sé que estaba así cuando la encontré. La baranda del otro lado estaba arriba, como la puede ver. La otra puede haberse caído o se les habrá olvidado subirla, eso lo sabrá quien estuvo de guardia anoche.

César interrumpe.

—Los idiotas de anoche no saben nada. Para terminar de cagarla, nadie ha pasado por esta habitación durante toda la guardia. Es decir que desde que la han acostado ayer a las ocho de la noche, nadie ha vuelto a entrar hasta que la ha encontrado Edurne. Ya he mandado llamar a Daniel, que fue el que anoche acostó el piso de abajo.

—Que venga él y todos los que anoche acostaron el piso de abajo —ordena el médico.

César, con un gesto de cabreo, le aclara:

—Todo el piso de abajo lo acuesta una sola persona. Los dos pabellones más la enfermería lo hace la misma persona.

—¡No me jodas, César! —Después de un breve silencio, el médico le ordena— Llama a la Guardia Civil y organiza todo lo que van a decir estos gilipollas, porque aquí van a rodar cabezas, y a la jefa se lo dices tú—agrega mientras mueve su cabeza en señal de desaprobación y sale de la habitación.

—¿Se puede saber por qué cojones nadie ha entrado a verla anoche?
—reclama el médico al personal que se ha reunido afuera de la habitación de Aurora.

—No hay ninguna llamada del timbre de esa habitación en toda la noche —dice Pedro.

—¿Querías que la muerta tocara el timbre? —le pregunta el médico a Pedro sin ocultar su molestia ante semejante estupidez que acaba de decir.

—¿No les tenéis que cambiar los pañales en toda la noche? —continúa preguntando el médico—. Qué sabroso hay que decir que estáis trabajando y venir a dormir—añade.

Uno de los auxiliares de la noche lo escucha y rompe su silencio.

—No doctor, se equivoca, aquí nadie viene a dormir. Yo estaba de guardia anoche, estuve planchando la ropa en el sótano mientras mi compañero limpiaba y doblaba sábanas. Pregunte todo lo que tenemos que hacer los de la noche. Somos dos auxiliares para atender a ciento cuarenta abuelos.

César se encaró al auxiliar de la noche.

—Calla cabrón, que tú sabes muy bien que la habéis cagado. Debéis hacer una ronda y pasar por todas las habitaciones.

—Sí y darles leche a los diabéticos, y cambiarles pañales a los que se cagan, y estar pendientes de los que están enfermos, y lavar, planchar, doblar... No me jodas César —se defiende el auxiliar—. Eso se lee perfecto en los papeles, pero en la práctica es otra mierda y tú lo sabes.

César, en un arrebato de furia, le coloca con fuerza la mano sobre el pecho al auxiliar, y lo empuja contra la pared.

—Vamos a ver qué tan valiente te portas cuando llegue la Guardia Civil, imbécil.

Sin intimidarse ni un poco, el auxiliar se siente seguro de su respuesta y le replica mientras sonrío:

—A ti te quiero ver la cara cuando te pregunten cuantos trabajan en esta mierda —y en voz alta comenta—: ¿Creen que somos esclavos o qué? Asuman su responsabilidad, que ya es mucho lo que nosotros hacemos.

—Ya he avisado a la Guardia Civil, dicen que no toquemos nada y que no se vaya ninguno de los trabajadores de la noche, ni quien la ha encontrado. Sobre todo que no entre nadie a la habitación —dice Pedro

—Iros todos a vuestros puestos de trabajo. Cerrad esa puerta hasta que lleguen ellos —dice César.

CAPÍTULO 2

Todo esto ha hecho que la jornada de trabajo se atrase. El resto de los auxiliares ya se han dado cuenta de que algo raro pasa, lo perciben en el ambiente. Han llegado familiares a hacer las visitas así que ahora lo que queda es actuar de la forma más discreta posible. Ni siquiera se le ha avisado de lo ocurrido a la jefa ni a los familiares de Aurora.

En el comedor están Nixon y otros dos auxiliares sirviendo la comida. Después del incidente de esta mañana con Edurne, está dispuesto a hacer cualquier cosa para amargarla. Ella comienza a atender a los que se alimentan por sonda, mientras Nixon se acerca a uno de sus compañeros y le pregunta:

—¿Y a esta qué le pasa? ¿Por qué tiene esa cara de tranca? Debe ser que a la princesa se le ha partido una uña, o que la basura está muy pesada.

—No te cansas de meterte con ella... ¿Qué se yo? —responde el auxiliar

—No, no me canso de meterme con ella. Es más, te diré que me entretiene. A veces la jodo tanto que hasta me da lástima, pero la muy cabrona se defiende, no te creas, de vez en cuando saca las garras. Mírala bien, cabrón, esa no es su cara normal, algo ha de haber pasado porque César y la enfermera han hablado varias veces con ella hoy, seguro la ha cagado con algo—insiste Nixon.

Mientras conversan, uno de los auxiliares de la noche entra al comedor y se dirige a sus compañeros.

—¿En qué andan, maricones? ¿Ya se enteraron? Cascó Aurora.

—¡No me jodas! ¿Cascó Aurora? ¿Cuándo? —pregunta Nixon.

—Esa es la cagada, parece que fue anoche. Hoy Edurne se la encontró muerta. Están llamando a la Guardia Civil.

—¿A la Guardia Civil? —pregunta Nixon asombrado, en un tono más alto del esperado. Sabe que así no se han manejado las cosas en otras ocasiones, cuando han encontrado muerto a un abuelo. Él lleva trabajando en esta residencia más de quince años, sabe cada una de las historias y que esto no es lo habitual. No le hace mucha gracia que la Guardia venga a la residencia. Su compañero también lo sabe y aprovecha para hacerlo rabiar.

—¿Te caga que venga la poli, Nixon? Para variar, esta vez no vienen por ti, cabrón.

—No me jodas, que aquí mismo te parto la cara —le advierte Nixon.

—¿Tú y cuantos más?

Justo en cuando se comienzan a calentar los ánimos, entra César.

—A callar todo el mundo, quiero verlos a todos trabajando y ustedes dos ni se atrevan. Va llegando la Guardia. Nadie habla sin que yo lo llame. No quiero ni un solo comentario.

Los guardias civiles llegan en dos coches patrulla que estacionan en la entrada. Se bajan ante la mirada curiosa de algunos residentes. Son cinco, uno de ellos toma la iniciativa.

—Buenos días —saluda estrechando la mano de César, que se apresura a recibirlos mostrando un exceso de amabilidad.

—De buenos no tienen mucho, pero agradecidos por su presencia, ustedes dirán...

—¿Usted es el director? —pregunta el guardia.

—Soy el encargado de la residencia —corrige César.

—Es decir, es el director —repite el Guardia Civil.

—Prefiero que utilicemos el término de encargado— insiste César.

Con una mueca, el guardia cierra el punto diciendo:

—Eso lo hemos de aclarar ahora. Diga, ¿dónde está la señora?

No ha sido un buen comienzo; la actitud amable con la que han llegado los guardias ha cambiado a fría y distante. Con un movimiento de su brazo, César les indica hacia dónde deben ir.

—Seguidme por aquí, por favor.

Los lleva hasta la habitación, les abre la puerta. Los guardias contemplan unos segundos la escena en silencio. Uno de ellos se voltea y le dice a César:

—Localice a todos los trabajadores que de una forma u otra estén relacionados con el caso, hágalos esperar afuera de la habitación. Nos avisa cuando lo haya hecho.

Al mismo tiempo otro de los guardias se comunica por radio pidiendo la presencia de un médico forense y un inspector. César busca a los auxiliares, le insiste a Pedro para que localice a Daniel, el auxiliar que la acostó la noche anterior. Regresa a la habitación de Aurora, llama a la puerta dando dos suaves golpes y le indican que pase. Los guardias le piden su versión de los hechos. Después de escucharlo, le explican el protocolo que llevarán a cabo. Entrevistarán a quien la acostó, a los auxiliares del turno de la noche, y a Edurne por ser quien encontró el cadáver. Luego hablarán con el encargado de las cámaras de videos de la residencia, que en este caso es Pedro. César les informa que todos los auxiliares están esperando afuera de la habitación y que

Daniel venía en camino desde su casa.

Mientras esperan fuera de la habitación, se escucha el sonido de la sirena de una ambulancia. Uno de los auxiliares de la noche bromea:

—¿Y para qué llaman a una ambulancia ahora? Lo que tienen que traer es un carro fúnebre.

Pedro, ante el sonido de la sirena, comenta:

—La ambulancia no es para Aurora, es para Cipriano. Lo encontraron hace unos minutos todo morado en su cama, apenas respiraba. Es como si hoy tuviéramos una oferta en la residencia, dos por el precio de uno.

Nadie ríe ante lo que pretendía ser un chiste. Edurne reacciona ante el comentario.

—Todo lo que dicen es una mierda. ¿Ya le avisaron al hijo de Aurora, por lo menos?

—No, todavía ni a la jefa, primero hay que saber que pasó aquí, si no, ¿qué les vamos a decir? —le contesta Pedro.

Después de esperar más de una hora, llega un médico forense, un inspector y dos técnicos de criminalística. Durante este tiempo, uno de los guardias se ha dedicado a acordonar la zona, incluyendo la puerta del final del pasillo y toda el área externa que rodea la habitación. Antes de pasar a la zona demarcada se colocan cobertores en los zapatos, gorros, guantes y mascarillas, y los técnicos se visten como si ocurriese una epidemia, de pies a cabeza. Luego pasan a la habitación con sus grandes maletines y cierran la puerta en un claro mensaje de que nadie debe pasar sin autorización. Uno de los auxiliares intenta sacar el móvil de su bolsillo para tomar una fotografía. Uno de los guardias se da cuenta de su intención y le llama la atención con firmeza. Su actitud impone respeto.

Dentro de la habitación la actividad es intensa. El tamaño de esta y la cantidad de sangre hacen difícil que las personas se movilen. El inspector se muestra impresionado ante la escena, a pesar de sus años de experiencia. Sin vacilar ni un segundo, toma el mando de la situación. Les pide a los guardias que retrocedan un poco para dejar más espacio alrededor de la cama de Aurora. Toman fotografías desde todos los ángulos antes de movilizar el cuerpo. Luego proceden a tomar muestras de sus uñas, cabellos... El médico forense y el inspector revisan el cadáver de forma exhaustiva. El forense retira el cabello ensangrentado de la frente y observa la herida. Mide aproximadamente catorce centímetros y es profunda. Por su trayectoria diagonal y por la distancia y el ángulo, parece probable que la herida fuera

producto del impacto contra la esquina de la mesilla de noche. El globo ocular izquierdo está vaciado, como si hubiera estallado. Impresiona que no corresponda al mismo traumatismo. Una vez examinada la cabeza, avanzan con la inspección del cuerpo en forma descendente. El olor es bastante desagradable. Por la lividez calculan que la muerte ocurrió dentro de un abanico de entre diez y catorce horas, quizás un poco más. Aurora también está llena de orina.

La mayor cantidad de sangre está en la almohada y el piso, pues el cuerpo se encontraba colgando sobre la baranda caída. El forense ordena que le pidan al director que entregue un imán de los que utilizan para zafar el cinturón. Su mecanismo de seguridad es magnético.

Voltean el cuerpo, realizan nuevas fotografías y proceden a liberarlo del cinturón. Continúan la inspección de la zona ventral e indican que ya puede entrar la camilla. Los técnicos despliegan la bolsa negra. Entre tres levantan el cuerpo, lo acomodan dentro y la cierran. Llevan el cadáver a la furgoneta. Continúan inspeccionando la habitación. Tras levantar el cadáver observan dos pequeñas gotas de sangre en la cara interna del cinturón. Utilizan la linterna ultravioleta sobre las sábanas. Se recolectan todas las posibles evidencias.

Los guardias inician las entrevistas con los auxiliares y el personal, uno por uno. Lo hacen en la oficina del director, porque la habitación permanece clausurada. Realizan un interrogatorio básico; les preguntan sus datos personales, su versión de lo que había pasado y quedan en contactarlos en caso de necesitar más información. Con Daniel es diferente, por ser el que la acostó la noche anterior queda como el último que vio con vida a Aurora, así que se lo llevan para interrogarlo en la comandancia. César se lo comunica al personal y les ordena a todos continuar con el trabajo.

Edurne ve cuando se llevan a Daniel. Va llorando, es muy joven y está muy asustado. Lo acompaña Pilar, la trabajadora social. Lo lleva tomado del brazo hasta que se sube al coche patrulla.

—¿Qué va a pasar con Daniel, Pilar? —pregunta Edurne.

—Se lo llevan para interrogarlo en la jefatura.

—¿Y después lo sueltan? —insiste Edurne.

—Desde el punto de vista legal, la guardia tiene setenta y dos horas para retenerlo, a menos que un juez diga lo contrario—le explica Pilar.

—¿Y alguien le avisó a la mujer de Daniel? —pregunta Edurne.

—Ellos le permitirán llamarla, no te preocupes, es un procedimiento

normal—responde Pilar

—Pero ¿por qué a Daniel? Él solo la acostó anoche. Acuérdate que su mujer está embarazada. Se va a llevar un buen susto la pobre.

—Quédate tranquila, esto ha sido un accidente y solo es parte de lo que se debe hacer. En dos o tres días lo sueltan. Ve a trabajar que ahora sin Daniel nos la vamos a liar.

Es un día diferente a los demás, todos en la residencia se han enterado de la noticia y con lujo de detalles. Este tipo de noticias corre tan rápido como la pólvora. La exigencia de la rutina diaria hace que en cuestión de horas el tema de Aurora pase a la historia. Aurora dejó de ser el punto focal, ahora es solo una estadística más.

En cuanto hubieron levantado el cadáver, se comunicaron con su hijo. Para sorpresa de todos, reaccionó con toda tranquilidad. Dijo que conociendo lo inquieta que era su madre, él sabía que tarde o temprano lo llamarían para decirle que había tenido un accidente o darle la noticia de que había muerto. En realidad, estaba más impresionado con el hecho de que se hubiera presentado la Guardia Civil y se hubiese armado tanto alboroto, que con la muerte de su madre.

Al momento de servir la comida, se acerca uno de los auxiliares a la mesa donde se encuentran trabajando Edurne y Eduardo, un primo de Daniel, también auxiliar, para averiguar si alguno sabía qué le había pasado a Cipriano.

Eduardo era uno de los auxiliares que había levantado el segundo piso ese día, y había permanecido ajeno a lo de Aurora, pues a él le había tocado levantar a Cipriano esa mañana.

—Ah, es que usted no sabe—exclamó Eduardo dirigiéndose a Edurne, a quien trataba de usted a pesar de ser amigos. Lo hacía así por la diferencia de edad, pues es un chaval de unos veinte años—. Es que mientras ustedes estaban allá con lo de Aurora, llegó una ambulancia a buscar a Cipriano; cuando lo fui a levantar esta mañana, me lo he encontrado morado y casi no respiraba. Más bien estaba como cuando uno saca un pez del agua boqueando. Tenía las manos heladas. Pobre viejo. Llamé a la enfermera y todavía cuando llegó le ha encontrado algo de pulso, aunque tenía la tensión muy baja. Estaba vivo cuando se lo han llevado, pero se lo veía muy mal. Si me preguntas a mí, ya debe haber cascado. Como Aurora, ese tampoco regresa—dice Eduardo.

—Para mí Cipriano siempre ha sido muy especial. Yo le digo mi príncipe. Es tan buenote... pero para ser franca, prefiero que se muera antes

de tenerlo en las condiciones que lo tenemos desde hace una semana—dice Edurne.

Cipriano tendría unos ochenta años, y se pasaba el día en silla de ruedas. Hacía una semana había comenzado a rascarse los muslos con las uñas, como una manía, al punto que llegaba a romper el chándal y hacerse sangrar. Se estaba provocando ulceraciones en los muslos, y para evitar que siguiera haciéndose daño, la brillante solución fue atarle las manos con muñequeras a los apoyabrazos de la silla de ruedas. El pobre hombre se desesperaba al sentirse inmovilizado, gritaba y repetía su nombre para que alguien fuera a rescatarlo.

—Yo ayer en la mañana no lo he visto tan mal como para que hoy se esté muriendo—dice Edurne.

—Ayer no dejó de gritar ni un solo minuto. Estaba desesperado y nos tenía desesperados a todos en el comedor—dice Eduardo—. Quería que le soltaran las manos. Pobre viejo, uno se pone en su puesto y se imagina el desespero. Yo tampoco lo he visto enfermo, pero como te digo, ya a estas horas debe de estar muerto.

En ese momento vuelve a entrar César. Viene más cabreado porque le ha tocado llamar a la jefa y contarle todo el escándalo. Está decidido a poner orden y frenar todo el descontrol que la muerte de Aurora ha causado.

—¡A callar todo el mundo! Son las dos y no se han comenzado los cambios de pañal.

—En una hora no da tiempo para que les cambiemos el pañal a los sesenta asistidos y queda una hora para acabar el turno, así que el retraso se lo comerán los de la tarde—dice Eduardo.

—De aquí no se va nadie hasta que cambien al último asistido —advierde César.

—Este *man* está loco, ahora quiere que le trabajemos gratis —dice Eduardo.

—Voy a comenzar a cambiar pañales, porque si no, no hay forma humana de que lo logremos. Recoge tú las bandejas de la comida con Nixon, las bajan a cocina y apenas terminen vuelvan a ayudarme a seguir cambiando pañales—propone Edurne.

Ante el retraso en bajar las bandejas, Lourdes, una de las cocineras, ha subido a buscarlas. Al observar el caos que se ha formado, pues los abuelos son muy rutinarios y ante cualquier cambio la mayoría se ponen nerviosos, empiezan a quejarse o a pelear entre ellos. Lourdes se pone a ayudar a Edurne

organizando las sillas de ruedas en una larga fila frente al baño, y a sentar en los sillones a todos los que caminan con muletas y bastones, así la encargada del aseo puede ir limpiando el piso y todos podrían salir a la hora que finaliza el turno.

La fila de sillas de ruedas se convierte en una mala idea. Los abuelos comienzan a empujarse y a gritar que tienen ganas de mear o cagar, cada uno convencido de ser poseedor de la prioridad. Edurne intenta calmarlos.

—Estamos haciendo lo que podemos, un poco de paciencia, que como ven estoy sola para ayudarlos a todos.

—Son como zombis que te atacan, Edurne. Corre Edurne, corre—dice Lourdes riendo, y luego se dirige a los abuelos—: ¡A callar todos!

Llega Eduardo a ayudar a cambiar pañales. Nixon se ha ido a acostar las siestas, así que entre los dos tienen que sacar todo el trabajo. Se suponía que Nixon tenía que esperar a que cambiaran a los abuelos antes de acostarlos, pues el último pañal se les cambió a las diez y media de la mañana. Es decir, llevan más o menos unas cuatro horas con el mismo pañal, y a estas alturas han comido dos veces, desayuno y almuerzo, así que por simple lógica se puede deducir que han hecho la digestión, con su consecuencia.

—¿Cómo va a acostarlos a la siesta si no los hemos cambiado?
—pregunta Edurne.

—Pues el que hoy levante siestas los encontrará todos meados, tú y yo a hacer lo de aquí, si no nos volvemos locos—le responde Eduardo.

Terminan los cambios, sacan la basura, corren a llenar las planillas y volando a cambiarse de ropa. Edurne entra al cambiador de las mujeres, un cuarto mínimo en el pasillo del pabellón 101, donde hay una repisa de madera, unos armarios de metal oxidado y una papelera. De unos ganchos cuelgan los uniformes de sus compañeras, de las cocineras y de las encargadas de limpieza. Edurne está agotada, respira con fuerza, se apoya en la pared mirando al frente, ahogada en tristeza, pero no llora. Con gran esfuerzo se aguanta. Poco a poco sus rodillas se van doblando hasta que acaba sentada en el suelo. Sus brazos le rodean las piernas, apoya la barbilla en las rodillas y enfoca la mirada en sus zapatillas. Están sucias, tienen sangre y mierda. Esa imagen la lleva al recuerdo, pues eran las que usaba cuando hacía guardias como médica. Las zapatillas le recuerdan lo que ha cambiado su vida, del cielo al infierno.

En ese momento entra Lourdes a cambiarse, la de la cocina, y queriendo conversar un poco le comenta:

—Menudo día nos ha tocado, y todavía nos falta... Cuando mañana venga la jefa, la que se va a armar.

—Estoy agotada, Lourdes, estoy que no doy más. Hay días que este trabajo me supera. Aunque no es el trabajo, es la gente, es la forma en que reaccionan, no entiendo.

Lourdes se sienta a su lado en el piso, saca el móvil del bolsillo y cambia el tema.

—Mira las fotos de mi nena, mírala con la sudadera que le he comprado. ¿Verdad que es bella como su madre? —dice dándole un toque con el codo a Edurne—. Vamos, que aquí no nos conviene que nos vean llorar, somos mujeres fuertes—le dice Lourdes para ayudarla a sentirse mejor.

Cuando están en eso, abre la puerta Tatiana, una mujer búlgara de unos treinta años. Es la fiel seguidora de la jefa. Se ha ganado su confianza a fuerza de contarle todo lo que pasa en cada jornada de trabajo, siempre culpando y poniendo en mal a los demás. Todos los empleados le temen. Hay quienes cuentan que era prostituta en uno de los burdeles de la dueña de la residencia. Ella y la jefa tienen una rara relación; a veces da la impresión de que fueran amantes, y otras veces la jefa la humilla de tal forma delante de todos que cuesta entender cómo la aguanta. Es una mujer baja de estatura, voluptuosa, de grandes caderas y pechos. Su cabello largo es negro azabache. Tiene los brazos tatuados. En un tiempo ella y Lourdes fueron amigas, pero ahora se detestan.

Tatiana mira su reloj y se da cuenta de que son las tres y quince. Entonces dice:

—¿Y este par de putas qué hace aquí? ¿Por qué no se han largado?

Lourdes se levanta con rapidez y se planta frente a ella en actitud de pelea.

—No vas a comenzar, Tatiana. Sabes que yo no te aguanto ni una —le contesta al tiempo que le da la mano a Edurne y la levanta del piso de un solo tirón.

—Mañana les van a dar por el culo a todos por lo de Aurora. Les van a poner turno partido y horas extras por cabrones—dice Tatiana.

Lourdes se voltea sin apresurarse, cuelga su uniforme y tomando a Edurne por la camiseta, salen con rudeza por la puerta. Lourdes pasa golpeando con su hombro el de Tatiana mientras sonrío haciendo que Edurne se asuste más. Lourdes sabe cómo reaccionar ante ella. Eso, y que le lleva como veinte kilos de ventaja.

—Apura, apura —le dice a Edurne—, que esta mujer no se queda tranquila hasta que ve sangre. No mires para atrás.

A Edurne el miedo casi no la deja pensar. Voltea a pesar de la advertencia que le ha hecho Lourdes y se detiene para ver a Tatiana parada en el medio del pasillo de entrada, con la mano metida entre sus bragas, frotándose vulgarmente mientras grita:

—Mira, pedazo de mierda, como me rasco el coño mientras tú te vas cagada.

Lourdes se regresa riendo, toma a Edurne de la mano y la lleva a la puerta. Como la ve tan asustada, le ofrece llevarla hasta su casa. Edurne se lo agradece, pero le muestra que su marido está en el estacionamiento esperándola. Edurne le recuerda que por donde vive no llegan los buses a esa hora. A Lourdes le causa gracia.

—Ja, ja, ja, qué romántico, tu marido te viene a buscar. Dale mujer, cambia esa cara y descansa. Ni te acuerdes de que este lugar existe hasta mañana a las siete de la mañana. Ahora a disfrutar de los tuyos.

Edurne se sube a la furgoneta azul. Se siente agradecida y conmovida por la forma en la que Lourdes ha cuidado hoy de ella, y muy desconcertada por todo lo que ha ocurrido esa mañana. Sin embargo, ha decidido disimular. No quiere contarle nada a su marido, por lo menos no en ese momento. A pesar de su esfuerzo, lo primero que él le dice al verla es que la ve muy cansada.

—Sí, hoy estoy más cansada de lo habitual. Anoche no he dormido muy bien tampoco.

Andrés tiene claro que este es un trabajo muy fuerte para ella, pero también sabe que es lo que tienen en este momento para sobrevivir. Mientras no lleguen los papeles de homologación de ambos, hay que continuar o como dice Edurne, aguantar. La acerca hacia él con su brazo, la abraza y la besa en la frente.

—Ahora llegas a casa, te das un buen baño, comes, hay pasta gratinada como te gusta, y te acuestas a dormir un buen rato.

Llegan a la casa sin hablar más. Edurne sigue el plan: come, entra al baño, se desviste con calma, se mira en el espejo y se da cuenta de que se ve muy agotada, está ojerosa. Se acerca y se queda inmóvil observándose un rato, en completo silencio. Su rostro se va tornando más duro y ella se dice: ¡Aguanta! Se mete en la ducha y comienza a llorar. Intenta respirar cada vez más profundo hasta que pierde el control y su garganta se desgarran en un grito

intenso pero sordo. No quiere ser escuchada. Parece un animal dando alaridos. Hay mucho dolor, se siente ahogada. De pronto su llanto se detiene. Se voltea, toma el jabón y se baña como si no hubiese pasado nada. Sale de la ducha, se mira al espejo y se ordena: No seas tan marica, mujer. ¡Aguenta!

El esposo se asoma al cuarto, ajeno a lo que ha pasado en el baño, y le dice:

—Acabo de revisar en el ordenador el estado de nuestros papeles, aún no ha cambiado.

Ella lo escucha, le lanza un beso y se acomoda para dormir. Al levantarse después de una larga siesta, va hasta la sala y lo invita a bajar para pasear al perro. Quiere caminar por la orilla del río, que se ha convertido para los dos en el lugar secreto de desahogo. El sonido del agua chocando con las rocas les da fuerza. El paisaje es hermoso. A ella le encanta sentarse en la piedra rectangular, donde siente que puede relajarse y reflexionar. A Andrés le gusta cuando ve una gran águila pasar volando. Sin lugar a duda, es un lugar mágico para ellos. Durante sus habituales paseos, es cuando aprovechan a conversar.

—Hoy te ves más cansada de lo habitual, ¿quieres hablar?

—Fue una mañana intensa, ni te imaginas. Algún día tengo que entender qué hace que en un mismo lugar se junte tanta maldad.

—¿Qué ha hecho ahora la bruja?

—Hoy no ha hecho nada, aunque en estos momentos debe estar convulsionando. Esta mañana encontré muerta a Aurora, la abuela que siempre te cuento que nos intenta pegar cuando la cambiamos, la que el otro día golpeó a Eduardo en la espalda con la andadera, ¿te acuerdas?

—No lo recuerdo, son tantas historias... ¿Esa no es la que llama puta larga a tu amiga?

—Sí, esa era Aurora, a todas nos llamaba puta—dice Edurne—. Pero bueno, ya a estas alturas lo mismo da. Hoy cuando he ido a levantarla, estaba muerta. Fue todo un lio, yo descubrí el cadáver. Han llamado a la Guardia Civil porque tenía muchas horas de muerta, fácil calculo que serían más de diez o doce horas de muerta. Los de la noche no pasaron por su habitación y no se dieron cuenta. Estaba colgada del cinturón con que los amarramos a las camas.

—¿Se ha asfixiado como la otra?

—No—contesta ella—, esta vez ha sido diferente, Aurora estaba llena de sangre, parece que se ha golpeado la cabeza con la mesa de noche y se ha

abierto una brecha grande... Lo que no entiendo es cómo se ha golpeado si estaba amarrada...

—¿Y por qué no me dijiste nada cuando te fui a buscar?

Edurne se queda un rato mirando al río. Justo en ese momento pasa un grupo de patos pequeños siguiendo a uno más grande. Le hace gracia y sonríe. Luego continúa.

—Ah pues, no sé, estaba demasiado cabreada para hablar. Pero ahora que dijiste lo de la otra abuela asfixiada, se me ha olvidado preguntar en qué terminó ese lio, aunque Jesús, que era el auxiliar al que le echaron la culpa, ya está trabajando de nuevo. Le pusieron una multa y lo tienen en castigo haciendo solo turno partido.

—Concéntrate en lo que me estás contando de Aurora.

—Pues, nada más Andrés, como todo lo que allí pasa. Aurora se jodió, nadie se ha dado cuenta. A lo mejor murió de una vez o estuvo horas agonizando, atrapada por el cinturón... En esa mierda da igual, solo que esta vez han llamado a la Guardia Civil y eso hará que la jefa se cabree más.

—Tu jefa es trozo de loca.

—No es loca, es mala. Es astuta, sabe muy bien lo que hace, ¿Recuerdas que te he contado que desde hace dos meses tiene a una joven viviendo en la residencia? Bueno, el otro día se me acercó la jefa y me dijo que me iba a invitar a tomar chocolate y churros con ella, que saldríamos las tres, o sea, ella y yo junto con esta chica para que yo pudiera escuchar las historias de ella con sus clientes y que yo le pregunte.

—¿Y qué clientes tiene ella?

—Espera. Como si fuera lo más normal del mundo, me ha soltado que esta chica es una prostituta, que se habían hecho amigas porque a ella le encantaba escuchar sus historias con los hombres y que ahora quiere que yo también las escuche. Además, quiere que sea en mi día libre. Aparte de que me roba un día de descanso todas las semanas, encima pretende que salga con ella en mi único día libre para que le escuche las aventuras sexuales a una mujer frente a otra que le causa placer. Suena enfermizo, ¿no? Por lo menos es extraño.

—¿Será verdad eso que dicen de que es dueña de varios prostíbulos de la ciudad? —pregunta Andrés.

—No me extrañaría —responde Edurne y detiene a Andrés tomándolo por el brazo, consciente de que lo que va a contar es digno de atención—. ¿Sabes qué me contó César el otro día? Me lo contó porque estaba

encabronado. La jefa lo había regañado muy feo delante de todos los empleados y creo que por sacarse la espina me lo dijo para vengarse. César a veces se descarga conmigo, creo que no confía en ninguno de los que le rodean, a pesar de que se tratan como si fueran amigos. Yo me le acerqué después del regaño y le dije que se quedara tranquilo, que todos sabíamos que ella decía cualquier cosa con tal de hacer daño, que estábamos claros de que todo lo que había dicho era puro veneno. Entonces creo que para hacerla quedar peor ante mí ha comenzado a contarme un montón de cosas sobre ella, pero lo que me ha parecido más grave es que me dijo que ella una vez, hace muchos años, disfrazó de monjas a dos prostitutas e hizo que convencieran a unos abuelos para que firmaran los papeles de unas propiedades, haciéndoles creer que las dejaban como un donativo a la iglesia. Joder, ¿te lo puedes creer?

Su esposo, respirando profundo, como intentando procesar lo que acaba de escuchar, le dice:

—De esa mujer nada me asombra, y le creo a César. Esa mujer es capaz, si lo que dicen en la ciudad es cierto. Pero no te creas, que él otro —refiriéndose a César— ni es tan tonto, ni tan inocente. Ese debe saber muchas historias y también cuándo ponerlas sobre la mesa, si no, no hubiese durado tanto tiempo en ese cargo.

En ese momento vuelve a pasar otro grupo de patos nadando por el río y Edurne aprovecha la distracción para cerrar la conversación.

—Ya no quiero hablar más de esa mujer, capaz que por mencionarla nos cruzamos con ella ahora que estamos paseando y nos daña nuestro momento de paz.

—Qué cagada que justo le provoque pasear por este mismo lugar —dice Andrés.

Ya les había pasado unas tres veces que mientras paseaban al perro se encontraban con la jefa, que se instalaba a hablarles de su vida, de los conflictos con sus hijos, de cómo la gente le robaba y, en conclusión, lo único que lograba era arruinarles a ellos su momento de descanso. Por eso era por lo que en más de una oportunidad Edurne había elegido pasear por otro lugar. Entonces, ella reflexiona en voz alta:

—El colmo sería que yo no pasara nunca más por el río por no encontrármela. ¿Qué más me va a quitar esa mujer? Tengo frío. ¿Regresamos a casa?

CAPÍTULO 3

Al día siguiente, a las siete menos diez de la mañana, está a punto de comenzar una nueva jornada. Edurne llega a la residencia y va directo a recepción para leer el libro de incidencias, donde se anotan los turnos, las indicaciones, los ingresos... Es obligatorio leerlo para estar al tanto de las novedades. A diferencia de lo que había pensado, no hay ninguna nota convocando a una reunión por lo sucedido el día de ayer; solo una línea escrita en color rojo que dice: «*Cipriano Fallecido*». No hay nada de qué hablar, la muerte de Aurora ha quedado en el olvido. En el mostrador de la recepción está Nixon dándole una mirada a los turnos. Se ve molesto; toma el libro y lo lanza fuera del escritorio. Le da una patada a una silla y dice:

—¿A ti te toca el 101 otra vez? —dirigiéndose a Edurne—. No pienso ayudarte con Tomasa, mira cómo te resuelves sola, yo no voy a hacer tu trabajo. Si haces el pabellón 101, lo haces con todo y la gorda. ¿Para qué coño contratan mujeres en esta mierda si después llaman a un hombre para que las vaya a ayudar? —Da un manotazo a la mesa y sale al patio a fumarse un cigarrillo.

—¿Y a este qué bicho le ha picado tan temprano? —le pregunta Eduardo.

Edurne sonríe. Desde que comenzó a trabajar en ese lugar, hace unos seis meses, es víctima constante de burlas y acoso por parte de un grupo de sus compañeros. Ellos son un clan familiar y actúan como una manada; si uno atacaba, los otros también, con o sin razón. A Nixon en general lo cabrean las mujeres. Está convencido de que el trabajo de auxiliar es para hombres, así que cuando una mujer le pide ayuda para levantar a un residente, se niega o se queja.

Durante los primeros meses, Edurne sufría de forma continua sus ataques, y muchas veces terminaba llorando, lo que le complicaba aún más la vida porque aparte de negarse a ayudarla, se burlaban de ella. En todas las residencias cuentan con grúas para mover los pacientes. En esta hay una solamente, en el sótano, que nadie utiliza pues consideran que retrasa el trabajo, y entonces hay que levantar a los residentes en base a fuerza y de molerse la espalda. A estas alturas Edurne ya sabe cómo debe actuar cuando Nixon la ataca, y se defiende con astucia haciéndolo quedar mal.

—Él sabe —dice Edurne refiriéndose a Nixon— que los familiares de Tomasa no permiten que la levante una mujer. Por su peso es muy fácil que se

caiga, y cuando a una mujer le toca atender ese pabellón la orden de dirección es que la intercambien con un paciente del pabellón 120 para que la levante un hombre. Pues a Nixon no le da la gana obedecer, pero le guste o no, está escrito en el libro de incidencias. Es una orden de la dirección, así que si no la levanta se mete en problemas, no yo—le explica Edurne.

—Hago a la gorda si tú haces a dos de los míos—dice Nixon, que ha regresado con intenciones de negociar.

—¿Y por qué dos? La orden es cambiar a Tomasa por una residente del pabellón 120 —dice Edurne, convencida de que se quiere aprovechar de ella.

—Porque esa gorda vale por dos, por lo que pesa, y más por lo que jode. Fácil me llevará cuarenta y cinco minutos atenderla. La gorda jode eligiendo la ropa, jode mientras la bañas, porque casi no cabe en la silla de la ducha, jode porque le duelen las piernas, porque las tiene llenas de llagas. Jode con que las gafas están sucias, ¡jode porque le gusta joder! Después de atenderla tengo que correr como un cabrón para terminar a tiempo.

—Eso anda y discútelo con César, yo solo voy a levantar un residente de tu pabellón a cambio de Tomasa —le contesta Edurne de forma airada.

—Te ha salido contestona la mujer —dice Eduardo en tono de burla.

Nixon se da la vuelta cabreado, pero antes de irse le ordena a Edurne señalándole la cara con su dedo.

—Entonces levantas tú a Sagrario.

—Con gusto levanto a Sagrario, prefiero limpiar sus escaras que hablar contigo, es más agradable —le contesta Edurne—. Esa pobre mujer no se merece que la traten como la trata este bestia. Hace lo que le da la gana con ella porque sabe que no lo puede acusar. Esa mujer casi ni ve, ni habla, la pobre no se puede ni quejar.

—Ya déjalo y comencemos a trabajar. Hoy nos toca la comida y los cambios de pañales juntos, así que allí aprovechamos de hablar —dice Eduardo.

En ese momento entra a la residencia Tatiana, que se ha retrasado por un problema con el coche. Llega fumando. Apenas los ve en el mostrador, dispara su primer ataque de la mañana.

—Pero si aquí está la princesa, que ayer salió corriendo asustada... Busca hoy a César y le dices que ayer casi te cagas.

—Vamos Edurne, arranca —insiste Eduardo—. Es preferible evitar pelear con ella. Hace dos semanas me la dedicó a mí y estuve fatal; mejor

vámonos a currar.

En la primera habitación del pabellón 101 están Anselmo y Marta, una pareja de esposos. Llevan nueve años viviendo en la residencia, lo que hace que Marta se sienta un poco dueña del lugar y pretenda dar órdenes a todos los auxiliares. Es una mujer de unos ochenta y cinco años, válida para atenderse por sí sola. Hasta hace un año, ella misma atendía a su marido, pero el estado de Anselmo ha empeorado y, como es un hombre de contextura fuerte y alto, ella ya no puede con su peso. Sabe que los auxiliares apenas disponen de un máximo de diez minutos para atenderlo; sin embargo ella exige que las cosas se hagan a su ritmo, que se vista a Anselmo de forma impecable, que se le afeite y peine, todo bajo su estricta supervisión y si algo no le agrada corre a acusar al responsable ante César o lo ataca a carterazos dentro de la habitación. Si, a carterazos.

—Buenos días, Marta. ¿Cómo habéis amanecido? Vengo a levantar a Anselmo —saluda Edurne al entrar a la habitación.

Marta está hoy de mal humor; Anselmo ha querido mear tres veces durante la noche, y ella se ha tenido que levantar para atenderlo. Cuando escucha a Edurne entrar, se acerca a ella y la empuja para que salga de la habitación.

—Regresa más tarde, menuda noche hemos pasado, y Anselmo quiere dormir un poco más.

Edurne hace caso omiso y comienza a preparar todo para el baño de Anselmo. Busca las toallas en el carro y pone el agua a calentar.

—Sabes que no puedo regresar después Marta. Vamos, no me lo hagas más difícil.

Marta, que sabe que esa es la realidad, se pone a estirar su cama mientras reclama...

—¡Esto es una mierda! yo debería estar con Anselmo tranquila en mi casa, así como cuidé a mi madre hasta que murió. Yo quiero cuidar a Anselmo hasta que se muera, pero estoy toda pachucha que ya no puedo con él.

—Lo sé Marta y sabes que hago lo que puedo. Con todo el cariño vendría a ayudarte más tarde, pero eres consciente de todo lo que me falta aún.

—Todo es culpa de esa basura de mujer —dice refiriéndose a la jefa—. Con el dinero que nos quita no es capaz de contratar más gente para que nos atiendan como debe ser. Miserable, no se acuerda de dónde viene. Su madre se debe estar revolcando en su tumba. Mira que hay que ser miserable...

—¿Conocías a su madre?

Ante la pregunta, Marta deja de acomodar la cama, entra en el baño donde Edurne está bañando a Anselmo y mientras supervisa cómo lo atiende comienza a contar:

—Claro que la conocía. Su madre fue una mujer decente y qué razón llevaba cuando la llamaba puta. Ella iba por los pueblos vendiendo verduras de su huerto. Luego logró montar un bar. Ella misma cocinaba, limpiaba, atendía el mostrador, trabajaba muy duro. Era una mujer de campo, en tiempos difíciles...y tu jefa trabajaba duro también.

—¿Trabajaba duro la jefa? ¿Qué hacía?

—¡Trabajaba duro con el coño!

—Pensé que me ibas a decir que trabajaba en el bar. —Ríe Edurne, un poco sorprendida con lo que está escuchando.

Marta, manteniendo el orden de la conversación y como le encanta dominar, le dice:

—¡Calla, tú calla! y atiende a Anselmo mientras yo te cuento de tu jefa. Esa mujer no se parece en nada a su madre, qué va. Mírale las manos para que veas que nunca trabajó duro. Ella se dedicó a acostarse con todo el que le pudiese dar dinero... ¿No te digo que hasta su madre la llamaba puta?

—Qué fuerte que tú misma madre te llame puta —dice Edurne.

Marta asiente con la cabeza mientras le alcanza la máquina de afeitar a Edurne, que se debate entre su apuro por terminar en ese cuarto y su interés por la historia de su jefa.

—A gritos se lo decía delante de todos nosotros cuando la encerró aquí en la residencia... ¡Putas, putas, eres una puta!...

—¿Encerró a su madre aquí? —pregunta Edurne con asombro.

—¿Clotilde no te ha contado esa historia?

—¿Cuál Clotilde, la que vive en zona nueva?

—Sí, esa misma, ella y la madre de la jefa eran del mismo pueblo así que se conoce muy bien toda la historia.

—No he hablado nunca con ella, casi nunca me ha tocado atender ese piso y cuando me toca, ella se mantiene dentro de su habitación y se las arregla sola. Es medio rara, no habla casi con nadie, baja pocas veces al comedor, casi siempre prefiere comer y pasar todo el día encerrada en su habitación viendo televisión.

—Qué inocente eres niña. Corre a terminar tu trabajo, que yo termino de arreglar a Anselmo, ya has hecho la parte que más me cuesta. Corre porque

la bruja de tu jefa ha dormido arriba anoche. Cuando se ha enterado de lo de Aurora, ha venido volando para acá y se ha metido en la dirección con César. Se escuchaban los gritos por toda la residencia. Pobre hombre.

—Menos mal que ya yo me había marchado cuando ella vino—dice Edurne

—Sí, pero hoy te va a buscar seguro; como tú has hallado a Aurora, va a interrogarte más que los guardias civiles.

—¡Qué barbaridad, Marta, ¡te has enterado de todo!

—A mí no me gustaba Aurora, me daba miedo cuando se ponía agresiva, pero tampoco era para desearle morir así —dice Marta—. ¿Es verdad lo que dicen de cómo estaba? ¿Estaba desnuda?

—De eso no podemos hablar... Mejor me marchó ya —dice Edurne mientras saca las toallas sucias y las pone en el carro.

Se despide con dos besos y apresura el ritmo. Sabe que todo lo que le han dicho es verdad. La jefa tiene un ático enorme en lo más alto de la residencia, aunque vive usualmente en su piso en la ciudad. Son pocos los que suben allí, solo Tatiana para limpiar o como ella misma dice, para acompañarla, y Lucho, el encargado de mantenimiento para hacer algún arreglo. Lo cierto es que Lucho detesta subir y cuando lo hace baja con la cara descompuesta. Hay un ascensor que llega directo hasta el ático, pero se necesita una llave para activarlo.

La jornada transcurre como otra cualquiera hasta eso de las diez y media de la mañana, que tal como lo había anticipado Marta, pronto habría de convertirse en un verdadero calvario.

La jefa ha bajado de su piso decidida a hacer una inspección, aunque es evidente que su verdadera intención es castigar a todo el personal por el disgusto que se ha llevado con la muerte de Aurora. Quiere sembrar miedo entre los auxiliares. Camina por todos lados seguida por César y Tatiana. La jefa lo hace con calculada soberbia; empuja las mesas a su paso, revisa los bordes superiores de las puertas buscando polvo, va ordenando a César multar a los responsables por cada error que encuentra o se inventa. Lo va haciendo a lo bestia, determinando a su parecer el monto que cada uno ha de pagar.

—A este le descuentas veinte euros por dejar esto sucio; a este otro que ha tomado una mandarina, cincuenta euros para que aprenda que a mí no se me puede robar; y a los que han estado de noche esta semana, cien euros a cada uno hasta que sepa si la muerte de esa mujer me va a terminar costando algo —dice la jefa sin ninguna muestra de clemencia.

—¿Dónde está el chaval que ha acostado a la muerta? —pregunta la jefa.

—Todavía lo tienen retenido en la comisaría —responde César.

—Que lo dejen allí por inútil —opina Tatiana, tratando de congraciarse.

—¡Tú calla! —dice la jefa—, ¡aquí soy yo la que habla! ¿Y Edurne? No la he visto... —pregunta mientras se detiene mirando a su alrededor.

—Ella sí está aquí, ya la busco —dice César.

—No, déjala tranquila, ya hablaré luego en privado con ella— dice sin notar la mirada cruzada entre Tatiana y César.

El momento más fuerte de su recorrido es cuando bajan a la cocina y se percata que los cocineros no llevan puesto el delantal. Los increpa. Ellos se defienden explicando que no se los ponen porque están sucios. La jefa sale caminando a toda prisa hacia la lavandería, despotricando a voces. Comienza a revisar el cesto de la ropa sucia, va lanzando todas las prendas al aire, hasta que encuentra los delantales. Los sujeta contra su pecho y regresa a la cocina, donde comienza a lanzárselos a Tatiana, uno a uno directo a su cara, al tiempo que le grita:

—¿Y esta mierda por qué no la has lavado? ¿Y esta? ¿Y esta? —va repitiendo cada vez que le lanza un delantal. Tatiana, en un principio se ríe intentando transformar el incómodo momento en algo de menor importancia, pero la jefa sigue lanzándolos a su cara, cada vez con más fuerza, hasta que rompe a llorar. La jefa le grita, la insulta, la humilla.

—¿Para esto te pago? Incapaz. Maldita puta inútil, recoge toda esa mierda y te pones a lavarlos a mano hasta que te sangren los dedos. ¡Hoy no sales de aquí hasta que los vea limpios, secos y planchados sobre mi escritorio!

Acto seguido, se voltea hacia los cocineros y les dice en un tono muy educado:

—Preparad mi batido verde, que sigo a dieta y eso me toca ahora a las doce. Me lo servís en vaso corto, por favor.

La jefa vuelve su mirada a César y le ordena que la siga a la dirección. Ignora a Tatiana, quien a gatas va recogiendo los delantales mientras se seca con rabia las lágrimas y los mocos con la manga de su uniforme.

El ambiente se respira tenso. Auxiliares y residentes siguen en sus actividades habituales. Cada cual a su manera intenta mantenerse al tanto de lo que ocurre, pero sin involucrarse. Edurne ha terminado de atender a todos los

residentes de su pabellón, menos a Tomasa, que la ha cambiado con Nixon, por lo que toma el carro y se dirige al pabellón de Sagrario. Para atenderla debe avisar a la enfermera y asistirle durante la cura de las escaras. Sagrario tiene una escara enorme y profunda en la cadera derecha y otra del mismo tamaño en la zona lumbar. La pobre se mantiene en posición fetal. No habla y apenas logra ver. Se pasa el tiempo mordiendo sus manos, por eso le han colocado unos guantes protectores. Ya han dejado de ponerle el cinturón que la ataba a la cama, pues al estar inmovilizada se le han agravado las escaras.

Los auxiliares deberían hacerle cambios posturales varias veces durante la noche para que eso no ocurra. Lo cierto es que no tienen tiempo y las escaras crecen tanto como las ganancias económicas de la residencia. A este punto ya se han infectado y desprenden un terrible olor; los apósitos amanecen llenos de secreción purulenta y al lavarlas sangran con facilidad.

Cuando ha llegado la enfermera a la habitación, Edurne ya le estaba desvistiendo, con máximo cuidado para no hacerle daño.

—¡Ostras, es que huele fatal! —dice la enfermera mientras se coloca un tapaboca y abre la ventana.

—Sí Zoila, esto se ve bastante mal, ya no sé por dónde manipularla para no hacerle daño, porque además de estas dos escaras que podríamos decir que son las principales, su piel está muy frágil. Mira sus muñecas, el solo roce de los guantes le ha hecho daño y si no se los colocamos se saca sangre de tanto morderse. Dime cómo quieres que lo haga hoy con ella, ¿la baño aquí en la cama o la llevo con la silla al baño?

—¿Cómo se te ocurre que la vas a bañar aquí? —le cuestiona Zoila.

—Más bien yo te preguntaría cómo vamos a bañar a alguien con semejante infección en el mismo lugar que bañamos a todos. Pero te repito, dime cómo quieres y lo hago.

—Por decir cosas como estas es que el médico no quiere que estés aquí.

—Pues te lo digo a ti porque creo que tú eres diferente. Da dolor ver a la gente llegar a estas condiciones, sobre todo pudiendo hacer algo para evitarlo. Estamos dejando que se pudra en vida.

—Sí soy diferente, pero aquí es mejor callar y dejar pasar —dice a manera de excusa.

—Bueno pues ya veré como me las arreglo y la baño. Te aviso cuando haya terminado, para que vengas y le hagas la cura.

Al terminar con Sagrario, Edurne echa un vistazo a su planilla de

tareas, según la cual debe servir desayunos, afeitarse a cuarenta y tres residentes y cortar las uñas a otros tantos. Dos horas después, llega el momento del descanso de la jornada.

A diferencia de lo que ocurre normalmente, el día de hoy ningún empleado se ha acercado al área del café. Han decidido descansar o más bien esconderse, en sus zonas de trabajo. No quieren arriesgarse a un encuentro con la jefa. El lugar elegido por Edurne es el cuarto de Antonia Amor, con quien Edurne ha entablado una especie de amistad, a pesar de que Antonia es famosa por su carácter duro y cerrado. Poco a poco Edurne se ha ido ganando su confianza. A veces entra y Antonia ni le habla, ella solo se sienta a su lado y ambas, en completo silencio, se hacen compañía. Antonia casi siempre está rezando su rosario, hecho con cuentas de pétalos de rosas que despiden un olor espacial. Cuando habla mantiene la mirada enfocada en sus manos, usa frases cortas, pero llenas de razón. En sus palabras muchas veces Edurne encuentra la clave para no decaer. De alguna forma, Antonia sabe qué ocurre en cada rincón de la residencia. Es observadora y sobre todo muy discreta.

—Hola Toñi bonita. ¿Cómo estás hoy?

—Claro, bonita que voy a estar yo. Siéntate y déjame escuchar el televisor —responde Antonia rezongando.

—Tranquila Toñi, que...

—Calla que ya sé que estas aquí escondiéndote de la jefa —se ríe entre dientes—. Cómo le gusta a esa mujer que le tiemblen.

—Cuéntame qué sabes de ella —le pide Edurne.

—No y abandona esa idea de averiguar. Calla y mira la televisión. Aprovecha los cinco minutos que te quedan antes de tener que correr otra vez. Estás muy delgada, tienes que comer mejor.

Edurne la abraza sin que Toñi le corresponda.

—Hueles rico, Toñi

—Qué cuernos voy a oler... Huelo a vieja

—Hueles a Amor, como tu apellido... —dice Edurne en tono juguetón a sabiendas de que Antonia detesta semejantes cursilerías.

—Cada día te pones más tonta. Hala, a currar.

Edurne sale riendo de la habitación.

Luego del almuerzo, una vez más hay que cambiar pañales, botar la basura y anotar en las planillas. Todos en silencio terminan su trabajo.

Han puesto en la carpeta de la recepción los turnos de la próxima semana. Dentro de una funda de plástico, Pedro coloca unas tiras de papel con

el nombre de cada auxiliar y el turno que le corresponde cubrir. Cada auxiliar toma su papel y se marcha.

Edurne se cambia de ropa y se dirige a la entrada, donde su esposo la está esperando. Se monta en la furgoneta y saca el papel del bolsillo.

—¡Mierda! Me han asignado la zona nueva y en el turno de la noche.
¡Maldita vieja!

—¿Qué ha pasado?

—¿No me oyes? Me ha tocado zona nueva, ese pabellón es una maldición.

—¿No puedes pedir que te cambien?

—Sí, claro, se lo puedo pedir a Nixon... No me jodas Andrés, nadie quiere hacer ese pabellón.

—Ey, que el cabreo no es conmigo. ¿Qué tiene ese pabellón para que te hayas puesto así?

—En ese pabellón están Lorenza y Federica. Es una putada. Me lo han puesto para joderme por lo de Aurora. Es una advertencia.

—¿Tan grave es?

—Es la madre de las cagadas. A Lorenza la mantienen todo el día amarrada de la cintura y las manos a la silla de ruedas porque es la más agresiva de toda la residencia. Mientras la atiendes intenta morderte, escupirte, golpearte con su cabeza. Federica vive en su propio mundo, ya se nos ha escapado dos veces de la residencia y la han encontrado caminando por la calle. Es tan inquieta que la única forma de controlarla en la noche es amarrándola a la cama por las muñecas y los tobillos. Acostarla es como crucificarla, solo pensarlo me deprime. Parece que estuvieras torturando a una vaca: llora, pateo, intenta escapar... Es una putada... Sabía que la jefa se iba a cobrar lo de Aurora.

CAPÍTULO 4

Ha llegado el lunes. Esta semana Edurne trabaja desde las tres de la tarde hasta las diez y media de la noche. Está preocupada porque su rutina cambia y también los residentes asignados. Atender ese turno se torna complejo para ella, sobre todo a partir de las ocho de la noche cuando debe acostar todo el pabellón en un lapso de dos horas. Son unas dieciséis personas bajo su responsabilidad. Cuenta con un máximo de trece minutos para acostar a cada uno, y eso implica desvestirlos, cambiarles el pañal, ponerles el pijama, quitarles las dentaduras y ponerlas a remojar, llevarlos a la cama, colocar los cinturones y amarres, levantar barandas, ajustar tomas de oxígeno y los requerimientos particulares de cada residente. La ropa sucia debe colocarla en el carro de cambios y lo que aún pueden volver a usar, dejarlo estirado sobre la mesa para el día siguiente. Lo más grave sería olvidar quitar una dentadura y que un abuelo se atragante con ella durante la noche. Moriría por asfixia mecánica. También es problemático recordar a qué pacientes debe colocarles oxígeno, pues en las habitaciones no hay un letrero que indique quiénes lo necesitan, así que dependen de la buena memoria del auxiliar a cargo.

No a todos los residentes se les suben las barandas de la cama, pues algunos se levantan al servicio de noche y la baranda, lejos de protegerlos, puede hacerlos tropezar. Otro detalle que el auxiliar debe recordar. Ese es el problema de cambiar de pabellón: no saber con exactitud las necesidades de cada residente se traduce en un riesgo. Edurne está acostumbrada a atender a los del pabellón 101, por lo que le ha pedido a Eduardo, que es uno de los compañeros de trabajo más amable con ella, y que ha atendido este pabellón, que le aconseje en cuanto al orden que debe seguir para acostarlos. Él le recomienda que acueste primero a Lorenza, porque si se retrasa, es probable que se altere hasta punto que será imposible acostarla sin utilizar la fuerza. Edurne no se siente tranquila con esa idea, le preocupa que mientras esté acostando a Lorenza se le escape Federica y se le pierda. Por un momento se le ocurre que, si mete a Federica en el cuarto y le tranca la puerta, podría correr a acostar a Lorenza; pero si Lorenza se pone violenta, se tardará y Federica podría hacer cualquier desastre en la habitación. Está desesperada y le cuesta pensar. No tiene opción, debe decidir rápido el orden de acostar y comenzar.

Se le ocurre la que pronto se mostraría como la peor de las ideas:

entrar primero a la habitación donde duermen Lorenza y Etelvina. Deja a Lorenza sentada y amarrada en su silla mientras sienta a Etelvina en su cama y mete a Federica en el mismo cuarto y la sienta en el sillón a esperar. En el segundo en que se voltea a cerrar la puerta para quedarse con las tres en el cuarto, escucha un golpe seguido de un fuerte grito. Federica se había parado frente a Lorenza y esta le ha dado una patada con tanta fuerza que Federica ha caído encima de Etelvina, que del susto se ha puesto a llorar. La habitación es un caos. A Edurne le tiemblan las manos. Da un salto para esquivar a Lorenza, que no deja de lanzar patadas y gritar, revisa a Federica para estar segura de que no se ha hecho daño y decide sacarla de allí. Se la lleva y la encierra con su compañera de cuarto. Corre a la habitación de Lorenza, decide ignorar sus gritos y acostar a Etelvina lo más rápido que pueda. Una vez lista Etelvina, afronta el reto de la noche: acostar a Lorenza. Antes de desatarla, Edurne comienza a cantar para calmarla. Siente que es ridículo de su parte, pero para su sorpresa Lorenza responde positivamente a la idea; sonrío y repite la última palabra de cada frase de la canción.

Edurne parece imitar los movimientos de un ninja: le va quitando las amarras una a una, moviéndose con la mayor delicadeza posible. Le quita la ropa casi sin tocarla. A Edurne le tiemblan las piernas, Lorenza percibe su miedo y de la nada vuelve a gritar. Edurne reacciona dando un enorme salto hacia atrás y tumba todo lo que está sobre la mesa de noche. Lorenza no para de reír ante lo que parece una clara exhibición de torpeza. Edurne está a punto de llorar. Se miran durante varios segundos sin parpadear, hasta que Edurne comienza a contagiarse de la risa de Lorenza.

—A ver Lorenza bonita, que vamos a dormir. Poco a poco te voy a llevar a la cama —le va diciendo mientras desliza los brazos por debajo de sus axilas. La abraza para poderla levantar de la silla. Su pierna derecha está entre las dos de Lorenza para poder girarla y sentarla en la cama. Lo logra.

—Vamos Lorenza, seguimos con calma. Ahora pongo mi brazo izquierdo debajo de tus piernas y con el derecho te tomo la espalda para acostarte...

Edurne es consciente de que su cara está muy cerca de la de Lorenza y puede pasar cualquier cosa. Lorenza también lo percibe y vuelve a gritar. A Edurne casi se le sale el corazón por la boca, Lorenza no para de reír. A Edurne no le ha hecho ninguna gracia, pero aprovecha el momento para colocarle el cinturón y las muñequeras y la deja atada a las barandas. Lorenza no se resiste y sigue riendo.

Le coloca el oxígeno y sale de la habitación. Ha perdido unos cincuenta minutos solo en acostar a dos personas, y aún le falta Federica. La noche pinta muy mal. Le corren chorros de sudor por la espalda. Los abuelos que esperan en el pasillo comienzan a reclamar que ya se quieren acostar.

Edurne se dirige a la habitación de Federica, abre la puerta y ha pasado lo que tenía que pasar. Federica se ha desvestido por completo y se ha cagado encima. Además le ha quitado todas las sábanas a su cama y a la de su compañera, que se ha quedado dormida en la silla, ajena a lo que ha sucedido. Con sus manos llenas de mierda, ha embarrado todo el lavamanos y el espejo del baño. El hedor es insoportable. Edurne está a punto de colapsar. Sin decir ni una sola palabra se coloca los guantes y toma a Federica por las muñecas. Tiene mierda en el pelo, la cara, nada se ha salvado. Abre la llave de la ducha y la comienza a bañar. El agua corre como barro por el desagüe. La seca, le pone el pijama, la sienta en una silla y la mira de tal forma que hasta Federica entiende que de allí no se puede ni parar.

Toma sábanas del carro de cambios, viste con rapidez las dos camas mientras Federica la mira sin atrever a mover un dedo. Recoge todo lo que está lleno de mierda y lo lanza de un solo golpe en el saco del carro. La acuesta en la cama, ata sus muñecas y tobillos a las barandas, según lo indicado por enfermería y autorizado por sus familiares, lo cual no hace que el hecho le parezca menos terrible. La imagen es degradante, y aún falta más crueldad "justificada": debe forrarla con una sábana fantasma, una tela que la envuelve por completo como si fuese una oruga. Solo deja su cabeza al descubierto. Federica es la imagen viva de la ausencia. Edurne lo hace todo con tanta agilidad que a Federica no le queda más opción que resignarse. Una vez inmovilizada y acostada, Edurne despierta a la compañera de habitación, que no se ha enterado de nada, la cambia y la acuesta en menos de cinco minutos.

Ha retomado el ritmo y no parará hasta terminar.

Contra todo pronóstico Edurne lo ha logrado: ha acostado a todos los abuelos. No está satisfecha con su trabajo. Sabe que es muy probable que haya cometido errores y que al día siguiente tenga que aguantar que se lo reclamen. Intenta concentrarse en lo que cree es más importante: haber colocado el oxígeno, subir las barandas y quitar las dentaduras, cualquier otro reclamo no pasaría por el territorio del médico.

Baja a la cafetería para rellenar las planillas y coincide con Eduardo, que también ha terminado sus tareas. Nixon está fumando afuera.

—Sobreviviste a la primera etapa, eres una máquina —dice Eduardo abriendo los brazos para recibirla con un abrazo.

—Sobreviví, tú lo has dicho, pero ¿cómo que a la primera etapa? ¿Qué me falta?

—¿Te lo digo?

—Si me dices qué...

—Es mejor que estés preparada, esa culebra no te va a perdonar.

—Ante una Edurne exhausta y con cara de qué más me puede pasar, Eduardo continúa—: El pabellón que acabas de acostar lo levanta mañana Tatiana. — Con esto Eduardo le deja claro que ella va a buscar cualquier error que haya cometido para hacérselo saber a César y a la jefa.

Edurne piensa por un momento en hacer una segunda ronda por todas las habitaciones. Mira el reloj, son las diez y cuarenta y cinco de la noche, y se da cuenta de que revisar todo lo que ha hecho le llevaría fácilmente más de media hora. Entonces, decide.

—Me voy, he hecho lo mejor que pude y ya no doy para más.

Convencida de su esfuerzo, se dirige al cuarto de cambio. Su uniforme está manchado de mierda, saliva y cualquier secreción desagradable que se pueda imaginar. Se quita el cinturón. Mientras se cambia, caen al piso las gotas de sudor que recorren su cara. Toma su termo de agua y lo bebe con avidez.

En el pasillo que cruza para irse a casa está el cuarto de Antonia Amor. Abre la puerta con cuidado de no hacer ruido, Antonia está despierta viendo televisión, Edurne se acerca, le da un beso en la mejilla sin que ella ni siquiera pestañee.

—Cándame la puerta al salir y come que estás muy delgada —dice Antonia en su habitual tono neutro.

Edurne se va a casa. Se desvela; a pesar del cansancio no puede dormir. Su cabeza repasa habitación por habitación; no soporta la incertidumbre de haber cometido un error. Toma el teléfono y llama a la residencia. Atiende Roberto, uno de los auxiliares de la noche.

—Por favor, necesito que subas a la zona nueva y revises si le he quitado la dentadura a Etelvina, la que duerme con Lorenza.

Andrés la mira y sin esperar a que le respondan, le quita el teléfono y le dice:

—Duerme Edurne, tienes que descansar.

A las doce del mediodía del día siguiente, Edurne estaba en su piso

preparando el almuerzo cuando recibe en su móvil un mensaje de Eduardo, que está de guardia.

“Tatiana le ha entregado a César una lista con cosas que has hecho mal anoche. Está echando espuma por la boca. Hoy va a por ti. Llámame y te pongo al tanto”.

Inmediatamente, Edurne llama a Eduardo.

—¿Qué pasó? —pregunta Andrés.

—Que anoche he atado mal a Lorenza, y cuando Tatiana fue a levantarla esta mañana, se zafó una mano y le rasguñó la cara —dice riendo.

—¿Y eso te da risa? Tatiana no te lo va a perdonar...

—Me da igual, haga lo que haga da igual, y para como ella trata a los abuelos, pues digamos que está bien que de vez en cuando se le voltee la tortilla. Vámonos a llevar a Hipócrates al río y a ver los patos un rato. Ya me encargaré de esto después...

A las cuatro de la tarde llega una patrulla a la residencia. De ella bajan tres guardias civiles. César los ve llegar desde la recepción y se acerca a la puerta para recibirlos.

—Buenos tardes, no sabía que vendrías hoy.

—Pero no le molesta que estemos aquí, ¿cierto? —pregunta Miguel, el mismo guardia que había estado el día de la muerte de Aurora.

—¿Por qué me habría de molestar? —replica César mientras les estrecha la mano—. Al contrario, sois bienvenidos, ¿os puedo invitar un café?

—No gracias, no se moleste, pero si me gustaría que nos pudiéramos sentar a conversar un momento —dice Miguel.

—Pasen por aquí, en mi despacho estaremos más cómodos —dice César mientras les indica hacia dónde se deben dirigir.

—Es un despacho bastante grande para ser el encargado y no el director —comenta Miguel. César capta la intención del comentario, pero prefiere obviarlo—. Quisiéramos hacer algunas preguntas más al personal y también conversar con algunos residentes.

—Claro, claro, esperad un momento aquí mientras organizo todo para que vengan de uno en uno, sin alterar el ritmo de trabajo. Supongo que debo llamar a los mismos que entrevistaron el otro día para comenzar... Aunque creo hoy no están todos. Enseguida regreso.

Mientras César se dirige a la recepción, Miguel se instala en el despacho y los otros dos guardias, Jorge y Víctor, salen a recorrer la residencia obedeciendo la señal de Miguel. Saludan con cortesía a algunos

residentes que se encuentran por allí.

En uno de los pasillos se cruzan con Tatiana, que los mira y sin saludarlos continúa su paso, entra a uno de los baños para esconderse y envía un mensaje a la jefa avisando de la situación. La jefa le indica que esté pendiente y le avise con exactitud en qué lugares entran y con quiénes conversan.

—Tal como había pensado —dice César al entrar a la oficina— los auxiliares de la noche son siempre los mismos. Rotan entre tres para cubrir el turno de dos. Ahora no se encuentra ninguno. En cuanto a los del turno del día, pues son Daniel, que ya ustedes saben su historia, y Edurne, que está aquí afuera esperando.

—¿La dueña está aquí? —pregunta Miguel.

—No, ella no se encuentra —responde César.

—Necesito que llame a los auxiliares que no están, preferiría si pueden venir ahora. En caso de no ser posible, los citaremos para mañana en la jefatura. Mientras tanto que entre la auxiliar que sí está —indica Miguel.

Pasados cinco minutos, César le informa al guardia que los dos auxiliares de la noche han avisado que estaban en camino a la residencia y que en media hora estarían todos allí.

—¿Y los otros guardias? ¿Se han marchado? —pregunta César con cierta incomodidad mientras comienza a guardar algunos papeles de su escritorio. Se muestra tenso, le preocupa dónde están los otros dos guardias y con quienes puedan llegar a hablar.

—Ellos van a dar una vuelta y hablarán con algunos de los residentes. Pero mientras, le agradecería que se sentara y nos acompañe —le indica Miguel.

La primera en entrar a la entrevista es Edurne. Le preguntan una vez más su versión de los hechos, haciendo hincapié en lo que recordaba del estado en que encontró a Aurora y que le explicara cómo utilizan el cinturón para atarlos a la cama. Quería saber de qué material estaban hechos, cómo se abrían y cerraban, incluso le mostraron uno y luego fueron a una habitación para que Miguel entendiera cómo lo sujetaban a la cama. Mientras más preguntaba, más sudaba César. No dejaba de mirar a Edurne, como un buitre vigilando a su presa, intentando hacerle señas para que acertara las respuestas. Cuantos más detalles se conocieran, más probable era que la historia no coincidiera.

Una vez que los auxiliares han llegado, les hacen pasar a la oficina

para prestar declaración. Los otros dos guardias continúan recorriendo la residencia, observando el desarrollo de las actividades diarias, haciendo preguntas a los residentes elegidos al azar, entrando en varias habitaciones, incluyendo la que había sido de Aurora. En esa permanecen más tiempo que en las demás.

Mientras en la oficina, César hace un intento de salir y acompañar a los guardias en su recorrido, pero Miguel se lo impide diciendo que prefiere que les deje solos. Acto seguido pide conocer a la residente que había sido compañera de habitación de Aurora al momento de su muerte.

—Se llama Juanita, puedo traerla, pero no está bien de la cabeza —le explica César.

—Por favor, intentaremos ver si nos dice algo, le tendremos paciencia —dice el guardia.

César va a buscar a Juanita al área de actividades y la lleva al despacho.

—Hola, Juanita. ¿Cómo estás? —pregunta Miguel.

—Tengo que ir hacia allá —dice Juanita angustiada mientras señala con su mano temblorosa el camino hacia el comedor.

—Espera un momento, Juanita, solo queremos conversar, somos amigos—aclara Miguel.

Juanita rompe a llorar mientras insiste en que quiere irse para allá. Convencido de que de ella no obtendrá información, Miguel conduce la silla de ruedas hacia afuera de la oficina, donde Juanita ve a Edurne y le pide:

—¡Llévame a mi casita, tú, llévame tú! —dice con insistencia.

Edurne se acerca, le seca las lágrimas con su mano y le habla:

—Aquí estoy Juanita, ¿Qué hemos dicho acerca de llorar?

—Que no llore porque me pongo fea —responde Juanita al tiempo que se comienza a calmar.

—¿Contigo si habla? —pregunta Miguel, viendo el cambio en la señora.

—A veces tengo suerte —responde Edurne—. Es que se asusta con facilidad.

—¿Crees que si estás con ella podría intentar preguntarle algo?

—Lo podemos intentar. Tiene momentos de lucidez, pero la mayor parte del tiempo está desorientada.

—Quiero saber si sabe algo de Aurora —le comenta Miguel al tiempo que le acerca una silla a Edurne, y vuelve a cerrar la puerta de la oficina.

—¿Juanita te acuerdas de Aurora? —pregunta Edurne.

—Ella se ha ido.

—¿A dónde se ha marchado? —pregunta Edurne con la intención de demostrarle al guardia que su testimonio no era lo más confiable

—A su casa —contesta Juanita.

El guardia escucha y ladea la cabeza en señal de que ha comprendido la situación.

—Intentemos una más —propone Edurne—. ¿Se portaba bien Aurora?

—Esa niña es muy peleona, me pega duro. A ti también te pega. No quiero que venga más.

—¿Con quién más peleaba Aurora? —pregunta el guardia a Edurne.

—Aurora era muy difícil de manejar, tenía muy mal carácter. Si estabas cerca de ella cuando se enfadaba, seguro que recibías un pescozón. Pegaba, mordía, incluso llegó a pegarle a uno de los compañeros con el andador en la espalda. Había días que era terrible y otros que era un amor.

—¿Al que le pegó con el andador, fue a Daniel? —pregunta Miguel.

—No, fue a Eduardo. Daniel no estuvo de guardia ese día, así que no creo que haya ninguna relación —aclara Edurne.

—Eso lo decido yo —le advierte Miguel en un tono seco.

—Lo siento, no he querido...

—Tranquila, no pasa nada —le aclara Miguel al tiempo que le ordena que se lleve a Juanita—. No creo que nos dé más información.

—¿Puedo volver al trabajo? —pregunta Edurne

—Sí, puedes.

—Nos vamos, Juanita, despídete del señor.

Al regresar a la sala de cambios, Edurne se le acerca Eduardo y este le pregunta:

—¿Qué tal te ha ido? ¿Han dicho algo de Daniel?

—La actitud de los guardias ha cambiado, Eduardo. La primera vez fueron más amables. Hoy sus preguntas han sido más precisas, querían ahondar en cada detalle. Me preguntaron las mismas cosas una y otra vez. Hoy me sentí incómoda. Hasta quisieron hablar con Juanita...

—Entonces tiene que ser que han encontrado algo —dice Eduardo.

Los guardias se van cerca de las ocho de la noche. César ha quedado agotado de tanta tensión. Se sienta en el cafetín con Pedro a tomarse un café. Cierran la puerta para que nadie los moleste. Su lenguaje corporal refleja angustia y preocupación. Los auxiliares continúan con su trabajo. En general,

todo el mundo permanece callado; el clima es más tenso de lo habitual.

Al terminar la jornada Eburne y Eduardo se sientan a rellenar las planillas, esta vez en la recepción porque, a pesar de la hora, Pedro y César siguen sentados en el cafetín. De pronto, un fuerte golpe sobre el mostrador hace volar las planillas. Es Lucho, el de mantenimiento, queriendo asustarlos.

—¡Mierda! ¡Qué susto me has dado! —dice Eburne llevándose la mano al corazón mientras Eduardo se ríe.

—Hoy hay más de uno asustado en esta residencia, por no decir cagado—dice Lucho mientras levanta su ceja y mirando hacia arriba.

—Incluyendo a la jefa —agrega Eburne—. Ella estaba arriba en su piso, y cuando los guardias han preguntado por ella César les ha mentido diciéndoles que no estaba. Así que creo que llevas razón.

—¿Y los guardias no han visto el coche de la jefa en el estacionamiento? —pregunta Eduardo.

—La jefa tiene cuatro coches, pudo haber venido en cualquiera. Incluso a veces prefiere usar la furgoneta de traslados de la residencia, supongo que para llevar y traer el montón de cajas con que siempre anda —dice Eburne—. Da lo mismo si el coche está o no.

—Qué envidia que ya os marcháis —les dice Lucho.

—¿Te parece que hoy hemos trabajado poco? —pregunta Eduardo.

—¿Y vosotros trabajáis? Y yo que creía que estaban en un spa, ja, ja, ja... —contesta Lucho.

—¿De qué hablas, si tú también marchas ya? —dice Eburne.

—Pues va a ser que no maja, no me voy todavía. La jefa ha peleado con el marido una vez más, para variar, y dice que se muda para allá arriba y quiere que hoy mismo, yo, su esclavo personal, le arregle la cocina que no le enciende, le cambie las bombillas quemadas, limpie, y supongo que también querrá que le baile. —Ríen los dos.

—¿Ella sigue allí arriba? —pregunta Eburne.

—No, hace media hora se fue a buscar más ropa en su otro piso —contesta Lucho—. Si estuviera aquí no me estaría riendo, ven acá —agrega y acerca a Eburne poniendo el brazo sobre su espalda. Mira a todos lados y en voz baja le dice—: Tú por nada del mundo subas allí arriba, no importa si ella te lo ordena. Tú por nada del mundo subas.

—¿Y eso por qué, Lucho?

—No preguntes, maja, tú solo hazme caso, no subas a ese piso. ¿Está claro? Vete a descansar, ya hablaremos algún día... Ahora calla y vete a tu

casa.

CAPÍTULO 5

Esta mañana, Edurne llega temprano a la residencia y va directo a la recepción para revisar el libro de incidencias antes de cambiarse, pues sabe que ayer ingresó una nueva residente a su pabellón y quiere enterarse de la condición clínica antes de iniciar la jornada. Ha vuelto a su horario de la mañana. En cuanto comienza a leer se lleva una gran sorpresa: Daniel ha firmado como responsable de la otra ala del pabellón. Corre al cafetín para ver si está allí.

—¡Daniel amigo, que alegría verte aquí! —Él se pone de pie y sonriendo le da un abrazo.

—No sabía que regresabas hoy, ni siquiera sabía que te habían soltado.

—Me han soltado el lunes de la semana pasada por falta de pruebas. Así hablan esos maderos. Estuve tres días detenido en esa mierda. Para terminar de joder, ahora tengo que seguir presentándome en la comisaria cada quince días, o si me llaman, pero no me podían retener más tiempo. A la salida de la jefatura me estaba esperando César para llevarme a la casa.

—¿Y cómo sabía él que te soltaban?

—Ni puta idea, pero no era por amabilidad. Lo que el tío quería era meterme miedo. Todo el camino a casa me estuvo interrogando y amenazando. A César le tienen puesto el ojo, pero yo no le dije nada.

—¿Qué te dijeron de César?

—Después te cuento. Lo único que me importaba era que me llevara a casa para ver a la flaca que la ha pasado muy mal y, bueno, César al final me ha dicho que como no habían encontrado nada en mi contra, que esperara una semana para regresar mientras se enfriaba la cosa y se calmaba la jefa, que me presentara hoy. Y aquí estoy, la verdad que no me entusiasma mucho, pero esto es lo que hay.

—Vamos, ánimo, chaval, vamos a currar y en el descanso me cuentas más detalles. Y bienvenido, dentro de todo me alegra que estés de vuelta.

La señora que ayer ha ingresado a la residencia comparte con Juanita la que fuera la habitación de Aurora. Su nombre es Marisela, tiene unos setenta años y se recupera de una cirugía de cadera que le han realizado esta semana. Recién comienza a poder apoyar la pierna, y con ayuda logra dar sus primeros pasos. Su cara se ve más avejentada de lo que corresponde a su edad. Ha dejado de teñirse el cabello y ahora sus canas casi cubren la totalidad; lo lleva recogido con un moño en la parte alta de la cabeza. Luce

descuidada. Esta mujer tiene un carácter fuerte; está acostumbrada a dar órdenes, ya que por más de treinta años fue la directora de personal en un hospital de la ciudad. Está acostumbrada a mandar. Sin embargo, se ve agotada y a veces desorientada.

Esta semana Edurne se encarga de este pabellón, por lo que Marisela se convierte en una nueva residente que atender.

—Buenos días, Marisela. ¿Cómo ha amanecido? Buenos días, Juanita bonita, ¿cómo estás?

—Ha regresado Aurora, ha dormido aquí anoche—dice Juanita señalando a Marisela.

—No bonita ella no es Aurora, es Marisela, nuestra nueva amiga. Acuérdate de que te dije que Aurora se ha marchado —le aclara Edurne.

—¿Se ha largado con su novio? —pregunta Juanita.

Marisela interrumpe la conversación.

—Ayúdame a vestir —dice extendiendo su mano hacia Edurne mientras intenta incorporarse en la cama.

—Espera un poco Marisela, que hoy a Juanita no le toca baño. Rápido termino con ella, y podré dedicarte más tiempo a ti. Solo serán cinco minutos.

—Vale, atiéndela a ella primero, pero desde ya te digo que yo tampoco me voy a bañar.

Edurne le explica a Marisela, mientras viste a Juanita, que es parte del protocolo que una vez que ingresan a la residencia reciban un trato integral, y que por ello deberá bañarla, lavarle el cabello, cortarle las uñas y luego llevarla al comedor para que después de desayunar el médico abra le abra su historia.

—Sí claro, me vas a explicar a mí de protocolos, como que si yo no supiera. Yo conozco mis derechos y... —entonces la interrumpe Edurne.

—Tranquila Marisela. —Se acerca a su cabecera, se agacha a la altura de ella y le toma la mano mientras le dice—: Sé que esto no es fácil para ti, pero no estés molesta. Solo estarás aquí un tiempo. Una vez que te recuperes te irás a casa, así que intenta adaptarte. Mírate, una mujer tan elegante como tú no puede estar con estas fachas. Vamos ánimo que te pongo bonita.

Marisela le acaricia la cabeza y le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Edurne.

—Tú no eres de aquí.

—Tienes razón, soy de mucho más lejos.

—¿De Canarias?

—No —ríe Edurne—, de mucho más lejos. De Venezuela.

—¿Y qué haces aquí? —le pregunta mientras Edurne la va desvistiendo con mucho cuidado y preparándola para el baño.

—Pues currando, como dicen ustedes.

—¿Qué hacías en Venezuela? ¿En qué trabajabas?

—Es una larga historia Marisela, pero digamos que a ti te hubiera pedido trabajo.

En ese instante se asoma Nixon a la habitación para reclamar que a él le toca bañar a Tomasa, el mismo cuento de cada vez que rota por este pabellón. Edurne se lo saca rápido de encima diciéndole que al salir de allí le preguntará a César qué deben hacer para evitar la discusión. Edurne se ha dado cuenta de que a Marisela le ha molestado que abriera la puerta cuando la estaba desvistiendo. Entonces, Marisela comenta:

—Ese pesado estaba ayer tarde cuando me han traído. Serían quizá las siete u ocho de la noche. Me han traído directo del hospital en ambulancia y para más amargura, me ha recibido ese imbécil.

—Sí, es muy probable que te haya recibido él. Por lo general le toca turno partido, así que está unas horas en la mañana y otras horas en la noche.

—Él se negó a atenderme; fue bastante grosero. Ha mandado a un chico llamado Eduardo para que se encargara de mí. Dijo que tenía mucho trabajo, pero como si yo no existiera. “Ven a atender tú a esta vieja”, y le ha dado un empujón a mi silla.

—Pues has tenido buena suerte, diría yo. Eduardo es un buen chico, muy atento y educado. Mejor que te haya atendido Eduardo y no él.

—Sí, ese chico que dices ha sido muy amable conmigo. El otro es un bruto... más imbécil imposible. Se ha salvado de que yo no me pudiera levantar para darle lo que se merecía.

—Que conste que lo has dicho tú... —Ríe Edurne—. Listo, ya te he vestido y peinado. Ahora a desayunar.

—No tengo tiempo para desayunar; tengo que ir al hospital, tengo mucho trabajo atrasado—le responde ella. Edurne sabe que por momentos se desorienta, así que con paciencia le recuerda donde está y la lleva a desayunar.

Tras dejar a Marisela en el comedor, Edurne se encuentra con César en el pasillo y este le comunica que ha decidido que hoy atienda a Mary Purificación a cambio de Tomasa. Le aclara que ya le ha dado la orden a

Nixon para evitar malentendidos.

Mary Purificación es una de las mujeres más jóvenes que vive en la residencia. Debe de tener unos cincuenta años, un retraso mental leve diagnosticado, se viste como si fuera una niña, siempre con vestidos con vuelos de colores pasteles, y usa el cabello suelto con un gran lazo. Camina bastante bien; sin embargo, lleva un andador por seguridad. Sesea y tiende a tartamudear.

Nixon está que le hierva la sangre por el cambio, así que le reclama a César:

—Por culpa de esta mujer me has obligado a bañar hoy a la gorda de Tomasa; tarde o temprano la voy a joder... Después no me vayas a estar amonestando...

No solo lo han obligado a atender a Tomasa, sino que a Edurne le han asignado a cambio una residente que se vale por sí misma, por lo que más que ayudarla, solo tiene que supervisarla. Nixon muestra su enfado hacia César, pero Edurne sabe que en cuanto vea la oportunidad, se lo va a cobrar a ella. Y en efecto, durante el cambio de pañales Nixon aprovecha que los jefes no están y pone la música de su móvil a todo volumen en el baño, se dedica a cantar y a bailar para retrasar los cambios de pañales y que Edurne deba trabajar más. A ella parece no importarle con tal de que él se mantenga en su baño y ella en el otro. «Que haga lo que le dé la gana», piensa Edurne en voz alta, mientras se encarga de la mayoría de los cambios y trabaja más rápido de lo normal. Luego, con toda tranquilidad, va a la dirección y le dice a César:

—Revisa las cámaras del pasillo de los baños, cuenta cuántos abuelos entraron en cada uno y haz lo que tengas que hacer.

Sale sonriente de la recepción. Terminada su jornada a tiempo, pasa a darle un abrazo a Antonia Amor y se va. Mientras se aleja, por los altavoces se escucha la voz de César:

—¡Nixon! ¡A dirección!

* * *

Una semana después, en su día de descanso Edurne se encuentra con su esposo en la habitación vistiéndose para salir, cuando suena su teléfono. En la pantalla ve que es Charo, la jefa. Voltea el teléfono para que su esposo pueda ver de quien se trata y le hace señas de que va a atender para que se acerque y escuche la conversación. Edurne contesta con cautela.

—Sí, diga... Buenos días, jefa. —Así le gusta que la llamen.

—Marta, como hoy estás librando, quiero aprovechar para que conversemos de algo...

—Está hablando con Edurne —corrige ella.

—Da igual, yo soy así con los nombres, Marta, Edurne, igual me da. Dime dónde estás y te paso a buscar.

—Estoy en mi piso.

—Explicame de nuevo cómo llegar y en diez minutos estoy allí. Tú baja y me esperas.

Edurne está molesta. La jefa ha decidido lo que tiene que hacer en su único día libre de la semana, sin importar sus planes y menos aún su opinión.

—No me ha dado opción —le dice a Andrés—. Si le digo que no puedo, me la dedica en la residencia poniéndome un horario peor o cualquier cosa que se le ocurra para joderme.

—Anda tranquila, no debe ser tanto rato. Cuando regreses salimos y vamos donde tú quieras. Hasta es mejor que sepas en qué está pensando esa mujer. —La abraza y le recuerda que todo esto es transitorio, y le asegura que pronto todo va a cambiar.

Diez minutos después de la llamada, llega la jefa. Sin bajarse del coche, se inclina hacia un lado sobre él asiento, le abre la puerta y dice:

—Vamos, acompáñame. Primero iremos al cementerio, que hoy cumple mes de muerta mi madre, y luego nos tomamos un café.

Edurne está tan molesta de saber que la salida va a ser larga, que ni siquiera le llama la atención el hecho de que vayan a un cementerio. Durante el trayecto, la jefa va concentrada en un interminable monólogo, donde ella es la mujer más buena del mundo y todos se aprovechan de su buena voluntad. Le cuenta que está cansada de que la traicionen y de que todo el mundo intente quitarle su dinero. En resumen, ella no hace más que ayudar a los demás y no tiene una sola persona amiga en el mundo porque todos los que la rodean la envidian.

Se bajan en el cementerio y la jefa le dice:

—Tengo que comprar doce rosas blancas y una roja.

A la entrada del cementerio hay una venta de flores. La jefa se acerca y le habla a la encargada. Cuando la joven le dice el precio de las rosas, cambia a claveles, pero mantiene la idea de los colores. Ha de tener un significado, pero a Edurne le da pereza preguntar. Está decidida a conversar lo mínimo, como para quedar bien, sin que eso signifique sacrificar más tiempo de su día de descanso.

La jefa no recuerda dónde está la tumba. Recorren el cementerio en todas direcciones mientras Edurne piensa que esa mujer es indescriptible: se ha olvidado de dónde está enterrada su madre y se pregunta para qué la ha llevado a ella hasta allí. Apenas han pasado unos meses de su muerte, ¿no debería ser un momento íntimo o familiar? ¿Qué hace ella allí? ¿Para qué la ha llevado?

—Es por aquí —dice la jefa—, ya recuerdo donde está. —Caminan un poco más y agrega—: Es esta.

De forma intempestiva, comienza a llorar con un gran desconsuelo ante la mirada desconcertada de Edurne. Parece que le hubieran activado un interruptor, porque en un pestañeo ha pasado de estar calmada a casi un ataque de histeria y dolor.

“Ay, mamita, mamita, cómo te extraño”, repetía dando voces, al punto que dos mujeres que visitaban una tumba cercana se arriman para consolarla. Edurne asume que ella debe imitarlas. En cuestión de dos minutos, no más, la jefa se serena de forma instantánea. Con la misma facilidad que rompió en llanto, ha logrado serenarse en menos de un segundo.

—Busca algo para limpiar aquí —le indica a Edurne, señalando la tumba con sus labios.

Las dos señoras que se habían acercado le prestan una bayeta. Cuando acaba de sacudirla por arriba, la jefa coloca las flores con la rapidez de quien entrega un recado, se da media vuelta y se marchan.

Una vez en el coche la jefa deja atrás lo que acaba de ocurrir y continúa con su monólogo inicial. Es repetitiva hasta el cansancio. Otra vez el cuento de que los hijos no la quieren, de que si el marido la engaña. Combina esas historias con otras vinculadas a su fascinación por las playas nudistas. Desconcertante además de absurdo. La mujer no logra mantener el hilo de una conversación normal.

De pronto, aparca el coche en un centro comercial, entran y suben a una cafetería en el último piso. Sin preguntarle a Edurne qué quiere, pide dos cafés y unas tostadas. Entonces, la conversación cambia de tema.

—Tengo mi cabeza enfocada en ti —dice la jefa.

—Usted dirá.

—Quiero que pases un tiempo más currándote el puesto, que aprendas el trabajo desde adentro. Además, te hará bien aprender a barrer y hacer camas; te hará valorar más la oportunidad que te estoy dando —ante una Edurne en absoluto silencio, continúa— los estudios no sirven de nada. Yo no

he estudiado como tú y míranos, yo soy la jefa y tú trabajas para mí. Para los negocios hay que tener instinto, y yo lo tengo. Con solo mirar a la persona, ya sé que puedo ganar con ella.

«¿Qué clase de ser humano puede hablar como esta mujer?», piensa Edurne mientras la escucha con una mezcla de rabia y asombro.

—Quiero que aprendas a manejar el ordenador de la residencia —continúa la jefa.

—Ya sé manejar ordenadores —le aclara Edurne.

La jefa, en un tono más prepotente, le dice:

—Este ordenador no lo sabes manejar. Le he pagado a expertos para que le metan programas que no sabes manejar. Tienes que aprender, pero tenemos que hacerlo sin que Pedro y César se den cuenta. Voy a llamar a los que me lo instalaron para que autoricen a usarlo en otro ordenador. Si aprendes a manejarlo, despido a Pedro y así me ahorro unos euros. Y si eres inteligente, después vamos a por el puesto de César. —Edurne continúa en silencio—. ¿Por qué pones esa cara de tonta? —pregunta la jefa.

—Para ser honesta, me asombra lo que me dice. No pensé que quisiera quitarse del medio a ellos dos. Tengo entendido que trabajan para usted desde hace muchos años y que... —dice Edurne, pero ella la interrumpe y se ríe.

—Pedro es un cero a la izquierda. Allí donde lo ves como un ratón escondido detrás del mostrador, es un listo que hace como que trabaja, y cuando le pido algo, me marea y jamás me lo entrega. Y César... César es una larga historia. A ese lo he sacado de trabajar como camarero, pero ya me está dando muchos problemas. Él cree que me engaña, pero yo soy lo que soy porque me he llevado muchas cornadas. Pero tú aún tienes mucho que aprender. Tatiana me ha contado tus metidas de pata —agrega la jefa.

Edurne no se aguanta y le dice:

—Pues, ya me gustaría darle mi versión de los hechos, y también hablarle de Tatiana. Para ser sincera, creo que en la residencia pasan cosas que usted no sabe.

Grave error de Edurne. La jefa se molesta. No va a permitir que una mocosa le diga cómo llevar su negocio. Se endereza en su silla y le dice

—Mírame bien, yo lo sé todo. Nadie mueve un solo dedo en mi residencia sin que yo lo sepa. No te pases de lista. No creas nada de lo que escuches y no digas nada si no quieres que yo lo sepa. ¡Qué me vas a enseñar tú a mí! Me vas a venir con historias, que si Nixon es un violador, que si Tatiana los maltrata, que si les robo a los abuelos. Mi residencia es por mucho

la mejor residencia. —Bebe un sorbo al café y continúa—: Por eso la gente trata de destrozarme. Hasta mi hermano intentó demandarme. Su mujer hizo correr la voz en la ciudad de que en la residencia le hacemos daño a los abuelos. Mis abuelos están perfectos. Las otras residencias huelen a mierda, en la mía te le acercas a cada abuelo y huele bien. No me vengas a mí con cuentos. Tú aprende si no quieres seguir para siempre como estás ahora.

La reunión ha sido más que reveladora. Eburne, dentro de todo el caos de la conversación, ha visto una oportunidad. Sabe que, si se gana su confianza, podría pasar a un trabajo más liviano, y eso para ella, en este momento sería avanzar. Así que acomoda su discurso y le dice:

—¿Cuándo podría comenzar con el sistema de la residencia?

La jefa sonríe, sabe que ha logrado lo que buscaba: ha doblegado a Eburne a su voluntad y ha despertado su interés, marcando a fuego su territorio y dejando claro su poder.

—Voy a pagar la cuenta y te llevo a tu piso.

Con esa frase, la jefa pone punto final a su conversación. La salida ha durado tres horas, su esposo la espera a su llegada.

—Por tu cara ha sido una salida intensa. ¿Qué quería esa mujer?

—Vamos a pasear a *Hipócrates* y te cuento. Lo que no te aseguro es que no vomite al hacerlo.

—¿Tan grave fue?

—Esa mujer está loca y es mala, las dos cosas a la vez. Es perversa. Vamos, no quiero que me robe más tiempo. Hoy quiero que me cuentes de ti y hablemos de otras cosas más agradables.

Mientras pasean por la orilla del río, de pronto *Hipócrates* arranca a correr hacia el terreno de al lado.

—¿*Hipócrates*, para! —grita ella.

—Déjalo —le dice Andrés.

Hipócrates ha visto a *Bender*, un perro podenco blanco con manchas marrón claro, que destaca entre todos los perros de la zona por ser muy juguetón y siempre obligar a sus dueños a correr tras él para llevarlo a casa

—Mira —dice Andrés—, está persiguiendo a un conejo, y allá está Mercedes, su dueña. ¿No conocías a *Bender*?

—Sí claro, lo habré visto dos o tres veces, pero no sabía que jugaban así.

—Les encanta jugar juntos —continúa contando Andrés—. Sus dueños son muy agradables. Ella se llama Mercedes y su esposo Miguel. Ven y te la

presento.

—Sí por favor, hoy necesito conocer a alguien agradable.

CAPÍTULO 6

Hoy se celebran los cumpleaños en la residencia. Entre Pilar, la trabajadora social, y la terapeuta ocupacional han organizado una fiesta. En la cartelera de la entrada han colocado las fotografías de los siete abuelos que cumplen años este mes. Es impresionante; el menor de los abuelos cumple ochenta y seis y la mayor noventa y seis. Entre los siete suman 638 años. Han llevado churros y chocolate para servirles de merienda. Además, les van a repartir pastel. Los abuelos están contentos. También les han llevado una agrupación que baila sevillanas. Todo eso supone más trabajo para los auxiliares; sin embargo, la mayoría muestra predisposición a ayudar. Han venido algunos familiares a compartir la tarde con los residentes.

El punto especial del día lo ha puesto Federica, una abuelita de noventa y dos años; hace quince que vive en la residencia. Cuentan que de recién llegada se valía por sí misma. Con el paso de los años aún camina, pero como pierde mucho el equilibrio, los familiares insisten en que permanezca en su silla de ruedas, a menos que vaya uno de ellos a visitarla y la acompañe a caminar. Federica es menudita, tiene una gran nariz, es muy divertida y lo sabe. Dos cosas le fascinan: una es jugar a lanzar comida, y la otra es tocarle el culo a quien tenga a mano. Pues hoy se ha dedicado a tocarle el culo a todo el que ha podido: auxiliares, abuelos, e incluso familiares. Todos ríen al verla en su silla persiguiendo a la gente y hacerlos dar un salto después de un buen apretón.

—A ver Federica, que ya está bueno de pellizcar culos por hoy —le dice Pilar intentando llevarla al orden. La acomoda a su lado para tenerla vigilada mientras se organiza para comenzar a servir la comida, con la idea errada de que teniéndola cerca la podría controlar. Al primer descuido de Pilar, Federica ha agarrado la punta del mantel de la mesa de la comida, y dando un tirón se ha apoderado de una cesta de churros y comenzado a lanzarlos como lanzas a su alrededor. Todos ríen y gritan al verla. Mientras Pilar intenta quitarle la cesta, aprovecha para darle a ella su respectivo agarrón. Toma de nuevo la cesta, se la pone de sombrero y se llena de azúcar de la cabeza a los pies. Los otros abuelos advierten que Federica ha distraído a los auxiliares y se dedican a tomarse todo el chocolate. Para los abuelos es un momento genial. Los auxiliares se apresuran a controlar la situación. Sin embargo, todo es un desastre.

Una vez remediado el desorden, se inician los cambios de pañal y,

para felicidad de todos, llega la hora de acostarlos. Entre los que le han tocado esa noche a Edurne está Teodoro. Lo deja para el último. Se ha dado cuenta de que está de mal humor por lo que ha pasado con los churros, y de que se le ha metido una vez más en la cabeza que tiene que ir a buscar su coche y marcharse. Sabe que hoy acostarlo va a ser complicado, así que prefiere terminar con el resto de los abuelos y luego, con paciencia, ir por él.

—Vamos Teo, eres el único que me falta por acostar, y así puedo descansar un poco.

—No me voy a acostar. Dame las llaves de mi coche que me voy a la Alberca. Estoy cansado de tanta mierda aquí —le contesta mientras retrocede con su silla para alejarse de Edurne.

—Venga Teo, que no quiero pelear contigo. Sabes que te tengo que acostar.

—Que no quiero te he dicho, qué terca eres mujer —responde Teo mientras la esquiva.

—¿Terca yo? Mira quien me lo dice. Venga Teo, vamos ya a tu habitación, yo te llevo

—Te dejo que me acuestes si me das un beso.

—Ahora sí que me he ganado el premio gordo de la lotería. Estás mal de la cabeza. Venga Teo, esto ya está muy hablado. —Edurne toma los manubrios de la silla de ruedas y lo lleva por el medio del pasillo, mientras él intenta anclarse a cualquier arista de la pared para lograr detenerla.

—Lo hemos logrado Teo, estamos en tu habitación. Ahora a desvestirse y ponerse el pijama.

—No me quieres dar un beso, pero si me quieres desvestir. ¿Quién te entiende? —dice Teo con picardía.

—Estás tonto Teo ¿Sabes qué? Solo por hoy voy a quitarte la chaqueta y te acuesto con tu camiseta y el chándal, nada de pijama, así será más fácil. Luego pongo una nota en el libro de incidencias, para que quien te levante mañana entienda.

—Eres la mujer más terca que he conocido en toda mi vida —dice Teo entre risas y resignación

—¿Ves? Cuando cambias la actitud todo se hace más agradable. Vamos con nuestra rutina Teo. Primero fijo la silla con los frenos, bajo los reposabrazos, pongo mi pierna derecha entre las tuyas, paso mis brazos por debajo de los tuyos...

—Y me cantas una canción al oído —dice Teodoro.

—Venga, si me ayudas te canto... A la una, a las dos y a las tres...

—Ante el asombro de Edurne, por primera vez Teodoro se mantiene de pie durante unos segundos y le dice:

—Ahora, bailemos... —Edurne lo gira en un brusco impulso y lo sienta en la cama.

—¡No me jodas Teo! Durante meses me he reventado la espalda contigo, levantándote en peso muerto porque no te puedes parar ni hacer un coño, y ahora de la nada te pones de pie.

—Pero no puedo caminar —corrige él.

—Joder Teo, no seas cabrón, que yo me jodo la espalda mientras tú me podrías haber ayudado...

—Me gusta que me abracés para levantarme —dice Teo en un intento de disculparse.

—Juanita tenía razón. Ella decía que te había visto parado y yo de idiota no le he creído.

—Me gusta cansar a los cabrones cuando vienen a acostarme —dice Teodoro refiriéndose a los otros auxiliares mientras ríe.

—Jódelos a ellos, pero no a mí, que me la paso cuidándote, qué barbaridad.

Molesta, lo termina de acostar y sale de la habitación.

—No se lo cuentes a nadie y déjame la luz encendida —le grita Teodoro.

Edurne regresa, asoma la cabeza por el borde de la pared para que Teo pueda verla, le sonrío y apaga la luz.

Esa noche, antes de irse a casa, como de costumbre pasa por el cuarto de Antonia.

—Hola Toñi, aquí te traigo un poco de chocolate caliente y unos churros que he encontrado.

—Muy graciosa, como que no he visto que los han recogido del piso.

—Es una broma Toñi. ¿Viste la que se ha armado hoy en la fiesta?

—Ha sido una guarrada —comenta Toñi, con su insuperable cara de asco.

—Esa palabra me da risa.

—¿Guarrada?

—Sí, nosotros no la usamos, decimos cochinado —le explica Edurne.

—Guarrada la que van a tener que limpiar los auxiliares del turno de la mañana.

—¿Y eso por qué lo dices?

—¿No has visto la cantidad de chocolate, churros y tarta que han comido los abuelos? Esta noche todos se cagan, y mañana los van a encontrar nadando en mierda...

—Ja, ja, ja. No lo había pensado, pero sí, es muy probable que así sea —dice Edurne.

—¿Te acuerdas de cuando les dieron castañas? Toda la residencia olía a mierda.

—Qué conversación tan conmovedora que hemos tenido esta noche —dice Edurne mientras ríe—. Venga, dame un beso que ya me voy.

—Espera, que antes de que te vayas te muestro unas fotos que me ha mandado mi nieta por correo —dice Antonia al tiempo que saca un sobre amarillo del cajón de su mesa de noche.

—Qué bonitas, Antonia—comenta Edurne mientras mira las fotografías.

—Esta nieta siempre me ha querido mucho. Se llama Ana. No viene a verme porque vive en Madrid y tiene a las niñas pequeñas, pero siempre me llama y me envía fotografías. Quiere que aprenda a usar la computadora, pero yo no estoy para esas cosas; a mí que me mande mi correo y ya está.

—Bueno, ahora si me voy, Toñi. Te las pongo aquí al lado del televisor para que las veas.

—Anda, descansa y come que estás muy flaca. El uniforme te queda flotando, pareces un saco de patatas.

—Todos los días me lo dices...

—Y canda la puerta.

—Eso también me lo dices todos los días, Toñi; te estás poniendo vieja.

—Y tú cada día estás más tonta. Hala, a tu casa.

Tal y como lo predijo Antonia, la levantada del día siguiente de los cumpleaños ha sido un completo caos. La mayoría de los abuelos están mal del estómago por todo el chocolate y los churros que han comido ayer, así que hay más trabajo de lo normal cambiando pañales.

Hoy a Edurne le toca pasar dos horas haciendo camas, todas las del piso de abajo. Mientras lleva el carro con sábanas y toallas limpias hasta el final del pasillo, la enfermera se le acerca y le indica:

—No entres en la 106 que la estamos desinfectando. Se ha muerto Sagrario. Hemos puesto un producto en spray y hay que mantener la

habitación sellada.

—No me extraña que se haya muerto Sagrario con lo llena de escaras que estaba. Mucho ha aguantado ¿Todavía está el cuerpo en su habitación?

—pregunta Eburne

—No, los chicos la pasaron temprano al cuarto donde los arreglamos y ya vino la funeraria a buscarla. Cuando pases por la 106, retira su nombre de la puerta y deja el cartel de no entrar —le indica la enfermera y se marcha.

Eburne sigue de habitación en habitación haciendo las camas. Cuando entra a la de Antonia, ella le tiene una grata sorpresa.

—He hecho las dos camas de mi habitación, la de Montse y la mía.

—Toñi, qué maravilla, gracias —le dice Eburne mientras la abraza.

—Entra rápido tonta, así creen que estás trabajando y aprovechamos para hablar.

—Te adoro mi Toñi bella, ven, sentémonos aquí. ¿Te han dicho que ha muerto Sagrario? —pregunta Eburne

—Sí, pero da igual, en este lugar morirse es rutina —se lamenta Antonia.

—Me da tristeza —confiesa Eburne. Entonces Antonia se sienta en su sillón, en silencio. Con cierta cautela, Eburne le pregunta—: ¿Sabes qué me llama la atención?

—¿Qué, mi niña? —responde Antonia con voz entrecortada.

—Que no los veo llorar —dice y se apresura a aclarar—: No es que quiera que los abuelos lloren, no me malinterpretes, pero es que se muere la gente y no veo a nadie llorar.

Antonia fija su mirada en la ventana, toma el rosario entre sus manos y lo aprieta con fuerza. El olor a rosas inunda la habitación. Las dos se callan durante un rato, hasta que Antonia rompe el silencio:

—Cuando se tienen noventa y cuatro años, has visto morir mucha gente, has despedido a casi todos tus familiares y amigos, has ido a todas las funerarias que existen... Ya ni voy a eso, no tiene sentido. A estas alturas, ya entiendes qué va a suceder. Cuando toca, toca, y no hay nada que hacer. Hoy le ha tocado a Sagrario. —Suspira y decide seguir hablando—: Todos los abuelos vimos cuando se la llevaban, no somos tontos. Siempre que alguien se muere, lo meten en aquel cuarto del fondo y lo arreglan. Ya buscaron toda su ropa. Los de la funeraria entran por la puerta de atrás para evitar que los vean. Su hijo ha llegado corriendo después de que lo llamaron para darle la noticia. Durante meses no ha venido a ver a su madre ni una sola vez, y ahora llega

corriendo... ¡Será cabrón! Ella se merecía algo mejor, no hay derecho a que se la lleven en un camión tan feo. Le han puesto una sábana blanca encima, cuando en su cuarto tenía una sábana nueva mucho mejor. Vaya a saber qué funeraria han contratado y a ver si te enteras de si la entierran o la queman. Como su hijo ni me hablaba, menos iba a venir a despedirse de mí. Me tendría que haber dado las gracias por tantas veces que cuidé de su madre. ¡Hasta el champú le prestaba! Tú misma has visto que era yo quien se encargaba de su ropa. Que si le hacía falta un botón... Era yo la que todas las noches le lavaba sus gafas. Pero nada de eso les importa, y ya a mí tampoco.

Y allí estaba Edurne, helada. No se esperaba semejante confesión. Era primera vez que Antonia le hablaba de esa forma. Estaba acostumbrada a sus reclamos y observaciones, secas, breves... Pero esta vez, Antonia le hablaba y se abría ante ella. ¡Los abuelos lo sabían!

—A esta edad, lo que uno hace es imaginarse cómo va a ser la muerte que te va a tocar. Yo no quiero que me lleven en una furgoneta así. Me gustaría saber quién va a vestirme, no vaya a ser que me pongan cualquier cosa y parezca un esperpento. ¿Qué van a hacer con las fotos que tengo en la pared? Aunque si estoy muerta, tampoco es que importe mucho. Me preocupa más cómo voy a morirme, porque todavía yo me muevo por mí misma. No quiero estar de cama, quiero ir caminando, caerme y quedar muertita. Así, que sea rápido, sin ir al hospital. No quiero inyecciones ni nada.

Tenía todo pensado y lo contaba con tanta calma... A pesar de semejante conversación, Edurne debe salir ya de ese cuarto, le espera mucho trabajo. Se levanta, se da cuenta de lo que ha significado también para ella ese momento. Antonia está agotada. Su cara se ha ido transformando durante el relato. Edurne ha visto el rostro de la amargura. El rostro del dolor. Acaba de conocer en persona a la soledad. No hay lágrimas en el rostro de Antonia, ha aprendido a tragar grueso. Su mirada está llena de fuerza, sostiene con autoridad cada lágrima, de manera que no pueden sobrepasar sus párpados. Está claro que se trata de una orden interna. Continúa sentada mirando a la ventana. Su espalda está derecha, sus manos aprietan el rosario, sus pies juntos con sus largas medias. Es una imagen dura. Implacable y dulce. Edurne se sienta en la butaca que está a su lado sintiendo de pronto que también tiene unos noventa años. Son amigas del alma por unos breves instantes. Las dos se quedan en completo silencio, sus corazones se conectan. Antonia comienza a rezar en voz alta, como si la invitara a compartir su momento. Están en comunión. Edurne no se sabe completas las oraciones, pero repite el final de

las frases. Se trata de respeto, de empatía, de amor. La actitud de Antonia impresiona a Edurne. Se calla, baja la mirada, siente una especie de vergüenza y de culpa. Sabe que no es su responsabilidad, pero alguien debe asumirla.

Edurne espera un rato, se levanta cuidando cada movimiento, se acerca a Antonia y la besa en la mejilla, y entonces se sorprende: ¡Antonia al fin le ha dado un beso! Se queda unos segundos así, con su cara apoyada en la de Antonia. Luego la mira a los ojos y ella le habla con una sutileza inusual para pedirle lo mínimo que en ese momento le podía pedir:

—¿Me vas a vestir tú? Cuando me muera, quiero que me vistas tú.

Sin dudarle ni un segundo, más bien sintiéndolo como un honor, Edurne le responde:

—Si Toñi, yo te visto, y lo haré con calma, ¿Y sabes qué? Te daré un beso tan bello como el que tú me has dado hoy. Pero aunque te pongas brava conmigo, creo que yo sí lloraré un rato.

—Está bien, pero solo llora un poco, luego te calmas, no quiero verte moqueando.

Edurne se endereza. Es evidente que han pactado. La deja mirando a la ventana...

* * *

Ha pasado una semana. Son las diez y quince de la noche. Los auxiliares de guardia ya se encuentran en la cafetería llenando las planillas para terminar el turno. Lo normal es que a esta hora reine el silencio en la residencia, pues ya todos los abuelos están acostados y los televisores comunes apagados. De pronto se comienza a escuchar un ruido repetidas veces, como que algo golpease una pared. Uno de los auxiliares piensa que podría ser José, un abuelo que camina con dos bastones y suele pararse varias veces en la noche para ir al aseo.

—Voy al cuarto de José, a lo mejor se ha caído y está pidiendo ayuda golpeando la pared con uno de sus bastones —dice el auxiliar.

A los diez minutos regresa riendo a la cafetería y comenta:

—Nadie se ha caído. Son Marta y Chema... ¡Teniendo sexo!

—¿Qué dices cabrón? —le pregunta Daniel, al tiempo que ríe.

—He ido primero al cuarto de José y lo he encontrado dormido. Como el ruido continuaba he ido de habitación en habitación a ver de dónde podía venir, hasta que he llegado a la habitación de Marta. He abierto la puerta... y...allí estaban. Chema tendido en la cama y Marta montada encima como si él

fuera un caballo. Me he quedado de una pieza, no sabía qué tenía que hacer hasta que Chema me ha gritado que saliera lanzando una almohada —cuenta entre risas el auxiliar.

—¿Y se les puede dejar que hagan eso? —pregunta Daniel.

—¿Que hagan eso? —repite el auxiliar sin dejar de reír—. Anda tú a decirles que no lo hagan, que dejen de follar, a ver qué te contestan.

—Mientras los dos sean válidos y estén de acuerdo, no debería ser un problema —aclara Edurne.

—Yo una vez pillé a Chema besando a Mary Purificación y metiéndole mano —dice Daniel.

—Ahí cambia la cosa. Chema es válido y Mary Purificación tiene retardo mental leve. Allí hay que ir con cuidado, hay que asegurarse de que Mary Purificación esté de acuerdo. Aparte, ¿Chema qué se cree? ¿Un semental? Avísale a la trabajadora social para que ella vea cómo lo manejan —indica Edurne.

—Por mí que follen todo lo que les dé la gana, mientras no tenga que verlo... —dice el auxiliar—. Si veo a Pilar, le digo que te busque.

—Y yo que creía que los viejos no follaban —dice Daniel.

—¿Y por qué no van a follar, cabrón?

—Porque son abuelos, macho. Cambiemos de tema, quiero poder dormir esta noche —dice Daniel.

Edurne aprovecha que ha terminado con las planillas para ir a ver a Antonia, que hace unos días se encuentra en cama, como si se hubiera cansado. Ha comenzado un día cualquiera diciendo que prefería quedarse en cama. Dejó de jugar a las cartas, cada día come menos y duerme más. A pesar de que Edurne intenta animarla, ella se limita a repetir que está muy cansada, que ya está bueno de tanto vivir...

—Hola Toñi bonita. ¿Cómo estás?

—Mal hija, me siento muy mal.

—¿Has comido?

—No tengo hambre, y cuando como algo me dan ganas de vomitar.

—¿Quieres que te busque un yogur? O dime algo que te provoque.

—Que te quedes un rato aquí. Cuéntame cómo van tus cosas, ¿qué sabes de tus papeles?

—Debe faltar poco para que todo se resuelva, Toñi, pero me preocupas tú, te me estás poniendo muy flaquita y estás muy débil.

—Rezo todos los días porque lleguen tus papeles. Prométeme que

apenas puedas te vas a ir de aquí. No quiero irme dejándote en esta mierda.

—Deja de hablar tonterías Toñi, tú no me vas a dejar. Tú eres lo más bonito de este lugar, eres mi fuerza, eres... —Y rompe a llorar.

—No llores mi niña. Las dos nos tenemos que ir de aquí. Nada de llorar, yo siempre voy a estar contigo. —Toñi le besa la mano.

Abren la puerta. Es Pilar.

—Me dijeron los chicos que podría encontrarte aquí y que tenías algo que contarme de Chema. ¿Puedes hablar ahora o lo dejamos para después?

—Espérame un segundo y te digo de una vez.

Se levanta, le da un beso a Antonia y sale de la habitación.

—¿Qué haces a estas horas aquí? —pregunta Edurne

—La jefa me ha pedido que venga por unas cajas y que se las lleve a su piso de la ciudad.

—¿Y te llama para eso? —vuelve a preguntar Edurne y sin aguantar su curiosidad va un poco más allá—. ¿Qué guarda en tantas cajas? ¿Te ayudo? Te estás llenando toda de polvo.

—No pesan tanto, tranquila. A estas alturas ya nada te debería extrañar, mucho menos que llame a cualquiera de nosotros cuando le da la gana. Pero más importante aún es que deberías haber aprendido a no preguntar.

CAPÍTULO 7

La hora de darles de comer a los abuelos ha comenzado mal, pues, en un descuido, uno de los auxiliares ha puesto el carro con los recipientes de la comida al alcance de Lorenza, que de una certera patada ha tumbado la olla con el puré de los asistidos y las bandejas con el pollo y las patatas. Todo ha acabado esparcido por el suelo. Al darse cuenta del desastre la enfermera avisa a la cocina para que preparen una nueva cena lo más rápido posible, pero los cocineros le advierten que en el mejor de los casos les va a llevar unos veinte minutos el reponerla. De inmediato la enfermera llama a una persona de limpieza, pues los abuelos comienzan a resbalar con el pringue que se ha formado, y comienza a dar órdenes.

—Que todos los auxiliares sienten a los abuelos que caminan en los sillones para que no se vayan a caer. Quiero ver a todos los que están en sillas de ruedas agrupados en aquel rincón. Tu Edurne comienza a darle los batidos a los que se alimentan por sonda, así adelantaremos algo. Eduardo saca a Lorenza de mi vista antes de que le dé una hostia. Métela en el primer cuarto de enfermería y hasta que no se calme no la vuelvas a traer.

Solo hay cuatro residentes que se alimentan por sonda, incluida la misma Lorenza. Las jeringas que se utilizan para hacerlo se guardan en unas cajas de plástico sobre el microondas, en una mesa de la esquina. Zoila le entrega una bandeja con los cuatro batidos, tras lo cual Edurne se dirige a esa mesa para comenzar a atenderlos. La caja está abierta y solo hay tres jeringas. Cuando Edurne se lo comunica a Zoila, esta le dice que busque una nueva en el carro de enfermería, que lo importante en medio de ese desorden es resolver. La jeringa que se ha perdido habrá que buscarla después.

Mientras Edurne da de comer a los residentes con sondas, entra Daniel al comedor y acercándose le dice.

—Edurne, creo que te traigo una mala noticia. Ve a ver a tu amiga Antonia, se ve bastante mal. Está respirando con mucha dificultad. Ya le dije a Zoila, pero en medio de este lío... Ve tú que yo te cubro aquí. Anda, sé que querrás verla.

—Estoy dando las sondas. Me faltan estos dos —dice señalando a los residentes en la mesa que no han sido alimentados.

—Ya me encargo, corre, corre a la habitación de Antonia.

Sin perder tiempo Edurne sale corriendo. Antonia está acostada en su cama, arropada hasta el cuello. Luce pálida y sus ojos apenas se abren. Edurne

se arrodilla para quedar cara a cara con su amiga. El olor a rosas es tan fuerte que casi corta la respiración.

—Aquí estoy Toñi, como te lo había prometido, espera un momento.

—Edurne saca sus manos de entre las sábanas, toma el rosario que tiene en la mesa y se lo enrolla entre sus dedos.

—Ya está, como a ti te gusta —dice Edurne.

Antonia, haciendo un gran esfuerzo, le dice:

—Tengo miedo.

—¿Quieres rezar? —pregunta Edurne con la voz entrecortada.

Antonia responde que no con la cabeza.

—Quiero que me des un beso de despedida, mi niña. Hoy me marcho.

Edurne siente que se derrumba el mundo. Durante todo este tiempo, Antonia había sido todo para ella, la personificación de la bondad y el amor en este lugar. Antonia es para Edurne un ejemplo de esperanza, de dignidad... En ella encontraba consuelo en sus momentos más difíciles. Sabía que no era la mujer más cariñosa del mundo, pero era una mujer justa, íntegra. Perder a Toñi representaba para ella un profundo dolor. Sin embargo, logra posponer la pena para cumplir con su promesa.

—Lo sé Toñi. Y vamos a hacerlo bonito. Mira qué bonita noche tenemos hoy. —Se aparta hacia un lado para que ella pueda ver por la ventana. Edurne toma las fotografías que están al lado del televisor y le dice—: Mira, aquí tienes bien cerca de ti a todos los que te aman. Tú tranquila, que seré yo quien los llame y lo haré como tú me has pedido, con calma. Les contaré muchas cosas bonitas de ti. Espera, me falta ponerte la cobija azul que habíamos elegido. Por la ropa ni te preocupes, que yo sé bien cuál quieres que te ponga.

—Tengo miedo —repite Antonia tomando a Edurne del brazo con la poca fuerza que le queda.

—Sin miedo Toñi. Yo estoy aquí, estoy contigo, como te lo había prometido —le dice mientras acaricia su cabello—. Sabes que te voy a extrañar, ¿verdad? Y que voy a llorar.

Toñi sonrío, una lágrima recorre desde su ojo hasta la oreja. Edurne la besa en la frente apoyando sus labios con fuerza, y ella deja de respirar. Antonia Amor se ha ido.

La enfermera se asoma a la puerta y las observa.

—Dame cinco minutos, por favor. Solo cinco minutos. Yo la preparo. ¿Me dejas que lo haga en este cuarto? —pregunta Edurne con lágrimas en sus

ojos mientras la sostiene de las manos.

—Pero hazlo rápido, tu turno es en el comedor, y lo sabes.

La enfermera se va y Edurne se da prisa para atender a Antonia.

—A ver, Toñi, deja que busque tu ropa. Vamos a meter las fotos en los bolsillos. Ahora voy a peinarte, intentaré parar de llorar antes de que me llames tonta por hacerlo. Habíamos quedado en que lloraría solo un rato. Voy a apresurarme para convencer a la enfermera de que me deje hablar con tu familia, antes de que ella los llame. Y si no me deja, lo haré a escondidas, así que tú no te preocupes.

Edurne sigue hablando en voz alta, como si Antonia aún pudiera escucharla. Era el trato, y ella lo respetaba.

Cuando su esposo llega a buscarla, ella se monta en la furgoneta y, sin mediar palabra, le dice:

—Ha muerto Antonia Amor.

Después de esa frase, ambos se mantienen en silencio. Ella se dedica a mirar por la ventana. Para su tranquilidad, no hay nadie al llegar a la casa, no quiere que la vean así. Pasa directo al baño y se encierra. Su esposo se mantiene cerca, sentado en la cama; sabe que Edurne necesita estar sola y lo único que él quiere es que sepa que la entiende y acompaña en su dolor.

Edurne se desviste, entra a la ducha, y se queda allí, sin ni abrir la llave del agua, solo llorando, con sus manos apoyadas en la pared, su cabeza mirando hacia abajo, sus piernas temblando. Limpia su rostro con fuerza varias veces con sus manos sin parar de llorar. Andrés se acerca a la puerta del baño y con delicadeza pregunta:

—¿Estás bien? —Ante el silencio de Edurne, abre la puerta, entra y le repite—: ¿Estás bien?

—No, no estoy bien.

Él abre la puerta de la ducha y le dice:

—Ven aquí.

—No quiero que me veas así. Estoy hecha pipí.

La toma de una mano, la saca de la ducha, la rodea con una toalla mientras la abraza.

—Es una mierda ese lugar, ya no quiero ir más. No quiero que Toñi se muera. Dile a Toñi que no quiero que se muera. Por favor, Andrés dile...

—Llora tranquila amor, llora todo lo que tengas que llorar.

—Me han dejado que yo la arreglara, me han apresurado, pero me han dejado, por lo menos pude cuidarla, no he dejado que la metieran en el otro

cuarto, le escondí las fotos en los bolsillos... —explica Edurne al tiempo que se atraganta con sus propias lágrimas.

—Shhh, tranquila, habla, pero respira con calma. Escúchate, has hecho todo lo que le habías prometido, la has ayudado a irse en paz.

—Quería quedarme más con ella. Solo tenía cinco minutos... Cinco putos minutos de mierda...

—Ven, te acompaño a bañarte, luego nos iremos a acostar. Eres mi chica valiente. Recuerda, todo esto va a terminar. Mañana es tu día libre, podemos salir a pasear y así te distraes un poco, ¿quieres?

Esa noche, Edurne durmió hasta tarde, algo que hace tiempo no hacía. Estaba en la cima del agotamiento. Se despertó cuando su esposo entró a la habitación.

—Tranquila, sigue durmiendo que voy a sacar a *Hipócrates*, te compro algo rico a la vuelta y así desayunas en la cama.

—No —contesta ella—, yo te quiero acompañar a pasear a *Hipócrates*, me hará bien ir al río un rato.

—Dale, vístete rápido, te espero abajo.

* * *

—Adoro venir a este lugar —dice ella mientras camina hacia el río entre varios arbustos altos. Es un día soleado, hay gente trotando, familias paseando, grupos de ciclistas entrenando. Incluso, a lo lejos, se ve una tienda de campaña y gente pescando.

—Pensar que cuando recién llegamos no te gustaba ni bajar al río, mucho menos caminar por aquí —dice Andrés.

—Me tomó un tiempo tomarle cariño a este lugar, pero la verdad que es hermoso. Ey, mira, allá está *Bender*. ¡*Hipócrates*, corre, corre!

—En las mañanas pasea con Miguel, pero no lo veo, lo debe estar buscando —dice Andrés.

—*Bender*, ¿dónde has dejado botado a Miguel? —pregunta Andrés mientras lo acaricia—. Ah, ya lo veo, es ese de allí —le indica a Edurne.

—Hola, Miguel. —Andrés se acerca para saludarlo—. Hoy *Bender* te ha sacado ventaja. Ven que te presento a mi esposa.

—Mucho gusto, soy Miguel —le dice mientras le estrecha la mano—. Me parece que ya te conozco.

—Sí, nos conocemos —reconoce Edurne con cierta incomodidad—.

Te conozco, pero no por *Bender*. Te he visto en otro lado.

—¿Tú trabajas en una residencia?

—Claro, tú eres uno de los policías que fue cuando murió Aurora.

—Soy Guardia Civil, en realidad —le corrige Miguel.

—Disculpa, es que aún me confundo, en mi país es la policía —dice ella apenada.

—No pasa nada. Claro, ha sido en la residencia.

—Es que sin el uniforme... Y ese día todo pasó tan rápido que la verdad...

—Bueno, de eso no puedo hablar mucho... —dice Miguel

—Tranquilo Miguel, yo también prefiero ocuparme más de *Bender* y de *Hipócrates*, a decir verdad —dice Edurne intentando superar la incomodidad del encuentro—. Nos comentó tu esposa que el otro día *Bender* se perdió por dos horas. Menudo susto.

—Sí, nos llamó la persona que lo encontró y, como tiene el número en el collar, pues bueno...

—Menos mal. Bueno, me alegro, encantada de conocerte.

—Igual, saludos.

Se despiden sin más.

—Qué chiquito es el mundo, mira qué casualidad. ¿Tú sabías que él era Guardia Civil? —pregunta ella

—Sí, pero qué me iba a imaginar yo que justo sería él el de la residencia. Para comenzar, ni se me ocurrió que tuviese que ir la Guardia Civil. ¿En qué va ese asunto?

—Justo ayer compartí turno con Daniel, él me avisó que Antonia estaba muriendo. Lo que pasa es que con esa agitación no tuvimos tiempo de hablar. En resumen, solo me ha comentado que la guardia no tenía pruebas ni motivos suficientes para mantenerlo detenido, así que lo soltaron, pero no hemos podido hablar mucho más. Lo que sí me dijo es que a César le tienen puesto el ojo.

—¿Por la muerte de Aurora?

—No lo sé, yo no veo ninguna relación, pero en esa mierda cualquier cosa es posible. Vaya a saber qué cangrejo tienen escondido esos locos.

—¿Dónde quieres ir ahora? —preguntó Andrés.

—A desayunar —respondió ella mientras lo empujaba para apurarlo—. Tengo hambre vieja, podría desayunar tres veces.

Mientras Edurne disfruta de su jornada de descanso, el día a día

continúa en la residencia. Daniel ha llegado a las tres en punto, justo en el momento del cambio de guardia, cuando se juntan en la recepción los auxiliares de la mañana con los de la tarde. Como es rutina y obligación, lo primero que hace Daniel es leer el libro de incidencias. Una nueva noticia les espera: "*Lorenza, exitus*"

—Joder tío, ¿es que no podemos tener un día normal? ¿Qué ha pasado con Lorenza? Cuando me fui ayer estaba bien, bueno, bien bien no, pero sí igual a todos los días —dice Daniel con asombro.

—Ya te has cascado a otra—le dice Tatiana riendo.

—¡Calla imbécil, ni en broma te dejo decir eso! —dice Daniel, indignado ante el comentario

—Imbécil la madre que te parió. Que te den... —dice Tatiana mientras toma sus cosas de un tirón para marcharse.

—Calla Tatiana, tú siempre tan bruta, te he dicho mil veces que te calles. Un día de estos te vas a ganar que te den una buena hostia —dice Pilar, que se ha dado cuenta del incidente. Luego se dirige a Daniel—: Tú tranquilo, Lorenza se ha muerto pues, porque sí, porque la gente mayor se muere.

—Claro que la gente mayor se muere, pero por lo menos el día antes se enferma, o la atropellan o explota una bomba. Pero es que, ¡joder!, es que aquí se mueren... por costumbre —dice Daniel amargado.

—Ayer Lorenza no estaba bien; ha pasado el día muy inquieta, gritando, pero eso no era raro en ella. Después de la comida se ha puesto peor; no eran gritos, eran alaridos. Estaba muy agresiva, ha intentado morder a su esposo cuando ha venido a visitarla en la tarde. El hizo la observación que no la veía muy bien, así que a petición suya la han acostado más temprano. Se indicó a los de la noche que estuvieran pendientes de Lorenza, y como a las tres de la mañana llamaron al médico porque estaba muy pálida. A los minutos de llegar el médico, Lorenza ya había muerto. Llamaron al esposo, vino a verla y se la llevaron los de la funeraria. Así que este asunto está cerrado —explica Pilar.

—Lo que no es asunto cerrado es lo de esta mujer —dice Daniel refiriéndose a Tatiana—. Ya está bueno de aguantar y aguantar que se meta con todos; lo que acaba de decir es muy delicado, me puede meter en problemas...

—Ya lo he dicho, es más bruta que una cabra —reafirma Pilar.

Daniel comparte la guardia esta tarde con su primo Eduardo y Nixon, que aún no ha llegado. Entonces los dos se ponen de acuerdo: mientras estén los dos solos, Eduardo hará los cambios de pañales y Daniel estará pendiente

de todo lo de afuera. Por la hora, deberían comenzar a servir la merienda mientras la enfermera reparte la medicación. Pasada una media hora del inicio del turno, llega Nixon. Ha venido caminando, está todo sudado y muy cabreado. La enfermera intenta regañarlo por su retraso, pero él la ignora, pasa directo a los baños y le dice a Eduardo:

—Sal de aquí, yo me quedo haciendo los cambios.

—Yo ya estoy cubriendo esta zona, ve a levantar las siestas
—responde Eduardo.

Nixon sabe que no puede reclamar, pues la enfermera lo ha visto llegar tarde, y si discute, no habrá forma de que le dé la razón. Se cabrea cada vez más pues, levantar las siestas significa más trabajo que los cambios. Tiene que levantar a unas diez personas, cambiarles los pañales y arreglarlos, pues por la tarde es cuando reciben más visitas. Además, debe rehacer las camas de todos. También le toca levantar a Marta Jesús, que es cuadripléjica y tiene todo su cuerpo espástico, lo que hace muy complejo su manejo. Hoy no es un buen día para Nixon.

Es un hombre solitario, la forma en que trata a los demás hace que solo unos pocos soporten su compañía. Todo le molesta. Cuando lo ascendieron a supervisor, no mantuvo ni un mes el cargo, pues se dedicaba a buscar errores en todos los procedimientos y luego humillar al responsable a gritos delante de todos. Muchos abuelos le tienen miedo, pues suele tratarlos con brusquedad.

Hoy está más cabreado que de costumbre, pues su exesposa lo ha denunciado por incumplimiento de la pensión de sus hijos. Su novia actual, al enterarse, le ha reclamado. Además, con la multa que le ha impuesto la jefa por lo de Aurora, este mes el dinero no le alcanza para los gastos. Va de habitación en habitación amargado, demostrando su descontento. César se da cuenta y le llama la atención, porque algunos familiares se han quejado de su actitud. La jornada avanza y Nixon está a punto de explotar.

Daniel y Eduardo se han encargado de todo lo demás. A la hora de acostar a los residentes, ellos dos se ocupan del piso de arriba, y Nixon del piso de abajo. A estas alturas, no tiene el mínimo interés en terminar el turno a tiempo. Decide a ir a su ritmo. Si los abuelos le reclaman pues ya se quieren acostar, él ni les habla, y si lo hace es para mandarlos a callar. A las diez y media llegan los auxiliares del turno de la noche. A Nixon aún le falta acostar a más de la mitad de los abuelos. Termina con más de una hora de retraso y sale al patio a fumar unos cigarrillos. No tiene intención de regresar a su casa.

Baja al vestuario de los hombres en el mismo piso que el comedor de válidos, se cambia, saca de su casillero una botella de licor envuelta en una bolsa plástico azul y se mete en uno de los cuartos del sótano, que años atrás eran de descanso. Por lo general, ya no se utilizan, pero uno de ellos tiene aún una cama con un colchón viejo, sin sábanas ni nada más. Nixon se desviste, se acuesta desnudo sobre la cama, pone música en su móvil y comienza a beber. De pronto, recibe un mensaje en su móvil.

Nixon se levanta con entusiasmo nada más leerlo, entra al baño, se pone los pantalones y se enjuaga la boca para quitarse el olor a licor. Luego se dirige a la lavandería y busca entre la ropa limpia de los abuelos una camisa que le sirva. Se la lanza sobre la tabla de planchar a uno de los auxiliares de la noche, que está doblando unas sábanas.

—Anda, plancha rápido esta camisa.

El auxiliar de la noche lo mira directo a los ojos, y sin cruzar palabra sale de la lavandería. Nixon toma la camisa y se pone a plancharla. Su ánimo ha cambiado al punto de que comienza a tararear. Una vez lista la camisa, se la echa encima y camina de vuelta hacia la habitación. Esta vez toma un frasco de colonia, y se rocía encima como para cinco días. Luego se dirige al ascensor y mira fijamente a la cámara, espera que lo activen y sube, dejando tras de sí una estela de olor a colonia barata que casi se puede ver. Su día no ha terminado tan mal.

* * *

Sábado por la mañana. El día es lo suficientemente soleado para que los auxiliares decidan sacar al jardín a los residentes. Eso cambia un poco la dinámica de trabajo de la residencia, pues hay que estar pendientes de los abuelos que están afuera tomando el sol y de los que, por razones médicas no pueden salir.

—Eduarne, hoy te toca llevarles la merienda a los que están en sus habitaciones. Tienes cuatro residentes aquí abajo, Anselmo y Marta, que no han querido salir, María Luisa y Margarita, que están indispuestas. Arriba tienes a Agustín, que no le gusta el sol, y a Clotilde, que está en cama por indicación médica —dice la enfermera.

—El reporte no dice nada sobre Clotilde —comenta Eduarne.

—El día que Lorenza pateó la comida, como a las cuatro de la tarde, Clotilde bajó a buscar un café, y sin darse cuenta se acercó a Lorenza y ella la ha pateado con tanta fuerza que hubo que llevarla al hospital, creyendo que se

había roto la cadera. Pero la han traído de vuelta; los médicos han dicho que solo es una pequeña fisura y le han indicado reposo en cama. ¿No te habías enterado? —pregunta César.

—No, ese día yo estaba atendiendo a Antonia Amor, ¿recuerdas?

—Cierto... y después fue tu día libre. Por eso no sabías de las meriendas.

—Lorenza ha alcanzado a repartir muchas patadas antes de morir, ¿no sería que tenía dolor, alguna molestia? No tenía otra forma de manifestarlo. Lo único que podía hacer era lanzar patadas.

—Te agradezco que no me toques los cojones con la muerte de Lorenza. Ya está muerta. El médico ya ha firmado los papeles y ya está enterrada. ¿Está claro o te lo tengo que repetir? Soy tu jefe, así que te callas y obedeces.

—Deberías cuidar un poco mejor tu disfraz de jefe y limpiarte los zapatos, pareces un obrero...—dice Edurne mirando con fingida desaprobación los zapatos sucios de César. Antes de darle tiempo a reaccionar, da la media vuelta, toma el carro de la comida y sale a repartir por las habitaciones.

—Buenas tardes, Clotilde. Con permiso, aquí le traigo su merienda. No sabía que se había caído.

—¿No me he caído! la loca de Lorenza casi me ha matado de una patada —aclara Clotilde.

—La loca, como tú la llamas, ha muerto ayer —dice Edurne—. Así que mejor no hablemos mal de ella.

—¿Se ha muerto Lorenza? ¿Qué le ha pasado? —pregunta extrañada Clotilde.

—Pues como dicen aquí, se murió porque le ha tocado. Asunto olvidado —responde Edurne—. Bueno, pues te he traído café y unas galletitas. Creo recordar que lo tomas descafeinado.

—Jamás pensé que aguantarías tanto —dice Clotilde.

—¿Cómo dices?

—Que cuando te vi llegar a la residencia, pensé que no aguantarías una semana. Este trabajo es muy duro y era evidente que nunca habías hecho nada parecido. No sabías ni barrer.

—¿En serio lo hacía tan mal?

—Al contrario, lo que más llamaba la atención era tu esfuerzo por hacerlo bien, pero algunos de tus compañeros de trabajo... Hasta escuché

cuando apostaban en cuantos días te harían renunciar. Eso sí, eras tonta tonta cuando llegaste. Ellos te cargaban de más trabajo del que te tocaba y tú no te dabas ni cuenta.

—Claro que me daba cuenta, pero no era mucho lo que podía hacer —se justifica Eburne.

—Me han dicho que en tu país eras médica. Si eso es verdad, ¿qué haces aquí?

—Sobrevivir mientras arreglo los papeles. Eso toma su tiempo.

—Y cuando te lleguen los papeles, ¿te irás de aquí?

—Vamos a esperar que lleguen antes de hacer planes, luego ya veremos. No quiero hacerme ilusiones.

—Tienes que salir en cuanto puedas de aquí. Otro día te contaré algunas cosas. Ahora regresa abajo antes de que te regañen por tardar.

—Hasta luego Clotilde, que te mejores.

—Espera ven aquí, acércate. —Le hace señas con el brazo—. No me hagas ninguna pregunta, pero pase lo que pase, no subas nunca a la casa de la jefa —dice Clotilde en baja voz, mirando a sus ojos.

—Eres la segunda persona que me lo dice.

—Entonces ya te habrás dado cuenta de que debes hacer caso. Y ahora corre que estás tardando en bajar.

* * *

Habían pasado unos quince días desde la muerte de Lorenza cuando la jefa hizo otra llamada a Eburne. Esta vez parecían buenas noticias. A raíz de una inspección en la residencia, les habían hecho una advertencia. Las historias de los pacientes no cubren los requisitos básicos solicitados por la Junta, y entre otras cosas les exigen arreglar algunos expedientes y la jefa ha decidido encargarle a Eburne que actualice todos los documentos de los pacientes. Deberá coordinar los informes de trabajo social con los del médico, los reportes de enfermería, además de las terapias de rehabilitación física y la ocupacional. Es mucho trabajo y por supuesto el sueldo será el mismo, pero como solo requiere trabajo intelectual, es un gran alivio para Eburne. Por otra parte, la jefa quiere que comience de inmediato.

—El lunes vas a comenzar a trabajar como un día normal hasta que yo haya llegado y te dé la orden delante de todos —le dice la jefa al terminar la conversación.

Tal y como se lo habían ordenado, el lunes Eburne se pone a trabajar

en su rutina normal de levantar a los abuelos. Cerca de las diez de la mañana llega la jefa y la manda a llamar. Aguarda por ella sentada en el escritorio de César, mientras revisa unas carpetas. César sonríe y con un gesto la invita a sentarse. Ella permanece callada. Después de un incómodo silencio, la jefa comienza a preguntarle a César sobre los horarios de cada uno de los profesionales de la residencia. César contesta con paciencia cada pregunta, busca y le entrega cada documento que pide. Edurne solo observa, hasta que la jefa cierra una carpeta, la empuja con las dos manos hacia Edurne y le indica a César:

—Quiero que le comuniqués a todos que Edurne pasará las próximas dos semanas en el despacho de la entrada, el que se encuentra desocupado. Llamará a cada uno en turnos de media hora, menos al médico. Lo que necesite del médico que lo pida a través de las enfermeras. A quien llame debe ir y hacer lo que ella le pida, y si le asigna trabajo para la casa, quiero que tú la apoyes y exijas que lo hagan. ¿Te queda claro, César?

—A mí sí, pero que quede claro que esto no se hace en dos semanas. Este trabajo lleva años de retraso —le dice César a la jefa.

—Edurne, te estoy dando dos semanas, ni tres ni cuatro. Tienes dos semanas para hacerme este trabajo. ¿Te queda claro? —dice la jefa.

—Sí, señora Charo —responde Edurne tomando la carpeta—. ¿Puedo comenzar ya?

La jefa ríe y mira a César. El también ríe y levanta las manos en señal de que se rinde.

—Entonces nos vemos en... ¿Cuánto dijeron? ¿Dos semanas? —pregunta César.

—Dos semanas —reafirma la jefa.

Edurne se pone de pie, se dirige a la recepción y pide que le llamen por altavoz a la trabajadora social. Lo hace con la determinación de quien sabe muy bien lo que hace. Es consciente de que hay mucha labor por delante, y que es muy probable que todos ofrezcan resistencia, pero para ella es la oportunidad de alejarse del trabajo pesado, del *mobbing* y no la piensa desaprovechar.

Por otra parte, es la primera vez que tiene acceso a información. A los auxiliares no les permiten ver las historias de los residentes, solo a lo que escribe la enfermera o la trabajadora social en el libro de incidencias. Cuando ingresa algún residente nuevo, anotan el nombre del paciente, la edad y su condición actual. Es decir, si es capaz de valerse por sí mismo o necesita ser

asistido; si usa pañales, prótesis dental y algún un detalle más. Un máximo de tres líneas para explicar en qué condiciones ingresa.

Edurne sabe que debe organizarse rápidamente. Después de revisar de qué recursos dispone para hacer el trabajo, sale del despacho y le dice a la jefa:

—Necesito comprar carpetas, reproducir un promedio de unos siete formatos por residente. Necesito un lugar donde ir archivando, etiquetas, separadores y algunas cosas más. —Mientras habla, la jefa la observa embelesada ante el cambio de actitud—. También necesito enviarle una comunicación a todo el personal, ¿quiere usted revisarla antes de que la entregue? —pregunta Edurne.

—Dale todo lo que pide —le indica la jefa a César—. Envía tú la comunicación, si metes la pata, ya me encargo yo —le dice a Edurne.

Regresa a la oficina que le han asignado. La trabajadora social la espera junto a la puerta con cara de desconcierto ante el cambio en los roles. El rumor empieza a correr con rapidez por toda la residencia. Empleados, auxiliares, abuelos, todos se han enterado de la novedad. Han puesto a Edurne a trabajar a un lado de la dirección, y eso genera un serio malestar entre los trabajadores más antiguos y se lo van a demostrar. Cuando Tatiana se entera, no se lo puede creer.

—Que se atreva esa cabrona a venir a darme una orden. Que venga, que venga a buscarme —repite en tono retador. A pesar de saber que se encuentra la jefa en la residencia y que la orden proviene de ella, decide ir a buscar a César.

—Ahora sí que me están tocando los huevos. ¿De qué se trata esta ridiculez? César, te lo digo bien claro: si está mujer me da una orden, me la como viva y la escupo dos veces. —César se ríe y la desafía—: Anda, dile esto mismo a tu jefa a la cara.

—Si esta pija cree que porque ha estudiado y sabe usar el ordenador está por arriba de mí, yo rápido la aterrizo. En este trabajo hay que saber de otras cosas que ella no sabe —dice Tatiana.

—Y tú sí sabes, ¿verdad, Tatiana? —le dice César con toda la intención de molestarla aún más.

—Anda a que te den a ti también, cabrón —le dice Tatiana mientras le hace una peineta.

En ese momento sale Pilar, la trabajadora social. Edurne también ha escuchado la discusión, pero se queda en la oficina concentrada en los

papeles.

—Por favor, Tatiana, silencio que estamos trabajando —dice Pilar.

—¿Tan rápido te has bajado las pantaletas? —le replica Tatiana desafiante.

—Qué bruta eres mujer —le contesta Pilar y entra de nuevo a la oficina de Edurne. Esta vez cierra la puerta.

Edurne avisa a su casa que saldrá más tarde. A lo largo del día se dedica a organizar el trabajo que lleva años atrasado. Está fascinada de poder acceder los expedientes con los que ingresaron los residentes. Hay archivos con información de hace más de veinte años. Comienza por separar las historias de los que ya no están y los que aún están activos, o sea vivos. En la pared de la oficina ha improvisado un cronograma con todas las tareas pendientes. Ha preparado siete columnas y las ha distribuido en estricto orden sobre la mesa. Comienza a introducir los datos en el ordenador, a hacer gráficos, redactar protocolos. Es una máquina trabajando. A medida que la jornada avanza, va convocando a parte del personal a la oficina y le va entregando a cada uno su trabajo pendiente, especificado con pulcritud. Cuando convoca a Nixon, este anuncia que no va a acudir. César lo amenaza con una amonestación y entonces le advierte:

—Si quieres me despides, pero yo no le voy a dar a esa mujer ninguna explicación.

Tatiana se une a Nixon en un claro desafío, que no cobra fuerza pues el resto de los auxiliares y del personal prefiere acudir a reunirse; unos por curiosidad, otros por miedo a una sanción y el resto porque ven una oportunidad de organizar el trabajo y por ello le muestran a Edurne su disposición de colaborar.

Edurne sabe que aún falta mucho conflicto por afrontar, y que cada decisión que tome va a tener repercusiones, pero siente que hoy ha ganado una batalla: la actitud positiva de la mayoría de los compañeros es su recompensa. Ha sido suficiente para ser el primer día. Llama a su esposo y le pide que la vaya a buscar. Cuando él llega, por primera vez en mucho tiempo, Edurne está de buen humor y le habla con fascinación del trabajo.

—Quiero que estés clara de que esto es temporal —le recuerda Andrés —. Me refiero a que en cualquier momento tu jefa puede cambiar de opinión.

—Para mí cada día sentada en la oficina en vez de en el otro lado es una bendición. Y sabes que no es por el trabajo, que, si se realizara de acuerdo con las normas, y con compañeros de trabajo medianamente decentes,

sería un trabajo hasta bonito. Pero aquí eso no va, así que me lo tomo como lo que es, un descanso. Estoy clara de donde estoy, y de que cuando vuelva al trabajo normal se la van a cobrar. Voy a convertirme en un pedazo de atún crudo rodeado por pirañas, pero de eso me encargaré cuando llegue ese día, hoy por lo menos ha sido todo un alivio.

CAPÍTULO 8

Comienza un nuevo día. Edurne ha llegado a la residencia y entra a la oficina que le han asignado, y al sentarse se da cuenta que sobre la mesa hay más carpetas de las que había dejado ella el día anterior. Están atadas con dos gomas elásticas. Se acomoda en el asiento y con calma comienza a revisarlas. Le cuesta creer lo que tiene ante sus ojos: son los informes oficiales de las inspecciones de la residencia de los últimos diez años. Edurne piensa que quizá se los dejaron por error, o con alguna intención, así que cierra la puerta y se apresura a leerlas.

Toma una hoja en blanco y apunta nombres, fechas y datos que llaman su atención. Sabe que habrán de ser revisados con más detalle en otro momento. Mira el reloj y advierte que ya es la hora pactada para la reunión con una de las enfermeras. Primero va a trabajar con ella, luego con la fisioterapeuta y después tiene media hora libre que ha dispuesto para organizar la información que va recibiendo. Toma el grupo de carpetas y lo pone en un estante de la pared. Elige ese lugar pues allí no son visibles con facilidad, y más importante, si alguien llegase a preguntar por ellas, no parecerá que las hubiera escondido. Está decidida a no preguntar cómo aparecieron hasta que no haya tenido el tiempo de haber revisado con tranquilidad.

La jornada transcurre dentro de lo habitual. A las dos de la tarde, César se marcha a su casa para comer. Le ha avisado a Pedro que quizá regrese tarde pues lo ha citado la Junta y no sabe cuánto tiempo le llevará reunirse con ellos. Esa información le proporciona a Edurne cierto margen de seguridad para revisar las carpetas con más tranquilidad. Cierra la puerta de su oficina y pasa el cerrojo de seguridad; revisa las paredes, esquinas, lámparas y detectores por si hay cámaras de vigilancia. Toda paranoia es poca en este lugar. Cuando se cerciora, toma las carpetas y comienza a leer con atención. Las tres primeras corresponden a inspecciones de la Junta en las cuales exigen la contratación de más personal para atender a los residentes; luego hay una carpeta azul con varios informes relacionados con infracciones sanitarias de la cocina. Amonestaciones por no tener personal cualificado suficiente y faltas de salubridad. Aparta a un lado esa carpeta pues para ella, de momento, no reviste mayor importancia. Mantiene sobre sus rodillas las tres primeras. Siguen dos carpetas más, unidas con una goma. En el interior hay muchas más carpetas que contienen currículos del personal. Hay un sobre de manila; Edurne lo abre con cuidado.

—¿Qué es esto? —dice en voz alta y ella misma se tapa la boca mirando a los lados, preocupada por que la hayan podido escuchar. Le tiemblan las manos, su corazón casi se sale por su garganta. Se inclina sobre los papeles para ver con más claridad: es una copia de un expediente judicial de Nixon. Lo acusaban de abuso sexual a una residente. Entre tantos papeles, comprueba que la acusación prosperó al punto de llevar a Nixon a juicio. Hay copias de las declaraciones. La víctima narró como Nixon había abusado de ella, dando detalles escalofriantes. El informe puntualiza las amenazas a las que la residente había sido sometida para que no hablara, llegando incluso a la utilización de la fuerza y la intimidación. Lo que hasta ahora creía que eran rumores sobre Nixon, había sucedido de verdad. A pesar del testimonio de la presunta víctima, la denuncia había sido desestimada debido al estado mental de la denunciante.

Sigue revisando y encuentra un acta donde la empresa hace constar que le han embargado el sueldo por una denuncia de manutención de su exesposa. Aparece además una hoja de vida. Frente a sus ojos se despliega el pasado de Nixon. En su país, antes de emigrar, había sido policía, y lo habían despedido por abuso de autoridad. Edurne decide que debe ir más allá y a través del usuario de César se mete en la pestaña de «Personal». Allí está la ficha de Nixon: tres amonestaciones por llegar a trabajar bajo efectos del alcohol. Este sobre es una recopilación de todo lo concerniente a Nixon, se dice Edurne.

Vuelve a las carpetas que están sobre la mesa, aún le quedan algunas por revisar. Cuando cree que ya nada la puede sorprender, ve que la última carpeta es de fecha reciente, de la semana anterior. Dentro de ella una citación para César y la trabajadora social, Pilar, para declarar en la jefatura por una nueva denuncia de abuso sexual, presentada por un nombre que no reconoce, pero que representa a Marisela, la misma que había atendido al día siguiente de llegar. La recordaba porque Marisela había sido directiva en un hospital. La denuncia señalaba a un cuidador. Edurne está asustada, siente que lleva demasiado tiempo encerrada en la oficina y que tiene que salir a dar una vuelta para disimular. Se apresura a buscar entre líneas y una vez más, aparece el nombre de... Nixon.

En ese momento se da cuenta de que esos papeles no están allí por error. Solo los ha podido colocar César. Pero ¿con cuál intención?

—Vamos, Edurne, piensa, piensa, joder— se dice así misma en voz baja y a toda prisa comienza a acomodar cada carpeta tal y como estaba. Dobla el papel donde ha anotado fechas y datos, se quita un zapato y el

calcetín, lo esconde allí. Toma las carpetas y las coloca ordenadas en una esquina. Les pone encima una hoja de papel, las rodea con dos gomas, y con un marcador escribe: "Preguntar de quién son estas carpetas".

Al llegar esa noche a casa, saca las notas de su zapato y comienza a revisarlas. Se dice a sí misma que ha sido un riesgo haber sacado ese papel, debe buscar otra forma de sacar la información. En efecto, la noticia del juicio había salido hasta en la prensa regional, donde encuentra nuevos detalles. El reportaje incluía la declaración de Nixon y sus argumentos de defensa, junto al testimonio de la presunta víctima, quien relataba cómo la habían amenazado si se atrevía a hablar. La denuncia había sido finalmente desestimada pues el testimonio de la víctima fue refutado debido a su estado mental. Contradicciones en fechas y datos, algo habitual en una persona a esa edad. Su testimonio no era fiable y eso había librado a Nixon de cualquier responsabilidad. Ahora también está la denuncia de Marisela.

Son dos denuncias que pesan sobre la misma persona y por el mismo motivo. De pronto, Edurne recuerda la frase de Juanita, la compañera de cuarto de Aurora... Ella tiene novio, se va a casar. Se le acelera el pulso. Es como una epifanía, macabra, pero epifanía. ¿Habría entrado este hombre en el cuarto de Aurora? Se le eriza la piel.

Al día siguiente Edurne se asegura de llegar a la residencia mucho más temprano de lo habitual, antes de la hora de llegada de César y de las enfermeras. Sabe que a las siete solo habría auxiliares trabajando. Y si alguien pregunta, tiene la excusa de la premura del trabajo que le han asignado. Mira en el libro de incidencias buscando la ubicación de cada uno. Nixon ha sido asignado a la zona nueva. A esa hora es el único en ese pabellón. Observa a través de las cámaras ubicadas en la recepción esperando a que Nixon entre a la habitación de Federica y Etelvina. Ninguna de esas dos abuelas habla; solo ella y Nixon sabrían lo que pudiera pasar en de la habitación. Escribe los nombres de las dos abuelas a principio de las planillas que tiene que llenar hoy. Así justificaría su entrada en la habitación. Al salir de allí solo debería ir a la siguiente habitación que indica el listado para evitar cualquier sospecha de Nixon, en caso de que se atreviera a seguirla.

Por las cámaras ha visto a Nixon entrar en el cuarto de al lado. Calcula el tiempo y sube. Espera frente al ascensor a que Nixon entre en la habitación. Camina con calma con la carpeta en la mano. Deja evidencias claras en la cámara.

Tras entrar en la habitación, Edurne cierra la puerta y tira la carpeta

encima del sillón. Nixon se voltea y le dice:

—Largo de aquí, ya le dije a César que a ti no te ayudaba con nada.

Con una fuerza que hasta ese momento desconocía en sí misma, con las dos manos toma a Nixon de la solapa de su uniforme y lo empuja contra la pared. Él levanta su mano para golpearla, y Edurne, acercando su rostro a milímetros del de él le dice entre dientes:

—Atrévete a pegarme, basura cobarde. Atrévete, no te tengo miedo. Das asco, maldito sucio.

Intenta zafarse y Nixon le dice:

—¿Qué te pasa maldita loca? Sal antes de que te parta la cara.

Ella lo empuja con fuerza y él tropieza con la silla de ruedas de Etelvina, y casi se cae. Edurne se abalanza sobre él para golpearlo y él la inmoviliza tomando una de sus manos y retorciéndola por detrás de la espalda en una especie de llave. La cara de Edurne queda aplastada de lado contra la pared.

—Quieta fiera, quédate quieta, joder —le murmura al oído mientras le aprieta los dedos de la mano, produciendo un dolor profundo.

—Maldito dañado, esto fue lo que hiciste con las pobres abuelas. Lo sé todo y te voy a joder, pedazo de basura, mal nacido...

Sin separarse de su oreja, le dice:

—¿Eso es lo que te pasa Edurne? ¿Qué quieres, que te haga lo que les hice a ellas? ¿Te lo contó tu amiga Antonia?

Y entonces la suelta.

—¿Qué dices de Antonia? Cobarde de mierda... ¿Qué le hiciste a Antonia?

Edurne se queda paralizada. Intenta hablar, pero la atenaza un nudo en su garganta. Ante ese momento de debilidad, Nixon retoma la fuerza. Esta vez es él quien la toma por el cuello. Edurne no ofrece ningún tipo de resistencia.

—Cuídate de mí, Edurne, no te atrevas. ¿Crees que estoy solo en esto? ¿Eres tan estúpida que aún no te has dado cuenta? Corre, anda y díselo a la jefa.

Edurne está en blanco. En segundos se da cuenta de que está indefensa ante él; no puede caer en la tentación de reaccionar y precipitar un ataque. Se mueve con lentitud. Se acomoda el cabello, toma la carpeta y sale de la habitación leyendo los papeles e intentando disimular.

Esa noche, al llegar a casa, se sienta a cenar y no menciona nada de lo que ha ocurrido. Sabe que si Andrés se enterara de este encuentro con Nixon,

no lo dejaría pasar. Además, nunca le perdonaría que se hubiese expuesto a semejante riesgo.

—Tengo que ir al súper, ¿me acompañas? —le pregunta Andrés.

—Prefiero quedarme, ¿te importa si voy un rato sola al río?

—¿Y eso? —dice Andrés extrañado.

—Quiero ir a ver a los patos.

—A esta hora no hay patos, aprovecha de pasear a *Hipócrates*.

—Claro, yo lo llevo.

Edurne camina un buen rato por el monte. Todo lo sucedido la ha puesto mal. Su encuentro con Nixon ha sido violento desde todo punto de vista. Necesita vomitar. Decide caminar a prisa, quiere sudar la rabia. A medida que avanza va apresurando el paso hasta que comienza a correr. De pronto se detiene frente a la piedra rectangular donde suele sentarse, que está debajo de un árbol enorme, lo que le permite abstraerse contemplando el balanceo de sus hojas. Está justo frente al río, un buen lugar para reflexionar. Se recuesta sobre la piedra y cierra los ojos. Respira agitada, exhausta, y se deja llevar por el sonido del agua. *Hipócrates* se echa a sus pies. Edurne intenta descifrar lo que está sintiendo. Es primera vez en su vida que experimenta una mezcla tan profunda y compleja de emociones. Lloro, se ahoga. Es consciente de la rabia, desprecio y dolor que siente, incluso admite que ha sentido mucho miedo. Ahora le es imposible parar de llorar...

Oye un ruido proveniente de un arbusto. Se asusta y se levanta sobresaltada. Es *Bender*, el perro de Miguel. Se seca las lágrimas lo más rápido que puede, pero no logra disimular lo mucho que ha llorado. Su cara está roja y sus ojos hinchados.

—¿Estás bien? —pregunta Miguel.

—¡No, no estoy bien! — logra articular Edurne luego de largos segundos en blanco.

—¿Quieres que vaya a buscar a Andrés? ¿Te puedo ayudar en algo?

—insiste Miguel desconcertado ante el dolor que refleja la mirada de Edurne.

—Sé que de esto no te puedo hablar, pero alguien tiene que hacer algo, alguien lo tiene que parar.

—Podemos hablar como amigos —le aclara Miguel. Ella asiente con la cabeza mientras comienza a hablar; él se sienta a su lado. Y las palabras salen al principio precipitadas, como una presa recién reventada, y poco a poco van tomando un orden, un cauce de rabia, dolor, miedo y asco, que Miguel va escuchando sin perder detalle.

* * *

Hoy a Edurne le ha tocado trabajar a las diez de la mañana con Pilar. Deben actualizar los informes de trabajo social. Sin embargo, acaba de recibir un mensaje de texto de Pilar disculpándose pues está prestando declaración en la comisaría. Calcula que llegará con una hora de retraso. Edurne la llama a su móvil.

—Acabo de recibir tu mensaje. No te preocupes Pilar, mientras llegas tengo bastante trabajo que organizar.

—Justo iba a llamarte, porque hace diez minutos me han llamado del hospital para comunicarme que hoy tenemos un nuevo ingreso, y como César y yo estamos ocupados con este asunto, necesitamos que tú te ocupes de recibirlo —le dice Pilar—. Ha de estar por llegar. Le acaban de dar el alta, pues estuvo ingresado por una neumonía complicada. Va directo desde el hospital a la residencia. No tiene familiares, así que es sencillo. Asígnale una habitación simple y avisa a enfermería. Lo demás lo arreglo yo cuando llegue.

En efecto, mientras Edurne conversaba con Pilar, por la ventana ha observado una ambulancia llegando a la residencia. Sale de su oficina y se acerca para recibir al nuevo residente. Se abre la puerta de atrás de la ambulancia y bajan a un hombre de unos setenta años. Viene en silla de ruedas y a un lado de la silla hay una bolsa que recolecta la orina. El paciente tiene un aspecto bastante descuidado. Está sin afeitarse, el cabello largo y despeinado. Parece increíble, pero viene descalzo. Del respaldo de la silla de ruedas cuelga un pequeño morral azul. Edurne se aproxima, le da la mano y en un intento de hacer algo más agradable el momento, se presenta y le pregunta su nombre.

—Me llamo Gustavo Adolfo.

—Bienvenido, Gustavo Adolfo. ¿Cómo está?

—Jodido —contesta el anciano al tiempo que su rostro esboza una leve sonrisa.

Al entrar a la residencia, Edurne firma los papeles de ingreso y le avisa a Pedro que ella misma lo llevará a su habitación. Una vez instalado, avisa a enfermería para que le abran la historia y le den todas las indicaciones. Sabe que tiene una hora libre hasta que llegue Pilar y que puede dedicar tiempo a atenderlo con calma, además de ahorrarles trabajo a sus compañeros.

Una vez en la habitación, frente a frente, Gustavo Adolfo comienza a

hablar como si nada.

—Qué jodida es la vida... ¿Quién me diría que iba a terminar aquí, solo y abandonado? —dice mientras se limpia las lágrimas al tiempo que se disculpa—. Perdona que te diga estas cosas, pero es que hubiese sido mejor morirme. Tres meses en el hospital, ¿para qué? ¿Quién dijo que quiero seguir viviendo? Es que esto no es vivir. Ahora a que me limpien el culo, a que me tengan que vestir... Un hombre como yo con pañales, me cago en la...

—Venga Gustavo Adolfo, para... No te dejes llevar así por la tristeza...

Mientras le está quitando la camisa, se da cuenta de que su cuerpo está lleno de tatuajes... y ve la oportunidad de darle un buen vuelco a la conversación.

—Cuéntame dónde te has hecho este... —dice Edurne mientras le señala uno de los brazos, donde tiene un gran tatuaje de la proa de un barco emergiendo entre dos grandes olas.

—Ese me lo hice en África hace más de cuarenta años.

—¿En África? Venga hombre, ¿cuántas vueltas has dado en la vida para que hayas estado en África?

La pregunta abre una hermosa puerta entre los dos. La estrategia ha resultado y ahora Gustavo Adolfo continúa entusiasmado señalando cada uno de sus tatuajes.

—Este me lo hice en Brasil —dice refiriéndose al rostro de una mujer rodeado de flores—. Este otro en México; este del pecho creo que fue en la India, ya ni me acuerdo —dice riendo—. Soy una mierda, de casualidad me acuerdo de mi nombre. Mira, si hasta he perdido los zapatos.

—Sí Gustavo Adolfo, estás hecho una mierda —y ambos ríen más fuerte—. Te voy a dar un baño de rey y verás que te dejo como nuevo.

—Pues, veamos si eres capaz de hacer un milagro.

Y así, conversando, pasan un rato antes de llevarlo a la enfermería y volver a la oficina.

Transcurrida una hora ha llegado Pilar. Ya sentadas en la oficina, Edurne comienza a acomodar todo el material sobre la mesa.

—Perdona el retraso, pensé que sería rápido como la primera vez que fui, por eso no te avisé antes que me iba a retrasar más —dice Pilar.

—No pasa nada —contesta Edurne—. He aprovechado el tiempo mientras llegabas. Pero no sé de qué me hablas, no me has dicho en qué dónde andabas allá.

—¿Te acuerdas de Marisela, la señora que tuvimos ingresada, la que había sido directiva en un hospital?

—Sí, claro que la recuerdo. Estuvo apenas dos o tres semanas.

—Pues resulta que nos han citado a César y a mí para declarar porque un hermano de ella ha presentado denuncia contra Nixon. No digas que te lo he contado.

—¿Y de qué lo acusa? Yo pensé que a Marisela se la habían llevado porque se había recuperado. Si mal no recuerdo, ella vino por un postoperatorio de cadera —dice Edurne cuidando cada palabra para que Pilar no sospeche que ella ya conocía algo de la historia.

—Marisela dice que Nixon abusó de ella, que al acostarla la tocaba y que una vez se bajó los pantalones... Cosas de ese estilo.

—¿Y por qué no dijo nada cuando estaba aquí? —pregunta Edurne.

—Dice que Nixon la amenazaba mientras la estaba tocando. Que si hablaba, la pasaría peor y que además nadie le iba a creer.

—¿Y tú le crees? —pregunta Edurne.

—¿A quién? ¿A ella? ¿A Marisela? —replica Pilar mostrando cierta tendencia a proteger a Nixon.

—Sí, bueno, no sé, como sea, me da igual —se enreda Edurne intentando disimular—. Supongo que Nixon dice que no es verdad y ella que sí. ¿A quién le crees?

—Si esto me lo hubieran dicho en la época en que Nixon venía borracho a la residencia, lo podría dudar; pero ahora lo veo portarse bien, no creo que haya hecho algo así.

—¿Entonces por qué lo iba a inventar ella? —insiste Edurne, en cierta forma desconcertada ante la actitud de seguridad de Pilar.

—Quizás era una excusa para que la sacarán de aquí. Acuérdate además que ella no estaba muy bien de la cabeza. Esto ya ha sucedido una vez y él demostró que no había hecho nada —insiste Pilar—. Además, tú sabes muy bien que los abuelos inventan historias a cada rato.

—Marisela se fue de la residencia en mi día de descanso. No me despedí de ella, y mientras vivió aquí nunca me hizo ningún comentario —dice Edurne—. ¿Y te han preguntado muchas cosas? —continuó Edurne procurando obtener más información.

—Preguntaron desde cuando Nixon trabaja aquí y que cuándo había ingresado Marisela. Ya antes vinieron a revisar los videos de esos quince días y, en efecto, hay varias noches que Nixon entra a la habitación a acostarla,

pero se tarda el mismo tiempo que en otras habitaciones, así que creo que no tuvo tiempo de hacer nada malo.

—Manosear a alguien no te lleva más de cinco segundos —dice Edurne con la intención de sembrar algo de duda en Pilar, pues le cuesta entender por qué desestiman un comentario de tal gravedad hecho por una residente, sin al menos podrían realizar una investigación interna. Pilar percibe la molestia de Edurne, y demuestra clara desaprobación ante lo que ella insinúa.

—¿Entonces tú sí crees que Nixon es capaz de algo así?

—No se trata de lo que tú o yo creamos, sino de lo que ha sucedido en verdad. Pero es un tema muy delicado, mejor que lo resuelva la Guardia Civil —responde Edurne escapándose de la situación—. ¿Eran los mismos guardias que vinieron cuando lo de Aurora? —agrega Edurne cambiando el objetivo de la conversación.

—No, eran otros —responde Pilar.

—¿Comenzamos a trabajar?

—Sí, es mejor que comencemos, y ya sabes, hasta que César no te lo cuente, tú no sabes nada. No me vayas a vender —le pide Pilar.

—Tranquila, prefiero no tocar este tema.

* * *

Esa noche, al llegar a casa...

—Andrés, necesito encontrarme con el dueño de *Bender*.

—¿Con Miguel?

—Sí, Miguel. ¿A qué hora puedo salir con *Hipócrates* y coincidir con él?

—Él pasea a *Bender* temprano en la mañana, antes de irse a trabajar; la esposa lo pasea a las dos de la tarde, y otra vez Miguel a las nueve de la noche. Increíble lo que los vecinos podemos saber de nosotros.

—A las nueve voy a sacar yo a *Hipócrates*, faltan diez minutos —dice Edurne mirando el reloj.

—Él te ha dicho que no podía hablar de estas cosas contigo —le recuerda Andrés.

—No quiero que hable, solo que me escuche. ¡*Hipócrates*, vamos a pasear!

—¿Te acompaño o prefieres ir sola?

—Es mejor que vaya sola, quizás así tenga más posibilidades.

—Más posibilidades de qué —insiste Andrés.

—Confía en mí, no voy a meterme en problemas —dice Edurne mientras le pone el collar a *Hipócrates*.

En efecto, tal como le había dicho a Andrés, Edurne ve a Miguel caminando con *Bender*. Se acerca a saludarlo y le agradece su ayuda del otro día, y consciente del compromiso que representa para Miguel, ella le propone que la acompañe hasta la represa, que está como a un kilómetro, y es una zona más discreta donde podrían conversar sin ser vistos.

—Tú camina y habla. No me mires. Si dices algo de más, cambiaré de ruta, así que cuida cada palabra —le advierte Miguel.

—Entendido —responde Edurne y comienza a caminar sin mirar atrás.

Después de unos minutos andando, Miguel se detiene y se agacha para colocarle el collar a *Bender*. Edurne intenta imitarlo y él dice:

—Quédate de pie y dame la espalda. —Edurne obedece—. ¿Alguna vez has hablado con tu compañero, el que acostó a la señora, sobre lo que pasó esa noche?

—No he hablado de eso con él, solo me he alegrado cuando lo soltaron, para serte sincera.

—Intenta conversar con él. Tienes que ser muy inteligente y delicada. Por nada del mundo opines, tú solo escucha. Obtén la mayor información que puedas, tú conoces mejor que nosotros la rutina y cada movimiento. Intenta entender lo que pudo haber sucedido, busca detalles. Cuando logres hablar con él, sal a pasear a *Hipócrates* con tu esposo. No vengas sola, llamará menos la atención. Yo encontraré la forma de acercarme. ¡Vámonos, *Bender*! Tú sigue paseando un rato, espera a que yo me haya alejado.

Al día siguiente cuando Edurne llega a la residencia, decide ir al área de desayuno; quiere saber cómo ha pasado su primera noche Gustavo Adolfo. Ve en una esquina al final del comedor el morral azul de Gustavo Adolfo colgado del respaldo de la silla y se dirige hacia él. Uno de los auxiliares intenta darle la avena, y esta chorrea por su barbilla. La cabeza está inclinada hacia un lado, sus ojos casi ni se abren.

—¿Qué le ha pasado a este hombre? —pregunta Edurne al tiempo que se agacha para observarlo mejor.

—Ha venido muy malo del hospital. Tuve que pedir ayuda para levantarlo, casi no reacciona. No he logrado que coma —le dice el auxiliar.

—Corre a llamar a la enfermera, este hombre no estaba así cuando lo recibí ayer.

—Yo creía que había venido así del hospital.

—¡Que no hombre, que te digo yo que no! Corre a buscarla mientras yo me quedo con él. Vamos Gustavo Adolfo, no te puedes ir así.

La enfermera, apenas lo ve, se da la vuelta y corre a llamar a la ambulancia. Ha sido mucho para Gustavo Adolfo. Pasar su primera noche allí ha debido ser su mayor batalla; su alma no pudo más. La conversación de ayer había sido la última. Así como había llegado, así se ha ido, sin familiares ni amigos, solo en una ambulancia para no volver. Con él se fueron sus tatuajes y sus historias, y en su brazo el recuerdo del amor de una mujer. Gustavo Adolfo había vivido, amado y conocido el desamor. Y su historia se ha acabado.

Una vez más la muerte se ha presentado en este lugar. Uno tras otro, cada nombre, cada historia, se van olvidando. Y así sin más, la jornada continua. Edurne pasa la página y sigue con su trabajo. Se reorganiza y decide avanzar con su plan; el día a día no puede desviar su atención.

Está decidida a lograr conversar con Daniel hoy mismo. Después de mucho pensarlo, encuentra una posibilidad. La nueva reglamentación de las residencias establece que cada auxiliar responde por un cierto número de residentes. Se busca que, a través de la figura de Personal de Referencia, se proporcione a los residentes un trato más integral. Eso daba a Edurne la oportunidad de citar a los auxiliares, uno por uno en su oficina, y explicarles sus nuevas responsabilidades y asignarles sus residentes. Era la excusa perfecta para conversar con Daniel sin levantar ninguna sospecha.

—Daniel, hoy necesito reunirme contigo veinte minutos. ¿Prefieres que lo hagamos en el descanso o a tu salida? A menos que tengas algún momento libre, que lo dudo.

—Prefiero que nos reunamos en el descanso, así salgo a la misma hora. ¿No te importa si como algo mientras nos reunimos? —pregunta Daniel.

—Para nada, es más, yo invito un bocadillo.

—Perfecto, a las doce estaré en tu oficina.

* * *

—Teníamos mucho tiempo sin conversar, Daniel. Esto te lo explico en cinco minutos, más me interesa saber cómo estás después de ese mal momento que has pasado —dice Edurne.

—Ha sido una putada. Yo lo llevo mejor que mi esposa; ella está muy nerviosa con todo este asunto. No quiere que trabaje más aquí, pero tú sabes lo duro que está conseguir trabajo, y con un bebé en camino...

—Es que yo tampoco había pensado que ese mismo día te llevarían a la jefatura. Tú habías acostado a Aurora y luego no volviste a entrar a la habitación, ¿no?

—Sí, volví a entrar dos veces más. Yo la acosté de primera porque, como tú sabes, si uno se tarda con ella, se ponía de mal humor y después acostarla era todo un problema.

—Sí, lo sé... Cuando yo hacía ese turno, también la acostaba de primera, todos hacíamos lo mismo.

—Luego fui a acostar a José, a Ana la dejé sentada en el baño porque quería hacer caca; sabes que esos también son dos de los que piden que los acostemos temprano. —Edurne asiente con la cabeza—. Luego fui a buscar a Juanita, que estaba con Teodoro esperando frente al ascensor. Me traje a Juanita y regañé a Teodoro porque no quería irse a su cuarto. —Daniel va relatando paso a paso, con lujo de detalles—. Así que allí entré por segunda vez al cuarto de Aurora, y ella estaba tranquila en su cama, con su cinturón y su baranda. Si la hubiese dejado abajo, me habría dado cuenta. Acosté a Juanita y fui a sacar a Ana del baño. Tuve que cambiarla porque se había empapado de orina. Tarde un poco. Luego acosté a Bernardo, que estaba en la habitación de enfrente a la de Ana, y de allí pasé a la de al lado, la de Teodoro. Cuando vi que Teodoro no estaba en su habitación, fui a buscarlo donde Aurora; tú sabes que Teo a veces se confunde y se mete allí y, en efecto, estaba metido en el baño de Aurora. Lo tomé por la silla y lo saqué en retroceso, rápido para que no lograra aferrarse del marco de la puerta; lo llevé a su cuarto y lo acosté. Esa fue la tercera vez que entré, las mismas tres veces se ven en el video. Después de eso, nadie más había entrado en la habitación, hasta que tú has llegado por la mañana.

»Según la Guardia Civil, como fui el último que la vio con vida, pues tenía que explicar esto junto con lo que ellos vieran en el video.

—¿Quiénes más estaban contigo acostando esa noche? —continúa preguntando Edurne.

—A ver. Los pabellones de arriba, menos la zona nueva, los había atendido Eduardo y luego hubo de bajar a la cena de los válidos en el comedor de abajo. Allí lo ha visto todo el mundo, hasta que nos hemos puesto a llenar las planillas en la cafetería. Eso fue a las diez.

—¿Y quién acostó la zona nueva?

—Nixon, y de allí fue a llevar los vasos de leche, luego a recoger la basura de los dos baños y a botarla en los contenedores, afuera —explica

Daniel con calma.

—¿Y luego se ha puesto con las planillas?

—¿Por qué me haces tantas preguntas? —pregunta Daniel con cierta incomodidad.

—¿De verdad? Muero de curiosidad —se justifica Edurne.

—No, esa noche Nixon no llenó las planillas con nosotros —sigue contestando al tiempo que saca su teléfono del bolsillo, como diciendo que ya quiere cambiar de tema—. Nixon se había quedado afuera fumando. Ya sabes...él llena las planillas cuando le da la gana. Luego bajó al sótano a cambiarse. Coincidimos a la salida caminando a tomar el bus.

—Es decir que después de que hubo salido a botar la basura no se ha vuelto a juntar con ustedes. Ha debido entrar por la puerta de la cocina directo al cuarto de cambio —intenta aclarar Edurne.

—Supongo —contesta Daniel—, porque cuando lo vimos de camino a la parada, ya se había cambiado de ropa. Sería cosa de ver las otras cámaras. ¿Por qué me preguntas eso? El caso está casi cerrado, tengo entendido que lo declararán accidente y punto.

—Tu versión es lógica, todo lo que dijiste coincide con lo que se ve en las cámaras. Ya ese asunto en relación contigo debe de haberse acabado. Los guardias no te deberían citar más, supongo.

—No se trata de si es lógica; es la verdad y punto.

—Ey, no te cabrees conmigo. Mi preocupación es saber que ya no se van a meter contigo... Me he preocupado mucho cuando te llevaron.

—Lo sé y disculpa el arranque, es que este asunto fue bastante desagradable y no quisiera hablar de esto más nunca. Quisiera borrarlo de mi mente.

—Deben de haber sido muy duros esos días de detención...

—Te diré que los guardias fueron muy amables. Más bien me explicaron que yo estaba allí por protocolo. Eso no fue más que un triste accidente, Aurora se despertó en la noche, habrá tratado de levantarse y al apoyarse en la baranda esta debe haber caído y ha terminado golpeándose con el filo de la mesa. El verdadero problema para mí es que nadie se diera cuenta cuando ha ocurrido. —Mientras habla de Aurora, su rostro se va transformando; su mirada se entristece y su barbilla comienza a temblar...

—Ey, Daniel, ¿qué pasó? No te me vas a poner a llorar ahora. Perdona, ya cambiamos el tema.

Daniel se apoya en la mesa y esconde su cara entre sus brazos. Es

obvio que ha pasado mucha tensión y comienza a llorar. Edurne le apoya su mano en la espalda; él se recuesta en la silla mientras se limpia la cara con sus manos y agrega:

—Tú sabes que yo le tenía cariño a Aurora. Es una putada trabajar aquí. Uno que está tan solo en este país se va encariñando con los abuelos y en esta mierda no paran de morirse... Aurora era jodida, y a todos nos dio de hostias, pero no era por maldad...

—Sí, pobre Aurora, qué forma de terminar... —dice Edurne.

—Los guardias estaban muy sorprendidos de que en el turno de noche solo hubiera dos cuidadores para atender a ciento cuarenta abuelos. Ellos saben que eso no es legal —agrega Daniel.

—Yo pensaba que se iban a llevar a los de la noche —comenta Edurne.

—Es que ellos no entraron a la habitación, y salen en las cámaras planchando, limpiando... Nada que ver. Lo que sí creo es que multarán a la residencia por tener poco personal. Tienen muchas ganas de joder a César.

—Bueno, suficiente de hablar, te quedan cinco minutos para comer. ¿De qué quieres el bocadillo?

—Dame cualquiera, sabes que en eso no soy muy exigente que digamos.

Edurne hace una pausa y continúa...

—Daniel... Una pregunta más, aunque no tiene nada que ver con esto. El día que me fuiste a buscar al comedor porque se estaba muriendo Antonia, tú te quedaste cubriéndome para que yo pudiera ir con ella.

—Sí claro, lo recuerdo.

—Ese día faltaba una jeringa de las que usamos para dar la comida por sonda, ¿la has encontrado, o has debido ir y buscar una nueva? —pregunta Edurne.

—No faltaba ninguna, eran cuatro: la de Etelvina, la de José, la de Ignacio y la de Lorenza. Las de Ignacio y Lorenza ya estaban sucias, entonces yo les di a los dos que faltaban. ¿Por qué me preguntas eso? —dice Daniel

—¿Estás seguro?

—Sí claro, yo solo he dado dos comidas por sonda y luego he lavado las cuatro. Yo creía que tú se las habías dado a Ignacio y a Lorenza, porque eran las dos que estaban sucias antes de que yo llegara. Por cierto, he terminado botándolas después de lavarlas, porque olían rancio, como a químico, así que he ido a enfermería a buscar cuatro jeringas nuevas. De eso

estoy seguro.

—Ese día fue una locura, por eso me había quedado la duda de si les habíamos dado de comer a todos —comenta Edurne, quitando importancia al asunto.

—Listo, ahora sí a currar —dice Daniel mientras se levanta—. Me llevo el bocadillo y me lo como a escondidas de las cámaras.

* * *

Ese día, al regresar a casa, sobre las siete de la tarde, después de una larga conversación en la cocina, en la que Edurne le ha explicado los detalles de todo lo que había descubierto, Andrés decide tomar las riendas.

—Tú te quedas aquí, hoy saco a *Hipócrates* a la hora que sale Miguel. No quiero que te vean con él. Voy a contarle lo que me has dicho de tu conversación con Daniel.

—Lo más importante es que le insistas en que revisen la cámara que cubre la cafetería. Nixon solo pudo salir por allí para entrar desde afuera al cuarto de Aurora.

—Eso ya me lo has dicho...

—Sí, pero es que es lo más importante —insiste Edurne.

—¿Sabes qué es lo más importante? Que ya quiero que se termine esta mierda. Mañana viajo a Madrid a averiguar de nuestros papeles— y tras colocar el collar al perro, sale a pasear.

* * *

Es muy probable que la próxima semana la Junta lleve a cabo otra inspección en la residencia. César es consciente de ello, pues ya se ha vencido la prórroga solicitada la última vez, cuando descubrieron que no tenían la historia completa de casi ninguno de sus residentes. Era de esperar que en cualquier momento los inspectores regresaran, y que esta vez no fueran tan considerados.

—¿Cómo vamos con la documentación que nos están exigiendo? —le pregunta César a Edurne.

—Hemos adelantado mucho. Ya todos los residentes tienen historias abiertas; las partes médicas, de enfermería y trabajo social están completas. Vamos retrasados con los informes de la terapeuta ocupacional y de la fisio...

—¿Y eso por qué no está listo? —reclama César.

—Será porque en vez de una terapeuta ocupacional has contratado a una chica que es animadora y que en su vida le han enseñado a hacer un reporte de terapia ocupacional... —contesta Edurne y él enseguida la interrumpe restándole importancia a lo que dice, pues está claro que es verdad y lo ha hecho para ahorrarse la diferencia de salario.

—Vale, ya eso lo arreglaremos, pero la fisioterapeuta si es fisioterapeuta. ¿Por qué lo de ella no está terminado? —insiste molesto.

—Tienes contratada una sola fisio para los ciento cuarenta residentes y ni siquiera la tenemos a tiempo completo. Atiende entre siete y diez abuelos al mismo tiempo, ¿en cuál momento quieres que redacte los informes? — cuestiona Edurne—. Ha pedido que se le paguen unas horas extras para hacerlos y la jefa ha dicho que no.

—Pues vas y les dices que tienen cuarenta y ocho horas para terminar sus informes, que las quiero exclusivamente dedicadas a eso.

—¿Y mientras tanto quién atiende a los abuelos?

—Dile a Pilar que los entretenga, que los ponga a dibujar, a hacer bobadas de esas que ellos hacen —dice César.

—No se puede César, no es llenar papeles por llenar; son test que determinan su estado actual, los tienen que ir evaluando para saber qué deben contestar. Y tampoco son bobadas lo que...

—Cuarenta y ocho horas, Edurne, ni una hora más. Que se lleven esas planillas sus casas y que inventen, pero ni una hora más de retraso —concluye César y se marcha.

Resignada, Edurne baja a la sala de fisioterapia para comunicar lo que ha ordenado César, y luego va al área común a buscar a la encargada de terapia ocupacional, que está jugando al bingo con los abuelos. En el salón de al lado se escucha una discusión; la terapeuta se encoge de hombros en clara señal de que no puede ocuparse de los que están con ella en ese salón y de lo que ocurre al otro lado al mismo tiempo... Edurne abre la puerta corrediza que separa los salones y encuentra a Teodoro peleando con otro abuelo, y corre a separarlos.

—¡Dame mi cuchara! —dice Teodoro.

—Que no es tuya, es mía —contesta el otro abuelo, que también está en silla de ruedas.

—Otra vez con las benditas cucharas, Teo; qué fastidio contigo. A ver, dame acá. —Le quita la cuchara y se la devuelve al otro abuelo, y luego revisa a Teo pues sabe que seguramente ha escondido más cucharas en su silla.

—Mira, qué casualidad, dos cucharas más debajo del cojín de la silla. Dame acá... ¿Para qué quieres tantas cucharas, Teo? —pregunta Edurne enfadada.

Teodoro intenta recuperarlas y levanta la mano con la intención de golpearla. Edurne salta hacia atrás y lo esquiva. Justo en ese momento, Juanita empieza a gritar y a llorar.

—¡No le pegues a la niña, no le pegues a la niña, no le pegues a la niña!

—Ya, ya, Juanita, tranquila, que no me ha pegado.

Edurne intenta calmarla.

—¡No le quites la cuchara, que te pega! —insiste Juanita.

—Tranquila, Juanita, tranquila que estoy bien.

Edurne mira a su alrededor. Teodoro ha aprovechado el lapsus para salir del salón y evitar un regaño mayor. Entonces decide ir tras él a su habitación, pero en ese instante Pedro se asoma a la puerta.

—Edurne, tienes una llamada, atiende en el teléfono del comedor.

Pone cara de resignación y levanta el auricular.

—Hola Edurne. He olvidado decirte que hoy tenemos una cita en la delegación de gobierno por el asunto de tus papeles. Nos tardaremos unas dos horas máximo. Pide permiso para salir, estoy afuera esperando—dice Andrés al teléfono.

—No tengo idea de qué papeles me hablas.

—Tú siempre con la cabeza en las nubes. Sal y punto, que te estoy esperando —le dice Andrés con rudeza.

Edurne le avisa a Pedro que necesita ausentarse dos horas y sale de la residencia. Se sube molesta en la furgoneta y apenas cerrada la puerta le dice a Andrés:

—No me gusta que hables en este tono. ¿Desde cuándo tú me tratas así?

—Disculpa amor, es que ha llamado Miguel, necesita hablar urgentemente contigo.

—¿Y por qué no me has dicho eso? Me empiezas a hablar de papeles que no sé...

—Tonta, porque no sabemos si alguien podría escucharnos, ¿o no los crees capaces de eso —refuta Andrés.

—Tienes razón, no lo he pensado. ¿Y qué quiere Miguel?

—No me ha adelantado nada. Me ha dado órdenes precisas: busca a

Edurne, llámala con una excusa que no levante sospechas y tráela a esta dirección. No ha dicho más nada.

—¿Tú vas a estar conmigo? —pregunta Edurne un poco asustada.

—Espera que lleguemos y veamos de qué se trata —le dice Andrés.

La cita es en un edificio a las afueras de la ciudad. Al llegar, Miguel les espera en la entrada, y escolta a un piso. Allí les esperan otros tres agentes sentados en el extremo de una mesa. Parecían una especie de jurado. Frente a ellos habían dispuesto una silla para Edurne y, un poco más atrás, otra para Andrés. Sobre la mesa hay un equipo de grabación y un portátil. Amablemente, Miguel los invita a tomar asiento y les pregunta si quieren tomar algo. Luego, poniendo su mano derecha sobre el hombro de Edurne, comienza a presentar a sus compañeros.

—Este es Jorge, estuvo presente el día del acontecimiento y en la segunda entrevista, ¿lo recuerdas? —Edurne asiente—. A su lado, mi superior y jefe de la investigación, el comandante Gabriel. Y, por último, Alejandra, nuestra especialista en perfiles criminales. Vamos a hacerte una serie de preguntas; te pedimos que seas lo más precisa posible. Por protocolo, todo va a ser grabado. Debemos aclarar que estás aquí de forma voluntaria y que tienes derecho a negarte a contestar.

Edurne se voltea y mira a Andrés. Se siente abrumada; sin embargo, es un momento que anhelaba. Han sido muchos meses conviviendo con lo que cualquiera describiría como un horror; día a día siendo testigo de crueldades, miserias y dolor. Para sobrevivir se había refugiado en cada gesto de bondad que pudo encontrar en medio de tanta confusión. Estuvo a punto de quebrarse muchas veces. Al girarse hacia él y hallar en su mirada la aprobación, reúne las fuerzas para dar un paso más en la dirección que ella considera correcta. Había llegado la hora de sacar a la luz toda la verdad. Alguien tiene que atreverse, por respeto a esos hombres y mujeres cuyas vidas los había llevado hasta esa residencia; por dignidad y porque se niega a aceptar que la maldad pueda ganar.

—Estoy aquí por mi voluntad, dispuesta a responder sus preguntas —dice Edurne mientras se endereza en la silla y apoya sus brazos sobre la mesa.

—Identifíquese con su nombre completo y edad.

—Edurne Sanz Díaz, cincuenta años.

—Profesión y ocupación actual.

—Soy médica y psicóloga, en proceso de homologación. En estos

momentos trabajo como auxiliar en la residencia para mayores El remanso.

—¿Eres médica y psicóloga? —pregunta con asombro la especialista en perfiles—. ¿Por qué nadie me lo había informado? —reclama dirigiendo su mirada a Miguel.

—Tenía entendido que Andrés era el médico... —responde Miguel.

—Los dos somos médicos y yo, además, soy psicóloga —le aclara Edurne.

—¿Por qué trabajas en este lugar?

—Emigramos hace menos de un año. No hemos conseguido trabajo en ningún otro lugar, Andrés también ha buscado en otros lados, pero al ser hombre, de 50 años, ya lo sabes, así que hasta que lleguen las homologaciones de nuestros títulos, no nos darán otro trabajo. En esta residencia, ustedes pueden comprobarlo, solo tres compañeros tienen los papeles en regla para trabajar como auxiliares. De los demás, la mayoría son extranjeros que llegan a este lugar igual que yo, dispuestos a trabajar más horas por menos dinero.

—¿Cuánto tiempo has estado trabajando allí antes de que ocurriera lo de Aurora?

—Poco más de seis meses.

—Centrémonos ahora en lo que ocurrió ese día, ya tendremos tiempo para aclarar otras cosas —dice Alejandra.

Los guardias le piden que les relate de forma ordenada como ha debido ser la rutina del día anterior. Quieren detalles concretos, incluso le proporcionan un plano de la residencia y le piden que señale los recorridos habituales de todo el personal. A medida que lo va describiendo, tal cual se lo había planteado Daniel en su conversación, va trazando líneas de colores sobre el plano con distintos rotuladores. Su testimonio coincide exactamente con las imágenes de las cámaras, lo cual, además, concuerda con la declaración que hizo Daniel en la comisaría durante su detención. Luego revisan el recorrido de Eduardo, que también coincide con la explicación. Al revisar el trayecto de Nixon, encuentran inconsistencias, eso que los inspectores adoran en el curso de una investigación: cuando va a sacar la basura de los aseos, sale por la puerta del cafetín hacia los contenedores que están fuera de la residencia, al lado de los portones del garaje. Esa zona no está cubierta por las cámaras. Sin embargo, Edurne recuerda...

—Daniel me ha dicho que esa noche Nixon se había quedado afuera fumando y luego había entrado por la puerta del comedor inferior hacia el vestuario, ¿han mirado esa cámara, la del comedor? —pregunta Edurne.

—La hemos revisado para seguir a Eduardo, que ese día había servido la cena. Cuando todos los abuelos salieron del comedor, se ve a Eduardo barriendo y limpiando las mesas, pero no hemos visto a Nixon —aclara Jorge, el otro guardia.

—¿Podemos ver otra vez si Nixon ha entrado? —insiste Eburne

El comandante hace una seña para que vuelvan a poner las imágenes de esa cámara, procediendo Jorge a poner una portátil sobre la mesa y, en efecto, Nixon no aparece en ningún momento durante la cena. Sin embargo, la dejar avanzar la grabación, aparece el comedor solitario, y... allí está Nixon entrando por el comedor.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ha salido a echar la basura hasta que ha entrado al comedor? —pregunta el comandante.

Revisan los vídeos mientras todos permanecen en silencio.

—Treinta y cuatro minutos —concluye Jorge, bajando la voz al percatarse de su error, no haberlo visto él.

—¿Pudo Nixon entrar a la habitación de Aurora por otra puerta? —pregunta el comandante a Eburne.

—Por otra puerta, no, pero por la ventana, sí. La habitación está en la planta baja y tiene una jardinera que la rodea. Pudo entrar por allí sin que nadie lo viera —dice Eburne.

—¿Huellas? —pregunta el comandante a los otros guardias y Eburne se apresura a interrumpir...

—Si estaba botando la basura, debió de tener los guantes puestos, eso se ve cuando sale por la cafetería. —El comandante le hace una señal con la mano para que guarde silencio... Eburne se recuesta sobre el respaldo de la silla, pidiendo perdón.

—Aquí sale con guantes... a sacar la basura... y aquí entra al comedor... sin guantes —dice Miguel—. Quizás los ha tirado con la basura... ahora bien, la zona que rodea la ventana fue acordonada e inspeccionada por los técnicos.

—¿Y por qué querría este hombre entrar al cuarto de Aurora? ¿En qué piensa, Eburne? —pregunta la especialista.

—No sé si está bien lo que voy a decir. Es que esto es muy delicado. Necesito tomarme un rato, tengo ganas de vomitar. —Se levanta de la silla con desespero buscando un aseo. Andrés se apresura a ir tras ella y Miguel los sigue por indicación del comandante. Después de unos minutos, Eburne regresa, pálida y sudorosa. Pide disculpas.

—Siéntese y descanse un rato. Lo está haciendo muy bien. Iremos a su ritmo. ¿Cree que puede continuar? —pregunta el comandante, unos minutos después.

—Sí, quiero acabar ya con esto.

Así, Edurne comienza a relatar todo lo que sabe sobre los abusos sexuales: el antecedente que ellos conocen del juicio, la nueva demanda de Marisela y sus observaciones respecto al uso de la fuerza para amenazar haciéndoles daño en las manos, detalle que les llama la atención, en particular al especialista en perfiles.

—Explica lo de las manos —le pide a Edurne.

—Creo que para amenazarlas les aplica fuerza en las manos. Lo hace así porque es fácil de ocultar. Si les golpeará, saldrían moretones, pero ¿cuántas abuelas hay en la residencia con las manos deformadas por la artritis? ¿Cuántas se quejan de dolor en las manos? Podría fracturarle los dedos y nadie se daría cuenta, y si se llegaran a quejar de dolor, les darían un calmante sin prestarles mayor atención. No lo sé, se me ocurre que podría ser por eso—pensando en lo sufrido por ella misma, pero se guarda de decirlo por la presencia de Andrés— Lo que es cierto es que los dos testimonios se parecen. Yo no me atrevo a afirmar nada, pero, carajo, por lo menos llama la atención. ¿A ustedes no? —pregunta Edurne.

—Mostrad las fotografías de Aurora —indica el comandante—.

Acercaos —Le muestra unas fotografías ampliadas de las manos—. ¿A esto se refiere? —señalando los dedos con un bolígrafo.

—Sí, señor —contesta Edurne.

Uno a uno va asintiendo a medida que se pasan las fotografías. Luego se las entregan a Edurne y ella las examina con calma, en silencio. De pronto se detiene en una y hace una arcada. Suelta las fotos sobre la mesa y se tapa con fuerza la boca. Con su otra mano sobre el pecho, comienza a agitarse. Andrés se acerca a ella.

—Respira con calma, respira con calma —le dice—. Estas fotografías de Aurora son terribles, verlas hace que cualquiera se descomponga —agrega.

—Perdón, uf... me han hecho hasta recordar el olor de la habitación. Perdonadme, de verdad, no sé qué me acaba de pasar, normalmente no reacciono así...

—Has estado sometida a mucha tensión, es normal. Toma un poco de agua —sugiere Alejandra.

—Qué vergüenza, me he comportado como una completa idiota.

—Nada que perdonar —dice Miguel—. Toma tu tiempo.

—¿Contemplas, en algún momento, la posibilidad de que nada de esto sea cierto y que lo de Aurora fuera realmente un accidente, que simplemente se haya despertado en la noche y se haya golpeado intentando bajarse de la cama, atada y sin ayuda? —pregunta Alejandra.

Edurne, visiblemente cansada, responde:

—Creo que pudo pasar cualquier cosa, incluso que a Aurora la comenzaron a matar el día que la metieron allí. No puedo entender que una vida termine así, amarrada a una cama, luchando por escapar. Ha necesitado hacer mucha fuerza para bajar la baranda. Ustedes las vieron, son de metal. Luego ha tenido que tomar el impulso que le permitiera el cinturón y estrellar su cabeza contra la esquina de la mesa de noche. ¿Qué si ha podido pasar? Sí, es posible. Difícil, raro también, pero posible.

—¿Por qué estaba semidesnuda cuando fue encontrada? —pregunta Miguel.

—Para dormir les ponemos unas bragas que vienen en los paquetes de pañales. Son una especie de mallas elásticas que sostienen el pañal. Son desechables, aunque en la residencia las lavan y las vuelven a usar. Son muy fáciles de romper. A los abuelos les ponemos dos pañales juntos, a pesar de que está prohibido, porque les incomoda, pero es la forma de no hacer muchos cambios durante la noche. Aurora solía romperse las bragas con las manos y quitarse los pañales, así que pudo ser ella una vez más.

—Pero también ha podido entrar alguien y romperlas para abusar de ella. Quizá Aurora intentó defenderse, como solía hacerlo cuando la molestaban, y que la situación se saliera de control y que, en un movimiento brusco, se golpeará. ¿Lo ves posible? —pregunta la especialista directamente a Edurne.

—Hasta este punto no llego, no puedo asumir el peso de esa respuesta. Yo no sé de estas cosas, no manejo estos términos. Estamos hablando de un accidente, de un asesinato, de un abusador, de un depredador, de un psicópata... Lo siento, es demasiado para mí. Vosotros sois los expertos, yo solo estoy tratando de sobrevivir. —Ahora, dirigiéndose a la especialista, continúa—: ¿Sabe cuántas veces le he preguntado a Dios por qué me ha llevado a ese lugar? Al principio pensaba que trabajar con los abuelos sería lindo, lo idealicé, soñaba con conversaciones interesantes, pensé que me darían lecciones de vida, que aprendería de sus experiencias. ¡Así de imbécil llegué yo allí! —todos, incluso Andrés, se mantienen en estricto silencio.

Eduarne se ha ganado el derecho de hablar—. Mi vida ha pasado de ser hermosa a vivir en un infierno; de un día para otro era una inmigrante, subcontratada y explotada, con una jefa perversa, en un lugar que no debería ni existir. Pero trabajar allí, por otro lado, ha sido al mismo tiempo una bendición. Es lo que nos ha permitido sobrevivir aquí. En ese lugar hay gente hermosa que no merece terminar así. Hay gente decente que se rompe el lomo intentando atender como se lo merecen esos pobres abuelos. Nadie se merece terminar así, haciendo cola para entrar al baño, amarrado a una cama, durmiendo como un crucificado, dependiendo del humor o la decencia de la persona a la cual le toque levantarlo ese día, y que lo haga con respeto o que lo trate como le venga en gana. Que tengan miedo de irse a dormir y tengan que pedir, como Antonia, que le canden la puerta... porque quizá entre alguien en la noche y les haga daño... Eso no es digno... Nadie debería ser olvidado después de morir, pero más cruel es que se olviden de ti cuando aún vives. Discúlpenme... Estoy agotada... Agotada y amargada. Díganme en qué puedo ayudar y lo haré. Pero no pidan mi opinión.

La reunión ha terminado. Andrés se pone en pie y ayuda a Eduarne. Le da un largo abrazo; los guardias muestran respeto a ese gesto. Se acercan y le estrechan la mano mostrando agradecimiento.

—Yo no sé en qué estaba pensando Dios, no llego allí, pero el tiempo te lo está explicando y tú poco a poco lo irás entendiendo. Necesitas descansar. Si en algún momento necesitas hablar, cuenta conmigo —le dice la especialista, dándole su tarjeta personal.

El comandante Gabriel ha esperado para ser el último en tomar la palabra.

—Aún nos queda un camino largo por recorrer. Necesitamos fortalecer las pruebas para que quien hizo esto no se nos pueda escapar. Confíad en nuestro trabajo. Necesitamos que sigas allí, que seas inteligente y discreta. Miguel será el encargado de mantener el contacto y será el jefe de esta unidad operativa. Damos inicio oficial a la Operación Estigia. Gracias Eduarne, Andrés, habéis sido muy valientes.

CAPÍTULO 9

Es un día después de la reunión con la fuerza operativa de la Guardia Civil. Comienza con intensidad. César está histérico con Edurne. Apenas la ve entrar, se dirige a ella junto con Pilar.

—Ayer te debo haber llamado mil veces al móvil y no has contestado, ¿dónde coño estabas? Le dijiste a Pedro que regresabas en dos horas y recién hoy es que apareces.

—Relájate César, fui a arreglar unas cosas de mis papeles. Luego, como me dolía mucho la cabeza, me he acostado a descansar y me he quedado dormida. Son cosas que pasan.

—A mí no me digas que me relaje. Me han dado el pitazo de que la inspección de la Junta es hoy. Hace quince minutos han llamado de la Guardia Civil anunciando que en media hora estarán aquí. La jefa está fuera de la ciudad, solo estamos Pilar, tú y yo para atender a los que vengan. Yo voy a encargarme de los de la Guardia Civil y tú acompañaras a Pilar con los de la Junta. Distráelos con todo el trabajo que has adelantado, muéstrales las historias, los protocolos, todos esos papeles en que has estado trabajando. Procura mantenerlos dentro de tu oficina, no quiero que los de la Junta se crucen con los de la Guardia Civil. ¿Has entendido?

—César, en la oficina de Edurne no cabemos, siempre vienen cuatro o cinco funcionarios y con la cantidad de papeles que tenemos allí, estaremos bastante ajustados de espacio —dice Pilar.

—Atendedlos en mi oficina, pero primero guardad en el mueble de la biblioteca todo lo que está encima de mi escritorio, lo cerráis con llave y dejadlas junto a las de mi coche, a un lado de la fotocopidora —le indica César a Pilar mientras Edurne escucha.

Acceder al despacho de César es una oportunidad más para Edurne. Sabe que estará con Pilar, así que tendrá que observar con cuidado.

Los de la Junta han llegado. Evalúan todo el trabajo adelantado, aceptan de buen grado los avances en a las historias de los pacientes y dan el visto bueno a los protocolos que han de implantar. Aún quedan muchas cosas por corregir, pero al menos están bien encaminados. Piden que les muestren los libros de incidencias, que es un punto débil dentro de la inspección. En esos libros los auxiliares a veces apuntan observaciones sin pensar en las posibles consecuencias. Edurne y Pilar se miran.

—¿Qué les parece si revisamos la asignación de residentes al personal

de referencia? Como es lo más novedoso dentro de la nueva normativa, allí tenemos más dudas —propone Pilar.

—Eso no tiene nada de complicado, cada auxiliar tiene a su cargo un número determinado de residentes y las funciones deben explicarse de forma clara para que cualquiera las entienda. Le daremos prioridad al libro de incidencias, y si queda tiempo, revisaremos lo del personal de referencia —responde de forma tajante uno de los representantes de la Junta.

Está claro que los de la Junta saben lo que hacen y qué buscan. La actitud de Pilar, lejos de apartarlos del tema, ha incrementado el interés. Ella se levanta y sale a buscar los libros en la recepción. Una vez en manos de los de la Junta, comienza una verdadera inquisición.

—¿Qué es esto? —pregunta con indignación uno de los de la Junta, señalando con el dedo una de las entradas asentadas en el libro —. “*Recordar amarrar los pijamas*”... Y aquí hay otra anotación que me llama la atención: “*No olviden lavar las jeringas de las sondas*”. ¿No son desechables? ¿De verdad las estáis reutilizando? —Y luego, con más asombro—: “*Cristina ha jodido toda la noche tocando el timbre porque está incómoda y no puede dormir. Decidimos apagar el timbre de esa habitación*”.

Y así sigue avanzando la auditoría, y encontrando más anotaciones que reflejan la atrocidad de la calidad de atención en la residencia. Los de la Junta toman nota sin ocultar el enfado. Sin embargo, tras analizar el trabajo que ha presentado Edurne, consideran que se ha progresado, así que les autorizan a implementar unos protocolos y les dan treinta días más de plazo para solventar las irregularidades que han encontrado. Edurne ha ganado una gran batalla. Sabe que esto le da argumentos ante la jefa para mantenerse por más tiempo realizando trabajos administrativos.

Mientras todo marcha relativamente bien con la Junta, con la Guardia Civil es todo lo contrario. César se siente cada vez más acorralado ante la actitud de disconformidad de los guardias con sus respuestas. Su discurso no los convence. Cada vez le piden más información y las versiones que intenta ofrecer de los hechos las contradicen. César tiene demasiadas cosas que encubrir respecto a lo que debería ser el funcionamiento normal de una residencia. Algunos abuelos se han atrevido a hablar con los guardias y sus testimonios van tomando validez. Cuando los guardias deciden marcharse, César está nervioso. Llama a la jefa desde su móvil, pero esta no le contesta. Insiste, nada. Se cabrea cada vez más. Llama a Tatiana para preguntarle si sabe dónde está la jefa.

—La jefa está de viaje, regresa en una semana —le contesta ella.

En ese momento pasa Edurne frente a ellos, que ha escuchado su conversación, y aprovechando para añadir más sufrimiento a César le suelta:

—Qué raro que no te haya contestado la jefa, no hace diez minutos que he hablado con ella. ¿Quieres que la llame y le diga algo de tu parte? —Sonríe y se dirige a las habitaciones en busca de Eduardo, uno de los pocos auxiliares que le falta entrevistar.

César la mira con indignación, mientras Tatiana le dice:

—Te lo dije cabrón, te dije que la teníamos que sacar de aquí apenas llegó. Ahora está envalentonada y se ha ido ganando el apoyo de la jefa. Tú sabes que esa cabrona se queda con quienes le sirven, y si no te da por el culo y te manda a la puta calle...

—A la puta calle voy a mandar a Edurne. Me tiene hasta los cojones. Ya le va tocando llevar un susto.

—Hace rato que le tocaba, pero cada vez que te lo digo, te cagas.

César luce muy estresado, siente que está perdiendo el control de la residencia. Sabe que se debe mover cuidando cada paso, siente que está perdiendo poder. Antes los empleados le obedecían sin cuestionar sus órdenes, reinaba a punta de miedo. Ahora se atreven a desafiarlo. Además, se siente vigilado por la Guardia Civil y por la Junta. Lleva mucho tiempo actuando sin tener que responder ante nadie por sus decisiones. A lo largo de los años ha ido entretejiendo una serie de negocios aprovechando la vulnerabilidad de los abuelos. Maneja todo lo relacionado con la compra de sillas de ruedas y material ortopédico, tiene negocios con la funeraria por la exclusividad del servicio, el cobro de sus pensiones, las posesiones resguardadas en la caja fuerte... Salir de la residencia no es una opción para César, quedaría al descubierto delante de la jefa y es consciente de que eso conllevaría serias represalias. Es un hombre que vive de las apariencias. Desde que trabaja en la residencia, su vida ha dado un gran vuelco. Anteriormente trabajaba de albañil y acumulaba muchas deudas; ahora vive en un hermoso piso, conduce un coche deportivo y disfruta de una vida de lujos. Se ha creado una especie de perfil. Es meticuloso en su forma de vestir y de peinarse, le importa mucho la imagen que transmite. Usa ropa de marcas reconocidas. Además de saber que circulan muchos rumores sobre su gestión, no cuenta con un título para buscar trabajo en otro lugar. Está claro que defenderá a toda costa su lugar en la residencia.

Toma a Tatiana por el brazo con firmeza y se la lleva a la dirección. Se

encierra con ella.

—Dime, ¿qué crees que debo hacer con esta mujer?

—Joderla, César, joderla. ¿Todavía no entiendes que o la jodemos rápido o ella nos va a joder a nosotros? Yo no pienso ir presa por esta panchita, tú verás si quieres arriesgar tu culo en prisión... lo que sí te digo claro es que, si yo caigo, los arrastro a todos ustedes conmigo, por cabrones.

Al día siguiente, César se ha asegurado de llegar antes de Edurne a la residencia. En una clara demostración de que quiere recuperar la autoridad, inspecciona el trabajo de los auxiliares. Va con una carpeta en la mano apuntando observaciones, a la vez que comunica a todo el personal que deben quedarse una vez terminada la jornada para coincidir con los de la tarde en una reunión convocada por él. Al darse cuenta de la llegada de Edurne, ordena que le siga, no sin antes decirle que busque una libreta para apuntar. Se suben los dos en el ascensor para iniciar un recorrido desde las habitaciones de arriba. Va entrando a todas buscando cualquier excusa para llamar la atención, y le va dictando a Edurne todo lo que ha ido encontrando. Hace hincapié en detalles absurdos; revisa la limpieza en lugares que nunca había revisado; abre los armarios de los abuelos y mira incluso si a alguna camisa le falta un botón. Hasta se da cuenta de que en la mayoría de los baños no hay pasta dental... Así ha acabado llenando tres páginas de observaciones.

Edurne comprende la trampa y decide llevar la corriente. Terminan el recorrido alrededor de las diez de la mañana. César se dedica a atender a familiares mientras Edurne debe volver y continuar con su trabajo en la oficina. A las tres de la tarde, como estaba previsto, todos los auxiliares esperan en el salón a que dé comienzo de la ya famosa reunión. César ha montado todo un escenario: una mesa larga frente a un grupo de sillas acomodadas en tres filas. En la mesa están sentados el médico, Pedro, las dos enfermeras, la trabajadora social y una silla para él en el centro. Edurne debe sentarse con sus compañeros auxiliares. César se mantiene de pie. En sus manos tiene las anotaciones que le ha ido dictando a Edurne durante la mañana. Las voltea para que todos puedan verlas y comienza su discurso...

—Estamos aquí reunidos con mucha preocupación. Hoy he recibido de parte de Edurne una larga lista de errores cometidos por todos ustedes, así que voy a comenzar a leer sus observaciones, dejando claro que todos deberán responder con sanciones a cada negligencia observada por Edurne, todo en favor del buen funcionamiento de la institución.

El plan no dejaba de ser ingenioso. Todos los auxiliares se sentirían

atacados y castigados por culpa de Edurne y se volcarían en su contra. El clima se torna tenso. Todos se miran entre sí, se hacen señas. La cara de César refleja gozo. La actitud del médico expresa soberbia; se asemeja a un tribunal inquisidor. No hay lugar a dudas, van a por sangre. Tatiana, sentada en una esquina, apoya los talones sobre el asiento e intenta ocultar su móvil entre las piernas. Mastica chicle vulgarmente y de vez en cuando infla bombas para llamar la atención. Edurne se mantiene serena, observando todo lo que ocurre a su alrededor.

César comienza a leer las observaciones...

—Por lo que veo, sois una panda de cerdos, pues en casi ninguna habitación hay pasta dental y nadie lo ha reportado, lo que me hace dudar de que os lavéis siquiera los vuestros...

—Ya has comenzado mal, César —interrumpe un auxiliar de la noche, al tiempo que se pone de pie para responder al ataque—. No hay necesidad de ofender. Si la reunión va a ser así, me avisas, porque entonces yo también puedo decir lo que me dé la gana de muchos de aquí.

—De acuerdo, para los delicaditos presentes, he de aclarar... Edurne dice que no hay pasta dental en muchas de las habitaciones de los residentes. Aquí están las anotaciones de vuestra amiga, una por una, así que puedo dar ejemplos de residentes, para que no se ofendan... Emilio, José, Manuel, Etlvina, Soledad...

—César —le interrumpe de nuevo el auxiliar—. A ver cómo te lo digo sin hacerte quedar en ridículo delante de todos. Has nombrado cinco abuelos y, para tu mala suerte, justo esos cinco abuelos no tienen dientes, tienen prótesis, por lo que es lógico que no haya pasta dental en sus habitaciones. Con ellos usamos unas pastillas dispersables que colocamos con mucho amor y cuidado dentro de un vaso para que haga burbujas y limpie la prótesis durante la noche. Y sus encías se limpian con solución antiséptica y una gasa...

Mientras el auxiliar va explicando, hace movimientos como si fuese un hada que, con un toque de su varita mágica, realiza el procedimiento... Todos estallan en risas y aplausos... César se ríe para hacer creer que el ataque directo lo considera una broma, y se esfuerza en no responder. Su intención es firme. El ataque y la rabia deben dirigirse hacia Edurne, no hacia él, así que continúa sin prestarle atención a lo que acaba de ocurrir.

—Aquí Edurne denuncia que las camisas de Joaquín no tienen botones. Se pone de pie Eduardo y explica que Joaquín tiene desde hace

semanas la costumbre de arrancar los botones de sus camisas con los dientes, y ante el riesgo de que se pueda atragantar, le han pedido camisetas sin botones a los familiares, y que mientras las compran y las entregan a la residencia, le han cortado todos los botones a las que tiene en su habitación. Así queda desarmado el segundo ataque. César no le dirige la mirada en ningún momento a Edurne. Ella se mantiene estática, igual que al principio de la reunión.

—El área de fisioterapia, capilla y aseos de abajo son las más sucias, ¿Dónde está Yamira, la encargada de limpiar esa zona? —pregunta César al tiempo que la busca con la mirada.

—Yamira está de vacaciones —dice Lourdes—. Tú mismo le asignaste esa tarea a Tatiana, así que no me extraña que encontraras todo sucio... como ella.

—Cállate, cabrona que a ti nadie te ha preguntado —grita Tatiana mientras se levanta e intenta acercarse a Lourdes con brusquedad —Edurne sabe que yo soy la encargada de esa zona esta semana, son ganas de joder —dice Tatiana mirándola con rabia. Edurne hace un gesto que da a entender que olvidó ese detalle. Lourdes ríe mirando a Tatiana.

Y así, a medida que la reunión avanza, los conflictos se van presentando y cada uno hace lo suyo para salvar su responsabilidad. Todos están molestos con César, y de pronto...

—Mira tú, la de la esquina. ¿Quién te crees tú para opinar que algunos pacientes tienen escaras? Algo leí por allí... —dice el médico dirigiéndose a Edurne.

—Pues qué lástima que no lo ha leído completo, porque es un requerimiento de la Junta evaluar el riesgo de escaras de los pacientes como parte del protocolo que al servicio médico le corresponde cumplir. Con gusto se lo haré llegar para que esté bien informado. Pensé que usted lo sabría, pues es parte de su responsabilidad estar pendiente del estado de salud de sus pacientes, como otras tantas cosas que hemos estado haciendo, pero igual pensé que las enfermeras le informaban a usted del trabajo que ellas mismas han realizado.

—Para... para...

—Edurne, que mi nombre es Edurne, aunque si no recordaba el nombre de Aurora después de ser su paciente durante siete años, puedo entender que haya olvidado el mío, que solo soy una empleada más a sus órdenes...

Esa fue la estocada final. Ahora el médico dirige su rabia a las

enfermeras, que al no haberles explicado bien lo de las escaras, lo habían expuesto a hacer el ridículo delante de todo el personal. El médico se pone en pie, abre y cierra los labios sin pronunciar palabra, solo dejando entrever un pequeño hilo de saliva espesa y con un gesto de su cabeza hace que las enfermeras se levanten y salgan detrás de él. Para su desgracia, se ha tropezado con una arruga de la alfombra y casi se cae, lo que origina algunas risas en la sala. En cuestión de segundos, todos se levantan de sus asientos sin importarles que la reunión no hubiera acabado. Pedro les pide que vuelvan a tomar sus asientos y que firmen una planilla apuntando sus nombres y opiniones sobre la reunión, pero todos lo ignoran.

César le dice a Pedro:

—Guarda esa mierda antes de que te la haga tragar, mirando fijamente a Edurne, y sin saber qué coño ha pasado con su plan.

Había sido un plan perfecto para que César se saliera con la suya. Claro que hubiera resultado mejor si Edurne, antes de dejar las anotaciones en el escritorio de la dirección, no le hubiese tomado una foto con su móvil, y enviado a todos sus auxiliares, amigos o no, excepto a Tatiana con una esta nota: "Chicos, hoy en la inspección que ha hecho, César ha encontrado estas faltas. Corregid con discreción lo de cada uno antes de la reunión, para evitar las multas que quiere imponer. Un abrazo fuerte, Edurne".

A los auxiliares y demás trabajadores poco les ha importado si Edurne les cae bien o mal; aceptar una falta o reconocer que habían sido avisados para que arreglaran el error los exponía a perder unos euros de su salario, y nadie quiere que le toquen su dinero.

Edurne ha salido fortalecida y feliz. Sin embargo, sabe que esto solo era un primer ataque directo, habría de venir muchos más.

—Menuda la que has liado mi niña. Cómo me divierto contigo —le dice Lucho al salir de la reunión mientras le da un disimulado abrazo—. Más tarde te pasaré algo al móvil para que tú también te diviertas.

Pilar, la trabajadora social, que había salido unos minutos después de haber comenzado la reunión para atender un problema, se acerca a las puertas del salón y dice:

—Edurne ven aquí rápido, necesito que me eches un cable. Faustino ha golpeado a Purificación una vez más. —Edurne asiente con la cabeza y se dirigen a la habitación.

Se trata de una pareja de esposos que viven en la residencia desde hace cinco años. Un año antes de eso, Faustino sufrió un derrame cerebral que

le paralizó el lado izquierdo de su cuerpo. Su mujer en ese momento decidió ingresar juntos a la residencia para tener ayuda en su cuidado. Hace un año le detectaron a Purificación un cáncer avanzado en el cerebro. En cuestión de un año se ha deteriorado una barbaridad; padece de fuertes dolores que la mantienen muchos días en cama, y a veces la paciencia de Faustino se acaba y la regaña por quejarse o gritar de dolor.

Esta es la tercera vez que su intolerancia lo lleva a un punto mayor, y Faustino ha vuelto a golpearla. Pilar y Edurne entran en la habitación, pues deben levantar un informe. En la cama está Purificación, semisentada, con su cara rasguñada, sangre en mejillas y nariz, y la boca hinchada.

—¿Qué ha pasado Purificación? —pregunta Pilar con dulzura al tiempo que la rodea con sus brazos.

—Nada... —la aparta con brusquedad — en un momento he tenido mucho dolor y yo misma me he arañado la cara en medio de la desesperación —responde Purificación con una actitud fría y distante.

—¿Seguro Purificación, eso es lo que ha sucedido? —insiste Pilar—. No es lo que me han dicho las otras abuelas.

En ese momento entra Faustino con su silla de ruedas eléctrica. En cuanto Purificación se da cuenta de su presencia, le grita:

—¡Sal de aquí, cabrón! Hueles a mierda más que mis propios pañales. —Lo dice con su cara enardecida, a punto de explotar. Las venas han brotado en su cuello asemejan gusanos salvajes, de su boca se escapa una saliva blanca, traga grueso y se limpia el rostro con las sábanas. Luego recupera su actitud inicial. Faustino retrocede bajando la mirada y sale avergonzado de la habitación—. ¡Me cago en todos tus muertos! —le grita mientras Faustino se aleja. Ahora, agotada por el esfuerzo, jadea un buen rato. Purificación tiene la mirada de un toro que acaba de cornear... Logra serenarse y continúa—: Estoy segura de ser la mujer más imbécil de este lugar. Durante años he tolerado sus malos tratos y sus palizas, por los hijos, por el hogar, porque desde pequeña me enseñaron a ser una cabrona y aguantar, en fin, a bajar la cabeza. Aquí estoy ahora, en una residencia para viejos, pudriéndome lentamente y no solo tengo que aguantar golpes y humillación, sino además mentir para proteger al muy cabrón. Escribid lo que os dé la gana en ese informe, yo al final lo voy a negar todo. No voy a causar ese dolor a mis hijos. Este es mi castigo. Así que salid de mi habitación y dejadme en paz.

* * *

Dos días después de la fallida reunión de César, Edurne ha salido de su oficina y se dirige al jardín frente de la residencia para tomar un momento de descanso. En su cabeza revolotea mucha información, se entremezcla, por momentos le abrumba. Intenta serenarse y pensar con objetividad. El móvil comienza a vibrar en su bolsillo, le ha llegado un mensaje de Andrés: «La especialista Alejandra, te va a llamar en 5 minutos. Su teléfono termina en 52. Entra en un aseo o donde no te puedan escuchar para atender la llamada».

“En este momento estoy en el jardín de enfrente”, escribe Edurne.

“Perfecto, quédate allí hasta que te llame”, le contesta Andrés.

En efecto, a los cinco minutos entra la llamada. Alejandra le anuncia que, en aproximadamente una hora, va a llegar a la residencia acompañada de otros guardias. Le advierte que en ninguna circunstancia insinúe que los conoce, y que hasta que no la llamen, intente estar hablando con alguno de los auxiliares amigos para que no la relacionen con la entrada de ellos.

—Recuerda, no nos conoces y, al igual que el resto, debes parecer asombrada y preocupada con nuestra llegada —le repite Alejandra.

Edurne entra de nuevo y se dedica a ayudar a la fisioterapeuta con los informes pendientes. Pasada un poco más de una hora, llegan dos patrullas a la residencia. Desde donde ella está no puede verlas. Esta vez son los guardias de siempre, más la especialista y el comandante. Van directo al despacho del director. Abren la puerta sin anunciarse. César se encuentra atendiendo a un familiar.

—Buenas tardes, disculpad la interrupción —dice el comandante, y luego dirigiéndose al familiar, agrega—: Le ruego que nos permita conversar con el director, mucho le agradecería que esperase afuera.

Sin dudarle ni un segundo el familiar se levanta, se despide de César y se compromete a regresar otro día para continuar.

—Siéntese por favor y llame un momento al encargado de recepción —le indica el comandante a César, que toma el teléfono y le pide a Pedro que vaya a su despacho.

—Dime César, ¿necesitas algo? —pregunta Pedro que apenas asoma la cabeza por la puerta para evitar entrar. Se muestra desconcertado ante la presencia de los guardias en la oficina. Le tiembla la voz y mira a todos lados como intentando entender qué es lo que está ocurriendo.

—Haga el favor de llamar a los auxiliares Daniel, Eduardo, Nixon, Edurne y a la residente Juana Santana —indica a continuación el comandante en un tono que deja patente que es él quien toma el control de lo que allí

sucede. De inmediato ordena que se muevan los muebles del despacho para hacer más espacio. Por el altavoz se escucha que Pedro está convocando a todos los que ha ordenado el comandante. Tras unos minutos todos los auxiliares llegan, blancos como un papel. La imagen es impactante, reviste mucha seriedad. Casi al instante entra Pedro empujando la silla de ruedas con Juanita.

—Ya se puede retirar —le indica la especialista a Pedro, quien obedece retrocediendo con la cabeza agachada.

—Los auxiliares poneos parados en una línea aquí—ordena la especialista. A Juanita la sitúan en el medio, frente a ellos, pero a cierta distancia.

—Miguel, ¿con quién me ha dicho que se calma Juanita? —pregunta Alejandra.

—Con Edurne —contesta Miguel.

—¿Edurne? ¿Es Usted? vale, póngase al lado de Juanita y límitese a repetir lo que yo le diga, ¿entendido? —Edurne asiente mientras toma a Juanita de las manos.

—Esta es mi amiguita, es muy amable, muy amable, no se cabrea cuando huelo a mierda —dice Juanita.

—Pregúntele quiénes son tus compañeros, uno por uno —le indica a Edurne la especialista.

—A ver, Juanita bonita, ¿Cómo se llama él? —dice tomando a Daniel de una mano.

—Ese es el que me da la sopa, para que me ponga fuerte y crezca —responde Juanita sonriendo.

—¿Y cómo se llama? —insiste Edurne.

—El de la sopita —repite Juanita.

La especialista le pide que continúe con el que está a su lado.

—¿Y él Juanita? —sigue Edurne señalando a Eduardo

—Él me baña y me pone los pelos de punta, ¿verdad, niña? —dice Juanita mientras da golpecitos con su mano en el hombro de Edurne para llamar su atención y mostrarle que lo que ha dicho le causa risa.

—¿A qué se refiere, Edurne? —pide que le aclare la especialista. Edurne sonrío y explica:

—Es un juego que suele hacer Eduardo con los abuelos: mientras les lava el cabello les levanta el copete en una especie de cresta punk o les hace dos cachitos con el champú. Eso los hace reír.

—¿Eso es cierto, Eduardo?—le pregunta la especialista.

—Sí, es cierto y me disculpo, pero le juro que no lo hago por maldad, es más por juego que....

—Tranquilo Eduardo, que no pasa nada por eso.

—Eduarne siga con el tercer compañero, por favor —indica la especialista.

—¿Cómo se llama él, Juanita? —pregunta Eduarne, y Juanita calla, baja la mirada y enseguida comienza a pedir con ansiedad:

—Llévame a mi casita, llévame a mi casita ya...

—Solo falta un poco más, Juanita, y te llevo. — dice Eduarne, e intenta calmarla.

Ahora, mirando a Eduarne, la especialista le indica utilizando un tono de voz pausado.

—Pregúntele a Juanita cuál es el novio de Aurora.

Eduarne ha captado la intención de la pregunta, y repite literalmente:

—Juanita, ¿Cuál es el novio de Aurora?

Juanita se voltea y señala a Nixon.

—Ese niño, ese niño es el novio de Aurora.

—Última pregunta y te vas Juanita. —Esta vez la pregunta la hace directamente la especialista—. ¿Qué hacen los novios, Juanita?

—Hacen bebés —responde.

—Eduarne, haga el favor y saque a la señora de aquí de inmediato — dice la especialista con una actitud que asusta. A pesar de haberse mostrado tan serena durante todo el interrogatorio, es obvio que la respuesta de Juanita le ha revuelto los intestinos. Su mirada es sumamente dura, hasta el tono de voz ha cambiado. Casi de inmediato, la especialista se controla, se agacha hasta la altura de Juanita y le dice—: Lo has hecho muy bien, Juanita, lo has hecho muy bien. Ahora a la casa.

—Llévela y regrese; no hable con nadie en el trayecto, ¿entendido? —le ordena a Eduarne.

—Entendido.

—Vaya Usted con ella y vigile Miguel —indica el comandante.

En el despacho, todos permanecen en absoluto silencio mientras aguardan a que Eduarne y Miguel regresen. César es el único que se ha sentado. Apoyando el mentón en su mano, se tapa la boca. No puede creer lo que acaba de escuchar. Daniel y Eduardo se mantienen de pie, asustados. No se mueven ni un milímetro, tienen temor a que alguien note su presencia. Nixon, con la

mirada fija al frente y sus manos detrás de la espalda, pareciera que ni respira, pálido, un rocío frío cubre su frente.

—Nixon, de un paso al frente —ordena el comandante y él obedece—. César, quédese con nosotros en calidad de director de la institución. Los demás, os podéis retirar. Si algo de lo que ha pasado aquí lo comentáis con alguien, personalmente me encargaré de que os acusen de obstrucción a la justicia. ¿Os ha quedado claro?

* * *

—Nixon Prieto, queda detenido bajo sospecha de asesinato de Aurora Molina. Tiene derecho a guardar silencio y a no declarar si no lo desea, a la asistencia de un abogado... —y así hasta informar de la lista de sus derechos y el afirmar de su completa comprensión.

A medida que ha ido escuchando el motivo de su detención, Nixon se ha ido alterando. Estalla y se mueve como un animal acorralado.

—Ya va ¡no volváis a decir eso! —dice Nixon como dando una orden. Su tono de voz es alto, casi como gritando—. Admito que he tocado a las viejas, pero yo no he matado a nadie. César, llama a un abogado, que así yo no salgo de aquí. A mí no me encasquetan esa muerte... —Entre dos guardias le inmovilizan y esposan con las manos en la espalda—. César, joder, que llames a un abogado ya, cabrón, antes de que me lleven...

—¿Admite que ha "tocado a las viejas"? —le dice Miguel al tiempo que se para frente a Nixon y lo hace retroceder unos pasos.

—Si a las viejas he tocado es porque me lo piden y les gusta, pregúntenle a....

—¡Calla! —grita César—. Sucio perverso, cállate ya —interviene, más por evitar lo que intuye va a acabar salpicando a todos.

—César, tú sabes que yo no he matado a nadie, díselo, tú lo sabes —dice Nixon casi suplicando.

El comandante hace una seña y uno de los guardias coloca una silla detrás de Nixon y lo obliga a sentarse poniendo su mano sobre el hombro con firmeza. La especialista hace un gesto, el comandante asiente, y ella toma otra silla y se sienta de frente a Nixon. Luego mira a César de tal forma, que este enmudece en el acto.

—¿Hay algo que quiera decirnos, algo diferente a lo que ha dicho en su declaración del día de la muerte de Aurora?

—Yo no he matado a Aurora, yo no he matado a nadie. Yo no he hecho

nada malo. Son cosas normales que pasan... Yo se los puedo explicar si todos os calmáis y me escucháis.

—¿Cómo es eso de que "toco a las abuelas"? —pregunta la especialista.

—Las viejas no son tan inocentes como ustedes creen. Ellas meten mano y uno es hombre, uno responde, pero yo nunca he hecho nada, ni he tocado a ninguna que no lo haya querido...

—Está hablando de mujeres de edad avanzada, que no son capaces ni de comer solas... ¿Y dice que ellas quieren tener encuentros sexuales con usted? Écheme un cable, que estoy intentando entender su punto de vista, Nixon —dice la especialista.

—Muchas sí, y hay otras que solo inventan. Ellas también tienen sus fantasías. Hay abuelas calentonas... y como yo soy fuerte, musculoso, me miran con ganas, queriendo de mí y yo más bien me he negado muchas veces...

—continúa Nixon intentando justificar su comportamiento.

—¿Qué sucedió esa noche con Aurora? ¿Se resistió y usted la golpeó? ¿Perdió el control?

—Esa noche yo no entré en el cuarto de Aurora, la había acostado Daniel.

—¿Y cómo es que Juanita dice haberlo visto a usted?

—Eso fue otra noche; con Aurora fue una sola vez, pero no esa noche. Se confunde de noche.

—Qué asco de espécimen. No quiero escuchar más a esta bazofia. Entiendo que es tu trabajo, Alejandra, pero prefiero que esto continúe en la comandancia. Vamos ya de aquí. No soporto escuchar a este ni un segundo más —dice el comandante.

—Solo unos minutos, por favor —dice la especialista intentando evitar que el comandante dé por terminado el interrogatorio—. Créame que le va a ahorrar a Usted y a mucha gente momentos más desagradables que este.

—Tienes cinco minutos más, estoy asqueado y cabreado. Esa no es una buena combinación para mí...

La especialista ha estudiado exhaustivamente el perfil de Nixon y sabe que esta situación, inesperada para él, puede ponerlo en evidencia.

—Nixon voy a darle una sola oportunidad, así que quiero que piense muy bien lo que va a responder. Míreme a los ojos... No voy a tolerar ni una sola estupidez... Puedo comprobar si me ha engañado, así que responda con la verdad. ¿Quién es Bryan?

Nixon mantiene la mirada fija en Alejandra. Gradualmente su respiración se va tornando más profunda y su cara se enrojece. Los ojos le comienzan a brillar, parece emocionado, como halagado ante un reconocimiento. Se inclina hacia la especialista y esbozando una sonrisa, le propone:

—Puedo cogerte como nunca te han cogido.

Miguel hace el amago de detenerlo, pero la especialista levanta con energía su mano. La especialista cambia el tono, que se hace más cercano.

—Sigue hablando Bryan, quiero saber qué tan bueno eres follando mujeres, cogiendo, como dices tú... —pide Alejandra en un tono suave y pausado—. Cuéntame detalles... Vale, atrévete conmigo...

La situación resulta inesperada para todos los presentes, excepto para la especialista. Nixon se ha quedado enganchado ante sus palabras. Todo el entorno ha desaparecido para él. Su pulsión se abre ante ella. Se concentra en Alejandra, en su posible víctima. Saliva como animal al acecho de su presa, y sin ningún remordimiento comienza a hablarle:

—Quítate la blusa y muéstrame tus pechos... ¡Quítatela mujer! Muéstrame tus pezones. Ven y tócame —dice mientras abre sus piernas, cierra los ojos extasiado y echa la cabeza hacia atrás...

—Suficiente hasta para mí... Lléváoslo —dice la especialista.

—Apuesto a que ya se te mojaron las bragas —dice orgulloso Nixon incorporándose en la silla—. ¿Se fijan como son las mujeres? Ellas me buscan... Yo les gusto.

—Levantadlo y sacadlo de aquí —dice Miguel—. Que se queden Jorge y Víctor levantando el informe.

—Pero ¿por qué? —insiste Nixon en voz alta— si os estoy explicando que estáis equivocados. Lo acabáis de ver vosotros mismos. Hablemos aquí, hablemos de hombre a hombre, con sinceridad ¿A usted nunca le ha gustado una mujer mayor? Yo no he hecho nada malo. ¿Por qué me vais a llevar?

Los guardias civiles le colocan de pie y tomándolo con fuerza por los brazos, lo conducen a la patrulla.

—¿Quién coño es Bryan? —pregunta Miguel a Alejandra perforándola con la mirada—. ¿Me has ocultado información?

—Esta bestia no se llama Nixon, su verdadero nombre es Bryan Cruz, apodado El *Chiclán*. Así se les conoce en los pueblos de Sudamérica a los animales que nacen con un solo testículo. Bryan nació con esa condición, un testículo no descendido y se convirtió en una rareza en su pueblo. Todos lo

sabían, y a medida que fue creciendo, muy probablemente fue víctima de burlas y abusos. El colmo es que se hizo policía allá. Allí lo tienes amigo, ignorancia, mala suerte, pobreza y con chapa y pistola, una combinación peligrosa. Así comenzó la historia de este sujeto. Es un violador en serie en su natal Perú. ¿Quién sabe cuántas víctimas más tendrá en su cuenta? Por eso huyó a España. Hay solicitudes de búsqueda desde hace más de veinte años. Los testimonios de las víctimas, más el examen forense de sus huellas dactilares, han de confirmar que se trata de la misma persona. Más de treinta mujeres en Perú que se sepa, y lo que nos falta por averiguar. Encaja a la perfección con el perfil. Nos estamos llevando un pez gordo.

—Joder Alejandra, esto lo tendría que haber sabido todo el equipo. Me gusta trabajar contigo, pero esta mierda no se me olvida, así que mejor muévete con cuidado y no me vuelvas a mentir.

—Yo no te he mentado.

—Ocultar información es lo mismo que mentir y no te lo permito. Que te quede claro quién manda.

César se pone de pie e intenta salir disimuladamente de la oficina. El comandante coloca su mano en el pecho de César y frena su salida. Con voz firme le dice:

—Mantuvo a este hombre trabajando aquí a pesar de sus antecedentes.

—Lo declararon inocente... —se justifica César.

—Y supongo que usted lo mantenía vigilado y no le generaba ninguna intranquilidad saber que todos los días bañaba y cambiaba pañales a las indefensas abuelas.

—¿Y yo qué podía hacer? —pregunta César, ahora mostrándose muy asustado.

—¿No podía evitar que estuviera aquí? ¿Me quiere hacer creer que estaba atado de manos? Hubiera podido hacer que estuviera todo el día haciendo camas, limpiando... Pero no, lo ha dejado campar a sus anchas con las abuelas. Permita que le diga algo, esto no es una hacienda y los abuelos no son ganado. ¿Cómo sale de aquí cada noche, llega a su casa y mira a su familia? ¿No tuvo madre?... De alguna forma va a tener que tomar su parte de responsabilidad en todo esto.

El comandante y la comitiva se marchan y César se queda solo en la oficina. En su sillón ejecutivo, en silencio, la mirada perdida. Miedo, rabia. Y una sola persona en mente: Edurne.

Entretanto, los auxiliares que habían salido antes de la reunión ya han regresado a sus puestos de trabajo. Edurne divisa a Eduardo en el pasillo del pabellón 101 y se le acerca.

—¿En qué andas? —pregunta Edurne.

—Buscando una maquinilla de afeitar que ha desaparecido, que hoy me toca afeitar. Con esto que ha sucedido vamos todos retrasados, y para complicarlo más, algún pringado ha aprovechado y pillado una de las afeitadoras. Voy a la habitación de Teodoro a revisar. El otro día le he encontrado seis cucharas y dos pares de gafas escondidas en el armario. Así que voy a buscar allí de primero. ¿Me necesitas para algo?

—Pues sí, necesito preguntarte algunas cosas de unos de los residentes a tu cargo, pero vamos que te acompaño y mientras tú revisas yo te voy preguntando y así no te retraso.

—No quiero hablar de lo que acaba de pasar, Edurne. Todo este asunto me tiene cagado.

—Yo tampoco Eduardo, así que tranquilo.

Los dos entran al cuarto y se encuentran a Teodoro viendo televisión.

—Hola, guapo —lo saluda Edurne.

—Si querías verme, tendrías que haber venido sola, no con este cabrón —bromea Teodoro.

—Venimos a buscar todas las cucharas que te has robado, que has dejado a los abuelos sin poder tomar la sopa —dice Edurne.

—Qué exagerada que eres —dice Teodoro.

Mientras ellos se saludan, Eduardo ya ha comenzado a abrir todas las gavetas del armario.

—Ya he encontrado tres cucharas, un tenedor y las gafas de Simona, que llevamos una semana buscando —dice Eduardo—. Caramba Teo, te estás diversificando. Mientras no te dé por robar móviles, vamos bien. ¿Qué hay aquí, Teo? —pregunta Eduardo mientras saca de detrás del armario una bolsa negra arrugada.

—Yo que sé, eso no lo guardé yo —contesta Teodoro.

Eduardo abre la bolsa negra y revisa. Adentro hay un chándal, pero está todo manchado. —Eduardo comienza a reír y dice—: ¡Macho, qué buena meada te has echado! —y mientras lo dice le muestra a Edurne un chándal azul con una gran mancha blanca en la entepierna.

—Eso no lo he ensuciado yo —dice Teodoro e intenta arrebatárselo de las manos—: Eso no es orina, es una mancha. Está desteñido igual que mi

cojín.

—¿Qué le ha pasado a tu cojín? —pregunta Edurne.

—Si me levantáis el culo, podréis verlo...

Entre Edurne y Eduardo lo toman de los brazos y lo levantan. En efecto, el cojín de la silla tiene un manchón blanco que va del centro hasta el borde anterior, igual que en el pantalón. El chándal huele a lejía. Edurne acerca su nariz al cojín y percibe el mismo olor.

—Me estás oliendo los *pedos* —ríe Teodoro mientras lo vuelven a sentar.

—Me voy, la maquinilla de afeitar no está aquí —dice Eduardo—. Voy a revisar en el cuarto de José, que también le ha dado por esconder cosas.

Edurne se queda a propósito en el cuarto de Teodoro. Espera que Eduardo se haya alejado. Y se encara a Teodoro:

—¿Cómo le ha pasado esto a tus pantalones y a tu cojín? Teodoro, quiero que me digas la verdad. Mírame a la cara, que te estoy hablando.

—Bah, solo se ha derramado un poco cuando he puesto la botella de lejía entre mis piernas —responde e intenta darse la vuelta para seguir viendo televisión. Edurne se lo impide.

—No estoy jugando, Teodoro. ¿De dónde has sacado la lejía?

—Del carro de limpieza, pero ya la he devuelto —responde con naturalidad.

—¿Para qué has tomado la botella de lejía? ¿Te querías hacer daño?

—Sí claro, me la iba a tomar yo, ni que fuera tan idiota.

—¿Entonces, para qué?

—Era un regalito para Lorenza, para hacer que se callara. Me tenía cabreado con sus gritos y me estaba escupiendo.

—¿Qué le has hecho a Lorenza?

Teodoro le hace una seña con el dedo sobre sus labios.

—¡Shhh! Que no me dejas escuchar el televisor...

Edurne se va alterando ante la actitud de Teodoro. Le arrebató el control del televisor de la mano, lo apaga y gira con fuerza la silla de ruedas hacia ella al tiempo que pone el freno de seguridad a ambos lados

—Ey, ¿qué te pasa? Enciende el televisor, que estoy viendo Pasapalabras...

—¿Cuándo fue eso, Teodoro? ¿Cuándo has tomado la botella de lejía?

—Edurne levanta cada vez más el tono de voz.

—Cuando Lorenza había botado el carro con la comida —dice sin

inmutarse.

—¿Qué has hecho, Teodoro? ¿Qué le has hecho a Lorenza?

Edurne comienza a sincronizar todos los hechos en su cabeza y comprende que ante ella hay un Teodoro muy diferente al que había conocido. El anciano se muestra satisfecho con la reacción de Edurne; parece frío, calculador, arrogante. Cruel. Edurne se queda un instante en silencio, mirándolo cara a cara. Teodoro se muestra perverso, como si disfrutara de la situación, y decide proporcionar más detalles

—Le he dado de comer. —Se ríe—. Le he dado de comer por última vez. La última cena. —Vuelve a asumir la postura perversa. Habla con claridad, asegurándose con la mirada de que cada palabra que dice es escuchada—. ¿Quién la ha mandado a tumbarme la sopa? Ya no lo va a hacer más nunca. —Vuelve a reír—. Creo que ha aprendido la lección.

La actitud de Teodoro no varía. Su mirada es penetrante, desafiante. Acerca aún más su rostro al de ella, le acaricia la mejilla, retira el cabello de la cara de Edurne y con suavidad lo coloca detrás de sus orejas. La acerca hacia él e intenta besarla...

—No te atrevas, Teodoro —dice Edurne temblando de rabia mientras lo sujeta de sus muñecas, apretando con fuerza.

—Quieres que te bese, pero te da pena. Tranquila, que no se lo voy a contar a tu marido, esto es entre tú y yo.

—Esto no se va a quedar así, Teodoro, tú sabes lo que has hecho —dice Edurne—. Tú has sido el que cogió la jeringa ese día. La has matado, le has llenado el estómago de lejía

—Pero he devuelto la jeringa, en verdad no me he portado tan mal. ¿Me vas a acusar con César? Me da mucho miedo —dice riendo.

—Estás enfermo, Teodoro.

Edurne no puede creer lo que está pasando. Aún no sabe qué debe hacer. Se da media vuelta, y cuando está saliendo del cuarto, ve que la Guardia Civil se está llevando a Nixon. Va esposado y oponiendo resistencia. A Edurne le parece una escena brutal. Grita y patalea como un niño asustado. Se queda congelada observando. Mira hacia la habitación, a Teodoro y luego vuelve a concentrar su atención en Nixon, que se niega a que ser llevado. Levanta sus piernas contra la patrulla para impedir que lo puedan meter en ella. Los guardias forcejean. El que estaba al volante se baja para ayudarlos. Incluso siendo tres hombres, les cuesta dominarlo. Una vez le han logrado introducir en la patrulla, encienden la sirena y se alejan.

Eduarne regresa a la habitación de Teodoro con el corazón acelerado. Cada grito de Nixon le retuerce las entrañas. Entonces se da cuenta de que Teodoro ha encendido de nuevo el televisor, como si no hubiese pasado nada. Eduarne toma la bolsa con el chándal, la enrolla y la mete entre su cintura y el pantalón del uniforme, con la camiseta por fuera. Camina directo a su oficina y esconde la bolsa detrás de un mueble archivador.

Esa noche, cuando Eduarne regresa a su casa, cena en completo silencio. Está distraída, su actitud refleja un gran vacío. Ni siquiera esforzándose al máximo una persona en su sano juicio podría imaginar una historia que concentrara tanta perversión en un solo lugar, tantos demonios en un mismo infierno. Siente sobre sus hombros la responsabilidad de encontrar el camino para que la gente se entere de lo que ocurre en esa residencia. Siente que su silencio ante tal situación la va a convertir en cómplice.

CAPÍTULO 10

Ha transcurrido una semana desde que detuvieron a Nixon y de la fatídica conversación con Teodoro. Edurne se ha automatizado: llega a la residencia y permanece encerrada su oficina hasta el horario de salida, con la excusa de estar preparando los papeles que quedaron pendientes tras la última reunión con la Junta de inspección.

Nadie habla de Nixon, el asunto no se menciona. Han contratado a un joven colombiano de unos diecinueve años, para ocupar su puesto. Se llama Camilo, es familiar de uno de los de la noche, su hermano menor. Se lo han traído de su país en un intento de corregirle la vida. Estaba viviendo en un barrio muy peligroso de Medellín, donde pertenecía a una banda, para sobrevivir. Meses atrás le mataron a dos amigos y a un hermano, él se había vengado y solo era cuestión de tiempo que fueran a por él. Se había resistido a venir a España, pero sus padres lo habían obligado y su hermano, apenas hubo llegado, le había retirado el pasaporte y lo tiene bajo una disciplina casi militar, trabajando en la residencia seis días a la semana y haciendo trabajos de albañilería en su día libre. Según su hermano tiene el carácter bastante atravesado, así que lo mantiene domado.

* * *

La jefa ha llamado a Edurne para alertarla; hace dos noches, César se había comunicado con ella y le propuso que le asignara a Edurne de nuevo el puesto de auxiliar. Si su plan de poner a todos en su contra hubiese funcionado, la tendría de nuevo haciendo el trabajo más duro y con todos sus compañeros buscando venganza.

—¡Va a por tu cabeza! —le dijo la jefa, al tiempo que le recomendaba no subestimar a César—. No está en ese puesto por ser tonto —agregó.

A la jefa le gusta jugar con la gente, manipula maquiavélicamente a todos, siembra cizaña y le hace creer a cada uno que ella lo apoyará incondicionalmente.

Los nuevos requerimientos de la Junta le han proporcionado a Edurne unas semanas más en el cargo, y la jefa sabe que le conviene dejarla donde está.

Edurne se acerca al joven recién llegado para ayudarlo en sus primeros días, a sabiendas de que al hacerlo se gana un aliado. Es como un

juego de ajedrez: todos son piezas moviéndose dentro de ciertas limitaciones, y con una jefa capaz de patear el tablero en cualquier momento.

César llama a Edurne a su despacho, le indica que cierre la puerta y tome asiento.

—¿Cuándo te vas a ir de la residencia? Porque si hay algo que está claro es que de aquí te has de ir por las buenas o por las malas, pero te vas a marchar. Llevo aquí muchos años y no voy a dejar que me jodas la vida —le dice César con actitud amenazante.

—Yo solo estoy aquí para trabajar, César, tú más que nadie sabes cómo llegué y cuánto necesito este trabajo. Pudiste haberme ayudado, pero decidiste lanzarme a los leones. Varias veces vine a pedirte que me echaras un cabo y me respondiste “esto es lo que hay”. No quiero tu puesto, no quiero llenarme de mierda como tú. Solo intento sobrevivir mientras llegan mis papeles, pero este lugar no es normal...

—¿De verdad crees que puedes salir de aquí sin llenarte de mierda? ¿No te has mirado? ¿Crees que todavía eres la pija en ruinas que entró por esa puerta?

—No César, no soy ni la sombra de lo que era cuando llegué aquí, así que tenme mucho miedo, porque esta pija ha limpiado mucha mierda, esta pija ha sacado fuerzas que ni se imaginaba tener, esta pija hace rato ha dejado de llorar y de cagarse de miedo. Si te metes conmigo te vas a dar duro, César, esta pija ahora es capaz de patearte el culo, y si no te gusta lo que digo, lo siento... “esto es lo que hay”. —Se pone de pie, y ante la mirada de asombro de César, se dirige a la puerta, se voltea y le dice—: Si eres inteligente, déjame en paz, y en cuestión de tres meses me iré de esta mierda y te dejaré tranquilo para que tú solito te sigas revolcando en ella.

En cuanto Edurne sale de la oficina, entra Tatiana.

—La gilipollas va riendo y tu cara es una mierda. ¿Qué ha pasado? Se suponía que hoy te ibas a deshacer de ella.

—La cabrona ya no se caga tan fácil.

—¿Ahora sí vas a dejar que yo me encargue de ella o vas a seguir con tus brillantes ideas que no sirven para nada? Ya te ha dejado en ridículo delante de todos los empleados, la jefa te tiene el ojo puesto. ¿Qué estás esperando?

—Todo tiene su momento.

—Vete a tomar por culo, César, yo haré lo que tenga que hacer.

* * *

Tatiana se dirige directamente a la oficina de Edurne. Entra y cierra la puerta de un solo tirón. Aparta el portátil bruscamente con su brazo, se sienta sobre la mesa y apoya sus pies en los laterales de la silla donde está sentada Edurne. Cuando ella intenta ponerse de pie, Tatiana le pone las manos sobre los hombros, con fuerza, le acerca la cara e intenta besarla. Edurne la empuja y Tatiana casi cae al piso.

—Pedazo de loca, sal de aquí —dice Edurne.

—¿Te gusta el sexo duro? —Tatiana se levanta y se quita la chaqueta del uniforme. Edurne hace un intento de salir de la oficina y Tatiana saca un cuchillo de su bolsillo...

—Sabía que eras una puta barata, pero no que eras tan salvaje —dice Tatiana—Me gusta cómo has cambiado. Dejaste de ser una pija y ahora tú y yo nos parecemos. Escúchate como hablas... ¿Cómo quieres hacerlo? —le pregunta mientras se baja el pantalón...—. La jefa me ha dicho que tu marido es mal polvo... Yo te puedo dar un gusto y quitarte tanta amargura.

Edurne avanza lentamente hacia Tatiana, le pone sus manos sobre los pechos y la acaricia mirándola a los ojos. Poco a poco dirige su boca al cuello y comienza a besarla. Tatiana tiembla, y ante la fascinación del momento, Edurne aprovecha que ha bajado la guardia, le arrebató el cuchillo, la empuja sobre el sofá y de un salto se monta encima de ella y le coloca el cuchillo debajo del pecho izquierdo, directo al corazón.

—¿En serio, Tatiana? ¿Esto es lo que tienes para mí? ¿Aquí es donde tú te has imaginado que yo me cago de miedo? Has llegado tarde, esa era la Edurne de antes... Ahora soy capaz de hacer cualquier cosa... Así que aléjate, no me des la excusa, que estoy buscando al primero en quien cagarme...

Ante la cara de terror y desconcierto de Tatiana, Edurne, lejos de huir, se levanta con lentitud, toma la silla, la arrima a la mesa, acomoda el portátil y, luego de dejar el cuchillo a su lado con delicadeza, comienza a escribir. Tatiana se viste sin pronunciar palabra y sale de la oficina. Edurne espera unos segundos y apretando fuertemente los reposabrazos de su silla, mira hacía el techo diciendo:

—Mierda... mierda... mierda, mierda, ¿qué coño acabo de hacer? — No ha terminado de calmarse, cuando tocan a su puerta, es Daniel:

—¿Edurne, estás muy ocupada?

—No, Daniel pasa, dime... —dice Edurne al tiempo que oculta el

cuchillo bajo unas carpetas.

—Más bien sal tú, por favor, que quiero que me acompañes a la habitación de Joaquín. Lo fui a buscar para llevarlo a comer y no hace más que llorar y decir que se quiere morir. Me lanza manotazos para que no pueda levantarlo. No sé si dejarlo en su habitación u obligarlo a ir a comer. Por eso vine... Estás muy roja, Edurne, y toda sudada. ¿Te pasa algo?

—No, nada, solo me siento acalorada. Ahora me tomo algo...

Los dos se dirigen a la habitación de Joaquín. Edurne aún se siente conmovida por su encuentro con Tatiana, pero va logrando disimularlo.

—¡Hola Joaquín! —saluda Edurne con entusiasmo al entrar a la habitación.

Joaquín es un abuelo de ochenta y dos años. Durante toda su vida fue Guardia Civil. Era un hombre corpulento, fuerte, pero ha perdido mucho peso. Su rostro es el recuerdo de quien un día tuvo autoridad; su mirada es intensa, sus gestos están endurecidos por el paso de los años. Está acostado en la cama en posición de firme, tapado hasta el cuello por las sábanas. Según relatan sus hijos, su carácter es implacable. Un hombre correcto y dedicado por completo a su familia. Un padre ejemplar. Ahora luce cansado y triste. Muestra su disconformidad.

—¡Salid de aquí! No voy a ningún lado. ¡Largo, cabrones! Dejadme en paz.

—Venga, Joaquín. ¿Qué le ha pasado? —pregunta Edurne mientras intenta tomarle la mano.

—¡A la puta calle todos! —ordena Joaquín lanzando manotazos para que nadie se le acerque.

—Calma Joaquín, que te va a dar algo —dice Daniel.

—¡Pues que me dé! Me quiero morir. Estoy harto de esta mierda —dice Joaquín volteando su cara hacia la pared. Comienza a llorar. Su cara se ha ido transformando; la barbilla le tiembla y aprieta la mandíbula. Con su mano temblorosa, sus venas tortuosas abultadas, pasa sus pulpejos suavemente por la pared, como si acariciara un rostro...

—Joaquín, no hables así... Me vas a hacer llorar a mí —dice Daniel visiblemente conmovido por sus palabras—. ¿Has pensado en lo triste que se pondrían tus hijas que tanto te quieren? ¿Y tus nietos? —insiste Daniel.

—¡Calla, hombre! ¡Calla! —ordena Joaquín mientras saca de debajo de la almohada su vieja billetera de cuero, la abre y, con suma dificultad por el temblor de sus manos, logra sacar una fotografía pequeña, en blanco y

negro, del rostro de su esposa en el día de su boda—. Esta es mi mujer... Murió hace quince años... Desde ese día he querido morirme.

—Pero, estarán muy tristes, Joaquín... —dice Daniel

—¿Y mi puta tristeza qué? Quince años llorando cada noche. La extraño, ¡coño! ¿Será que nadie me puede entender? He aguantado por ellas, por mis hijas; las he amado con todo mi corazón, pero los años pasan y sigo extrañando a mi mujer... Quiero verla, quiero dormir con ella a mi lado. Ella lo era todo en mi vida. Ya he cumplido, os pido... os ruego... que me dejéis ir con ella...

—Vamos Daniel, salgamos —dice Edurne. Daniel toma la foto y le habla a Joaquín.

—Hermosa tu mujer, Joaquín. Qué bonito saber que se amaron tanto.

—Venga Daniel... vamos.

Después de esa conversación, Edurne y Daniel salieron de la habitación y llamaron a sus hijas. Ellas han ido a verlo y han llegado a un acuerdo con su padre. Han aceptado con dolor su decisión de no comer más. Le han prometido que no autorizarían la colocación de sondas ni forcejeos, y que irían a verlo cada noche hasta el final. Y así ha quedado acordado.

—Qué jodido lo que ha dicho Joaquín. Yo no sé qué haría ante una situación así. No quisiera estar en el puesto de sus hijos —comenta Daniel.

—Daniel, tú y yo tenemos que hablar.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué tienes?

—Vamos a mi oficina un momento.

Tras cerrar la puerta, Daniel pregunta:

—¿Tiene que ver con algo que hice con Joaquín?

—No, Daniel... Aurora —dice al tiempo que lo mira directamente a los ojos.

—¿Vas a seguir con esa mierda, Edurne? Coño, que no quiero hablar más de eso. —Daniel, molesto, se da la vuelta para salir de la oficina.

—¡Olvidaste bajarle el pijama a Aurora! ¡Lo tenía enrollado debajo de las axilas! — dice Edurne, y un escalofrío recorre su espalda al recordar las fotos que le había mostrado el comandante. Las fotos de la escena de la muerte de Aurora.

Daniel se detiene en seco. Ambos se quedan en completo silencio. Por un momento se queda con la mano en el picaporte, mirando la puerta, luego retrocede, gira hacia Edurne y al hacer contacto visual, se derrumba. Se deja caer sobre la silla con las manos en la cabeza, halando con fuerza su cabello, y

comienza a llorar. Es un llanto profundo y desgarrador. Intenta hablar y se atraganta.

—Te juro que ha sido un accidente, Edurne.

Intenta continuar su relato, pero sus palabras se mezclan con el llanto. Intenta ponerse de pie y nuevamente se deja caer sobre la silla. Edurne permanece en silencio frente a él. Luego de unos minutos logra serenarse, se limpia el rostro con los brazos y comienza a dar una explicación.

—Yo tenía a Aurora de pie, al lado de la cama, a punto de acostarla, como todas las noches... Ella se había sacado los pañales que le había puesto, dos veces. Hasta había roto la braga. En ese momento me había agachado para recoger del suelo los pedazos de pañal y ella se lanzó como loca sobre mi espalda, me logró tomar del pelo y me mordió el hombro con mucha fuerza. Nunca había sentido un dolor tan intenso, y reaccioné con un empujón para que me soltara. Ella perdió el equilibrio, se golpeó con la mesa y se abrió la frente...

—Daniel...

—Déjame terminar, te juro que no es lo que estás pensando. Ella estaba viva. Yo la recogí del suelo y la acosté en la cama, le puse su cinturón, porque ella todas las noches se quitaba los pañales... Nadie tenía por qué sospechar.

—Y olvidaste bajarle el pijama. Aurora se quitaba los pañales y la braga por debajo del cinturón y quedaba tapada con su pijama. Cuando la levantaste del piso con tus brazos, el pijama se le enrolló por debajo de las axilas. Y pusiste el cinturón sobre su abdomen desnudo. Lo vi en una fotografía que tienen los guardias y entonces lo supe.

—¡Mierda! Tienes que ayudarme, Edurne, ella estaba viva. Te lo juro por la memoria de mi madre. Yo subí la baranda para que pareciera que había intentado moverse durante la noche y se había golpeado. La baranda también estaba sucia de sangre. Yo esperaba que alguno pasara en la noche, llamaran al médico y así todo terminara pareciendo un accidente...

—¿Por qué no avisaste, si había sido un puto accidente?

—¡Me cagué, Edurne! Solo podía pensar en que no tengo papeles, que la flaca está preñada... Es que no creí que estuviera muerta, pensé que solo se había partido la cabeza. No le vi el ojo así... No sé cómo se ha bajado la baranda... Ayúdame, Edurne, no puedo ir preso. Yo quería a Aurora, tú sabes que yo la quería, jugaba con ella, no soy un criminal... No he vuelto a dormir una noche completa desde ese día...

Mientras Edurne escucha a Daniel, contempla su cara de dolor, su miedo. No podía dejar de imaginar cómo le destrozaría la vida a Daniel si esto llegara a saberse. Ante tanta gente miserable que había en este lugar, Daniel era una de las pocas personas decentes que había conocido. Un joven trabajador, atrapado igual que ella en ese lugar por pura necesidad. Daniel estudia una carrera técnica, tenía posibilidades de un futuro mejor y ahora, mientras personajes miserables encuentran en la residencia un resguardo, Daniel se llevaría el peor de los castigos. No cuadraba dentro del concepto de justicia, por lo menos no en el de Edurne.

—Mírame Daniel. Tú no has matado a Aurora. Pero eres el responsable.

—¿Qué dices?

—Que ella ha muerto desangrada. Durante la noche ha de haber tratado de moverse, levantarse, pedir ayuda, que se yo. Lo cierto es que ha intentado levantarse, y ha quedado colgando del cinturón en su cintura, la cabeza por debajo del nivel del colchón, y la gravedad ha hecho el resto. Que de ahora en adelante te callas. Tú error fue no avisar de lo que fue un triste accidente. Tu error es grave. Aquí trabajamos con gente, con vidas. Vas a salir de aquí y más nunca vas a hablar de este tema con nadie, ni con tu mujer. Lo único que quiero que te quede claro es que eres responsable.

—¿No me vas a acusar?

—No hay nada de que acusarte Daniel. Solo quiero que te calles. Si alguna vez me entero de que has actuado con irresponsabilidad otra vez no lo voy a dudar, Daniel. Si hablas de esto o cometes otro error, tendré como joderte la vida. Tú solo calla y aprende a ser responsable. Tú no has matado a Aurora.

* * *

Por la noche, Edurne no puede dormir. Se levanta de la cama, mira el reloj; son las tres de la madrugada. Se abriga con una chaqueta y sale al balcón en completa oscuridad. Se siente totalmente aplanada. Ha entendido que la vida se juega duro. La indignación se ha convertido en la constante de esta etapa de su vida. Está convencida de que se trata de una situación tan delicada, que solo puede resolverse siendo más inteligente que los demás. Necesita una estrategia que le permita sobrevivir.

Edurne sale a escondidas del piso, sube a la furgoneta y se va a esa hora a la residencia. Sabe cómo entrar, conoce las áreas cubiertas por cámaras

y cuáles no. Aparca en el paseo fluvial que pasa detrás de la residencia y entra por la puerta que da a los contenedores de basura. Tal y como esperaba, a esa hora los dos auxiliares de guardia están ocupados, uno en el sótano planchando y el otro en la limpieza del comedor de abajo; es imposible que la escuchen entrar. Al igual que creen que hizo Nixon en la habitación de Aurora, sabe que puede entrar por la ventana. Se coloca unos guantes, y allí está ella, en la habitación de Teodoro. Desconecta el timbre de alarma de al lado de la cama. Teodoro duerme. La luz del baño está encendida y da cierta claridad. Edurne se sienta en la silla de ruedas, se acerca a la cama y, con su cara entre las barras de la baranda de la cama, lo llama.

—Teodoro... Teodoro... Hijo de puta... Despierta... ¡Teodoro! —dice Edurne.

—Pero, menudo susto me has dado... Qué coño haces aquí a esta hora.

—Quiero saber toda la verdad.

—¿La verdad de qué, mujer? Déjame dormir.

—De lo que hiciste con Lorenza.

—Otra vez con lo de Lorenza. Mejor tengamos sexo. —Levanta la sábana y le hace señas para que mire—. De hablar, nada.

—Exacto, nada más sexi que un hombre con pañales, y además cagados.

Es la primera vez que Edurne le habla de esta forma a Teodoro, lo que genera en él una respuesta enardecida.

—Sal de aquí, puta, largo, vete, te odio, vete —grita Teodoro.

—No te gusta, ¿verdad? Tú si puedes ser una mierda con los abuelos, pero a ti nadie te puede tocar, ¿verdad? ¡Qué sabroso, Teodoro! Joderle la vida a los demás y que a ti nadie te joda.

—Ten cuidado conmigo.

—¿Por qué? ¿Vas a correr detrás de mí con lejía?

—No tiene que ser con lejía, imbécil...

—Y tampoco puedes correr... Pequeño detalle. Ups...

—Te voy a joder como jodí a Cipriano.

—¿Cipriano? —pregunta Edurne desconcertada.

—Ah, ¿te ha dolido? Claro, ese era tu principito... Ahora al fin te callas.

—¿Qué le has hecho a Cipriano? —pregunta Edurne angustiada y visiblemente conmocionada.

—Lo he matado... Qué bruta que eres, mujer...

—¿Has matado a...?

—A Cipriano, a Ofelia... y a... ¿Cómo se llamaba el de la barba larga? —lo dice con absoluta frialdad. Inclina su cabeza y mira hacia el techo tratando de recordar a los abuelos que había matado, mientras va contando con sus dedos, como cuando un niño saca una cuenta, dedo a dedo. No hay en Teodoro el más mínimo destello de arrepentimiento... Más bien parece disfrutar el momento— pues sí, los he matado por joderme la vida, así les queda claro que aquí mando yo y que no voy a dejar que nadie me joda mi tranquilidad.

—¿Tú has matado a Cipriano?

Edurne se apoya en la mesa de noche, sus piernas no dan más, flaquean. Se debate entre gritar o salir corriendo de allí. Mantiene la mirada fija en Teodoro mientras él, con toda tranquilidad, continúa su relato.

—Tendrías que haberme visto con Cipriano. Fue muy guay. Me puse en la silla detrás de él frente al ascensor, y mientras él esperaba a que lo fueran a buscar para acostarlo, le puse mis manos en el cuello lleno de arrugas y apreté fuerte. Lo ahorqué. —Imita el gesto alargando sus manos al cuello de Edurne —. Cipriano no se pudo defender, porque vosotros le habíais amarrado las manos a la silla. Trataba de gritar y no podía porque yo apretaba más y más, hasta que llegó el gordo de Nixon y lo subió en el ascensor. Creyó que iba dormido, pero igual al día siguiente se terminó muriendo. Ese es mitad culpa mía y mitad de quien lo había amarrado. —Hace una pausa y pregunta—: ¿Te sigo contando o prefieres llorar?

Halándose de las barandas, Teodoro logra sentarse en la cama. Edurne está abatida. No le dan las fuerzas para mantenerse erguida. Teodoro intenta tocarle la barbilla y la mira fijamente.

—¿Te ha gustado?

Edurne aparta la mano de su rostro con un gesto brusco y, con voz temblorosa, dice:

—Aurora.

—A esa no la he matado yo.

—Claro que sí, Teodoro, ahora lo entiendo... Tú entraste esa noche a su habitación...

—Que no mujer, no seas idiota. Yo no he matado a Aurora. Cuando yo entré a su habitación estaba viva, acostada y sangrando, pero viva.

—No mientas, Teodoro, entraste en su habitación buscando la cuchara que ella te había quitado esa noche en la cena, te debes haber apoyado en la

baranda para ponerte de pie y quitársela, pero con tu peso la terminaste bajando. Aurora se ha debido despertar con el ruido y se defendió, le agarraste la cabeza y la golpeaste contra la mesa de noche. Tú has matado a Aurora.

—Que mal, que mal... ¿Cómo puedes ser tan idiota? A ver... Inténtalo otra vez, te doy otra oportunidad —dijo susurrando, en una especie de complicidad, como si fueran dos amigos contándose un secreto—. Mira, yo entré en la habitación, me apoyé en la baranda para ponerme de pie y buscar mi cuchara, porque Aurora las escondía debajo de la almohada. Hasta allí ibas bien...Pero... —Ante el silencioso desconcierto de Edurne, Teodoro continúa su relato—, la baranda cedió y con el ruido ella acabó despertando. Se veía fatal, media cara llena de sangre, hinchada, con la lengua afuera y los ojos abiertos. Daba miedo, así que le quité la cuchara y se la enterré en un ojo para que me dejara de mirar. Casi ni chistó, estaba como drogada. Entonces comenzó a salir algo más asqueroso, como gelatina negra... Ag, qué asco me da acordarme. —Teodoro se sacude de escalofrío—. Y bueno...Mi cuchara había quedado toda sucia, así que fui al baño a lavarla, y cuando estaba allí llegó el cabrón de Daniel, me sacó tirando de mi silla y me acostó en mi habitación.

—¿Aurora estaba viva?

—Muy viva.

—¿Seguro Teodoro?

—Muy, muy, muy viva. Toda jodida, pero viva.

—Entonces, ¿cómo murió Aurora?

—Qué se yo... Yo solo le cerré los ojitos. —Se ríe al punto que de sus ojos brotan lágrimas incontrolables. Muestra fascinación ante el recuerdo de la imagen.

—Estás mal, Teodoro. ¿Cómo pudiste hacerle eso a Aurora?

—¿Qué importa? Ya tengo mi cuchara.

—¿Cómo que qué importa? —Edurne se acerca—. Estamos hablando de Aurora, cabrón. Era una mujer. No se le hace eso ni a un animal, no se le hace eso a nadie. Ni lo que le hiciste a Lorenza, cabrón, nadie tiene derecho a quitarle la vida a nadie. Pero ¿quién coño te crees que eres? —Edurne se pone de pie y camina dando vueltas sin sentido por toda la habitación. Siente que se asfixia. Entonces, Teodoro decide continuar.

—¡Qué imbécil eres! ¿Qué más podía hacer para vivir aquí en paz? Me ha abandonado mi mujer, mi hija, lo he perdido todo, ¿y quieres que deje que

cualquier imbécil me termine de joder la vida?

—¿Qué pudo hacerte el pobre Cipriano para que te ensañaras con él? Apenas era capaz de masticar la comida...

—No dejaba de dar voces para que lo soltaran, me iba a volver loco. Todo el día gritando Ciprianoooo, Ciprianoooooo, que ayuden a Ciprianooooo. Me tenía harto ese cabrón.

—¿Lo tenías que matar? ¿Porque te molestaban sus gritos lo tenías que matar?

—¿Y a quién coño le importa? Son puras vidas que no importan, a nadie le importan, parecen zombis, como dijo Lourdes. Se muere uno y traen a otro, y después a otro y a otro. Cuando uno se pone viejo o enfermo, te botan, te desechan como a mí. Si no sirves, te botan, y a los que nadie quiere los traen aquí. Siempre tengo de donde elegir. Así no me aburro.

—Eso no es así, Teodoro, existe la gente decente. A los abuelos los traen aquí porque no pueden cuidarlos, los traen creyendo que aquí van a estar bien, que los vamos a cuidar...

—Eso es en otras residencias, aquí no. Aquí no hay nadie decente. Esto es un depósito de vidas. Aquí se viene a morir, yo solo adelanto el trabajo.

—Te juro, Teodoro, que no te vas a librar de esta. Por lo poco de decencia que queda en este lugar, no te vas a ir de rositas.

—Nadie te va a creer, imbécil, yo me hago el tonto como siempre y ni tu madre te va a creer. A un viejecito enfermo nadie le va a echar la culpa.

—No necesito que nadie me crea, Teodoro. Se levanta, y de un salto se acerca a la cama, toma a Teodoro por el cuello y le dice—: Eres una mierda, Teodoro, y te vas a podrir aquí como una mierda.

—¿Has terminado?

—No, Teodoro, no he terminado.

Edurne siente que se ahoga, está a punto de colapsar. Camina de forma automática por el pasillo del pabellón 101. Se dirige con paso firme a la habitación que había sido de Antonia Amor, que aún estaba desocupada. Cierra la puerta por dentro, baja la persiana metálica de la ventana, junta las cortinas y se sienta sobre la cama que era de Antonia. Como una forma de acercarse a ella, se acurruca en el extremo superior que hace esquina con la pared y se abraza las piernas con los brazos.

—¿Qué mierda es este lugar? ¿Dónde coño estoy metida? Te necesito, Toñi. No me puedes dejar en esta mierda sola, ahora soy yo la que tiene mucho

miedo. He perdido, Toñi, he perdido. Esta vez ganan los malos, no puedo más. Ya no puedo más, me rindo, lo digo en serio, dile a Dios que ya no quiero más. Que lo he intentado con todas mis fuerzas, pero esto me supera. Son todos unos malditos sucios, unos ladrones que les roban a los abuelos, unas bestias haciéndoles daño, y a ti, mi Toñi. ¿Cómo no me lo has dicho? ¿Cómo no me he dado cuenta de que esa bestia te había hecho daño? Nunca te pregunté por qué querías que te candara la puerta... Perdóname Toñi, perdóname. Estaba tan pendiente de mi dolor que no supe ver el tuyo. No me lo puedo perdonar... igual no me he dado cuenta de Teodoro. Tenía todo delante de mí y, por ingenua, por creer que toda la gente es buena, ni lo he pensado... Tenía ante mí a un psicópata, un abusador, y no lo he visto, no lo vi... Teodoro tiene razón, soy una imbécil. Día a día me estuve relacionando con dos aberraciones de la naturaleza y no he sido capaz de detectarlo a tiempo.

» Son vidas que pudieron haber salvado. Tendría que haber sido más valiente, más inteligente. No me lo voy a perdonar.

»¿Y ahora qué se supone que debo hacer, ya sabiendo todo esto? ¿Voy y les digo a los de la Guardia que Nixon no ha matado a Aurora? Capaz que el muy hijo de puta, con un buen abogado, sale libre otra vez. Si digo lo de Teodoro, nadie me va a creer. Tanto dolor debe de tener alguna consecuencia. No me lo puedo perdonar... ¡Maldito puto lugar de mierda!

En ese momento de desesperanza, Edurne enfoca la mirada en sus zapatos de plástico amarillo, y de pronto se da cuenta de cómo se han deteriorado en estos diez meses y piensa: «Tanto como yo, están llenos de mierda como yo. Ya no son mis zapatos preferidos, los que me daban buena suerte en el hospital. Es que ya ni siquiera estoy en un hospital. Tendría que botarlos...». Sus pensamientos están tan agotados como ella. Cierra los ojos y comienza a oler una fragancia que la inunda. De la nada, siente como si el perfume de Antonia se apoderara de ella. La envuelve el olor a rosas, se siente abrigada por una sensación de placentera calma. A su mente vuelve la imagen de Antonia diciéndole: «Levanta el culo de mi cama y deja de lloriquear, nunca más se te ocurra pensar ni por un segundo que te he dejado sola, todo mi amor te acompaña. Y, además, ¿no se te ha ocurrido que podrías limpiar tus horribles zapatillas amarillas?».

Edurne se levanta de la cama, mira a su alrededor, toma la almohada y la huele. Acerca su nariz a la cama. ¿De dónde viene este olor? se pregunta. Entra al aseo de la habitación. Se para frente al espejo y se mira con intensidad. Por primera vez no tiene la más mínima gana de llorar. No se

reconoce a sí misma. Está frente a una Edurne dura, fría, calculadora. Piensa en voz alta: «Hay suficientes pruebas para culpar a Nixon, esta vez no podrá escapar de las acusaciones. Lo de Teodoro se puede resolver, lo voy a resolver, gracias, mi Toñi bella, sabía que tú no me ibas a dejar hasta estar segura de que tenía la fuerza que hace falta para hacer lo que voy a hacer. Y antes de irme, como tú decías, qué bonito ha sido imaginarme que te tenía tan cerca, aunque haya sido para regañarme una vez más. Yo no te olvido, Toñi».

CAPÍTULO 11

Sábado por la mañana. Por primera vez desde que ocurrió lo de Aurora, la jefa ha cedido y le ha dado a Edurne dos días libres seguidos, a cambio de asistir en Madrid a un curso que dictará el ministerio de Salud sobre actualización de las normativas que rigen a las residencias de adultos mayores. Es un requisito obligatorio, y alguien debe ir en representación de la residencia.

Andrés y ella han decidido aprovechar esos días al máximo. Dormir hasta tarde y descansar es la meta principal.

—¿Qué quieres hacer después de desayunar? —pregunta Andrés.

—Te vas a poner bravo cuando te diga, pero quiero ir al río a conversar, quiero ver los patos...

—Tú y tus benditos patos —dice Andrés y se ríe—. Si eso te hace feliz, pues vamos a ver los patos.

Caminan más de una hora tomados de la mano por los alrededores del río, abrazándose a cada paso, disfrutando del paisaje. Andrés se dedica a ser amable con ella y a recordarle cosas bonitas. Pasean con *Hipócrates* hasta que llegan a la piedra donde a Edurne le gusta sentarse a pensar.

—¿Te quieres sentar un rato en tu piedra?

—No, Andrés, creo que no.

—¿Cómo que crees que no? ¿Quieres o no quieres sentarte? —Edurne se para delante de él y agacha la cabeza avergonzada.

—Soy muy mala.

—¿Qué dices, tonta?

—Es en serio, Andrés, soy muy mala.

—A ver, ven aquí y explícame, ¿de dónde sacas esa idea ahora? —La abraza y en tono de burla le dice—: ¿Eres muy mala porque no te has terminado el café, o porque... no hiciste la cama...? Ya sé... Hoy no te has bañado.

—Que es en serio, Andrés —dice molesta mientras se zafa del abrazo—. Que me estoy transformando en ellos, que ya hablo como ellos, que soy capaz de hacer daño como ellos, que he aprendido a mentir, a manipular... Casi me agarro a golpes, falta que me meta a puta y completo el cuadro. Soy mala, Andrés, soy mala en serio.

—No sé qué has hecho, pero estoy muy seguro de quién eres; es solo que a veces a ti se te olvida. Ya era hora de que te defendieras, ya te tocaba

darte cuenta de que el mundo no está hecho de arco iris y rosas.

—¡Tienes que creerme! He hecho cosas que jamás pensé que haría. Estar allí es como estar en la cárcel, rodeada de gente mala, sin escrúpulos. Ahora yo soy así, soy una más de ellos. Ayer atacé a Tatiana. Ella entró a mi oficina, se sentó encima de la mesa...

—Y tú por primera vez te defendiste como una fiera...

—Andrés, no me hubieras reconocido, era capaz de morder, de patear, de matar. Me volví loca, me transformé.

—Es decir, que reconoces que eres humana...

—¡Soy un bicho, Andrés!

—Tarde o temprano iba a pasar. Tenías que aprender a defenderte. ¿Te asustaste mucho?

—Andrés... En serio... A estas alturas para qué mentir. Era yo la que daba miedo. Hice que Tatiana se cagara... Me tiene miedo. ¿Te das cuenta de lo que digo? Yo parecía una loca. Creo que hasta le mostré los dientes como si yo fuera una loba o qué sé yo que animal. Me faltó ladrar...

—Ven acá, dame un abrazo, vamos a sentarnos y ver los patos... Todos somos capaces, en determinadas circunstancias, de mostrar nuestro lado más oscuro.

—Pues, mi lado oscuro es la cagada.

—Te está sonando el teléfono en el morral —le indica Andrés.

—Me da fastidio mirar. Dime si es la jefa con otra de sus invitaciones en mi día libre...

—Mira el número, y si es ella, no contestes...

—Es desconocido.

—Deja el drama y atiende, a ver quién es.

—Hola.

—Hola, Edurne, soy Miguel. ¿Cómo estás?

—Estoy, que ya es bastante. ¿Qué tal estás tú? —Se acerca a Andrés para que él pueda escuchar.

—Necesito hablar contigo, ¿puedes hoy en algún momento? Estoy con Alejandra, ¿la recuerdas? Te lo estamos pidiendo como colaboración, puedes decir que no.

—No, claro, no hay problema, ¿dónde tengo que ir? ¿Me puede acompañar Andrés?

—Sí, claro, ven con él, ya te paso la ubicación al móvil.

Tras colgar la llamada, Edurne dice:

—Es un cuento de nunca terminar, creo que lo más sensato es ir y enterarnos en qué va todo este asunto.

—Lo que tú digas, amor, no me atrevo a llevarte la contraria, ahora te tengo miedo...

—Tonto. Tendrías que haberme visto...

Después de cambiarse de ropa y dejar el perro en casa, se dirigen a este nuevo encuentro, esta vez en un edificio en el centro de la ciudad. En el piso solo están Miguel y Alejandra. Se saludan con mucha cordialidad y les explican a ambos que es una reunión extraoficial, y que, a diferencia de la anterior, no habrá grabaciones ni nada por el estilo. Alejandra toma la iniciativa dirigiéndose a Edurne y Andrés.

—Tenemos claro que esto les puede parecer bastante extraño. Siendo franca, en toda mi experiencia laboral no había visto tantas cosas extrañas juntas, hasta que conocí esa residencia. Al detener a Nixon hemos abierto la caja de pandora. Como comprenderán, hay muchas cosas que no podemos contarles, pues son parte del secreto sumarial. Sin embargo, considerando tu perfil, Edurne, y el tiempo que llevas allí adentro, creo que si hay alguien que maneja información valiosa eres tú.

—Para mí es un alivio escuchar lo que me dices. No ha habido un día en que no quisiera salir corriendo a contar algo de lo que pasa allí dentro, pero ¿a quién se lo contaba? ¿Quién iba a creerme semejante historia? Lo conversamos muchas veces Andrés y yo. Aquí nadie nos conoce. Sabíamos que estar allí conllevaba un riesgo. Y sigo allí porque no tenemos otra opción, aún no tenemos nuestros papeles y tenemos familia que mantener.

—Más me cuesta entender por qué la dueña te puso allí. No encajas en el perfil de la mayoría de tus compañeros. Me extraña que te haya contratado —dice Alejandra.

—Allí pasan muchas cosas que a cualquier ser humano racional le costaría entender. Un día te contaré más, tengo que ir de una en una para no volverme loca. Y de paso no asustarte.

—El asunto, Edurne —interrumpe Miguel—, es saber qué tan dispuesta estás a seguir allí un tiempo más, protegida de forma indirecta por nosotros, y proporcionándonos información. No quiero que respondas ahora, queremos que lo pienses y lo consultes con Andrés.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Confiamos en que sean unos seis meses.

Luego de una larga conversación, llegan a un acuerdo y Edurne y

Andrés regresan a casa. Los acompaña una extraña sensación de alivio, a pesar de que reconocen el riesgo.

El domingo por la noche, antes de su viaje a Madrid, Edurne decide ir de nuevo a escondidas a la residencia. Llega más o menos a las once de la noche. Sabe que los del turno de la tarde se han ido a las diez y media y que los de la noche comienzan su jornada en el sótano y en la lavandería. Es el momento perfecto para entrar.

—¿Qué haces aquí? —dice Teodoro—. Hace mucho que no entras a mi cuarto. Hasta he tenido que putear con Tatiana para olvidarte.

—Qué bueno que aún estás despierto, tenemos que hablar. No quiero seguir peleando contigo; después de mucho pensarlo, creo que tú y yo podemos llegar a un acuerdo. Para hacer las paces te he traído algo para que cenemos juntos: una merengada, preparada con chocolate de mi país, y un trozo de tarta. Espero que te guste.

—A mí me gusta todo lo que tú me das.

—Deja de seducirme hombre, ja, ja, ja. He venido en plan de amigos a hacer las paces.

—Amigos y amantes, como la canción.

—Deja de hablar y pruébalo.

—Sabe igual que el de acá, pero más dulce.

—¿Qué dices, Teo? Este es mucho mejor.

—¿Tienes más? Me has dado muy poco...

—No, Teo, en ese chocolate ya había la suficiente dosis para poner más que tonto a un hombre de tu tamaño.

—¿Qué dices?

—Que hasta aquí llegaste, Teo.

—¿Qué me has dado, puta? —Teo toma el pulsador para hacer sonar el timbre de emergencia, pero está desconectado. Aprovechando que Teodoro está acostado aún en la cama, Edurne se monta encima de él como si fuera un caballo, le inmoviliza los brazos poniéndoles sus rodillas encima, le abre la boca y le introduce dos pastillas que saca de su bolsillo. Lo fuerza a beber agua de una botella que estaba sobre la mesa de noche, hasta que lo obliga a tragarlas.

—A partir de hoy, serás un zombi, como los llamaste tú el otro día. Pasarás el día tan atontado que no podrás casi hablar. Cuando te despiertes por la mañana, en tu historia estará indicado que debes usar un cinturón en tu

silla para evitar que te levantes y te caigas. Tus manos estarán como las de Cipriano, amarradas a la silla para que no intentes hacerte daño, como el otro día con la lejía que Andrés y yo encontramos. Todo lo harán para cuidarte, pues con la sedación darás la impresión de que no eres capaz de mantenerte erguido. No te podrás mover, y yo estaré aquí mañana y pasado mañana, y el día después, y así serán muchos días. Te mantendré dopado y vigilado. Se acabó, Teodoro, tu vida se acaba hoy. Y si lo que digo te asusta, imagínate cuando sepas lo demás... Esa es la mejor parte, pues dentro de unos días habré logrado convencer a todos de tu deteriorado estado mental y recomendaré tu inclusión en el área de asistidos totales de la residencia. Al despertarte, no solo te verás allí, sino que tendrás puesta una sonda gástrica para alimentarte, como la de Lorenza, ¿recuerdas?

Teodoro intenta sacarse a Edurne de encima, lucha por meterse las manos en la boca para vomitar, pero ya comienza a sentir el efecto del sedante que le Edurne le hecho tragar y apenas puede oponer resistencia. Lloro desesperado.

Edurne sale de la habitación con el mismo sigilo con que había entrado y se dirige a su casa. Al llegar, encuentra a Eduardo dormido, lo que le facilita no tener que dar explicaciones.

Por la mañana llega apurada a la estación de trenes, justo a tiempo para abordar. Se sube al vagón número cuatro y se sienta en su butaca. Esta vez le ha tocado con mesa, y la tiene para ella sola. Perfecto para aprovechar y adelantar trabajo. Saca de su bolso el portátil, una libreta grande que utiliza para sus anotaciones personales y resaltadores de distintos colores.

A los diez minutos de iniciado el viaje, mientras Edurne trabaja concentrada en su portátil, siente que alguien ocupa la butaca de al lado. Apenas se inmota ante su presencia, continua con la vista en la pantalla.

—¿De quién es esa resonancia?

—¡Coño!; Qué susto me has dado! —dice Edurne mientras cierra rápidamente su portátil.

—¿Tan fea estoy hoy que te he asustado? —dice Alejandra.

Edurne se mantiene en silencio, no ha podido superar la sorpresa e intenta entender las razones que pudieron forzar este encuentro. Entonces, Alejandra decide iniciar la conversación exponiendo el motivo de su presencia.

—Hay algo que no me termina de calzar, Edurne, y creo que tú podrías ayudarme. Como imaginarás, he tenido múltiples sesiones con Nixon desde su

detención, y todo me cuadra a la perfección con su perfil. Sin embargo, continúa negando su responsabilidad con respecto a la muerte de Aurora. Ha reconocido el abuso sexual, pero insiste en que ese día no entró a la habitación. Mantiene la versión de que permaneció en la esquina de afuera de la habitación, junto al matorral, fumando, y, en efecto, se encontraron dos colillas con su ADN en ese lugar. Lo cual coincide con el tiempo que debió de estar allí. En ninguna de sus víctimas anteriores, incluso en los testimonios de las de su país de origen, había señales de violencia como las de Aurora. Todas hacen referencia al uso de la fuerza a través de llaves en las manos para inmovilizarlas, pero ninguna ha dicho que haya sido golpeada.

—Tú lo sabes mejor que yo... Pudo cambiar su patrón de ataque o esa noche perdió el control porque Aurora quizás pudo golpearlo... No lo sé

—O no fue él... Esa también es una posibilidad...

—¿Entonces podría salir libre?

—¡Que no mujer! ¿Cómo va a salir libre con más de treinta acusaciones de abuso, y ahora una orden de extradición? Escúchame... Voy a hacer que mucha gente tenga que dar explicaciones sobre por qué ese hombre permaneció en su puesto de trabajo, y con un juicio de por medio. De eso no tengo dudas. Tampoco tengo dudas de que tú manejas más información de la que nos has dado.

—¿Está Miguel en el tren? —pregunta Edurne al tiempo que se levanta del asiento para mirar a su alrededor.

—No, estoy sola. Ninguno de ellos sabe que estoy aquí. Como te dije, es una coincidencia.

—No soy tonta, Alejandra.

—Ni un poco. Por eso quiero que te atrevas a decirme lo que sabes.

—No es el momento —dice Edurne contrariada mientras busca dentro de su cartera unos caramelos para intentar rebajar la tensión de la conversación. Los encuentra, le ofrece uno a Alejandra y se lleva otro a la boca.

—Puedo entender tu recelo en compartir la información, pero tendrás que hacerlo, y mientras más pronto será mejor para todos.

—Suenas a amenaza.

—Las cosas no son siempre lo que parecen. Tienes que confiar, Edurne. Esto no lo vas a poder manejar sola, te estás metiendo en camisa de once varas. Esta gente es peligrosa.

—Absurdamente peligrosa e inescrupulosa.

—Ahora bien, dejando el tema de Nixon a un lado, volvamos al comienzo de esta conversación —sugiere Alejandra mientras su mano le da un apretón al brazo de Edurne para hacerle sentir que ambas están en el mismo bando—. Muéstrame la resonancia que estabas revisando.

Edurne la mira unos segundos, abre su portátil y le muestra el archivo. Alejandra guarda silencio durante los más de treinta minutos que pasa revisando las imágenes y los archivos de historias médicas que le ha proporcionado. Edurne se mantiene distante, observando todo el tiempo el paisaje a través de la ventana, hasta que Alejandra rompe el silencio.

—Esta resonancia es de un paciente con una cirugía cerebral por tumoración, con lesión del lóbulo temporal y parte del frontal... Las evaluaciones psicológicas reflejan falta de empatía, episodios violentos, desconexión de la realidad... Un psicópata orgánico en potencia.

—Lo sé.

—¿Vive en la residencia?

—Si a eso se le puede llamar vivir, sí.

—¿Puede atacar? —dice Alejandra inclinándose sobre la mesa para acercarse a Edurne—. ¿Lo sabes? Sabes que las lesiones de estos lóbulos cerebrales pueden producir comportamientos violentos. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé, Alejandra. Ese es mi problema, que sé cosas que no quiero saber.

—Puede ser muy violento y atacar... —insiste Alejandra para de forzar una respuesta.

—Ya atacó... —dice Edurne con lágrimas los ojos—. Como me dijiste hace un rato, es una posibilidad.

—Edurne, tienes que confiar en mí... Esto es demasiado para cualquiera. Estás indignada, cansada. Además, sabes que puedo revisar los historiales después de ver esto. Ahórrame tiempo.

—Necesito que me escuches... Es mucho más complicado de lo que crees y soy yo la que está adentro jugándosela. Tendrás que respetar mis tiempos. Se trata de Teodoro. No has visto sus lesiones en la cabeza porque suele colocarse un gorro. Es Teodoro —revela Edurne con tristeza—. Es el responsable de la muerte de Aurora y de cuatro muertes más.

—Espera, Edurne. ¿Qué estás diciendo?

—Teodoro ha matado a cuatro personas más, pero en esta mierda de lugar morir es parte de la rutina y nadie se ha dado cuenta. Tienes que creerme, Alejandra, si destapas esto ahora será imposible atrapar a los otros.

—¿Atrapar a qué otros? Esto lo tiene que saber ya el comandante.

—¡Para, Alejandra! Si quieres contar conmigo, tienes que esperar.

—¿Esperar qué, Edurne? Esperar que maten a... ¿cuántos más? ¿Te das cuenta de lo que me estas pidiendo? ¡Por Dios, mujer, piensa!

—Exacto. Si tú estuvieras en mi puesto, lo harías mejor. Dale, metete tú a limpiar culos y de paso ponte a jugar a ser detective.

—Vamos a calmarnos, Edurne. No fue mi intención...

—Tampoco la mía... Discúlpame tú a mí. Déjame explicarte con calma. Al principio yo tampoco lograba entenderlo, pues al igual que te pasó a ti, todo lo relacionado a los abusos sexuales me llevaban a Nixon: las dos denuncias, los comentarios de Juanita, su comportamiento. Sabemos que abusó de Aurora, lo lógico era pensar que él la había matado, pero luego fui detectando cambios en la conducta de Teodoro que llamaron mi atención. ¿Recuerdas que te hablé una vez de su obsesión con las cucharas?

—Si lo recuerdo, pero como algo anecdótico. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Aurora le quitó una cuchara la noche del asesinato. Pues, él entró a su habitación para quitársela, peleó con ella, le golpeó la cabeza contra la mesa de noche y luego le enterró el mango de la cuchara en el ojo para que no lo mirara. Por eso la herida de la frente no se relaciona con el vaciamiento del ojo.

—¿Por qué no lo dijiste cuando viste que nos llevábamos a Nixon?

—Porque en ese momento no lo sabía. Yo creía que había sido Nixon, de verdad. Luego, accidentalmente, descubrí que Teodoro había asesinado a Lorenza. Noté que faltaba una jeringa para alimentar a Lorenza por sonda gástrica, pero luego la jeringa apareció, la misma noche que ella murió. Luego Eduardo descubrió un chándal de Teodoro desteñido con cloro, al igual que su cojín. Al principio creí que Teodoro lo había robado con la intención de suicidarse, pues una vez intentó ahogarse con su propia almohada. Cuando le pregunté, se molestó, y de la nada me contó que le había suministrado lejía a través de la sonda como castigo por haber tumbado la comida y retrasado la cena.

—Edurne, ¿tú te escuchas lo que dices?

—¿Me callo?

—No, para nada, Edurne, pero entiende mi posición. Lo que me cuentas no solo supera lo que he visto en mi carrera, supera mi imaginación, mi capacidad de comprensión.

—Esa noche Lorenza chillaba de dolor. Muy probablemente, la lejía habría perforado su estómago, y las bestias que dirigen el lugar solo la acostaron para que dejara de gritar. Y así puedo seguir relatando de muerte en muerte. Una historia peor que la otra, pero no caigas en la tentación de enfocarte en Teodoro. Todo lo relacionado a él lo tengo bajo control. Él no hará más daño.

—Ahora entiendo cuando me decías que esto era mucho para ti y casi vomitaste. Yo pensaba que eras una mujer muy sensible. Pufff... Esto quiebra a cualquiera. ¿Qué hay peor que esto que me estás contando?

—Vamos, Ale, tú eres mucho más brillante que esto. No te has montado en el tren por casualidad. Dime detrás de quien estás. O confiamos las dos o nos callamos las dos.

—De tu jefa.

—Escúchame con atención, Ale... Andrés y yo lo hemos hablado y, después de mucho pensarlo, hemos decidido que me quedo unos meses más, no sé si tantos como los seis que me pedís, pero si un tiempo más. Tenemos tres condiciones no negociables... La primera es que hasta aquí llegaron las mentiras. Alejandra, me mientes una vez más o juegas a que soy tonta y no volverán a escuchar una puta palabra más de mi boca. Tengo dos hijos y no voy a poner mi pellejo en juego confiando en la gente equivocada. Número dos: voy a entrar en ese piso, el ático que nadie quiere, pero lo haré cuando yo crea que es el momento adecuado, y necesito algunas cosas para ir preparada. Número tres: voy a por la cabeza de la jefa, pero en el camino pienso llevarme por delante a todas estas mierdas que han aprovechado la existencia de este maldito lugar para disfrutar de sus perversiones. Aquí no se va a salvar nadie. —Edurne toma aire y concluye mirándola directamente—: Así como no quiero que se nos escape ninguna bestia, quiero que en todo momento la gente decente que está allí adentro esté protegida. Lograr mantenerse limpios, rodeados de tanta putrefacción, debe tener su recompensa.

Edurne toma el portátil, lo guarda ante la mirada desconcertada de Alejandra, se levanta del asiento y le dice:

—Quita esa cara de susto y vamos, que en el otro vagón podemos tomarnos un café.

Hace dos días que Edurne ha regresado de su viaje a Madrid. Los conflictos no cesan ni por un instante en la residencia. Edurne llama a Pilar a su oficina para que la actualice con los ingresos que hubo estos días. Al entrar

en su oficina, es evidente que Pilar ha llorado.

—¿Qué te pasa, Pilar? ¿Y esa cara?

—Estos días han sido una putada. El ambiente está revuelto. El sábado no encontrábamos a Federica. El chico nuevo que contratamos para el puesto de Nixon estaba acostando ese piso y no sabe cómo se le perdió Federica, y por miedo a que lo regañaran o lo botaran, no se atrevió a avisar hasta después de una hora, o quizá más.

—¡Joder! ¿Dónde estaba? Porque hoy la vi en el comedor, así que es evidente que apareció.

—Avisaron unos vecinos que la vieron caminando por la calle y se imaginaron que era de aquí. La pobre estaba helada. Y allí no termina el cuento. Se agarraron a golpes tres abuelos por el partido de fútbol del domingo. Lo típico: uno se burló de que perdió el equipo del otro y, ¡hala!, a bastonazos limpios. Así se resuelve la vida, a bastonazos. Y la noche, durante la cena, convulsionó uno de los abuelos. No quiero trabajar más aquí, estoy harta de tanta miseria.

—Ven aquí, sígueme —Edurne se levanta y le abre la puerta.

—¿A dónde me llevas?

—Te voy a mostrar un secreto.

Edurne lleva a Pilar hasta la habitación de Loli y Carmela. Dos abuelitas gemelas, válidas pero bastante viejitas. Hace poco cumplieron noventa y tres años. Físicamente, están muy arrugaditas y menuditas. Llevan sus cabellos impecablemente blancos y recogidos en un elegante moño. Allí estaban las dos, como todas las tardes, sentadas mirando por la ventana tomadas de las manos. Al escuchar el habitual saludo de Edurne, enseguida se voltean con alegría y levantan sus brazos.

—¿Dónde están las abuelas más hermosas del universo?

—¡Aquí! ¡Aquí! —responden radiantes de felicidad.

—¿Listas para empezar?

Ante la mirada de asombro de Pilar, Edurne toma el mantel de la mesa de la habitación y les comienza a cantar... *En los carteles han puesto un nombre que yo no puedo mirar...* y mientras ondea el mantel como un torero, Edurne se gira elevándolo hasta hacerlo rozar con las cabelleras las dos abuelas. Las ancianas ríen y mueven sus manos como sevillanas.

Mágicamente, el mundo se detuvo para dar paso a la alegría, a la belleza, a la poesía... Pilar reía, las abuelas gritaban ¡Ole! ¡Ole! Por un momento, la vida sonreía y le recordaba a Pilar que la decencia existía.

—Suficiente por hoy, preciosas, que hay que currar. A la ventana otra vez.

Mientras se despiden con besos de Edurne y Pilar, ella no puede evitar preguntar:

—¿Qué hacen en la ventana?

—Esperan.

—¿Esperan?

—Sí, que su mamá las venga a buscar.

—Qué triste...

—No, Pilar, al contrario... Qué bonito. Piénsalo.

—Gracias por esto que has hecho. Me has levantado el ánimo.

—Son ellas las que se lo levantan a cualquiera. Mira qué bellas...

Pilar está conmovida, entrar a ese cuarto la ha removido...

—Tengo que decirte algo. Cuídate, Edurne, te la están preparando. Qué vergüenza.

Una vez dicho esto, Pilar le da un abrazo a Edurne y se retira antes de que las puedan ver juntas. Al final del pasillo está Lucho, el de mantenimiento, arreglando una cerradura. Le hace señas a Edurne para que se acerque. Entran en una habitación y le dice:

—Lo prometido es deuda. ¿Recuerdas el día de la reunión de César, que te prometí algo? Pues aquí tienes.

Entonces, Lucho le muestra a Edurne un vídeo en su móvil, en el cual aparece él disfrazado con la ropa de la jefa, vestido y sombrero, montado sobre la caminadora... El vídeo lo ha grabado él mismo en el piso de la jefa. Más que la imagen de Lucho, le llama la atención lo que alcanza a ver en el fondo del vídeo, pero disimula.

—¿Estás loco, Lucho? Si la jefa llega a ver esto...

—Ya lo ha visto, yo mismo se lo envié.

—¿Qué dices, macho?

—Aprende, mi niña, soy tu maestro, ja, ja, ja, ja.

—Pues, a eso no me atrevo.

—No te hagas la tonta que ya te he visto, y además me han contado.

—¿Qué te han contado? ¿Quién?

—Que de tonta ya no te queda un pelo. ¡Hala, a currar!

—Cuéntame de allá arriba.

—Que no, mi niña. Que no. Ya te lo he dicho.

—Vamos, Lucho, por lo menos dime algo.

—Esto no es un juego, mi niña. No hagas que me arrepienta de enseñarte el vídeo No quiero que subas. ¿Entendido?

Edurne regresa a su oficina, se sienta y saca el móvil de su bolsillo. Un nuevo mensaje de la jefa:

“Regreso esta semana, tengo grandes planes para ti. Charo”

Edurne sonríe, guarda el móvil en su bolsillo, busca el chándal de Teo, que anteriormente había escondido en un archivo, lo mete en su mochila y sale del despacho. Antes de irse, se acerca al mostrador donde Pedro está trabajando en el ordenador y le dice:

—Nos vemos mañana temprano, tengo muchas ganas de venir a trabajar.

Pedro la sigue con la vista a través de la ventana que da al estacionamiento hasta que Edurne se sube a la furgoneta. Se pregunta por el motivo de esa sonrisa. Algo lo hace removerse en su asiento, pero no logra dar con el motivo exacto.

CAPÍTULO 12

El día comienza con un gran caos. Se ha reventado una tubería principal durante la noche y se han inundado la lavandería y el comedor de los válidos. Han tenido que cerrar todas las llaves de paso y dejar a los auxiliares sin agua para higienizar a los abuelos. Como era de esperar por la hora, todos comienzan a despertarse. Hay que mantenerlos en sus camas hasta conseguir una solución al problema del agua, pues los pañales llevan puestos toda la noche y es imposible cambiarlos.

Algunos abuelos empiezan a dar voces desde sus habitaciones pidiendo que los levanten. Los auxiliares están de manos atadas a la espera de las instrucciones de César, que está con los fontaneros revisando la avería. En la cocina el caos es mayor, pues todo lo utilizado en la cena no pudo lavarse. La cantidad de tazas, platos y cubertería limpia no alcanza para servir el desayuno, ni siquiera para comenzar a prepararlo.

En un primer intento de controlar la situación, César le ordena a Lucho, de mantenimiento, que tome su coche y salga a comprar botellones de agua y paquetes de toallitas húmedas para comenzar con los cambios, y a Pilar, la trabajadora social, la ha enviado a buscar zumo y pan para resolver el desayuno. Es un arreglo prácticamente absurdo, pues la cantidad que logran comprar apenas alcanza para atender un piso de la residencia. A medida que el tiempo transcurre, se van despertando más abuelos y las exigencias son interminables. La colección de improperios a voces de los ancianos da para un nuevo diccionario. Cualquier solución posible se convierte en un nuevo problema. Las de limpieza han utilizado lejía para desinfectar, y ello provocó que algunos residentes comiencen a manifestar dificultades respiratorias debidas a los vapores, así que a correr a enfermería con ellos. Ordenan abrir las ventanas para que el olor se disperse y todos empiezan a quejarse de que hace frío. Comienzan a llegar las visitas y protestan por las condiciones en que encuentran a sus familiares.

—Son las once de la mañana y mi madre aún está en la cama toda meada. No le habéis dado de comer y ella es diabética. No puede pasar tantas horas sin comer. Si algo le pasa, os voy a denunciar —dice la hija de una residente.

Ese comentario fue la chispa que faltaba. César estalla.

—¿Dónde coño está Edurne? —dice ya sin ningún freno.

—Está arriba con los paramédicos que han venido a traer un traslado

—dice José, el de recepción.

—Que el traslado lo reciba la enfermera y que ella baje aquí a ayudar.

—La enfermera está con las terapias respiratorias de los abuelos...

—¡Me la suda lo que esté haciendo, la quiero aquí llevando caña! — dice ya rojo y con las venas del cuello verdes a reventar.

Mientras esto ocurre, Edurne se encuentra en la zona nueva recibiendo a Andoni, un hombre de unos sesenta años que ha estado internado durante una semana en el hospital tras haber sufrido un ictus. Lo han ingresado en la residencia para su recuperación. Tiene el lado derecho de su cuerpo afectado, no es capaz de mover ni el brazo ni la pierna, tiene media cara paralizada y apenas logra hablar, es difícil entender lo que dice. Es alto, corpulento. Lo acompaña su hija, que está pendiente de cada movimiento.

—Estoy segura de que se recuperará pronto, es un hombre muy disciplinado y acostumbrado a ejercitarse... Le gusta correr, montar bicicleta, la montaña... Por eso quiero que trabajéis duro con él en su rehabilitación — dice la hija.

Edurne escribe las indicaciones en el libro de incidencias y le informa que debe hablar con el médico para coordinar sus terapias. Al salir de allí, Edurne se une a los auxiliares. Como en los viejos tiempos, se pone a levantar, desvestir camas, cambiar pañales, gesto que provoca el asombro de muchos.

—¡Hasta que apareciste! —reclama César con ironía.

—Deja de posar como modelo y ponte a ayudar, quiero verte cambiando pañales como todos —le responde Edurne, lo cual termina de desfigurar la cara de César.

A las doce de la mañana logran restaurar el servicio de agua. Los abuelos, a duras penas, han sido vestidos. Ninguno ha sido bañado, y a pesar de haber utilizado toallitas húmedas, la residencia completa huele a pura mierda.

El día debe continuar, así que en el transcurso de la jornada se han dispuesto dos servicios para ir bañando a los que más lo necesitan. Se les da prioridad a los asistidos, ya que los válidos pueden asearse ellos mismos en sus habitaciones.

A eso de las dos de la tarde, Edurne recibe un nuevo mensaje de la jefa: *«He llegado hace una hora, voy arriba a descansar. A las 5 he de bajar para que conversemos»*.

Considerando que su turno es hasta las siete y que cualquier reunión con la jefa fácilmente alcanza las cuatro horas, Edurne decide irse a su casa a

comer, descansar y volver un poco antes de las cinco. Este día Andrés la espera en casa con una muy buena noticia: los papeles de su homologación han llegado. A lo largo de la mañana ya ha pautado dos entrevistas de trabajo. La homologación de Edurne aún no ha salido. Ahora piden un nuevo documento para completar el proceso. Dentro de todo no es una mala noticia, pues todo sigue su curso. Este documento acarreará un retraso de unos tres meses. Considerando que se han comprometido con la Guardia Civil a permanecer seis meses más allí, los tiempos parecen cuadrar. Además, cuando Andrés consiga un trabajo, la parte económica estará menos tensa y en esta situación todo ayuda.

—A las cinco me reúno con la jefa. Llegó de viaje y me envió un mensaje, vamos a ver de qué invento se trata esta vez

—Pues entonces descansa, que te va a hacer falta. Ya quiero sacarte de esa mierda. Esta idea de que te quedes unos meses más no me gusta y lo sabes.

—Al principio a mí tampoco. Siendo franca, te digo que siento curiosidad por saber que está planeando la jefa conmigo. Cosas raras de la vida, pero te confieso que me está provocando hacerle caso y dar un poco de caña.

—No me parece nada agradable lo que dices y tampoco me gusta que digas “dar caña”. Mira cómo estás hablando. ¿Te has vuelto loca?

—Es verdad, a veces hablo como ellos. Qué horror. Todo lo malo se pega.

A las cinco de la tarde, Edurne regresa a la residencia, y al entrar observa dos pilas de cajas a un lado de la puerta del ascensor principal. En ese momento, la enfermera la divisa desde el final del pasillo y le indica que la jefa está arriba, en su piso, y que ha dicho que debe subir al llegar.

—¿Y esas cajas? —pregunta Edurne.

—Los colchones antiescaras inflables que pediste —responde la enfermera.

—¿Cómo hago para entrar al piso?

—Sube al ascensor, que la jefa te ve por las cámaras y te abre.

Edurne sabe que no debe subir, ya se lo han advertido varias veces. Sin embargo, la orden ha sido clara. Una vez en el tercer piso, la puerta se abre automáticamente. Un solo paso la separa del salón principal. Está impresionada ante lo que ve. Es una estancia amplia, decorada con una mezcla de estilos; abundan los muebles antiguos, pesados, oscuros, combinados con otros prefabricados y baratos, de esos de «ármelos usted mismo». Unas

cortinas de terciopelo verde oscuro con rebordes dorados cubren las altas ventanas, que lucen sucias y desgastadas. A su derecha, hay un espejo que va desde el piso hasta el techo, con un ancho marco en madera dorada y labrada. Huele a viejo, a humedad, a encerrado. Sobre una mesa de mármol blanco con grandes patas de león, reposan en desorden cientos de carpetas, papeles y flores plásticas de colores, llenas de polvo. Edurne da pasos cortos intentando fijarse en cada detalle mientras espera que en cualquier momento haga acto de presencia la jefa. Se siente observada, por lo que se mueve con cautela. Se escucha que la llama desde el fondo de un pasillo a la derecha.

—Pasa... Estamos aquí.

Edurne camina despacio, observando a su paso fotografías y retratos colgados de forma irregular en las paredes. En un momento baja la mirada y se da cuenta de que va caminando sobre distintas alfombras, superpuestas sin ningún orden. Son tantas que se forman grandes bultos en el piso. Al terminar el pasillo, observa la puerta abierta de una habitación, desde la cual vuelven a llamarla, esta vez pronunciando el nombre de Eguski. A estas alturas, Edurne ya está aburrida de que la jefa confunda su nombre, pero no desea ceder ante lo que percibe como un intento absurdo de despersonalizarla y restarle valor.

—Es Edurne, jefa, a ver si un día se acuerda, que no es tan difícil — dice mientras se detiene en la entrada de la habitación. Por un segundo se queda petrificada ante lo que ve. La habitación es lo más parecido a una pintura renacentista combinada con el cuarto de utilería de un teatro y el depósito de un lugar de comida rápida. Si esta imagen no fuera suficiente, al final de la pared lateral hay otra puerta abierta de par en par, la del servicio. La jefa está completamente desnuda, sentada en el vaso con la misma naturalidad y desparpajo que si estuviera sentada en su despacho.

—¿Qué me miras? ¿Acaso tu no cagas? —pregunta la jefa mientras ríe.

—Sí, pero suelo cerrar la puerta.

—Hasta donde yo sé, todos tenemos culo, así que da igual, Eguski— dice molesta.

—Edurne.

—Mira la carpeta que te he dejado sobre la cama, la azul.

—Hay muchas cosas sobre la cama.

—Y también hay muchas cosas debajo de la cama. No te pases de lista, que yo te llevo una, morena. Agarra la puta carpeta de una vez.

Edurne se voltea al escuchar que se abre y se cierra una puerta. A pesar de que intenta disimular el susto, es evidente que la jefa ha olido su

miedo. Se comporta como cualquier bestia frente a una presa: si huele miedo, ataca con más fuerza. Disfruta el momento.

—Llévate esa carpeta abajo para que estés más tranquila. Revísala y aprende. Todo lo que está allí lo he hecho yo sola sin haber pasado años estudiando, como tú. Ni pagándote un máster aprenderías lo que vas a aprender leyendo eso. Que nadie más la vea. Es más, llévatela a tu casa, no la dejes en la residencia, no quiero que más nadie la vea.

—¿Y quién más la vio hoy?

—Te estoy diciendo que solo tú la puedes ver. ¿Qué parte no entiendes?

—La persona que acaba de salir del piso la pudo haber visto — responde Edurne en tono desafiante.

—Baja ya antes de que me arrepienta.

Edurne no se la juega más. Da media vuelta y se dirige a la salida, no sin aguantar la tentación de fisgonear un poco más. Finge que tropieza con las alfombras y que se apoya en la mesa del salón para no caer, lo que le permite mirar durante tres segundos todo lo que reposa sobre esta. A pesar de que la jefa sigue en el baño, se siente vigilada, por lo que se incorpora con rapidez e intenta abrir la puerta, pero está cerrada con llave.

—Jefa, la puerta...

Se escucha una chicharra y se abre. El ascensor la espera y, en la pared del fondo, la enfermera permanece inmóvil con la mirada fija hacia el frente. Ambas bajan sin cruzar palabra. Edurne sale y se dirige a su oficina. Coloca la carpeta debajo de su abrigo, sobre la silla, cierra con llave y se va al comedor. La cena acaba de finalizar y comienzan las carreras para llevar a los abuelos a las habitaciones. Saluda a Daniel, a Eduardo y a Camilo, el joven colombiano que sustituye a Nixon. Decide dar una vuelta por el área de enfermería. Al pasar frente al servicio, escucha una discusión. Abre la puerta y se encuentra a Rafael, uno de los auxiliares que anteriormente hacía el turno de la noche y ahora hace el de tarde. Edurne lo conoce poco, pues solo coincidían en las dos primeras horas del turno de la mañana. Rafael está riéndose a la vez que vacía las cajas de pañales y los acomoda en el armario de enfermería. En el vaso está sentado Andoni, completamente desnudo, insultándolo mientras se tambalea intentando no caerse, pues tiene todo el lado derecho del cuerpo paralizado. Intenta articular palabras, pero por la parálisis facial solo logra emitir sonidos guturales y llenarse de saliva espesa que escupe en su intento de gritar. Con gran esfuerzo logra pronunciar lo que se

entiende como un "hijo de puta" que le sale de las entrañas. Edurne no aguanta y entra.

—¿Qué coño pasa aquí?

—Nada, aquí no pasa nada, a menos que tú quieras que pase —dice Rafael mientras se acomoda la entrepierna en señal de burla.

—Sal de aquí, yo lo atiendo —le ordena a Rafael. Luego se dirige a Andoni—: Vamos amigo, cálmese que se le sube la tensión. Cálmese que le da otro ictus —insiste Edurne mientras intenta evitar que se caiga y se golpee.

Desde la puerta del servicio, Rafael asoma su cabeza y aclara:

—Yo más bien estaba siendo amable... Le ofrecí contratarle una puta porque con esa mano así no puede ni cascársela, pero creo que este tío es marica, porque sonrió cuando le agarré la polla.

Al escucharlo nuevamente, Andoni se altera y casi se cae del vaso. Edurne lo levanta por las axilas e intenta sujetarlo. El pobre hombre lucha con todas sus fuerzas por alcanzar a Rafael, quien para terminar de hacerle hervir la sangre se le vuelve a acercar, le pellizca un pezón y le dice:

—No te encabrones, macho, que si no te gustan las mujeres yo te consigo quien te dé el culo o que te la meta, como más te guste... Ah, y tranquilo, que será nuestro secreto... Amigos maricas me sobran.

—Sal de aquí, cabrón de mierda —grita Edurne.

—Ey, cuidadito que yo a ti no te tiemblo. No te equivoques conmigo, cabrona, que yo no tengo nada que perder —dice Rafael mientras con su cuerpo le da un pequeño empujón a Edurne por la espalda.

—Tranquilo, Andoni, voy a llevarte a tu habitación. Respira con calma.

En completo silencio, Edurne lo viste con ropa que saca del estante de comunes, lo sube a la silla y lo lleva hasta su habitación, donde le coloca el pañal, el pijama y lo acuesta en su cama.

—Tienes indicado el uso de cinturón para evitar que te caigas.

Andoni le hace señas de que no quiere usarlo.

—Lo colocaré con cuidado para que te sostenga, pero que a la vez te permita girarte, tranquilo. Debo respetar las indicaciones. ¿Quieres que llame a tu hija y le explique lo que acaba de suceder? Aunque va a ser difícil demostrarlo, pero...

Ante sus palabras, Andoni le hace entender que no quiere que la llame, que deje todo así.

—Qué vergüenza contigo, Andoni. Estas cosas no deberían pasar,

apenas es tu primer día aquí, pero este cabrón cuenta con tu imposibilidad de hablar. Voy a ver qué puedo hacer para que te atienda otro auxiliar. Hay gente muy decente aquí, Andoni. Este es un perro. Los otros chicos son muy buenos. Daniel, Eduardo, Yohan, Lourdes son todos buenos chicos, son profesionales, ellos te atenderán con cuidado y con respeto, como te mereces. Como debe ser. Hoy te tocó el cabrón. Voy a tenerlo vigilado.

En ese momento, se asoma Camilo a la habitación para pedirle a Edurne que suba a ver a Juan Javier, pues lo ve muy enfermo. Son más de las siete de la tarde, a estas horas no hay enfermeras, ni mucho menos médico.

—Mientras le ponía el pijama, Juan Javier tosió y mira mi uniforme —dice Camilo señalando unas gotas de sangre sobre su hombro.

—Vamos a verlo, hace tiempo que yo también lo veo delicado, pero tengo entendido que el doctor ya lo examinó y le indicó tratamiento.

Al entrar a la habitación encuentran a Juan Javier tosiendo cada vez más fuerte. Sus sábanas están teñidas con sangre.

—Estoy podrido por dentro. No puedo casi respirar. Me voy a ahogar con mi propia sangre —se lamenta Juan Javier.

—Quédate con él, Camilo, mantenlo sentado mientras corro a llamar una ambulancia —ordena Edurne.

La historia de Juan Javier es muy fuerte. Era un hombre que lo tenía todo. Dueño de su propia empresa, disponía de dinero, coches. Casado con una buena mujer y padre de un niño que lleva su nombre. Lo tenía todo. Según él mismo les dijo, no supo darse cuenta a tiempo de lo afortunado que era y en busca de nuevas emociones se había liado con su secretaria, una joven veinte años menor que él, que además también era casada y madre de dos críos. Allí comenzó una vida de excesos, licor, viajes, juego. Cuando su mujer se enteró de su infidelidad, lo abandonó y cayó en una gran depresión que, tras varios años, al final la llevó al suicidio. Su hijo lo culpa de la muerte de su madre y de todo el dolor vivido durante ese tiempo. Jamás lo perdonó. Juan Javier estuvo viviendo solo en una pensión hasta que un día se cayó al salir a comprar la prensa y se fracturó la cadera. Cuando le dieron el alta en el hospital, no podía valerse por sí mismo, así que entró a la residencia creyendo que sería solo por una temporada, hasta que se recuperara, pero durante la convalecencia sufrió una segunda caída que afectó aún más el resultado de la primera y así, de una complicación en otra, quedó en sillas de ruedas. Siempre consideró que vivir en la residencia era su merecido castigo. Todos los días, sin falta, se sienta frente a un ventanal mirando hacia la calle, en una perdida

esperanza de ver llegar algún día a alguien a visitarlo, algo que nunca ha ocurrido. Ni un familiar, ni un amigo, ni ningún amor. Juan Javier terminó solo y olvidado.

Pasados quince minutos de la llamada a emergencia, llega la ambulancia y al corroborar el estado en que se encuentra, se lo llevan al hospital.

—Lo hiciste muy bien, Camilo, fuiste muy valiente al no asustarte con tanta sangre —dice Edurne.

—¿Mucha sangre? Eso no es nada. Yo estoy acostumbrado a llenarme de sangre. En Colombia me mataron a dos amigos y a un hermano frente a la casa, delante de mi madre y de mi hermana pequeña. Mucha sangre la que dejé yo después en la casa de los que lo hicieron. Me los cargué a todos. Los terminé a batazos, no paré de golpearlos hasta que ya no sentía los brazos. Por eso la familia me sacó de allá. Yo soy muy bueno por las buenas, pero por las malas hasta yo me tengo miedo. Mi madre me rogó que me fuera porque sabía que irían a por mí. Trabajo duro para poder traérmelas.

—¿Cuántos años tienes, Camilo?

—Diecinueve. Sigo acostando que voy atrasado.

—Yo me voy a casa, pero primero voy a la habitación de Juan Javier, que me he dejado allí una carpeta. Despídeme de los otros chicos.

Al salir, Andrés la espera en la furgoneta.

—Terminaste temprano, pensé que me llamarías más tarde.

—La jefa solo me entregó una carpeta que, según ella, es el cáliz sagrado de la gerencia. De paso, escrito por ella. Con eso aprenderé cómo llevar una residencia con los parámetros de calidad que ella lleva esta.

—Coño, debe ser toda una tesis doctoral, para verla.

—No me la traje, la escondí. No me fio de este regreso de la jefa, le huelo las malas intenciones, capaz que me acusa de robarle información. Van y me consiguen esta carpeta en la casa. Una vez la jefa le regaló unas sillas viejas a Yohan, que se las pidió para llevarlas a su iglesia, después de que ella lo mandó a botarlas por estar viejas y rotas. Pues, luego se las quería descontar del sueldo. Cuando él se negó, lo amenazó con decir que se las había robado.

—¿Y él que hizo?

—Por suerte, no se las había llevado, las había guardado en uno de los depósitos de la residencia porque no había encontrado cómo transportarlas, pues él va y viene en bus, no tiene coche ni furgoneta para llevarlas. Menos

mal, porque si no la loca lo hubiera jodido. Así que yo voy dos pasos delante de ella, que quede en todas las cámaras registrado que mis manos salen de allí sin nada. ¿Hacia dónde estamos yendo? Este no es el camino a casa.

—Es que desde que te montas hablas como un loro y solo puedo hablar cuando tú paras para respirar

—Qué exagerado eres, te pasas.

—¿Yo? ¿Exagerado? —sonríe—. Vamos a encontrarnos con Miguel, mejor dicho, con el inspector Miguel. Lo ascendieron después de la investigación de Aurora. Me ha llamado hace dos horas. Él y Alejandra nos esperan, esta vez en un garaje. Cada vez más originales para elegir local.

—Bueno, mejor para nosotros. Mientras más discretos seamos, más seguros estaremos.

—Precisamente de eso te quería hablar. Quiero que dosifiques la información que das, no cuentes nada sin que antes lo conversemos. Quiero sentir que tenemos algo de control dentro de toda esta locura. No veo otra forma de protegernos. Listo, aquí es, agáchate para que parezca que estoy solo.

Y allí están, frente a una puerta roja de metal que se abre a medida que avanzan. Adentro los esperan Miguel y Alejandra con unas cañas y unas patatas sobre una mesa. Los cuatro se saludan con algo de entusiasmo, como si fueran amigos que se encuentran. Improvisan unas sillas con unas cajas y se sientan. Durante algo más de una hora conversan asuntos sin importancia, pequeñas anécdotas, hasta que Alejandra decide interrumpir la amena velada para entrar en el tema que los había llevado hasta allí:

—Tenemos información que creemos que deben conocer antes de seguir adelante. Hemos investigado a todo el personal de la residencia y hemos encontrado más de lo que puedan imaginar. Estás en terreno empantanado, Edurne. Tu jefa se ha esforzado en llenar la plantilla con puros empleados con un pasado perturbador. Calculamos que es una forma de tener cómo chantajear a más de uno...

—Te puedo apostar que no me sorprendes —contesta Edurne con una sonrisa—. Allí todos cuentan sus vidas sin mucho complejo de culpa que digamos y eso es lo desconcertante de la situación. Hay compañeros a quienes he llegado a tomarles cariño por lo bien que cuidan a los abuelos, y luego me entero de que están en la residencia porque en sus países traficaban, pertenecían a bandas... Entonces ya se me mezclan en mi cabeza los conceptos de bien y de mal. Te juro que a veces debo esforzarme para mantener claras las perspectivas.

—Empecemos uno por uno...—le indica Alejandra—. Roberto...

—Uf, todo un personaje. Pertenece a una banda en Honduras, llamada algo así como Los valientes o Los héroes, no me acuerdo bien. El asunto es que él te cuenta cómo amarraban a sus enemigos a los árboles, desnudos, después de golpearlos, para dejarlos como advertencia, y te lo cuenta con orgullo, pues hoy en día se ha convertido en evangélico y usa sus historias para aleccionar a los jóvenes sobre los peligros de la calle. Entonces, donde vive lo consideran muy bueno, todo un ejemplo de cómo la gente puede cambiar. Yo lo veo atendiendo a los abuelos y lo hace con tanto amor... Les tiene una paciencia impresionante, les habla, los escucha... Entonces, a veces, cuando compartimos turno y me habla es algo... es algo que me cuesta digerir... Llego a sentir simpatía por él... Me llega a parecer un hombre bueno y entonces mis neuronas se sacuden y yo misma me pregunto: ¿Cómo puedo ser así? ...O sea, ¿borrón y cuenta nueva? Es decir, ¿que como ahora es decente se me olvida lo que él mismo me ha contado? Pero es que, al lado de otros, es una inocente ovejita.

—Vamos con Adrián —le indica Miguel considerando que ya ha dicho suficiente.

—Adrián vendía drogas. Se engolosinó con el dinero y se quedó con una entrega. Casi lo matan cuando lo descubrieron, pero huyó a tiempo.

—Diego, el cocinero.

—Él habla poco. Lleva muchísimos años trabajando allí, pero sé que estuvo enredado en unas peleas de borrachos. No sé mucho más de él, tengo entendido que su punto débil es que es ludópata. La jefa lo tiene enganchado a punta de sus deudas de juego.

—Daniel, tu amigo

—Me estás dando donde me duele... A Daniel lo quiero mucho... Es que cuando los veo tan jóvenes y metidos en semejante podredumbre, se me desata mi lado protector. De Daniel no he querido enterarme mucho. Es que necesito creer en alguien.

En ese momento, Andrés se levanta molesto y lanza las llaves del coche sobre la mesa.

—Ya está. Hasta aquí llegó esto. ¿No es suficiente información para que intervengan esta mierda? ¿Qué más necesitan para entrar y parar esta locura? ¿No se dan cuenta del tipo de gente que hay allí atendiendo a tanta gente mayor, todos vulnerables, incapaces de defenderse de cualquier ataque o abuso? Es perverso saber que ese lugar existe y no entrar a detenerlos.

—Andrés, siéntate que ahora te voy a hablar yo —dice Miguel en tono firme—. Vamos a calmarnos. Si bien es cierto todo lo que has estado escuchando hasta este momento, también hay cosas que hemos hecho para que Edurne no corra riesgos. Hemos tomado medidas de las cuales vosotros no os habéis enterado. A pesar de que quisiera haceros sentir más seguros, debéis entender que hay detalles que no puedo comentar. Debéis confiar en nosotros y en todo el equipo que nos respalda. No permitiríamos que tu mujer estuviese allí si supiéramos que corre un riesgo real. Sabemos que es fuerte, que es terrible estar rodeada de semejante ambiente, pero hay que pensar un poco más allá. Tenemos que atrapar a todos los responsables y no enfocarnos en estos sujetos que, como tú misma has dicho, Edurne, al lado de otros son casi que buenos.

—Lo escucho, Miguel, pero si quieren a Edurne adentro, necesito saber mucho más. No voy a permitir que mi mujer se arriesgue, así como así.

—Puedes preguntar, Andrés

—Quiero saber si existe alguna posibilidad de que este hombre, Nixon, sea liberado. Me preocupa cualquier represalia contra Edurne. Quiero saber cómo van las cosas con respecto a esa investigación.

—No existe ninguna posibilidad de que lo liberen. Hasta donde tengo entendido, aún están resolviendo los asuntos legales, decidiendo si lo extraditarán o si será juzgado aquí, en España. En cualquiera de los dos casos, estamos hablando de condenas muy largas. Ese hombre se va a pudrir en la cárcel. En cuanto al asesinato de Aurora, es otro proceso legal que avanza contra él en paralelo, pero esos dos casos están avanzando satisfactoriamente. Aunque me quede mal decirlo, fue una intervención muy acertada.

—¿Qué piensan de la jefa? —pregunta Andrés.

—No entiendo tu pregunta—dice Miguel.

—Esa mujer es la que ha permitido que todo esto suceda, prácticamente ha creado las condiciones ideales para provocar estos ataques reclutando a gente con antecedentes criminales y poniéndolos a atender a personas vulnerables sin ningún tipo de supervisión.

—Lo mismo podríamos pensar de César —añade Alejandra.

—Ese es otro cabrón —afirma Andrés.

—No quiero entrar en tu terreno, Alejandra —aclara Edurne—. Es evidente que tu cuentas con mucha más formación y experiencia que yo para reconocer perfiles criminales, es tu campo de trabajo, pero me atrevería a sugerir que esa mujer tiene rasgos de personalidad narcisista. Muestra

sentimientos ególatras y desleales, está acostumbrada a explotar a los demás, carece de sentimientos de culpa, se siente y se comporta con superioridad respecto a su entorno, es fría, vengativa, cruel... Qué más les puedo decir. Las cosas no suceden por pura casualidad, por lo menos eso pienso yo. ¿Qué estamos esperando que ocurra para que ustedes puedan entrar?

La reunión continúa durante dos horas más, hasta que lograron cuadrar toda la estrategia y, sobre todo, establecer los límites de riesgo que estarían dispuestos a asumir. El inspector Miguel decide, por el momento, dejar de lado todo lo relacionado con el caso de Teodoro, no así del conocimiento de Edurne, que está al tanto de lo conversado con Alejandra en el tren. Una vez concluida la reunión, Andrés y Edurne regresan a su casa bajo una tensa calma.

—Entiendes que debo hacer esto ¿verdad? —pregunta Edurne, consciente de lo que para él significa saber que ella está en semejante situación y que está atado de manos para cuidarla.

—Prefiero que no hablemos ahora —corta tajantemente.

CAPÍTULO 13

Los domingos, después del desayuno, los abuelos van a misa. Los asistidos la siguen por televisión en el salón de usos múltiples, los otros bajan a la capilla por el ascensor. Sin embargo, este domingo, mientras los auxiliares estaban sirviendo el desayuno, recibieron la orden de llevarlos a la sala de informática, donde hoy se celebrará la misa. No hay más explicación que esa: solo deben guiarlos hasta allí. Nada de bajarlos a la capilla, la orden precisa.

En efecto, Pilar, la trabajadora social, ha improvisado una especie de altar en la sala, con dos mesas unidas cubiertas con un mantel blanco de encaje. Ha colocado unas flores plásticas en dos jarrones, uno a cada extremo. En el centro, la biblia abierta y la estola del cura. Los abuelos se quejan; una vez más, la razón de la disconformidad es simple: no les gusta que les cambien la rutina y menos que se metan con las formalidades de la misa.

Hay abuelos que se visten de gala. Algunos hasta se ponen sombrero para asistir a la misa. Ese deseo de solemnidad no concuerda con un salón lleno de modernidad y ordenadores. Estando todos de mal humor, es de esperar que comiencen las discusiones entre ellos. No logran ponerse de acuerdo en qué silla ocupará cada uno. Se les unen los que piden a voces que hagan silencio y los que ni siquiera entienden qué hacen allí adentro.

Elvira, al entrar con su silla de ruedas, le ha aplastado el pie a Sebastián. De todos los que podría haber pisado, ha sido el peor. Sebastián vive sumido en la amargura y el pisotón es suficiente excusa para hacerlo explotar. De un solo empujón tumba a la pobre abuela, con silla y todo. Manuel, que está cerca, levanta su bastón y lo amenaza con golpearlo por haberla tumbado. Los auxiliares intentan calmarlos, pero mientras priorizan levantar a Elvira, Sebastián ya le ha arrebatado el bastón a otro abuelo y comienza una lucha a bastonazos. Los auxiliares intervienen y hacen lo que pueden, hasta que el sacerdote se sube a la mesa y, en nombre de Dios, los manda a todos a parar.

Astutamente, el oficiante comienza a cantar y todos, como fieles ovejas, comienzan a entonar el *Juntos como Hermanos*. Sebastián se larga despotricando a su habitación, Elvira es llevada a enfermería para examinarla y todos los demás se quedan a escuchar la Santa Misa.

Para su sorpresa, Camilo se da cuenta de que Juan Javier está entre los asistentes y se le acerca

—Juan Javier, no te había visto, pensé que aún estabas en el hospital.

—Me trajeron anoche, tarde, casi de madrugada. Me tuvieron dos días haciendo exámenes para decirme lo que ya sabía: que estoy jodido con un cáncer de pulmón. Voy a morirme solo y olvidado en esta mierda.

—¿Quieres que le avise a alguien? —le ofrece Camilo

—Nadie quiere verme

—Claro que sí, Juan, si se enteran...

—Si se enteran de que me voy a morir... ¿vendrían a verme? No han venido en ocho putos años... Además, tú y yo sabemos que me lo merezco, ya te he contado mi historia. Cuando uno caga su propia vida, es imposible quitarse el olor a mierda. Tranquilo, chaval, ya quiero que esto se termine.

¿Para qué más?

La accidentada misa ha terminado y es momento de llevarlos de nuevo a las áreas sociales, pues ya comienzan a llegar algunas visitas. Dos auxiliares se dedican a pasear a los residentes que necesitan ayuda, otros comienzan con el segundo turno de cambios.

...

El lunes, en cuanto llega, Edurne revisa el libro de incidencias, donde han reportado lo sucedido el día anterior. Le preocupa en especial ver que Sebastián, una vez más, está implicado en un altercado, pues los familiares de algunos residentes ya se han quejado. Edurne sabe que los de Elvira están pendientes de sus cuidados y que cuando les informe que el día anterior la han agredido, generarán un nuevo reclamo.

—¿Pero por qué no los bajaron a la capilla como todos los domingos?
—le pregunta a José, quien, por supuesto, ni se ha enterado. Tatiana está cerca y escucha el comentario.

—¿Cómo coño quieres que los bajen a la iglesia si allí están trabajando? —le reclama a voces Tatiana.

—¿Quién está trabajando allí abajo? —pregunta Edurne

—¿Quién coño va a ser? El tarado de Lucho, tú sabes que la jefa solo lo deja a él hacer reparaciones.

—Tatiana —se escucha el grito de la jefa, que en ese momento va entrando a la residencia—. Deja de decir bobadas. Sube al piso, que parece una porqueriza, y saca todas las cortinas y lávalas a mano. Apúrate porque a las once voy al médico y tú vas conmigo. Y tú —refiriéndose a Edurne—, ven conmigo a la oficina. ¿Qué es esta lista que me has dejado sobre mi escritorio?

—Son los pacientes con escaras o con riesgo de tenerlas que necesitan

un colchón especial.

—¿Y quién paga el colchón especial? —pregunta la jefa mientras frota entre sí los dedos de la mano derecha, en señal de dinero.

—Yo le pasé esta lista a César y ya los trajeron, es parte de los requerimientos de la junta. Ahora, quién los va a pagar, no es de mi incumbencia.

—Todo es de tu incumbencia. Cada vez que se habla de dinero en esta residencia, están hablando de mí, y por lo tanto es de tu incumbencia. Tú cuida cada euro que sale o deja de entrar en mi bolsillo. Necesitamos colchones, pues los compramos, se los ponemos y se los cobramos más los gastos por hacerlo. ¿Nos vamos entendiendo? Y si como dices tú, tienen riesgo de *encarras*...

—Escaras.

—No me corrijas, mocosa... Si tienen riesgo de cualquier gilipollez, los cuidamos y les cobramos más por cuidarlos más. Así que, actualízame lo que se le va a cobrar de más a cada uno de los que está en esta lista. Ahora acompáñame y aprende...

La jefa sale de la oficina y se dirige a la segunda planta, seguida por Edurne. Todos la observan. Los residentes se van callando a su paso, los auxiliares se muestran cautos. Ella camina rápido, saluda con una leve inclinación de cabeza. Entra a una de las habitaciones privadas. Dentro, tejiendo en un sofá, se encuentra una mujer de unos ochenta años, de contextura gruesa, muy bien arreglada.

—Buenos días, doña Ana —saluda la jefa al tiempo que le estampa dos efusivos besos. Arrima una silla y se sienta directamente en frente de ella. Acto seguido, inicia lo más parecido a un interrogatorio policial disimulado por su cara de amabilidad forzada.

—Doña Ana, cuénteme de su marido. ¿Hace cuantos años murió el pobre hombre? —Conmovida por el recuerdo, la mujer comienza a hablar y a medida que va narrando su vida, la jefa va entrelazando una red de preguntas que le permite establecer claramente la situación económica, no solo de la anciana, que ya luce como una posible víctima, sino de toda la familia—. ¿A qué se han dedicado sus hijos, doña Ana? ¿Quién se ha encargado de vuestro huerto? Es que os apuesto que teníais un huerto. ¿Y el pisito a quién se lo habéis encargado? Cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en preguntarnos, mirad que aquí somos una gran familia y para eso estamos. —Se despide nuevamente con dos efusivos besos y dirigiéndose a Edurne dice—: ¿Te has

fijado en sus uñas? ¿Has visto su peinado? Su ropa es de calidad, nada de pacotilla. Esta mujer tiene tela para cortar. Viuda de un jubilado de la telefónica, es una pensión buena. Averigua de ese piso. Si en algún momento dicen que no tienen cómo pagar, les ofrecemos un préstamo. Que pongan el piso de aval. Le aumentas la mensualidad. ¿Ves Edurne? Así se lleva un negocio, con iniciativa, con astucia, no como César, que casi hace que esto parezca una obra de caridad.

Al salir de la habitación, la jefa observa que frente al área del televisor se ha reunido un grupo de familiares y residentes. Son más de quince personas. Cambia el recorrido para evitarlos, al tiempo que le indica a Edurne que después se acerque a averiguar de qué están hablando. Edurne baja con la jefa e intenta regresar al lugar de la reunión, pero la detiene César.

—Ven aquí Edurne, que tenemos un problema... Desde hace tiempo sabemos que van a abrir otra residencia a treinta minutos de aquí y, por los rumores que corren, parece que han adelantado la apertura y además han lanzado una oferta para que quienes ingresen el próximo mes obtengan un descuento del treinta por ciento durante seis meses. Para complicar más la situación, están arrancando con tarifas iguales a las nuestras. Es decir, cualquiera de estos cabrones pagaría unos trescientos euros menos que aquí durante seis meses y luego se quedarían igual. Es una oferta irrechazable y con instalaciones nuevas. No tenemos cómo competir. Ese grupito que ves allá viene de conocer el lugar y se lo están contando a todos los demás. En menos de una semana vamos a tener una estampida de clientes.

—¿La jefa no sabe nada?

—Todavía no, pero es cuestión de horas que se entere. Tenemos que preparar un plan de contención. Por mientras, revisa quiénes son los últimos que fueron contratados. Si hay menos residentes, también habrá menos trabajadores.

En efecto, tal como lo temía César, el grupo de gente que habían visto con la jefa ha puesto a rodar la información por toda la residencia y en modo avalancha se dirigen a la dirección a anunciar la posible salida de sus familiares de la residencia, salvo que se les haga una mejor oferta.

—¡A tomar por culo! —ha sido la respuesta de la jefa—. Mal agradecidos todos... Con lo bien que aquí se los cuidamos. Que se vayan, pero que ni piensen por un segundo que podrán volver. Cuando se den cuenta de que eso es un atrapa bobos, vendrán rogando por un cupo y allí es donde los quiero ver a todos. El que se va, que sepa de una que aquí no regresa.

Una vez expuesta su firme posición, se dirige a César para recordarle que mantener el porcentaje de ocupación de la residencia es su responsabilidad y que debe usar su tiempo en ir a los hospitales a captar pacientes que no estén en condiciones de ser atendidos en sus casas. César sabe que no le será fácil, pues calcula que la salida de residentes va a rondar el treinta por ciento. Lo calcula en base a los familiares que lo han llamado o consultado para el traslado. Sabe que hay mucho malestar por las carencias en el servicio y, además, el episodio de la inundación por la tubería había generado mucho ruido. Sabe que debe organizar una actividad especial pronto para borrar esa imagen, así que convoca a la trabajadora social y a la terapeuta ocupacional para una reunión de urgencia.

—Quiero que este fin de semana les demos algo de circo. Inventen una excusa y hagan una fiesta, traigan a un grupo de voluntarios a cantar, a bailar...

—Este fin de semana se celebra el día de Todos los Santos, deberíamos hacer una misa —propone Pilar.

—Nada de misa, que aún no se puede usar la capilla —replica César.

—¿Qué tanto arreglan? Siempre queda igual y pasamos dos semanas con toda la capilla llena de polvo. Pues, si no hacemos Misa el día de todos los Santos, todavía se quejarán más —dice la trabajadora social.

—Al contrario —dice César—, haremos una misa mucho más grande en el área principal. Consigue un grupo de personas que venga a cantar, así tendremos la excusa de que todo ese gentío no cabe en la capilla. Después de la misa, tarta, bebidas lo que sea, pero que se vayan todos contentos, con las barrigas a reventar. Avísales a los auxiliares que estén libres que quiero que vengan a colaborar.

—O sea, que a nadie le vas a pagar por ayudar —aclara la trabajadora social.

—Que sepan que, si la gente se nos va, habrá reducción de personal, y vamos a ver quién no va a querer venir a colaborar.

Mientras César se dedica a intentar mejorar la imagen de la residencia, Edurne se encierra en su despacho. Es consciente de sus avances en cuanto al cumplimiento de la normativa, por lo menos a nivel de papeles, aunque no reflejen la realidad. A pesar de saber que lucha contra la corriente, persiste en sus intenciones de adecentar el funcionamiento del centro. Confía en lograr que los protocolos se cumplan y en que cada uno, desde sus puestos, sienta la presión de las inspecciones de la Junta, y que todo ello se traduzca en una mejor atención de los abuelos. Al margen de ello, no puede dejar de lado las

exigencias que le han planteado Alejandra y Miguel para llevar adelante la investigación.

Como si eso no fuese suficiente, Andrés y ella han elaborado una especie de teoría de lo que se podría estar ocultando en la residencia. La perversidad de la jefa, lo maquiavélico de su proceder, la selección de personal con antecedentes tan oscuros les hace suponer que hay mucho más. Entonces Edurne decide revisar la carpeta azul que le había entregado la jefa. Es una carpeta pesada, con tres aros grandes que soportan el papel. En principio, parece ser solo un largo manual con gran cantidad de correcciones hechas a mano, con letra ilegible y redacción torpe. Abundan los errores ortográficos, podría llegar a parecer la letra de un niño por la inmadurez de los trazos.

Es su letra, es la letra de la jefa. Tiene que ser ella la que ha hecho estas anotaciones. Esta mujer apenas ha aprendido a escribir, piensa Edurne mientras busca documentos con la firma para comparar la caligrafía. Es ella. Alguien le ha hecho esto y ella ha ido corrigiendo. Decide salir al patio y llamar a Andrés.

—Creo que he encontrado algo.

—¿Dónde estás?

—Tranquilo, he salido al patio para hablar. He encontrado anotaciones, números de registros. Creo que, por su deseo de impresionarme con su viejo manual, no se ha dado cuenta de que estas anotaciones están aquí. La carpeta está hasta llena de polvo, no debe ni recordar lo que aquí tiene anotado, pero no me atrevo a llevarla a casa.

—Saca fotos.

—Que no me atrevo, hombre, que me da cagueta. ¿Y si a la loca se le ocurre revisarme el teléfono? Ya sabes lo paranoica que es...

—Saca fotos y las vas borrando a medida que me las vas enviando, que si te revisan el móvil no encontrarán nada. Pero hazlo rápido, antes de que te pida la carpeta o quiera revisarla contigo. Te quedan veinte minutos antes de salir. Apresúrate, que yo te paso a buscar.

Pasados los veinte minutos, llega Andrés a buscarla.

—¿Te llegaron las fotos? —pregunta Edurne

—Sí, cuando llegemos a casa las revisamos, algunas aún se están cargando.

—La jefa ha cometido un error al darme esa carpeta. Es imposible que ese manual lo haya hecho ella, cumple con normativa internacional y esa mujer

no sabe ni que eso existe. Seguro que se lo hicieron, pues ella se sentiría importante haciendo unas supuestas correcciones, pero deja que veas la letra, da vergüenza ajena.

Una vez en casa, comienzan a revisar el contenido de las fotografías. En efecto, es un manual de funcionamiento de una residencia para mayores, pero adaptado a la normativa de hace más de veinte años, totalmente arcaico y desactualizado. Encartadas entre algunas páginas hay facturas, comunicaciones hechas al personal de aquel entonces, registro de compras de mobiliario, equipos, suministros y, entre tanta basura, la fotografía de una hoja cuadriculada con dos columnas de números que podrían ser códigos o seriales de registro, o cualquier cosa.

—Qué desilusión, no hay nada —dice Edurne al tiempo que se quita las gafas y se restriega los ojos debido al cansancio.

—¿Cómo que no hay nada? —pregunta Andrés con asombro.

—No sé qué esperaba encontrar, pero aquí no veo nada interesante —insiste Edurne desilusionada.

—Mi pequeño saltamontes, tienes tanto que aprender... Aquí puede haber mucho más de lo que crees ver —le aclara Andrés al tiempo que le acaricia la espalda.

—Pues, te lo regalo, hoy no tengo ganas de pensar. La única neurona que me queda ya se quiere ir a dormir. Mañana le diré a la jefa que estoy impresionada con la información del manual y le inflaré un poco el ego para que se quede conforme.

Tras varios días, Edurne entra a la recepción y saluda a sus compañeros.

—Aquí nunca hay buenos días —aclara Lucho, que se encuentra leyendo el libro de mantenimiento donde le fijan las tareas diarias—. Allí arriba está Juan Javier muerto, bañado en sangre, Camilo lo está atendiendo. Urgencias ha venido, pero cuando llegaron ya no había nada que hacer.

—Voy arriba a verlo.

Al entrar en la habitación, encuentra a Camilo doblado sobre la cama. Con cariño y paciencia ha colocado un cubo con agua para humedecer las toallas y le limpia la cara llena de sangre.

—Ven acá, muchacho, que te ayudo —dice Edurne, al tiempo que le pasa otra toalla limpia.

—Sobre la mesa hay guantes, póngaselos para que no se manche —le

indica Camilo.

—¿César sabe que murió? —pregunta Edurne.

—Que yo sepa, todavía no ha llegado.

—Entonces déjame bajar a llamar a la funeraria y vengo a ayudarte a limpiarlo y entre los dos lo vestimos.

—Yo puedo solo.

—Yo quiero ayudarte, tú tranquilo.

—Me dijo que me quería como a un hijo... —dice Camilo, visiblemente conmovido—. Pobre viejo, siempre solo. Nunca lo perdonaron.

—Me apresuro y vengo a echar una mano —insiste Edurne.

Mientras baja a la oficina a hacer los arreglos para que la funeraria se encargue de buscar a Juan Javier, escucha que la llaman desde el pasillo. Es Clotilde, que se asoma con discreción a su puerta mientras mira a todos lados como asegurándose de que más nadie se dé cuenta.

—Ven aquí, mi niña, corre... Entra rápido y cierra la puerta antes de que nos vean.

—Me asustas, mujer. ¿Qué pasa?

—Otro más para la colección —le dice señalando con los ojos hacia el vacío.

—No sé de qué me hablas.

—Qué inocente que eres, niña. Tú pon atención a todo lo que va a suceder hoy, no voy a decirte más nada. Mira que ya con haberte dicho esto me juego el pellejo, que tú prontito te vas de aquí y yo me quedo.

—Ya que lo dices... Explícame porque no te vas de aquí. Eres válida, tienes tu pensión, puedes irte a otra residencia.

—No puedo... Créeme que no puedo, pero eso es harina de otro costal.

—Siempre es así contigo, Clotilde. Todo es un misterio, mira que yo también me arriesgo entrando aquí y tú nada, que me sueltas información, y solo me siembras más miedo.

—No te disgustes conmigo. A ver, dime qué quieres saber... que no sea de esto que te acabo de decir.

—Cuéntame de la madre de la jefa, solo sé que se llamaba Trinidad, cuéntame por qué tanto odio. ¿Qué sucedió entre ellas?

—Pues qué putada de pregunta la que me has soltado, niña

—Si eran tan amigas como dices, deberías saberlo...

—Claro que sé. Esa historia viene de muy atrás. Tendría tu jefa unos

dieciséis años...

—¿Qué dices mujer? Yo creía que su pelea era de cuando la metió en la residencia.

—No, qué va. Esta historia de odio es de toda la vida. Tú sabes que la chica le había salido ligera. Venga, que desde temprano comenzó a darle guerra enredándose con los hombres y, pues, pasó lo que tenía que pasar... Se quedó preñada. Cuando la madre se enteró, primero le dio de hostias por andar de guarra. Luego, entre ella y su marido, o sea, el padre de tu jefa, la forzaron a abortar.

—¿Cómo sabes eso?

—Eran otros tiempos y en los pueblos todo se sabe. Tu jefa se llenó de odio desde ese momento, tanto que todos los años, para el día de las madres, le enviaba un ramo de flores rojas y en el medio siempre una flor blanca, de parte del nieto que ella había matado. Nunca nada entre ellas volvió a ser normal. Una era más cruel que la otra. No quiero seguir hablando de esto, Trinidad era una mujer buena y esta historia la hace parecer una bestia. Tu jefa ensucia a todo el que se le acerca, saca lo peor de cada ser. Trinidad era una mujer buena hasta que tu jefa comenzó a crecer y la lleno de dolor, preocupaciones y vergüenzas. Esa mujer nunca fue trigo limpio.

—Ni sé que decirte. Me has dejado helada. No me lo esperaba.

—Otro día te cuento otras cosas. Ahora vete, que si te retrasas te echarán en falta.

Edurne baja al despacho y llama a la funeraria. Sube a ayudar a Camilo, tal como se lo había prometido.

—Tenga, Camilo, aquí le traje un uniforme limpio para que se cambie, ese que tiene puesto póngalo con las sábanas y toallas que haya utilizado con Juan Javier para que lo laven —le indica Edurne.

Para darle suficiente tiempo de que arregle y despida a su amigo, Edurne se encarga de levantar a los abuelos que aún le quedan pendientes. Quiere que Camilo haga su trabajo con calma. Cuando llegan de la funeraria, Camilo la releva y ella vuelve a su despacho. Pasada una media hora desde que se llevaron el cuerpo, se escucha un jaleo en la oficina de César. Edurne se asoma al pasillo y, cuando se acerca a la puerta de la dirección, escucha a César gritando a la trabajadora social y a José.

—¿Quién coño ha llamado a la funeraria? —pregunta César.

—Que no he sido yo, ya te lo he dicho tres veces —contesta Pilar, cabreada.

—Yo tampoco, César, ni me había enterado de que un abuelo había cascado hoy —se defiende José.

Justo en ese momento Camilo le toca el hombro a Edurne, que se ha quedado inmóvil en el pasillo, y le pregunta:

—¿Qué son esas voces? Me ha llamado César por lo de Juan Javier. ¿A ti también?

—Camilo, escúchame rápido, no digas nada que me venda, no me menciones; después te explico, entra.

—¿Quién coño llamó a la funeraria? —pregunta César, esta vez a Camilo apenas asoma en la oficina.

—Ni idea, César, ¿qué voy a saber yo de eso?

—Solo pudo ser Edurne —afirma César.

—Imposible, no pudo ser ella porque estuvo conmigo hasta ahora ayudándome a lavarlo y a vestirlo. Si es que eso era un reguero de sangre. Hasta en las paredes había sangre. Al terminar con Juan Javier, siguió ayudándome a levantar a los abuelos porque yo iba tarde, y cuando llegó la furgoneta de la funeraria ella todavía estaba conmigo. Así que es imposible. No pudo ser ella —aclara Camilo.

—¿A qué hora cascó ese hombre? —pregunta César.

—Serían las ocho y media, no me fijé, pero más o menos, porque me lo encontré así cuando fui a despertarlo.

—¿Y la funeraria a qué hora vino a buscarlo?

—Como a la hora de que cascó. Han venido rápido.

—Todos, salid de mi oficina ya.

—Bueno, pero en todo caso ya se lo han llevado —insiste Camilo.

—Dije que fuera todos —repite César subiendo aún más la voz.

Camilo sale de la oficina, se encierra en el cuarto de limpieza para enviarle un mensaje de texto a Edurne: « *No se le ocurra decir que usted llamó a la funeraria, ese "man" está echando humo, yo dije que usted estaba conmigo, mantenga la mentira* ».

Edurne es consciente de que el ambiente en la residencia está revuelto, por lo que decide dedicarse a su trabajo dentro del despacho y ni asomarse, para evitar cualquier confrontación. A las siete de la tarde guarda el papeleo y sale al estacionamiento, donde Andrés la está esperando.

—Hola, amor —saluda ella.

—No vas a creer lo que acabo de ver.

—¿Qué has visto? ¿Dónde?

—Espera un poco.

—¿Qué espere qué?

—Coño, ¿por una vez te puedes callar sin preguntar? Ya te digo, espera.

—Está bien, me callo.

—Joder, cállate ya mujer. Allí viene. ¿Lo has visto? —dice Andrés.

—¿Qué hace el coche de la funeraria otra vez aquí? Hoy murió Juan Javier, pero se lo llevaron esta la mañana, a las nueve y media... Máximo, a las diez.

—Pues eso es lo jodido de lo que acabo de ver. Mientras te esperaba, he visto entrar la furgoneta de la funeraria. Por lógica pensé que había muerto alguien y lo venían a buscar. Por curiosidad me acerqué a la esquina de atrás del estacionamiento, desde donde los pudiera ver sin ser visto, ¿y adivina qué?

—¿Qué necio!... Dímelo de una vez.

—Espera mujer, que te vas a caer de culo, como ahora dices tú, ja, ja, ja. Pues, que, en vez de llevarse un cadáver, te han traído uno.

—¿Qué dices, Andrés? Me estás jodiendo...

—No, no. Ahora, en serio. He visto que han bajado una camilla con un cadáver tapado por una sábana, luego han salido con la camilla vacía y la sábana en la mano. Lo ha recibido César con un chico que no había visto antes y parece un crío.

—Déjame llamarlo, se supone que terminó su turno a las tres. ¿Por qué está aquí todavía?

—Ni se te ocurra. Acaba de suceder. Debe estar con César aún. Cabeza fría, mujer, que esto no puede ser algo bueno.

—¿Llamamos a Miguel y Alejandra para contarles?

—No. Nada de nada aún. Recuerda nuestro acuerdo. Tendremos información reservada para nosotros. Espera a ver de qué te enteras mañana. Ahora vamos a casa para que descanses.

—Necesito caminar, pasear a Hipócrates, ver mis patos... Lo de siempre.

—Si nos encontramos con Miguel paseando a Bender, ni una palabra. ¿Estamos claros?

—Estamos claros. Solo quiero caminar y despejarme un rato. Mañana va a ser candela. Lo presiento.

CAPÍTULO 14

Al día siguiente, Edurne advierte que tiene en agenda una inspección interna para esa misma mañana; debe cerciorarse de que los protocolos recién instaurados se estén cumpliendo y observar el desempeño para adaptarlos al funcionamiento. Así que hoy pasará el día fuera del despacho, en contacto permanente con los auxiliares y los abuelos. Comienza a primera hora de la mañana eligiendo, aleatoriamente, las habitaciones levantadas y los baños.

Se dirige a la primera que va a inspeccionar, la de Luisana Parra, una mujer de setenta y tres años que había sido hermana en una congregación, según ella contaba, aunque la verdad es que tiene un retardo mental leve y, por lo que decía en su historia, se sobrentendía que había sido una niña abandonada, cuidada toda la vida por las monjitas que hace unos dos años la internaron en la residencia pues ya no era capaz de movilizarse sin ayuda. Está en silla de ruedas y amerita poner atención en sus cuidados. La ha levantado Reynaldo y está siendo muy diligente. Ella pelea un poco pues siente el agua algo fría, pero la verdad es que está siendo bien atendida.

Edurne pasa a la segunda habitación. Allí está Ángeles, de ochenta y dos años, conocida por sus exigencias al levantarla. Todos los días quiere elegir sus "basuritas", como ella misma les llama a sus collares y pulseras, y pintarse los labios, ponerse colonia. Una vez que termina, sino está a gusto con cómo se ve, quiere quitarse todo y comenzar de nuevo. Con el número de abuelos por levantar en tan poco tiempo, es imposible dejarla elegir con calma, así que hoy es uno de esos días que termina llorando por no disponer del tiempo necesario para seleccionar lo que va a ponerse. La atiende Ileana, una joven rumana que intenta complacerla a la vez que avanza con rapidez.

—Venga, Ángeles, que así estas hecha una monada. Dame que yo te maquillo más guapa... —le dice la auxiliar tratando de hacerla sentir bien

—Que no, que me pinto yo —insiste Ángeles.

—Venga, Ángeles, que no tenemos más tiempo.

—Que esto no me combina, que hoy quiero el collar rojo.

—Me has pedido el verde, Ángeles.

—Que me quiero poner el amarillo te he dicho.

—¿Ves? Ahora es el amarillo, antes el rojo, ahora el verde, que así no podemos, Ángeles, que estás guapa con todos los collares, mujer. Señor, dame paciencia... —exclama Ileana mientras ríe.

—Edurne, ven aquí —irrumpe Daniel.

—Dime.

—Acabo de entrar a la habitación donde están los carros de cambio. Me encontré a Camilo fumando marihuana. No está tronado, pero se siente el olor a leguas. Si lo agarra César, lo bota. No sé qué se te ocurre hacer con él, pero mejor tú antes de que otro que no sea de los nuestros.

—¿Dónde está ahora?

—Lo mandé a tu oficina. Y abrí la ventana del cuarto para que saliera el olor, en un rato voy y la cierro.

—Gracias, Danny, ya voy para allá.

Edurne se apresura a llegar a su oficina, donde Camilo la está esperando sentado en el sofá y con la cabeza entre sus piernas.

—A ver, Camilo, ¿qué está pasando? —dice Edurne mientras cierra la puerta y se sienta a su lado.

—Yo a usted no le miento. Me agarró Daniel fumando un porro. Es que si no me lo fumo, no aguanto esta mierda... Déjeme que le cuente antes de que se ponga brava. Usted sabe que yo la respeto, pero esto es una putada, esto no tiene perdón de Dios... Se pasan... Se pasan...

Camilo no soporta más y comienza a llorar. Se levanta del sofá, camina en todas direcciones dentro de la oficina, cierra el puño y se contiene a milímetros de darle un puñetazo a la pared.

—Mire lo que le voy a decir —dice con un tono intimidante señalando a Edurne a la cara mientras se limpia los mocos con la manga de su uniforme —. Una cosa es donde yo vivía. Allí nos peleábamos a matarnos entre unos y otros, por licor, por mujeres, por droga, pero es verga entre hombres, entre bandas. Todos estamos metidos hasta el cuello en esa vida de malandros, pero hasta en mi barrio se respeta a las mujeres. A una madre no se le pega, y si hay que pegarle, se le pide perdón de rodillas y se le compensa, se le compran vainas caras. Pero los viejos no se tocan. A los viejos se los respeta. Uno puede ser una mierda, pero hay límites. A los viejos se les tiene consideración, se los cuida y se les llora cuando se mueren...

—Dime lo que me tienes que decir...

—Anoche, cuando usted se fue, trajeron a Juan Javier. ¿Me oye lo que le estoy diciendo? Lo trajeron, lo devolvieron porque no había quien pagara los gastos de la funeraria. Que era un error. Y viene el cabrón este, César, me llama y me dice que si no quiero terminar preso, que me quede calladito, que viniera a la residencia y ayudara. Me hizo que agarrara el cuerpo y lo bajara al sótano, al cuartito donde se cambia el cura. Allí lo dejé en el piso, cubierto

de sábanas, tieso, allí en el piso. Como una rata, Edurne. Hijos de puta, mal paridos...

—¿Con qué te amenazó, Camilo? ¿Qué hiciste para que diga que puede meterte en la cárcel?

—Ese cabrón sabe que me acosté con una de las de limpieza, y como sabe que ella no me perdona que haya sido solo una vez y por diversión, me dijo que la convencería para que me acusara por haber abusado de ella y que él la respaldaría. Yo no me puedo arriesgar a una historia de esas, menos aquí, en España, que me ponen rapidito entre rejas.

—¿Y entonces? ¿Así nada más te obligó? ¿Tú no preguntaste nada?

—Me mostró fotos que yo le pasé a esa muchacha, desnudo... Las tenía en su móvil. Ella me las pidió hace tiempo y yo de huevón se las pasé. Con eso me amenazan.

—Dime qué hiciste con el cuerpo de Juan Javier.

—No puedo decirle más, Edurne, no puedo hablar más de eso.

Necesito que usted se calle y me de unos días para largarme de aquí. Un hermano me está consiguiendo los pasajes para largarme. Deme unos días y cuando esté fuera le cuento todo. Me la debe, Edurne, yo la salvé con lo de la funeraria, no se le olvide.

—Necesito que me digas más, Camilo.

—No, Edurne. No me pida más y váyase de aquí también. Esta gente es más mala de lo que usted pueda imaginar. Prométame que no va a hacer nada hasta que yo me haya marchado. Le juro que una vez que esté bien lejos, la llamaré y le contaré toda la verdad, pero ahora no.

—Vete tranquilo, Camilo, yo no voy a meterme en este lio. Apenas pueda, yo también me largo. Siga haciendo su turno como si nada, y nada de fumar o meterse esas vainas aquí. ¡Aguante, hombre!

Edurne cierra la puerta de su despacho, busca el expediente de Juan Javier y no lo consigue. Decide revisar las facturas de la funeraria y no encuentra nada que le llame la atención. Así que continúa con la inspección que había comenzado.

Se dirige a la cocina, revisa los menús. En teoría, son maravillosos. Balanceados y adecuados a todas las necesidades de los abuelos. La realidad es otra, como en todo lo que allí sucede.

—¿Qué tenemos para la comida de hoy? —pregunta Edurne a Diego, el cocinero.

—Alubias blancas, ternera con patatas y natilla.

—¿Y para los asistidos?

—Puré de verduras y pollo.

—¿Lo puedo probar?

—Lo de los válidos, sí. Lo acabo de cocinar.

—¿Y el puré de los asistidos y el pollo?

—Si no te da asco, pruébalo. Yo no lo haría.

—¿Cómo así?

—Venga, Edurne, como si no lo supieras.

—Yo nunca he probado la comida, solo la servía o la daba de comer.

—¿Y no hueles, querida? La comida de los válidos te la puedes comer tranquila, pero el puré de los asistidos se hace con lo que dejan los válidos el día anterior. Todo lo que sobra se muele. Como los pobres no se quejan... Todos los días pollo, que sale más a cuenta, y el batido es el pan duro remojado en leche con alguna fruta que quede y a licuar un buen rato.

—¿Y la comida para diabéticos e hipertensos la hacen aparte?

—Venga, Edurne, pareces una novata: todo sale de la misma olla. Solo se sirve en diferentes envases o ¿tú crees que en verdad nos da tiempo de hacer menús diferentes como pide la nutricionista?

Ante esto, Edurne se queda pensativa, preguntándose si quiere saber más.

—Venga, chicos, los dejo tranquilos, me voy a lo mío.

No hay nada que hacer u opinar, solo se trata de camuflar en los informes las atrocidades diarias. Cuando trabajaba como auxiliar, el ritmo diario no le permitía darse cuenta de muchas cosas. Lo cierto es que, en absolutamente todos los departamentos y actividades, se gasta lo mínimo y se cobra el doble. Solo hay que tener cuidado con los servicios que se brindan a los válidos, pues podrían contarle a sus familiares. Allí un detalle más de donde aprovecharse, pues muchos válidos no tienen a quien contarle o con quien quejarse, pues nadie los visita. Algo comienza a tomar forma en su cabeza.

Cuando Andrés llega a buscarla esa noche, le comenta.

—¿Estás de ánimo para que te cuente algo? —pregunta Edurne.

—Pues, no. Esta vez te gano yo. Tengo algo que contarte, vámonos a un café. Tu marido es un genio.

—Ahora sí que tengo curiosidad. Adelántame algo.

—Espera a llegar al café. Escribe a casa y diles que llegaremos tarde.

* * *

—Listo, aquí tienes un refresco para ti, una caña para mí y dos bocadillos de tortilla —dice Andrés mientras acomoda las cosas en la mesa —. ¿Recuerdas el día que vi que devolvían el cadáver?

—Claro, sobre eso te quería contar...

—Calla, mujer, que el que cuenta hoy soy yo. Pon atención. Yo vi entrar la furgoneta negra; en el vidrio largo de atrás llevaba escrito el nombre de la funeraria con su logo. Decía "Funeraria del Carmen". Pues, he estado revisando su registro y todo lo que sale de ella en internet, y todo normal. Pero ¿recuerdas las columnas de números que la vieja apuntó a mano en el manual? Resulta que corresponden a registros mercantiles. Todos corresponden a proveedores de comida, productos de limpieza, farmacias, todos negocios relacionados de forma lógica con el funcionamiento de cualquier residencia. Entre esos registros hay dos funerarias. Uno corresponde a la Funeraria del Carmen y el otro a Funeraria Carmen.

—¿Será la misma?

—Pues, no, pequeño saltamontes. calla y escucha.

—Te la paso porque muero de curiosidad, sigue...

—La Funeraria Carmen existe en papel, más no existe en realidad.

Tiene un domicilio fiscal que, por supuesto, fui a buscar, y adivina dónde está ubicado... En un local comercial que había pertenecido a la jefa.

—Entonces, hay dos funerarias, una es la que usamos y la otra, que ya dejamos de usar.

—No. Te equivocas o por lo menos eso es lo que yo creo hasta ahora. Creo Eburne, que aquí nos estamos encontrando con algo mucho más serio de lo que habíamos imaginado. ¡Esta gente está desapareciendo a los viejos!

—Ay, por Dios, Andrés, que me asustas ¿Qué me estás diciendo?

—Ponte a pensar: Un abuelo muere, como es normal, llaman a la funeraria, que va y lo recoge. Pero, doce horas después, devuelven el cuerpo, ¿eso es normal? No. ¿Qué podrían ganar ellos con esto? ¿Será el único? Lo más tonto sería querer cobrar los servicios funerarios a través de la funeraria propia, ya sabes, exprimir la naranja hasta la última gota.

—Tenemos que llamar a Miguel y a Alejandra.

—Sí. Ha llegado el momento de tener una conversación seria con ellos, Pero primero tenemos que ponernos de acuerdo en qué les vamos a contar y qué no.

...

Al día siguiente, Edurne llega a la residencia con toda la intención de revisar las actas y certificados de defunción y cotejarlas con las facturas de la funeraria. Sin embargo, César tenía otros planes para ella.

—Edurne, ven acá. Este hombre que ingresó el otro día, Andoni, ha estado dando la chapa con la atención. Quiere que en su hora de rehabilitación solo lo atiendan a él, y tú sabes cómo es. Su hija debe venir a verlo este fin de semana. Hay que contentarlo antes de que se lo cuente.

—¿Y qué quieres que yo haga?

—Yo les dije que aquí teníamos psicóloga y que además era médico, así que atiéndelo tú. Diles a los chicos lo pongan de pie y lo hagan caminar hasta que se canse... No sé, lo que haga falta para que deje de joder.

—Tú sabes que aquí no soy psicólogo ni médico.

—Pues, ponte a hablar bobadas con él. Hazle alguna prueba o de esas cosas que tú les haces; lo que me interesa es que sienta que le ponemos más atención que a los demás. Tú verás cómo lo entretienes. De paso, la jefa quiere verte, lo ha dicho hace dos días. Le dije que yo te había avisado y que no me habías hecho caso.

—Tú no me avisaste nada.

—Pruébalo, cabrona.

—¡Poco hombre!

Edurne decide ir primero a averiguar qué es lo que quiere la jefa y luego dedicarse un rato a atender a Andoni.

—Lucho, ¿dónde está la jefa?

—Abajo, en la capilla,

—¿En la capilla?

—Eso te he dicho. Así que no bajas ahora, déjala sola con sus demonios.

—¿Qué hace allá abajo?

—Edurne, hija, ya no sé cómo decírtelo. En serio que empiezas a tocarme los cojones y que conste que te hablo así porque te quiero. Esa mujer está loca, no te le acerques, que ya has tentado de más a la suerte.

—¿Y por qué tú sí subes a su piso? Sí es tan mala, ¿por qué te arriesgas? Explícame entonces cómo te atreves a enviarle el video.

—Hasta aquí hemos llegado... Porque me toca y punto. Porque a mis sesenta años o trago mierda o no trabajo, porque tengo con que joderla si quisiera, porque me sale de los cojones desafiarla —le responde Lucho

visiblemente cabreado y se marcha.

Edurne hace caso omiso a la advertencia, toma el ascensor y baja a la capilla. Utiliza su llave maestra para abrir la puerta por donde entra el cura, que da directo al estacionamiento de atrás de la residencia, la misma por donde entraron el cadáver de Juan Javier. Allí estaba la jefa, sentada en la primera banca frente al altar, en silencio, sonriente. No se inmuta ante la presencia de Edurne, que camina esquivando una porción del piso cuyo cemento se ve fresco. La jefa, sin desviar la mirada, golpea suavemente la banca con su mano derecha, indicándole a Edurne que se siente a su lado.

—Quiero que me entierren aquí —susurra la jefa.

—Disculpe, no le escuché bien.

—No te hagas la idiota, claro que escuchaste bien.

—Pero ¿por qué quiere que la entierren aquí?

—¿Ves que si habías escuchado? Quiero que me entierren aquí, justo debajo del altar.

—Pero entonces tendrían que romperlo.

—Así me gusta que pienses, en qué hay que hacer para que se cumpla mi voluntad en vez de perder el tiempo en bobadas, como saber por qué lo quiero.

—No, no me entienda mal. No entiendo por qué quiere que la entierren aquí y mucho menos de por qué hablamos de esto ahora. ¿Está enferma o algo que yo no sepa?

—No he dicho que vaya a morirme ahora, solo he dicho donde quiero que me entierren. Y quiero que cuando vengas a verme me traigas siempre una docena de flores rojas.

—Y una blanca.

—No. La flor blanca es para mi madre. No para mí, tú ya lo sabes. — La jefa se pone de pie, se persigna y sonriendo se dirige a la puerta de salida. Se voltea y le pregunta a Edurne:

—¿Me veo más flaca así, toda vestida de negro?

—Se ve más flaca y joven, pero a la vez más triste...

—Elegante querrás decir, mi niña. Elegante.

Edurne se queda unos minutos más en el lugar. Sus emociones se entrecruzan: por un breve momento ha sentido algo de cariño hacia esa mujer, una mezcla de compasión, curiosidad y terror.

¿Qué coño me pasa? Esta mujer me está comiendo la cabeza, mierda, piensa.

Eduarne se pone de pie, camina entre las bancas de la capilla, se acerca a los distintos rincones, sube al altar, desliza su mano sobre el mantel de encaje blanco, observa los dos grandes ramos de flores plásticas colocados a cada lado, sobre unas altas bases de metal dorado. Examina cada cuadro que decora las paredes y sale.

Mira su reloj y decide que aún tiene tiempo de hacer algo más antes de ir al encuentro de Andoni.

* * *

—¿Puedo entrar? —pregunta Eduarne.

—Pasa y cierra la puerta. ¿Qué haces aquí? La jefa está en la residencia —responde Clotilde asustada.

—Lo sé, pero ahora no va a venir, tenemos tiempo para hablar.

—¿De qué quieres hablar?

—Hay algo que quiero que me expliques... Siempre me hablas de lo buena que era la madre de la jefa... Cuéntame de su padre... ¿Qué no me has dicho?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué es lo que sé?

—Si me preguntas por él es porque alguien te ha dicho algo.

—No... Quiero que me lo digas tú.

—No me gusta hablar de esto. A ella tampoco. Él era un hombre bueno... El problema era cuando bebía; se ponía como loco, pero dejó de hacerlo. Ay, niña, ¿por qué revuelves esto?

—Eso explicaría muchas cosas... Cuéntame lo que sabes, pero la verdad, no como la vez pasada.

Clotilde se sienta resignada, mirando fijamente la ventana, y comienza:

—Tu jefa era muy pequeña cuando un día le contó a Trinidad que su padre le había bajado las bragas, que él la tocaba... Su madre no le creyó. Cuando la niña tenía unos siete años, un día lo sorprendió en su habitación: la niña no había mentado, lo encontró con ella desnuda y él con los pantalones bajados. Fue terrible. Trinidad se lanzó encima de él como una leona, le haló el cabello, le rasguñó la cara, rompió todo lo que había en esa habitación y le gritó que se fuera de la casa. Él lloró y le rogó de rodillas que lo perdonara, que cambiaría, que lo había hecho por culpa de la bebida... Aunque parezca imposible de creer, ella lo perdonó. Creo que lo hizo por miedo al escándalo que se armaría en el pueblo o quizás por vergüenza de contarlo para justificar

que lo hubiese echado. Desde ese día, muchas cosas cambiaron en esa casa. Se llevó a su hija a su alcoba y a él lo dejó solo en esa habitación a la que ella jamás volvió a entrar ni para limpiar. El aceptó esa condición como parte de su castigo. Dejó de tomar durante muchos años, se dedicó a trabajar y a ir a la iglesia a diario. Fue un hombre ejemplar hasta... hasta que pasó lo que pasó...

—¿Qué pasó, Clotilde?

—Mi amiga descubrió que tu jefa, Charo, estaba embarazada...

—¿Qué dices, embarazada de él?

—Ay, por lo que más quieras, Edurne, para. Yo no quería hablar nunca más de esto... Él siempre lo negó y la chica solo calló, pero sí, eso es lo que se sospechaba, que esa chica estaba preñada de su padre. Trinidad se volvió como loca, no tenía cabeza. La golpeó con un palo de escoba hasta hacerla sangrar, pero ella no pronunció ni una palabra, aguantó cada golpe en silencio, y él se quedó allí mirando sin intervenir, también en silencio.

—¿Perdió el bebé por la golpiza?

—No, mujer, no. Le sangraba la espalda por los palazos, también la boca por las mil bofetadas que le dio. Sangraba por la nariz, por todos lados, pero no perdió al bebé. Eso fue dos días después.

—¿Cómo perdió al bebé? Cuéntame, mujer...

—Fue necesario forzarla a tomar un abortivo dos veces hasta que al fin lo botó. En esa época se preparaba un brebaje con unas hierbas que causaban contracciones. Su padre las fue a buscar al monte. Trinidad y yo las preparamos. La chica las tomó con resignación, obligada por su madre. Cuando los dolores comenzaron a hacerse cada vez más fuertes, fue una escena terrible. Yo estuve allí ayudándola. El embarazo había avanzado más de lo que pensábamos; esa chica gritaba aterrada, en sus ojos solo podías ver miedo y angustia. La sostuvimos con fuerza. Ella intentaba huir, chillaba como un cerdo cuando recibe un mal palazo. Imploraba piedad. Se protegía la barriga rodeándola con sus brazos e intentaba mordernos para que la soltáramos. Entre las dos la forzamos a abrir las piernas, hasta que expulsó a la niña... Nos quedamos paralizadas. Ella estaba sentada en el piso y nosotras dos de rodillas a su lado. Entre sus piernas, ese pequeño cuerpecito con el cordón aun saliendo de su vagina. Tendría unos cuatro, quizás cinco meses. Estaba completamente formada. Era una niña. Era muy pequeña. Cabía en la palma de la mano. Ella tomó a la bebida entre sus manos y la acercó a su cara. La besó y esa criaturita... dio una bocanada, un desesperado intento de tomar aire o respirar, qué sé yo. Nunca había visto algo así... Ella la acercó a su pecho y

comenzó a susurrarle: “Mi niña..., mi niña, cuánto te amo”. Hubo mucha sangre. La chica iba perdiendo fuerzas. Entonces, Trinidad le arrebató la beba. Ella ya no tenía fuerzas para pelear; se quedó tumbada en el piso, con la espalda recostada en la pared, mirando cómo su madre envolvía el cuerpecito con las mismas sábanas de la cama y la metía en la chimenea. La chica no aguantó más y se desmayó. Cuando se despertó, ya habíamos limpiado todo. Ella estaba muy débil. Desde ese día, todo cambió. Mi amiga se sumergió en un gran dolor. Él, al percatarse de lo que había sucedido, recogió sus cosas, se fue de la casa y jamás volvió.

»Con el paso de los días, tu jefa, al contrario de lo que esperábamos, se veía cada vez más fortalecida, con ganas de comerse el mundo. Se volvió más ambiciosa. Se arreglaba, se maquillaba y salía todas las noches. Nunca más le dirigió la palabra a su madre. Solo se acercaba a ella el día de las madres, en Navidad o en la fecha que esa beba murió, para entregarle esa maldita flor blanca. Año tras año lo hacía en cada fecha especial para mantener abierta la herida.

—¿Y se supo...?

—Vete ya... Ha sido demasiado para mi hablar de esto... Vete, mi niña. Por favor, vete.

—Clotilde, no quiero...

—¡Que te largues ya, coño! Me estás matando de dolor. ¿Cómo puedo sentirme sabiendo que yo fui parte de ese horror? Vete, por lo que más quieras, vete. Llevo años pagando mi condena.

Eduarne sale de la habitación. Está descompuesta, asqueada; sin embargo, la historia que ha escuchado le aclara muchas cosas. Sabe que ha conocido el desencadenante de tanta perversión. No puede pararse a pensar, debe continuar con la rutina para no encender alarmas. Va directo a buscar a Andoni, que por el horario debe estar en el salón de usos múltiples realizando actividades con la encargada de terapia ocupacional, pero al parecer es su día libre, pues es la trabajadora social la que se encuentra repartiéndoles hojas y creyones para colorear.

—¿Cómo estás, Andoni? —El hombre hace una mueca en señal que la cosa no está tan mal—. Ven, voy a llevarte a que los chicos te ayuden un poco a ponerte en pie. Daniel, Eduardo, cuando terminen de repartir café, necesito ayuda antes de comenzar los paseos, por favor.

Andoni la toma del uniforme con su brazo bueno y le hace señas de que no puede caminar y le hace ver que está todo orinado.

—Te has hecho pis.

—No... e hannn ambi a do —logra decir Andoni con mucho esfuerzo.

—No te han cambiado... Joder. ¿Quién está encargado de los cambios hoy?

Andoni le hace señas de que calle y logra pedirle que lo lleve a su habitación. En el aseo, con esfuerzo, le dice que hoy Rafael y Tatiana están haciendo los cambios y que él no ha querido ir.

—A ver, espera que yo misma te cambio. —Nuevamente, él la detiene con su brazo y le pide que no lo haga—. Te vas a irritar todo si no te cambio, espera que los chicos ya vienen a ayudarnos y luego te llevan a caminar.

—Aquí estamos —dice Eduardo. Edurne les explica la situación.

—No me extraña nada de lo que me dices —contesta Eduardo—. Hoy esos dos cabrones están haciendo el turno juntos y solo se les escuchan las carcajadas mientras cambian los pañales a los abuelos. Se burlan de los pitos de todos, de los culos, de las tetas. Parecen unos críos idiotas de diez años burlándose de todos. Ella, además, se ha bajado los pantalones frente a unos abuelos para mostrarle su hilo dental, es más puta... Entonces, el cabrón de Rafael ha preguntado quién tenía diez euros para comprarse una paja. Unas abuelas hasta lloraron del susto. Son la mierda. Fue así, ¿verdad? —se dirige a Andoni—. Yo te he visto retroceder en la silla para alejarte del servicio, pero no podías hacer nada. Perdona, amigo, no es fácil entrometerse. Ella es la mascota de la vieja, va y le inventa una historia y el que sale jodido es uno por más huevón. La jefa le cree todo a ella, por eso se atreve a hacer esas cosas. La muy cabrona se aprovecha de todos nosotros a punta de amenazarnos con inventar cualquier historia.

—Es que no se cansan —dice Edurne—. Además, no hay nada que uno pueda hacer, pues si le cuentas a César, le da hasta risa lo que hacen los cabrones. Es que me indignan esos hijos de... Bueno a lo que estamos aquí, que si sigo hablando de ellos se me revuelven las tripas. Por favor, cámbienle de pañal y de ropa, ahora no hay tiempo de bañarlo, y lo llevamos a caminar un rato con ustedes dos de soporte.

—No hay tiempo ni de bañarlo ni de caminar, Edurne, solo tenemos tiempo para cambiarlo.

—Ustedes paséenlo, yo me encargo de lo que pase. Es que ha sido una orden de...

Andoni interviene de nuevo haciendo entender que es suficiente con que lo cambien, que no hay problema y explica que está muy cansado para

caminar.

—Pero mañana sin falta Andoni. Mañana te ponemos a caminar un rato, que hay que recuperarse para salir de aquí —le dice Eduardo.

Cuando Andrés llega a buscarla esa noche, ella le explica que ha sido imposible revisar lo de la funeraria. Él le explica que ha contactado a Miguel para que se reúnan, que lo harán esta noche a las diez en un lugar en particular, así que acuerdan qué van a contar y qué se van a reservar.

A la hora fijada se encuentran en un bar en plena ciudad. Según les explica Miguel, ya tienen localizados los lugares que frecuentan los implicados de la residencia y allí no hay ninguna posibilidad de que ninguno de ellos los vea. Andrés se dirige al servicio antes de sentarse. Cuando se quedan los tres a solas, Miguel se dirige a Edurne:

—Sabemos que subiste al piso de la jefa, no se lo diremos a Andrés, pero que te quede claro que vamos un paso delante de ti, así que no mientas y no sigas tomando riesgos.

—No me gusta que me hablen en ese tono —reclama Edurne.

—Y a mí no me gusta que te arriesgues. Si Andrés se entera de que subiste al piso sin ningún tipo de protección, te sacará de la residencia en un segundo —refuta Miguel.

—Lo sé.

—Claro que lo sabes, pero igual subiste. No puedes arriesgarte ni arriesgar esta investigación porque te sale. Esto es algo serio. ¿Queda claro? —dice Miguel en tono amenazante—. Ahora necesito saber qué viste arriba. Habla rápido antes de que regrese Andrés.

—Nada importante, en verdad. Apenas tuve tiempo de mirar por encima. Solo he visto desorden, muebles de mal gusto, mucho sucio, mal olor...

—¿Sucio o tierra?

—Sucio, sucio de no limpiar, de telas de arañas, de... ya va... Sí, he visto tierra en las flores... Las flores de plástico de la mesa estaban llenas de polvo blanco y tierra.

—¿Cuáles flores? —Edurne se queda en silencio y Miguel insiste—. Edurne, dime rápido dónde más has visto esas putas flores.

—En la capilla, a los lados del altar.

—¿Segura? ¿Eran las mismas?

—Segura. Por lo menos eran iguales, naranja y marrones, de plástico. ¿Qué pasa con esas flores?

—Cuando regrese Andrés, para despistar hablaremos de los ingresos de esta semana en la residencia, no menciones las flores.

—Yo tengo un tema que debo conversar contigo —dice Alejandra—. Le he tenido que contar a Miguel sobre nuestra conversación en el tren, no tuve opción. Quiero las actas de defunción de cada una de las seis personas que presuntamente asesinó Teodoro y quiero saber qué otras pruebas tienes aparte de la confesión que él mismo te hizo.

—Tengo todas las actas de defunción y también tengo un tema que debo conversar contigo, Alejandra. Por lo que veo, entre tú y yo ya no hay ningún pacto que respetar, así que por qué no nos dices al inspector y a mí cuál es tu historia. ¿Qué te trajo hasta aquí?

—No sé a qué te refieres—responde Alejandra molesta.

—Una profesional de tu talla sabe que decir “no sé” es la antesala de lo que se quiere callar. Quiero saber qué es lo que quieres encontrar aquí. ¿Por qué tanto interés en esta investigación?

—Esta reunión la llevo yo, así que a callar las dos. Aquí viene Andrés, disimulen —ordena Miguel—. Ya hablaremos de esto después.

Fue una reunión tensa. Todos manejan información nueva y todos lo hacen con reserva. Miguel se muestra rígido con la normativa de la investigación, quiere que se cumplan los procedimientos en el orden que él pauta. Comienza a solicitar información específica. Le entrega a Edurne un listado con nombres, apellidos, DNI de personas ingresadas en la residencia en los últimos veinte años. Quiere saber el estatus actual de cada uno de ellos. Les comunica que enviará una comisión de la junta a inspeccionar la residencia, que irán con indicaciones claras de a quiénes deben entrevistar. La idea principal es crear una distracción para que Edurne tenga la oportunidad de investigar el listado. Es por ello por lo que no la entrevistarán ni permitirán que ella asista a ninguna reunión. Por el contrario, exigirán la presencia de César y de la trabajadora social, y esto le dará tiempo y la seguridad de no estar vigilada por ellos. Además reforzará ante la jefa la necesidad de que Edurne continúe en su puesto de trabajo, pues solicitarán nuevos protocolos o trabajos que solo ella está capacitada para llevar a cabo.

Al salir de la reunión, Andrés tiene nueva información para Edurne.

—He estado investigando a Miguel y a Alejandra.

—¿Y eso?

—No podemos confiar ciegamente en nadie. De Miguel, por lo menos tengo la tranquilidad de conocerlo a él y a su esposa por los paseos con los

perros. Se ven buenas personas. Miguel se mueve tal cual se espera para el puesto que tiene en la investigación. Con Alejandra no me siento igual, tengo un presentimiento respecto a ella. Ese encuentro "fortuito" de Alejandra contigo en el tren me encendió todas las alarmas

—¿Qué has encontrado?

—Ella dio una entrevista a una revista que le hacía un homenaje a mujeres con profesiones poco habituales. En esa entrevista cuenta que es huérfana desde los nueve años y que la ha criado su abuelo. Más adelante, en la misma entrevista, habla de que a los dieciocho años se mudó a Madrid para estudiar y se independizó. Ella nació en un pueblito de esta zona. Si ella se había mudado, ¿con quién quedó el abuelo? Solo, muy probablemente con el tiempo enfermó y fue ingresado en un hospital. ¿Y de allí a la residencia? Suena retorcido, pero no descabellado.

»Estando Alejandra en este puesto pudo haber hecho un seguimiento, revisar listados de egresos de hospitales y, claro, en un hospital te pueden decir que fue dado de alta, pero no adónde se fue.

—¿Crees que su abuelo fue captado por César y llevado a la residencia?

—Es una posibilidad. Explicaría tanto interés por parte de Alejandra.

—Es sencillo. Solo debo revisar los ingresos de esos años y ver si hay alguno con los apellidos de Alejandra.

—Nada es sencillo en este lugar, pero sí, podrías revisarlo.

—Ahora, vámonos a casa a descansar. Mañana tienes día libre, podemos dormir hasta tarde.

* * *

El día transcurría tranquilamente, cosa aún más rara siendo lunes. Después de cada fin de semana, lo normal es que haya asuntos acumulados que atender, sobre todo las quejas después de las visitas de fin de semana de los familiares. Como ni sábado ni domingo se encuentra abierta la administración, tienen que esperar al lunes para poner la reclamación.

Son casi las once de la mañana y todo transcurre sin mayor novedad hasta que dos coches se estacionan frente a la entrada principal. José se apresura a acercarse a ellos para indicarles que allí no pueden dejar los vehículos y que deben moverlos hacia el estacionamiento lateral. Sin embargo, son funcionarios de la junta que llegan para realizar una inspección oficial.

No solo dejarán los coches estacionados allí, sino que con toda la

autoridad han solicitado la presencia del director, la trabajadora social y la dueña. Edurne se da cuenta de inmediato que la situación arrastra a César y compañía y aprovecha para investigar el listado de abuelos, tal y como se lo había indicado Miguel en la última reunión.

En efecto, todos los nombres que le han dado corresponden a personas que han estado internadas en la residencia. La información es en extremo escasa; solo encuentra en los registros de ingreso datos mínimos de información general. No hay historias clínicas completas. A pesar de esta primera impresión, Edurne descubre un detalle más que interesante y comienza a fotografiar documentos que revelan aspectos cruciales, los cuales va enviando y borrando. Andrés comienza a recibir decenas de fotografías y en pocos minutos advierte lo mismo que ha llamado la atención de Edurne. Lo primero es que todas las historias tienen un dato en común: en la casilla de familiares, la respuesta es la misma: NINGUNO. Lo segundo, y no menos importante, es que los reportes médicos terminan en las historias con dos, tres y hasta cinco años de diferencia entre la última entrada en el sistema y la fecha del acta de defunción. El broche de oro está en otro detalle que Edurne se reserva para mostrárselo en persona a Andrés.

Aprovechando la presencia de los inspectores, Edurne le pide a Andrés que pase a buscarla para ir a almorzar y decidir qué hacer ante esta nueva información.

* * *

—¿Has visto, Andrés?

—Claro que he visto. Estos hijos de puta no firman las actas de defunción para seguir cobrando las pensiones y facturando servicios a través de la residencia.

—¿Quieres caerte de culo?

—¿Qué más has encontrado?

—Todos los de esta lista, al morir, fueron atendidos por la Funeraria Carmen.

—La misma de Juan Javier.

—No. Precisamente esa fue la causa del error con él. Yo llamé a la Funeraria del Carmen, que es la que sí existe y de verdad se los llevan y los entierran como debe ser. Los que no tienen familia, los atiende la Funeraria Carmen, que solo existe en los papeles y vaya a saber dónde coño los entierran. Esa es la razón del disgusto de César. Al haber llamado a la

Funeraria del Carmen, les he roto sus planes para con Juan Javier. Por eso devolvieron el cadáver, y según lo que me dijo Camilo...

—Aquí vamos otra vez. ¿Quién coño es Camilo y qué coño te dijo que no me has contado? ¿Hasta cuándo contigo, Edurne?

—Claro que sabes quién es Camilo, ya te lo he dicho, el joven colombiano que entró cuando se llevaron preso a Nixon. Entró para cubrir su turno, ¿recuerdas? Tú me dijiste que lo viste cuando devolvieron el cadáver...

—Ya, para, sigue con lo que me estabas diciendo.

—Lo que sí es verdad es que no te he contado lo que me dijo el otro día. Me contó que le hicieron llevar el cadáver de Juan Javier hasta el sótano y dejarlo allí. Lo llamó César, lo hizo ir a la residencia y cargar con el cuerpo.

—¿Qué más te dijo ese muchacho?

—No mucho, estaba aterrado. Me lo dijo porque Daniel lo encontró fumando marihuana y lo reportó conmigo. Como lo vi tan desesperado, y tú me habías dicho que lo habías visto recibir el cuerpo, sabía que por allí venía la cosa, así que lo fui llevando hasta que me contó. César lo presionó amenazándolo, sabes que le encanta hacerlo. Camilo tenía un vínculo emocional con Juan Javier, así que al pobre esto lo debe haber revuelto. Se va en unos días de la residencia, me pidió un plazo para poder huir.

—No podemos dejar que se vaya. Hay que avisarle a Miguel para que lo detengan.

—No puedo hacer eso, Andrés. Pacté con él. Le jodo la vida a ese muchacho. Dame unos días para averiguar.

—“Pacté con él”, o sea, tú una más de su banda. Es lenguaje de malandros... “Pacté con él”. Váyase a la mierda, Edurne, me estás desesperando. Que te quede muy claro esto que voy a decir: un mes más y sales de allí. No me importa hasta dónde hayamos llegado. Un mes máximo, y sí me entero de que me ocultas algo más, te sales de esa mierda o me voy yo de la casa. ¿Está claro?

—No tengo idea de qué hicieron con el cuerpo de Juan Javier, eso no me lo ha contado, tendría que bajar yo al sótano para ver si de verdad está donde me dijo Camilo.

—Ni se te ocurra bajar —le advierte una vez más Andrés.

—Entonces, ¿cómo nos vamos a enterar?

—No creo que hayan dejado el cadáver allí todos estos días. O lo descuartizaron o lo quemaron, cualquier idea que se nos ocurra es poco para lo que son capaces de hacer.

—Creo que esto hay que decirlo ya, Andrés. Miguel tiene que saberlo, se nos puede enredar todo.

—Espera, déjame pensar... Debe haber una forma de averiguar qué pasó con ese cuerpo.

—Camilo quedó en contactarme cuando ya esté fuera de peligro, lejos de aquí. Entonces sabremos más...

—Tu teléfono está vibrando, ¿no te das cuenta?

—Tres llamadas perdidas de la jefa. Se me olvidó cambiarle el tono al salir del trabajo.

—Llámala.

—Prefiero escribirle. Dame un minuto. Listo..., está escribiendo ella. Quiere verme... en su piso.

—¿Ahora?

—No. Quiere que cenemos juntas a las diez. ¿Está loca? ¿Qué coño voy a hacer a las diez de la noche en su piso? Avísale a Miguel.

—Avísale a Miguel, avísale a Miguel. Coño, que no podemos estar llamándolo por cada estupidez que pasa... ¿Qué le vas a decir? Que te da miedo subir al piso, ¿por qué?

—Es que sí me da miedo subir...

—Entonces no subas.

—¿Y qué le digo? Mierda, es que no me da la cabeza para pensar, joder...

—¿Qué?

—Que vengas tú a la cena. Ha escrito que vengas tú a la cena. Mira: *Trae a tú marido*. ¿Qué estará planeando esta loca?

—Pues, lo vamos a averiguar. Iremos a esa cena. Dime ahora que no quieres conocer ese piso, llevas meses dándole vueltas a esa idea. Joder con estas reuniones, ahora en mi móvil; Miguel quiere reunirse contigo a solas, mañana. Ahora le contestamos.

CAPÍTULO 15

A las diez menos cuarto llegan Edurne y Andrés a la residencia. Se quedan un par de minutos dentro de la furgoneta sin hablar, tomados de la mano. Al entrar, se encuentran con César, que está trabajando en el ordenador de la recepción. No es lo esperado a esta hora. Al escucharlos, él los mira, sonrío, les indica la puerta del ascensor y vuelve a concentrarse en la pantalla. Edurne toma de la mano a Andrés y lo guía dando un breve recorrido por la residencia con la excusa de saludar a los auxiliares. A esa hora de la noche, está a punto de producirse el cambio de turno. En realidad, Edurne quiere saber quiénes estarán en la residencia por cualquier situación que se pudiera presentar. Luego entran al ascensor y suben. Allí están los dos, frente a un piso muy diferente a lo que Edurne había visto la primera vez. Está todo ordenado y limpio. La jefa los está esperando sentada en el sofá, bebiendo una copa de vino. Con un elegante y ensayado gesto los invita a sentarse.

—¿Qué tal, pareja? Tenía muchas ganas de veros ¿Qué tal tú, madre Edurne? ¿Y los hijos?

—Pues bien, gracias, todos bien —responde Andrés—. Muchas gracias por su invitación.

—Vamos al grano. Os he invitado por una razón en particular. He estado pensando en haceros una oferta: que se vengán todos a vivir aquí. Me refiero a ustedes dos, sus hijos y la madre de Edurne. Bueno, no aquí en mi piso, obviamente, esto lo he ido decorando con lo mejor para utilizarlo yo, sino en unas habitaciones que tengo a un lado del sótano. Os ahorrarías el alquiler, los dos tendrías trabajo ... A ti —refiriéndose a Andrés—, con más de cincuenta años, nadie te va a ofrecer trabajo en España. Serían como una pareja de conserjes pijos y yo tendría mi negocio atendido veinticuatro horas, siete días a la semana.

—Bueno, la verdad es que me sorprende con esta oferta. Y, ¿qué haría yo aquí? —pregunta Andrés.

—Pues, lo que hacía tu mujer, levantar abuelos, bañarlos...

—Usted sabe que estoy mucho más cualificado que para eso.

—Pero también sé que necesitáis el dinero. Pero no hablemos de esto ahora, solo quería soltarles la idea, ya tendremos tiempo para hablar de esto después. Primero disfrutemos un poco. Tatiana, sírveles vino —ordena la jefa y ante, la sorpresa de Edurne y Andrés, la chica aparece con dos copas en una bandeja—. Ya vengo, voy un momento a la cocina —añade—. Vayan

disfrutando del vino para entrar en calor. Es del caro, muy probablemente no habréis probado algo así en vuestro país.

Apenas se retira Tatiana, Andrés le indica a Edurne que no se mueva y le hace unas discretas señas de los están vigilando.

—Está mujer nos trajo aquí buscando que cometamos un error para culparnos de algo, no toques nada —le advierte.

—¿Y qué hago con la copa?

—Calla, ya veremos.

—Aquí les traigo jamón del bueno. Tiene aroma a castaño y a roble —dice la jefa.

—Necesito ir al servicio. Usted me dirá dónde está —dice Edurne mientras Andrés intenta disimular su desconcierto.

—Ve al de mi habitación, tú sabes dónde queda.

—No, no lo sé —corrige Edurne con seguridad, esquivando la trampa.

—Al final del pasillo a la derecha —contesta la jefa, sonriendo.

Edurne camina por el pasillo, empuja la puerta cubriéndose la mano con la manga de su jersey. Cierra la puerta del mismo modo. Allí está, en la habitación de la jefa. Sabe que tiene poco tiempo para mirar, encontrar detalles, alguna pista...

Pasados unos diez minutos, regresa al salón.

—No me he sentido muy bien hoy, estoy un poco revuelta del estómago. Mejor que no tome vino.

—Le estoy contando a tu marido que hoy los de la junta han estado incisivos. Tu trabajo nos ha librado de varias multas, tengo que reconocerlo. Siguen empeñados con lo de contratar más personal, como si esto fuera un ministerio. Hay mucho que arreglar, principalmente en el área de cocina y lavandería. Le he pedido a tu marido que me acompañe a ver los nuevos equipos. ¿No te importa?

—Al contrario. Pienso que Andrés nos podría ayudar bastante en la adecuación las diferentes áreas.

—No exageres. Solo compraré uno o dos equipos para sacármelos de encima. Nada de estar adecuando ambientes. Pasemos al comedor. Tatiana, acompáñanos, siéntate a la mesa. Creo que tú no la conoces, Andrés, ella es Tatiana. Es mi confidente, como una hija para mí, aunque es tonta como una cabra.

—Joder, mama, dijiste que me ibas a tratar bien —dice Tatiana al tiempo que se suelta el cabello y lo sacude como en una propaganda de

champú.

—¿Te parece poco que te siente a mi mesa? Tú sabes que no tienes educación, así que solo he dicho la verdad.

—Tú tampoco has estudiado.

—No te compares conmigo... Mira que te levanto de la mesa por los pelos en un segundo. Calla y come.

—No. No la conozco —interrumpe Andrés—. Mucho gusto, Tatiana. ¿Trabajas aquí?

—¿Qué quieres saber de ella, Andrés? ¿Te ha llamado la atención? Es una mujer muy bella, ¿cierto? Eso dice Edurne... —comenta la jefa mientras le brillan los ojos de fascinación al percibir que Andrés le ha seguido el juego.

—Hoy no se ha olvidado de mi nombre ni una sola vez —comenta Edurne con cierto aire de ironía.

—Eso no significa que no pueda volver a hacerlo. Tu mujer es muy lista. A veces demasiado para mi gusto.

—Es muy lista, la prueba es que se casó conmigo.

—Prueba el cocido que ha hecho Tatiana, es muy buena cocinando.

—Soy muy buena haciendo muchas cosas —refuerza Tatiana.

—Eso dicen muchos abuelos —añade la jefa.

Y así transcurre la cena, entre frases seleccionadas cuidadosamente y silencios incómodos que dejan espacio a la imaginación.

—Estoy muy cansada, me voy a retirar a mi habitación. Si os queréis quedar un rato a solas con Tatiana, no me molesta. Piensa en lo que te he propuesto, Andrés. Buenas noches.

—Buenas noches.

* * *

Apenas se suben al coche, Andrés muestra su gran enojo

—¿Te volviste loca? ¿Qué fuiste a hacer a su habitación? ¿De dónde cojones te parece buena idea dejarme a solas con la vieja? ¿Qué mierda fuiste a buscar? ¿Y si era una trampa? ¿Qué tocaste? ¿Qué revisaste? ¿Qué esperabas?

—Calma, corazón. Provocar en ella exactamente esta reacción que he provocado en ti. Si esa mujer quiere jugar duro, pues, yo también. Nos ha citado esta noche para meternos miedo, mostrarnos su dominio, su poder. Manipular nuestras mentes. Pues, está jodida, esta vez ha elegido mal su presa. No me da la gana de dejarla ganar esta vez. Ahora pasará la noche pensando

en qué pude haber visto, leído o tocado en su habitación. Que se le reviente la cabeza imaginando qué soy capaz de hacer. Ahora soy yo la que quiere que ella tenga miedo.

—Pues, mientras tú jugabas a ser la más mala, la jefa aprovechó tu ausencia para proponerme tu puesto y que tú volvieras a levantar, a hacer camas, a trabajar como auxiliar. Así yo estaría por arriba de ti en autoridad y aprenderías a obedecerme, cosa que te hace falta aprender, según ella. No deja de tener algo de razón. Es una víbora. Quiere doblegarte como sea —dice Andrés entre carcajadas.

—Qué patética es, tanto que a veces me da lástima. Al principio, su personalidad me desconcertaba, y a medida que la voy conociendo, me doy cuenta de que es básica. Su misión hoy era sembrar cizaña entre tú y yo. Ponernos a competir... Mejor, quiero que sienta que tiene el control. Cuando invitó a Tatiana a la mesa fue tan evidente su intención de sembrar dudas en mí... Te la estuvo vendiendo toda la noche. Te la puso en bandeja de plata.

—De paso, te digo que está buenota la Tatiana, como a mí me gustan, voluptuosas, bien guarras, ja, ja, ja.

—Exacto. Te la regalo. Si quieres hacemos, un trío. Asco. No puedo ni decirlo en broma.

—¿Y encontraste algo interesante en la habitación?

—No creo. Miré todo cuidándome de no tocar nada. Tiene una foto, que imagino que será su madre, enmarcada en dorado brillante. Esa relación amor odio la mantiene atrapada. La foto está justo en frente de su cama. Grande, centrada. Querrá que la madre la vea mientras se tira a alguien o se revuelca con Tatiana. ¿Se habrá acostado alguna vez esa mujer con Nixon? Él solía subir al piso, con alguna de las dos se acostaba. Eso explicaría...

» Te voy a decir algo que quizás sean ideas mías. Creerás que me estoy volviendo loca, pero ese cuarto huele a Nixon, al perfume horrible que usaba ese hombre, pero es imposible, porque ya hace mucho que él está en prisión. Es una mezcla de olor a viejo con barato. Es tan penetrante que se me ha quedado grabado. Ese cuarto olía a él. Tiene que ser que se acostaba con la jefa...

—Ya no sé ni qué pensar.

—Yo más bien quiero que tú consigas acercarte más a ella. Sería muy interesante evaluar tu percepción.

—¿Acercarme a la vieja o a Tatiana? Ja, ja, ja.

—A la que más te guste, tontín. Me refiero a la jefa.

—¿Y si me seduce?

—Ja, ja, eso me encantaría verlo —cierra Edurne con sarcasmo.

* * *

Al día siguiente...

—Debo llevarte con Miguel, me ha pedido que te lleve a la biblioteca del centro, te estará esperando en el tercer piso. Solo debes subir y sentarte, él se acercará. La cita es a las diez de la mañana, así que avisa en la residencia que llegarás tarde. Esta vez me ha pedido conversar contigo a solas. Cuando salgas te vas en bus a la residencia, yo tengo que hacer diligencias de mis papeles para mi contrato y no sabemos cuánto te vas a tardar, ¿te importa?

—Para nada, tranquilo, déjame ver qué invento para justificar el retraso a César.

En efecto, esta vez la reunión es a solas entre Edurne y Miguel, y es el momento ideal para dar explicaciones por las otras muertes de las que le había hecho referencia a Alejandra. Miguel está abrumado ante el relato de Edurne, no solo es real lo que escucha, sino que cada detalle que le proporciona le resulta degradante. Se siente sobrepasado por la crueldad de los hechos, pero más aún por la indiferencia de quienes día a día son testigos de semejantes situaciones.

—No es fácil, Miguel. Sobrevivir allí sin embarrarse o mimetizarse, no es fácil —repite Edurne en un sincero lamento.

—En nuestra última reunión hablamos de la mayoría de los auxiliares. Ahora quiero saber tu opinión de los administrativos, saber cuál es tu impresión de ellos. Me refiero a César; José, el de recepción; Pilar, incluso de la jefa... —solicita Miguel.

—Bueno empezaré por los más fáciles —dice Edurne y sonrío al tiempo que inclina la cabeza en un gesto que muestra lo compleja que puede llegar a ser esa simple pregunta—. Pilar es una buena chica, está contratada a media jornada y la pobre se pasa el día metida en la residencia con esa promesa desde hace más de dos años. Piensa que si hace un buen trabajo, la pasarán a jornada completa. Ella es muy dedicada a los abuelos y, para ser justa, es una de las pocas personas que intenta evitar que la gente pelee. De segundo te hablaría de Pedro. Él intenta pasar desapercibido; llega a la residencia, hace su trabajo y se marcha, pero tampoco se puede bajar la guardia, pues hecho el tonto hace bastante daño. Él se encarga de los horarios y cuando quiere joder a alguien le clava el turno partido. Se muestra amable y

cuando menos te lo esperas, te traiciona acusándote de cualquier cosa. Él sabe lo que pasa allí, desde hace muchos años le lleva las cuentas a la jefa, es imposible que no haya detectado algo fuera de lugar. Además, sabe que quienes trabajamos allí no tenemos papeles. En fin, hecho el tonto está metido en todo lo que tiene que ver con documentación. Uno pensaría que lo tratarían mejor por las cosas que maneja y sabe, pero, por el contrario, se mantiene fiel a base de ser vejado.

»César está a otro nivel. Él si tiene muy claro lo que le interesa: el dinero, y no tiene mayores escrúpulos para conseguirlo. Es como una rémora pegada a la aleta de un tiburón para comerse sus desechos. Le hace la pelota a la jefa y a quien se la tenga que hacer para conseguir un negocio. Es tan inmaduro que lo que para cualquier persona sensata sería incorrecto o atroz, para él es un chiste. Por eso a veces uno va y se queja de algo que ha visto y al imbécil le da risa. Ya yo no le comento nada. Y bueno, la jefa, lo mínimo que podría decir de ella es que es desconcertante; no logro descifrarla. Por un lado, muestra cierta debilidad, o quizá sería más acertado decir que muestra cierta consideración hacia mí, pero apenas ve la oportunidad, me ataca con todas sus fuerzas. Le gusta sembrar cizaña, me ordena asignarles tareas a algunos de mis compañeros con la única intención de hacer que ellos me detesten; tareas que no tienen ningún sentido. Por ejemplo, me hizo ordenarle a Tatiana que lavara todas las cortinas de las habitaciones a mano cuando siempre se han lavado en la lavadora industrial, sin ningún problema. Mandar a que se laven a mano es de esclavistas. Le pedí que me diera la orden por escrito para que no pensarán que eran ganas más de joder a Tatiana y se rio en mi cara. Me lo dijo de frente: "Tienes que aprender a que no te importe que te odien" y se burló de mí por miedosa. Le gusta... se divierte haciendo esas cosas.

Una vez concluida la reunión, Edurne se traslada a la residencia. A los quince minutos de estar allí, escucha que la llaman por megafonía.

—¿Quién me busca?

—Una mujer joven, está afuera fumando —dice José.

Edurne se asoma en la entrada y frente a la fuente ve a una mujer joven de unos treinta y cinco años.

—¿Me buscaba?

—¿Eres Edurne?

—Sí, ¿y usted?

—Soy Ana, la nieta de Antonia Amor.

—Ana, claro que eres Ana —dice Edurne mientras baja presurosa las escaleras—. Qué alegría conocerte, Toñi siempre me habló de ti. He visto muchas fotos de tus hijas y de ti. Perdona no haberte reconocido de inmediato.

—Nada que disculpar. Toñi sí que te describió a la perfección, pues eres como me había imaginado. Me contó que te mandaba a comer porque estabas muy flaca, ja, ja, ja. Te parecerá raro que este aquí, pero al tiempo de morir Toñi, llegó un sobre a mi casa, y por la fecha del matasello lo debe de haber enviado una semana antes de su partida. Yo no quise abrirlo, pues sentía que al hacerlo todo acabaría, como si fuera mi última oportunidad de hablar con ella, así que pospuse el momento. Espero que me entiendas. La semana pasada me encontraba sola en casa, las niñas habían ido a pasar unos días al pueblo con su padre, y me sentí en calma para hacerlo. Era una carta hermosa, escrita desde su corazón. Leerla fue un momento indescriptible, sentí que una vez más la tenía a mi lado. En el sobre había otra carta para ti, por eso he venido. Al principio no entendí por qué la había enviado a mi dirección, pero a medida que iba leyendo, fui entendiendo que Toñi sabía que su final se acercaba y quería que nos conociéramos. Al final de mi carta me ruega que venga a verte, que te diga que no estás sola y que te abraze —al decir esto último, las formalidades se rompen y las emociones afloran.

Edurne tampoco puede contener la emoción mientras escucha sus palabras. Por sus mejillas ruedan lágrimas sin cesar.

—No tienes idea de lo que significa que hayas venido a verme —dice Edurne, agradecida.

—También me dijo que te debía regañar si te ponías llorona. —Ambas ríen.

—Gracias por traerme la carta. Creo que también tendré que esperar hasta tener fuerzas para leerla. Gracias. ¿Puedo invitarte un café al salir hoy de aquí?

—No te preocupes, hoy mismo regreso a casa. Sabes cómo es el ritmo cuando se tienen dos niñas. Esto fue toda una escapada. Me voy en paz.

—¿Ni siquiera quieres entrar? Te puedo mostrar cuál era su habitación.

—No, Edurne. Odio este lugar. No fue mi decisión que Toñi estuviese aquí. Fue una absurda necesidad. No podría soportar conocerlo. Sé cuanto se quisieron ustedes, Toñi siempre me lo contaba.

—Y lo que me costaba a mí sacarle cada palabra, ja, ja, ja, y resulta que todo lo contaba.

—Cuídate mucho, Edurne. Este es mi número de teléfono. Cuando

quieras, me puedes llamar, o mejor visitarnos, así conoces a las niñas.

—Con gusto lo haré un día. Gracias de verdad por haberme traído la carta.

Eduarne regresa a la oficina sin comentar a nadie la visita que ha recibido. Al cabo de un rato entra César al despacho y le dice en tono de reclamo.

—Ha renunciado Camilo. Renunciado no —corrige César—, se ha marchado el muy cabrón. Ha abandonado el trabajo. No contesta el móvil y su casero dice que ya no vive allí, así que cámbiate y ponte a cubrir su turno.

—Ahora si te has vuelto loco. Que cubra yo su turno... Ya voy a cuadrar para cubrirlo, pero llamando a uno de los descansos, y si nadie puede venir, pues iremos más lento. Si quieres pongo al cocinero a levantar y tú haces la comida. ¿No te sirve así?

—Resuelve como sea, pero resuelve.

—Es que tienes unas dotes gerenciales, macho, que hay que aplaudirte. Eduarne se acerca a la recepción.

—José, por favor, dame los currículos que tengamos, hay que contratar un reemplazo hoy mismo y avisa a los de la gestora, por favor.

—Ya he logrado citar a tres, he llamado a cinco, pero dos ya no están interesados.

—Gracias, José, muy amable. ¿A qué hora vienen?

—Ya están aquí, esperando que César los entreviste.

—Pásamelos a mí mientras él se desocupa.

Pasada una hora, Eduarne ha realizado las tres entrevistas, así que llama a César por el teléfono interno.

—Ya he entrevistado a los candidatos al puesto. Si quieres, los vuelves a entrevistar, todos siguen aquí. Yo me inclino por la única chica que vino. Está certificada, estudia en la universidad y quiere el turno de tarde para poder continuar con sus clases por la mañana. Ese era el turno de Camilo. Tiene disponibilidad inmediata y ya ha trabajado antes en esto, así que todo será más fácil, pero decide tú.

Al llegar a casa esa noche, Eduarne cena y sale como es costumbre para pasear a Hipócrates. Al regresar, se da un baño y se sienta en la cama.

—¿Y esa carta? —pregunta Andrés al ver el sobre en sus manos.

—De Toñi. Hoy ha venido su nieta a la residencia para traerme esta carta que ella le ha enviado a su casa junto a otras cartas antes de morir.

Eduarne pasa un rato mirando el sobre hasta que decide abrirlo. Lo hace

con sumo cuidado, intentando no romperlo. Es extraño recibir una carta manuscrita en este tiempo de electrónica. Además, huele a Toñi.

Mi querida niña:

Cuando leas esta carta ya me habré ido de este lugar. Confío en que mi nieta te la lleve en algún momento y de paso podrán conocerse.

Hay cosas que debo decirte, no para asustarte, sino para que te cuides, mi niña.

Debes jurar que mi nieta jamás se va a enterar de lo que aquí te escribo, saberlo la mataría.

Hace dos noches se cumplió mi peor pesadilla. El gordo degenerado entró en mi habitación durante la noche y para cuando desperté ya lo tenía encima, desnudo, tocándome. Intenté gritar, pero él me doblaba los dedos de la mano con mucha fuerza. Giré la cara para no mirarlo y allí estaba ella, tu jefa, mirando desde la puerta. Me estuvo mirando fijamente a los ojos durante unos minutos y sin hacer nada, hasta que de pronto dijo con voz fuerte, como quien le habla a un perro: ¡Déjala! y él enseguida la obedeció. No me hizo mayor daño físico. Solo me manoseaba con torpeza y babeaba asquerosamente. Solo su olor me daba ganas de vomitar. Me ahogaba su perfume. Al levantarse se acercó a mi oído y me dijo que te lo contaría todo para que supieras lo que también te haría a ti.

Le rogué que no te hiciera nada y la vieja sonreía. Esa mujer es mala, no tiene corazón, está llena de veneno.

Hace años, una abuela que compartió el cuarto conmigo, Cesárea, me dijo que algo igual le había pasado a ella y por eso yo insistía en que me candaran la puerta para dormir. Esa noche yo misma me levanté de la cama y pasé la llave, pero él la debe haber abierto con la suya.

Todas las noches rezo para que lleguen tus papeles y salgas de allí. A lo largo de los años he escuchado muchas historias que jamás creí por completo, pero ahora tengo mucho miedo por ti. Cuídate de ese animal y también de César. Jamás subas al piso de la jefa ni bajas sola al

sótano. No confíes en el flaco de la noche. Tampoco en el de mantenimiento, es un hombre bueno, pero la necesidad lo ha llevado a cometer errores.

Ya no quiero vivir más. Esta vez me dejaré llevar, estoy cansada y asqueada. Mi vida ya no tiene sentido. No permitas que la maldad de este lugar toque tu corazón. Tu canta, baila, abraza, sobre todo, y aunque te parecerá raro que te lo diga, sigue llorando cuando veas algo triste. No dejes que tu corazón se acostumbre a la maldad.

Indígnate, siente rabia, grita. Que nada de lo que aquí ocurre te parezca normal. Tu misión es recordarnos a todos que la decencia existe, y aunque sientas que conmigo se muere el amor, mientras no me olvides no habrá maldad que pueda acabarme.

Adiós, mi niña, por siempre seré tu descanso.

P.D: Y come, que estás muy flaca.

Toñi

—¿Vas a contarme qué dice?

—Dame un momento. Estoy intentando mantenerme serena para poder hacerlo.

—¿Prefieres que la lea yo?

—No. Ya voy a contarte, solo necesito un momento.

Los dos permanecen en silencio. No hay lágrimas. No hay drama. El rostro de Edurne está descompuesto.

—Es una carta bonita, me recuerda cuánto me quería. Es su despedida. Quiere que me cuide. Es eso... una carta bonita, me la reservo para mí. ¿No te importa?

» Por cierto, hablando de cuidarme... Me gustaría conversar con Alejandra, pero más en plan personal. Ella se ofreció a que habláramos cuando quisiera desahogarme, ¿lo recuerdas? Lo dijo la primera vez que nos reunimos.

—Me parece bueno que lo hagas si sientes que te puede ayudar. Escríbele desde mi móvil, por seguridad. Toma —le dice Andrés.

* * *

Dos días después de escribirle a Alejandra, logran coordinar para verse. Han quedado en un café a las afueras de la ciudad. Al verse se saludan

con un abrazo.

—Hola, Ale, qué bueno verte.

—Pues, estoy sorprendida, pero a la vez contenta de que me hayas llamado. Llevamos tiempo pasándolas canutas juntas, era hora de un encuentro un poco más tranquilo. Por lo menos esta vez no es en un garaje. Es bonito este lugar, nunca había venido. ¿Nos pedimos unas copas o un café?

—Pues, un vinito no nos haría mal.

—¿Qué tal has estado, Edurne? Me refiero a ti como persona. ¿Un poco más tranquila, por lo menos?

—No puedo decir que estoy bien porque no lo estoy, aunque sí mejor que antes. Saber que ustedes están a nuestro lado me ha fortalecido, me ha dado un respiro. Por otro lado, estar en la parte administrativa me ha permitido recuperarme físicamente, aunque la espalda y las rodillas me han quedado jodidas.

La conversación fluye y ambas logran desviar la conversación hacia temas irrelevantes y mucho más agradables. Charlan como dos amigas que se han reencontrado.

—No quiero dañar lo que ha sido una tarde agradable y diferente, pero creo que sería justo que me hablaras de ti, Ale. Ninguna de las dos somos tontas y sabemos que esta conversación alguna vez se tenía que dar. Cuéntame la verdadera razón por la que estás tan comprometida con esta investigación. Yo estoy segura de que el incidente de Aurora solo ha precipitado la entrada de ustedes en la residencia. Ustedes ya se olían que allí pasaba algo. Tú manejabas más información que Miguel desde el primer momento. Y luego lo del tren, estoy segura de que Miguel aún no sabe mucho de lo que allí se habló.

Alejandra encaja el golpe. Se queda en silencio unos minutos, y decide hablar:

—Mi abuelo estuvo allí. Murió en esa residencia. Solo y sin que supiéramos que estaba allí. Murió dos meses antes de que mi investigación para encontrarlo me llevara hasta esa maldita residencia. ¿Te das cuenta, Edurne? Por escasos dos meses podría haberlo visto.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo? ¿Cómo llegó allí sin que tú lo supieras?

—De eso se trata todo esto. Pidamos otra copa, que esto va para largo.

* * *

—Andrés ¿has recibido mis fotos?

—Sí, claro, ven y las revisamos, hay cosas que no entiendo por qué las has fotografiado.

—Busca el acta de defunción de Crisóstomo Burgos Carrillo —le indica Edurne.

Tras un minuto, que se ha hecho eterno:

—Aquí está, es una de las últimas. Está en el grupo de los desaparecidos, aquí está el certificado de defunción y la factura de la Funeraria Carmen. ¿Qué pasa con él?

—Creo que es el abuelo de Alejandra. Revisa en las referencias del hospital, lo último que sabe Alejandra es que salió de allí hace siete años. Le dieron de alta el 18 de septiembre y coincide con la fecha de ingreso a la residencia. ¿Ya lo tienes? Ahora busca en las imágenes que te envié de los libros de incidencias del año de su ingreso. Hay reportes de él casi todas las semanas. Estaba muy mal, reportan cura por escaras, sangrado de escaras, obstrucción de sonda, catorce reportes de su mal estado y de pronto nada... y es cuando administrativamente comienzan a aparecer facturas de rehabilitación, terapia ocupacional, incluso participando de todos los paseos. En fin, las facturas de su atención casi se duplican. Lo peor, ni Daniel ni Eduardo lo recuerdan y ambos llevan más de tres años en la residencia. Este hombre debe haber muerto, como máximo, a los dos o tres meses de haber llegado a la residencia, y el acta de defunción es de hace un año. Revisemos este otro... Mira, dos años de diferencia... Ahora este... Es un patrón, Andrés... ¿No lo ves? Hemos dado con un patrón, joder.

CAPÍTULO 16

Andrés percibe el malhumor de Edurne y le pregunta qué es lo que le pasa.

—La jefa me está forzando a atacar a César. Me ha pedido que vigile sus horas de entrada y salida, que le busque fallos. Quiere echarlo y darme su puesto. Eso es lo que dice, pero no me lo creo. A César le dice que haga lo mismo conmigo. Está buscando un enfrentamiento entre los dos. Yo no quiero quedarme con el puesto de César ni por una semana; eso me comprometería a firmar órdenes de compra y documentos que me podrían enredar la vida. No creo que vaya a durar mucho más allí adentro. César me la dedica a diario; tarde o temprano voy a cometer un error y allí va a estar él para recalcarlo.

—El trabajo que me ofrecieron comienza dentro de poco más de un mes. Arrancaré con una suplencia de tres meses, pero se han comprometido a dejarme fijo. Así que, a partir de ahora, cuando te quieras salir, te sales y aguantamos con lo que tenemos ahorrado hasta que yo comience a cobrar —le explica Andrés para calmarla un poco.

—¿Tendríamos suficiente para aguantar un mes?

—Sí, un mes sí que aguantamos, apretados, pero aguantamos. Así tenga que dejar de comer yo...

—Se me hace terriblemente pesado cada día. El temor es real y eso no es bueno, sé que tengo que mantenerme centrada para reaccionar correctamente.

—La decisión depende de ti, Edurne. Si ya no quieres más, entonces será hasta aquí.

—Quiero que atrapen a esta gente. Como me dice la comadre: Un día a la vez. Hoy ve a buscarme una hora antes, me inventaré alguna excusa.

* * *

Edurne entra al comedor durante el servicio del desayuno, saluda a los auxiliares y se acerca a conversar un rato con algunos abuelos. Yohan pasa por su lado haciéndole señas para que lo siga al servicio. Hoy está encargado de los cambios.

—Edurne, tengo que decirle algo. Ayer me tocó el turno tarde y he escuchado que la jefa le decía a César que no le gustaba la chica nueva que usted había contratado, que la despidiera de una vez. César le explicó que no

era tan fácil conseguir reemplazo, pues en las otras residencias pagan mejor y por menos trabajo. Entonces la jefa le dijo que no puede seguir teniendo dos personas en la dirección, que la pusieran otra vez a usted a cubrir el puesto de auxiliar. Que la pusiera a usted o lo ponía a él. César estaba disfrutando con lo que la jefa le decía.

—No creo que se atrevan.

—Sí, Edurne, se van a atrever. Métase en el ordenador y vea la programación de la próxima semana, usted aparece en la lista con nosotros.

—No puede hacerme esto...

—Ya se lo han hecho, Edurne, mucha gente lo sabe. Usted no porque ayer estaba de descanso. Eso ha corrido rápido. Se la están preparando, Edurne. Los del otro grupo se la van a querer comer viva. La pusieron en turno partido y en la zona que cubre Tatiana. Le van a sacar sangre. ¡Váyase, como sea, váyase!

—Sabes que no puedo irme. No todavía.

—Los chicos vamos a tratar de cubrirle las espaldas, pero César se le va a montar encima.

—Déjame ver qué puedo hacer.

—Pida vacaciones. ¿No le deben días?

—Tranquilo, Yohan, yo lo resolveré. Gracias por decírmelo.

Edurne se dirige directo a la recepción, acerca una silla a la de José y le dice que le muestre la programación de la siguiente semana. En efecto, su nombre está de nuevo allí. Una vez más, un papelito de turnos lleva su nombre y ya todos lo saben. Es una decisión tomada y ejecutada. La jefa pretende darle una lección más: o jode a César o vuelve al infierno. Si fuese todo legal, el trabajo de auxiliar sería hasta bonito, pero en esta mierda uno debe hacer el trabajo de tres personas, piensa Edurne mientras confirma sus temores. No había atacado a César con la fuerza que su jefa deseaba y ahora la que tenía la yugular expuesta era ella.

* * *

—Andrés, ven a buscarme ya.

—¿Qué ha pasado?

—Tranquilo, estoy bien, necesito salir de aquí. Te espero enfrente.

—Estoy allí en diez minutos.

Edurne se monta en la furgoneta. Apenas arrancan, comienza a llorar con la misma intensidad que cuando recién había llegado a este lugar.

—Ganaron, Andrés, estos hijos de puta ganaron. Me voy, se acabó, ni un día más en esta mierda.

—Tienes que calmarte y explicarme qué ha sucedido.

—Para el coche, necesito bajarme.

—Espera a que llegemos a casa.

—¡Andrés, detén el coche que necesito bajarme! —dice angustiada.

—Estamos a cinco minutos de la casa, espera, mi vida.

—Que pares o me lanzo de la furgoneta. No puedo respirar. Para ya o me lanzo.

Andrés cae en cuenta que no se trata de una reacción habitual. Edurne está experimentando un ataque de pánico real. Se desvía de la carretera y aparca.

—Calma, Edurne, respira lento. —Rebusca en la guantera y saca una bolsa de papel—. Calma... Calma... Respira dentro de esta bolsa, solo respira, lento y profundo. Vamos, diez veces; diez, nueve...

Al llegar al tres, ya estaba más serena. Espera unos minutos, la brisa de la noche hace el resto.

—A partir del lunes vuelvo a levantar, a hacer camas; otra vez igual que al principio... —comienza a decir Edurne—. La jefa me está castigando por no cumplir sus órdenes. Sé que es una advertencia, me tendrá una semana o dos haciendo trabajo duro y luego volverá a cambiarme al área administrativa, pero es suficiente para que los demás tomen venganza por las órdenes que ella misma ha impartido.

—Entonces está decidido. Hasta el lunes estarás en la residencia. No vas a volver a hacer ese trabajo. Te quedan dos días adentro, mañana y el domingo. Tienes cuarenta y ocho horas para sacar toda la información que falta. Es fin de semana, ni César ni la jefa estarán. Dedícate a fotografiar cuanto documento puedas y el lunes en la mañana te presentas con la renuncia en la mano. No voy a permitir que te eche a los tiburones una vez más. Ella sabe que te la van a cobrar y de lo que son capaces. Contactaremos con Miguel para explicarle. A menos que ellos tengan otra solución, el lunes renuncias. Tranquila, Edurne, esto se acaba pronto.

* * *

El sábado, Edurne llega temprano a la residencia y se va directamente a su despacho. La carpeta azul no está. Alguien se la ha llevado. Edurne no permite que esto la distraiga, la prioridad son los otros documentos. Toma las

llaves del depósito y busca los registros médicos de años anteriores. Revisa las anotaciones relacionadas con el listado de residentes desaparecidos. De pronto se da cuenta de que al menos doce de ellos han muerto en los últimos veinte años, es decir, que Clotilde debe haberlos conocido, pues lleva veintitrés viviendo en la residencia. Termina de fotografiar todo lo que puede y va a verla.

—Buenos días, Clotilde.

—Buenos días, Edurne. Hoy estoy cansada, no tengo ganas de conversar, déjame tranquila viendo mis programas de televisión.

—Me voy —dice Edurne mientras cierra la puerta con llave y se sienta a su lado en la cama.

—¡Llegaron tus papeles! —dice Clotilde con alegría, levantando los brazos en señal de agradecimiento.

—No, aún no han llegado, pero debo irme. Quiero ayudarte a salir de aquí. Necesito saber cuál es tu verdad para poder ayudarte.

—Eso no va a suceder nunca. Yo voy a morir aquí. No tengo familia y hace muchos años me engatusaron para firmar un poder para que ellos cobren mi pensión, manejen mis cuentas y solo Dios sabe qué más he firmado, por ignorante y estúpida. Ni siquiera tengo mi carnet, lo tienen ellos.

—Quiero mostrarte algo. Mira esta lista que tengo aquí. ¿Reconoces algún nombre?

—No sé leer muy bien —se excusa Clotilde.

—Ya te los voy leyendo y tú me vas diciendo si los conoces o cualquier cosa que sepas de ellos.

—Josefa González.

—No la recuerdo.

—Eduardo Rodríguez.

—A él si lo recuerdo, era de Cádiz.

—Fernando Gutiérrez Blanco.

—Lo conocí.

—Blanca López Sánchez.

—Blanquita, claro que la recuerdo. Era de mi pueblo. No sigas...

—¿Qué pasó con todos ellos? ¿Qué los hacía diferentes a los demás?

—Igual que yo, no tenían familia. Somos como los intocables.

—No entiendo.

—Fernando, el que me mencionaste ahora de esa lista, Fernando Gutiérrez, era un hombre muy estudiado y viajado. Vivió muchos años en la

India y una noche nos contó que allá existían cuatro grupos de personas, organizados en algo que llamaban castas. Los de una casta jamás podían mezclarse con los de otra. Estaba muy claro quiénes eran superiores y quienes los inferiores. En la India, cuando alguien no pertenece a ninguna casta es como la basura, no se es gente, no existe. No es digno de que le hablen... Decía que los llamaban Los Intocables. Esa noche nos lo contó porque había muerto Blanca. Todos estábamos reunidos, llorando su muerte, cuando nos llamaron la atención por hacer ruido y nos mandaron a nuestras habitaciones.

»Desde esa noche, Fernando empezó a decir que éramos intocables. Nos lo dijo con mucha rudeza: «Somos basura, nadie nos quiere tener cerca», y tenía razón, aunque es doloroso de aceptar. Por distintas razones, todos habíamos llegado a este lugar, solos, sin familia, sin visitas, sin importarle a nadie... Éramos eso, intocables. Todos los que están en esa lista son intocables, como Juan Javier y yo. A todos nos espera la misma suerte.

—Dímelo, Clotilde. ¿Qué pasó con Juan Javier?

—¡Juan Javier sigue vivo!

Por un instante, a Edurne se le ocurre que Clotilde puede estar desvariando.

—¿Qué dices?

—Sigue vivo. Sí, pero en los papeles, hasta que se apoderen de sus propiedades. Mientras tanto, siguen cobrando su pensión. ¿No te has dado cuenta de que César tiene reloj nuevo esta semana? Pregúntale a Camilo qué le dijo Juan Javier acerca de sus pertenencias antes de morir. Ese reloj que luce César era de Juan Javier.

—Camilo ya no trabaja aquí. Se fue, desapareció sin dejar rastro.

—Es lo mejor que pudo hacer. Igual tendrías que hacer tú.

—Clotilde, puedo sacarte de aquí, solo necesito que calles unas semanas más. Aguanta un poco más, que yo puedo sacarte de aquí.

—¿Para qué voy a salir? Ya hace mucho que todo perdió sentido para mí. Y si salgo, como tú dices, ¿a dónde voy a ir? No tengo familia, estos desgraciados hace tiempo que deben haber vendido todo lo que tenía. Hasta pueden declararme demente, si no lo han hecho ya con ese maldito doctor, ¿entiendes? Estoy atrapada.

En ese preciso momento, se oyen unos gritos aterradores al otro lado de la puerta. Edurne la abre, sale al pasillo y se encuentra con que los abuelos están corriendo en todas direcciones. Al final de la escalera está Rodrigo, un joven de unos cuarenta y algo de años que ingresó hace un mes a la residencia.

Está completamente desnudo, gritando incoherencias. Corre hacia los ventanales del salón de usos múltiples y comienza a golpearlos con los puños. Edurne corre tras él. Rodrigo ha ingresado a la residencia por haber padecido un ictus que le dejó una pequeña secuela al caminar. En teoría, un problema transitorio, por lo que solo estaría allí para terminar de recuperarse, pero la verdad es que es un paciente psiquiátrico. Solo basta ver los medicamentos que recibe para saber que sufre de esquizofrenia. En la residencia han hecho caso omiso de ese detalle con tal de asegurar un ingreso más. Es evidente que se ha descompensado y se encuentra en pleno brote psicótico.

—Calma, Rodrigo, calma —le dice Edurne mientras les indica a los auxiliares que vayan apartando a todos los abuelos. Algunos han logrado alejarse por su cuenta, pero los que usan andaderas o están en sillas de ruedas se han visto atrapados ante la presencia de Rodrigo. Hay que moverse con cautela para evitar exaltarlo aún más.

—España arde... Nos atacan... El bosque está en fuego. Nos atacan con misiles. Todos vamos a morir —grita Rodrigo como un poseso.

—Tranquilo, Rodrigo, vamos a tu habitación, allí nos podemos refugiar, allí estaremos seguros —dice Edurne intentando acercarse a él.

—España arde... Nos atacan... Me quemo... Me quemo.

Rodrigo agarra una silla y a pesar de que Edurne se voltea e intenta correr para alejarse, la golpea en la espalda. Mientras ella está en el piso, Rodrigo agarra otra silla y la estrella contra el ventanal, que solo consigue astillar. Los auxiliares corren a socorrer a Edurne, la arrastran y la dejan detrás de una mesa que tumban a manera de barricada. Mientras, otros corren a inmovilizar a Rodrigo para evitar que se haga daño. Está muy alterado; se ha orinado encima y, por su dificultad para caminar, se resbala en su propia orina, lo que da la oportunidad de que lo puedan reducir. Son necesario tres auxiliares para inmovilizarlo. Edurne logra ponerse de pie y como puede busca en enfermería un cinturón y muñequeras. Lo levantan entre todos, lo llevan rápido a su habitación y lo atan a las barandas de la cama. Entre tanto, la trabajadora social llama a urgencias para que envíen una ambulancia. Tardan unos diez minutos en llegar. Apenas se dan cuenta de su estado, lo inyectan para sedarlo y se lo llevan. Los auxiliares han quedado agotados de la fuerza que han tenido que hacer para contenerlo. Edurne, por la adrenalina del momento, aún no siente el golpe que ha recibido. Una vez que los médicos se llevan a Rodrigo en la ambulancia, los auxiliares intentan restablecer el orden y calmar a los abuelos. Edurne intenta recoger una silla caída y al

agacharse grita de dolor y se desploma. Daniel y Lourdes corren a levantarla. Es evidente que el golpe ha sido más fuerte de lo que había creído en un primer momento.

—Ayúdenme a sentarme; ahora me tomo algo y se me pasa. No sé por qué de pronto me duele tanto.

—Déjame verte la espalda —dice Lourdes mientras le levanta el uniforme—. Tienes un golpe muy feo, estás sangrando un poco, pero es más golpe que herida. Tienes la mitad de la espalda casi morada. Debimos decirles a los médicos que te revisaran. Creo que deberías ir a urgencias.

—Acompáñame a enfermería, que allí me tomo algo y me pones crema antiinflamatoria. Ha sido eso. Una buena hostia. No va a pasar nada.

—Deberías llamar a tu marido para contarle lo que te ha pasado.

—Tengo mucho trabajo pendiente. Tú tranquila, que si aumenta el dolor, me marcho.

—Voy a seguir con lo mío —dice Lourdes—. Llámame si me necesitas.

Edurne entra a su oficina y se recuesta boca abajo sobre el sofá. Le duele mucho la espalda y siente que tiene la frecuencia cardiaca desbocada. Necesita tomarse unos minutos. Permanece un rato acostada, con los brazos a los lados del tórax, respirando con calma. Al tiempo que descansa, se distrae mirando los distintos dibujos que las distintas marcas de las cerámicas forman en el piso. Entonces, se le ocurre una idea. La golpea de tal forma que la hace sentirse tonta por no haberlo pensado antes. Se pone de pie con dificultad y, olvidándose del dolor, abandona su oficina y se dirige al sótano. Sale al estacionamiento y entra a la capilla por la puerta del sacerdote, esquivando las cámaras de video. Una vez dentro, se asegura de que todas las puertas estén cerradas, hace un esfuerzo para ponerse de rodillas y comienza a mover las alfombras. El dolor es tan espantoso que casi se desvanece, pero ha acertado. El suelo cambia de tonalidad por segmentos. Por el recorrido de las juntas, es evidente que han realizado trabajos en distintos momentos. Reacomoda las alfombras con rapidez y sale de allí. Se dirige de nuevo a su despacho. Ya no sabe si tiembla del dolor o por el temor que poco a poco la va asaltando tras darse cuenta de lo que ha visto en la capilla. Siente náuseas y vomita bilis en la papelera. Justo cuando la deja en el suelo y se está limpiando con la manga del uniforme, la puerta se abre.

—Vengo a ver como sigues... —dice Eduardo—. Fue un golpe muy fuerte, ese hombre se ha vuelto loco. Me asusté cuando vi que la silla te alcanzaba de lleno. Aunque ha sido tu culpa, debiste haber esperado a que

todos llegaríamos antes de intentar acercarte. Eres como una cabra loca cuando quieres.

—Por situaciones así es que yo insisto en que los medicamentos los deben administrar las enfermeras.

—No entiendo por qué dices eso, ellas son las que les dan los medicamentos.

—No, Eduardo, ellas se los colocan en la bandeja de la comida a cada paciente, lo cual no asegura que se los tomen como es debido. ¿Cuántas veces has visto pastillas en las bandejas vacías o en los tarros de la basura?

—Sí, eso es cierto.

—Con más razón a un paciente psiquiátrico que, primero, no debería estar aquí y luego es muy probable que él mismo escondiera las pastillas o las echara a la basura. Esos pacientes suelen negarse a recibir tratamiento y es evidente que Rodrigo no se estaba tomando sus pastillas.

—¿Qué va a pasar ahora con él?

—Seguramente lo mantendrán ingresado hasta controlar el episodio y que se estabilice el tratamiento. Pero ¿te imaginas que la silla hubiese alcanzado a alguno de los abuelos? Es que lo mata...

—O que tú no te hubieras alcanzado a voltear y te hubiese dado de frente.

—Estoy muy adolorida —dice Edurne tratando de adoptar una posición que le resulte más llevadera.

—Ve a tu casa, aprovecha que es sábado y no están los jefes. Además, ha quedado en el video lo que pasó.

—Ahora que lo dices, revisaré las cámaras. Quiero ver cómo pasó todo para levantar el informe. Acompáñame.

Los dos se sientan frente al monitor de recepción, calculan la hora del incidente y retroceden hasta observar en las imágenes a Rodrigo.

—Allí ya están los abuelos corriendo por los pasillos, retrocede más... Allí está pasando por recepción... Retrocede más. Allí está a la salida del pabellón. Cambia a la cámara dos la de ese pasillo. Allí sale de su habitación desnudo y comienza a caminar... Espera, para, vuelve a poner esa secuencia... ¿Lo has visto? —pregunta Edurne.

—¿Si he visto qué?

—Mira con atención. No puede ser que no lo veas.

—No veo nada, solo que sale desnudo de su habitación.

—Vuélvela a poner y ahora no lo sigas a él, mantén tu mirada en la

puerta de su habitación.

—¡Putas mal paridas! Esa es Tatiana saliendo de su habitación hacia el otro lado.

—Vio que el paciente estaba descontrolado y no dio aviso. Se protegió ella y nos puso en riesgo a todos —dice Edurne.

—Voy a buscar a esa perra, ese loco podría haber matado a cualquiera de nosotros o a un abuelo. La voy a joder...

—No, Eduardo, para, ven acá. Tengo las imágenes para denunciarla. Lo que ha hecho es grave. Pueden acusarla de negligencia, mínimo de imprudencia. Si tú le haces algo, se enfocarán en ti y ella ganará. Por favor, Eduardo, confía en mí. Yo voy a sentarme a redactar el informe. Hagamos una copia de este video y me lo enviaré a mi correo. No lo comentes con nadie, ni siquiera con Daniel.

Eduardo continúa con su rutina y Edurne se encierra en la oficina. Cuando termina el informe, se toma un momento para descansar.

Al llegar a casa le cuenta lo ocurrido a Andrés y él le examina la espalda.

—Es un golpe fuerte, no sé cómo no te fracturó una costilla.

—Creo que si me hubiese golpeado un poco más de lado, me fractura, pero me dio en medio de la espalda. Esas sillas son de metal, bastante pesadas. Estaba tan desconectado..., tenía una fuerza indescriptible. Entre tres auxiliares no podían dominarlo. Estaba aterrado. Luchaba con todas sus fuerzas para no que no lo ataran, pero era la única forma de controlarlo.

—La única, no. Si tienes ese tipo de paciente en tu institución, debes proveer los medios para este tipo de casos. Si no lo haces, como institución eres responsable de las consecuencias. Por ejemplo, si le hubiesen inyectado haloperidol o algún antipsicótico de rescate, lo podrían haber solucionado con más rapidez y menos daño.

—Los sábados no hay médico y tenemos solo una enfermera haciendo el turno, que, por cierto, y ahora que lo dices, no la vi durante el incidente. La verdad es que si no lo hubieses mencionado no habría caído en cuenta.

Mañana revisaré quién estaba de guardia y por las cámaras veré dónde estaba.

—Dependiendo de cómo amanezcas mañana, veremos si vas a trabajar.

—Mañana voy. Debo ir. Es mi última oportunidad para revisar archivos, aunque ya creo que tenemos suficiente para que intervengan el lugar.

—Por lo que más quieras, mañana quédate dentro de la oficina, aunque escuchases que afuera esté pasando cualquier cosa, no salgas de tu oficina. Es

solo un día más.

—Un día menos para irme...

CAPÍTULO 17

Tengo un mensaje de Miguel en el móvil, no lo había visto, quiere conversar contigo ahora. ¿Estás dispuesta?, dice Andrés.

—Sí, claro. Quiero aprovechar el día de mañana al máximo, así que me parece perfecto que nos veamos ahora. ¿Dónde nos vamos a encontrar?

—Tenemos que pasar a buscarlo. Me acaba de enviar su ubicación al móvil. Es cerca de aquí, vamos.

Luego de un breve trayecto por la ciudad, el GPS les dice que han llegado a su destino.

—Allí está. Es aquel que está parado en esa esquina. Baja la ventanilla... Hola, Miguel, ¿cómo hacemos? —pregunta Andrés

—Nada. Me subo al coche y nos mantenemos en circulación mientras vamos conversando. ¿Cómo está tu espalda? —pregunta Miguel

—Adolorida. Tengo la mitad de la espalda con un cardenal enorme y si me agacho veo al diablo en calzoncillos.

—Joder, era lo que nos faltaba. Lamento mucho lo sucedido, pero a lo nuestro. Básicamente, tengo que pedirles que no abandonen ahora. Entiendo todas sus razones, pero estamos muy adelantados en la investigación y te necesitamos adentro un poco más... Dos, tres semanas, máximo... Antes de que me digas que no, escúchame. Vamos a aprovecharnos de este incidente, de esta hostia que te han dado. El lunes debes llegar a trabajar a las siete. Apenas levantes a uno o dos abuelos, dirás que no aguantas el dolor de espalda y te marchas a la mutua. El médico ya estará al tanto de quién eres, así que te dará la baja por dos o tres días para que puedas reposar. Cuando te dé el alta, hará la indicación de que tu actividad física deberá ser limitada, es decir, que no podrán ponerte a levantar ni hacer esas cosas, sino que tendrán que mantenerte en trabajo administrativo. De ese modo podrás terminar de revisar los archivos que faltan de la lista.

—Si pueden lograr eso, yo acepto. ¿Qué dices, Andrés?

—En esas condiciones, sí. Pero, Miguel, oblígala a que se quede dentro de la oficina y que deje de meterse en todo lo que pasa a su alrededor. Es demasiado terca e imprudente.

—Sí, maja, ya te llevaste tu buena hostia, tienes que cuidarte.

—Vale. Lección aprendida. ¿Qué te ha parecido la última tanda de fotos que te hemos enviado?

—Son perfectas. Bueno, perfectas como información. Ahora, como

hechos, me parecen una atrocidad. Por cierto, de esa lista necesito un dato que no te habíamos pedido: confirma el nombre del médico a cargo, solo para asegurarnos de que es el que aparece en los registros. Los certificados de defunción están todos firmados por el mismo, pero la letra no coincide con las de las notas en el libro de incidencias, son distintas.

—Porque en el libro, e inclusive en las historias, no siempre las escribe el médico, sino que lo reporta la enfermera.

—De todas formas, échale un ojo.

* * *

El domingo, Edurne se encuentra trabajando en su oficina cuando escucha el sonido de unas llaves en la cerradura. Se apresura a meter debajo del portátil la carpeta que está fotografiando.

—¿Qué haces aquí? —pregunta César.

—¿Cómo qué hago? Estoy trabajando. ¿Qué haces tú aquí un domingo y por qué entras en mi oficina sin llamar a la puerta?

—No tienes por qué estar encerrada para trabajar, a menos que estés haciendo algo indebido.

—No, querido, yo no soy como tú. Me encierro precisamente para que no me interrumpas y poder avanzar. ¿Por qué tienes llaves de aquí? Yo no tengo llaves de tu despacho.

—Porque yo soy el director, aunque sé que eso te jode.

—Así deberías contestarle a la Guardia Civil y no temblando como ya te he visto.

—Muéstrame en lo que estás trabajando

—¿Para qué quieres verlo?

—Mañana regresas a levantar, así que de esto me encargaré yo.

—A ver, explícame eso de que mañana regreso a levantar, a mí nadie me ha comunicado nada.

—Te lo estoy comunicando. Mañana empiezas con turno partido por orden de la jefa. Ya se ha hartado de ti. Te lo había advertido. Mañana será un día divertido, a limpiar mierda otra vez. A menos que quieras renunciar, así hacemos las cosas más fáciles para todos.

—¿Terminaste? Necesito que salgas para seguir trabajando...

—Quiero que tú salgas de la oficina, ya no tiene sentido que sigas haciendo nada aquí. Se te acabó la suerte, Edurne. Mañana a currar como esclava, a oler a meado todo el día.

—Voy a recoger mis cosas y salgo.

—Te doy diez minutos mientras me tomo un café. Recoge tus mierdas y vete.

Edurne aprovecha esos minutos para esconder los últimos archivos en los que ha estado trabajando. Al salir del despacho, se dirige al baño reservado para el personal administrativo, al lado del cuarto de archivos. Cuando va a entrar, César se lo impide sosteniendo la puerta con la mano.

—Tú no puedes utilizar este baño.

—No seas ridículo, César, déjame pasar.

—Que no puedes entrar, mujer.

Edurne opta por darse la vuelta e irse para evitar un enfrentamiento mayor. Tras alejarse unos pasos, pierde la razón e impulsada por la rabia se voltea y le dice en tono burlón:

—¿Te sientes contento con tu reloj nuevo? —haciendo alusión al reloj que lleva en su muñeca y que Camilo le había contado que había pertenecido a Juan Javier.

César se violenta, mira con rapidez a su alrededor y, tomando a Edurne por el cuello, la mete de un solo tirón en el ascensor. Cierra la puerta, la voltea y la golpea con el puño en la zona lumbar, exactamente sobre el hematoma de la espalda. Edurne cae de rodillas, doblada por el dolor.

—Me tienes hasta los cojones, cabrona. Este reloj me lo regaló Juan Javier hace años. No voy a dejar que me jodas con esto. —Es tanto el odio que se le forman pequeñas burbujas de saliva en las comisuras de la boca. Está como un animal rabioso.

Cuando se abre la puerta frente al salón del piso de la jefa, él la agarra por el cabello, la lleva hasta la cocina y la lanza al piso. En ese momento, sale la jefa, que ha visto la escena del ascensor desde las pantallas de su habitación.

—¿Te has vuelto loco? ¡Suéltala! —le grita visiblemente contrariada a la vez que sorprendida.

—No, ya no le paso ni una más. Esta cabrona nos está pisando los talones, ya es hora de que nos libremos de ella.

—Claro, y en mi piso, imbécil. Te ordeno que la sueltes. Mira la hora, son las seis de la tarde, en menos de una hora tienes a su marido esperándola afuera. ¿Qué vas a hacer? A ver, Edurne, vamos a calmarnos. Tú lárgate de aquí inmediatamente, la has cagado. Largo —le grita a César.

Mientras ellos discuten, Edurne está en el suelo temblando de miedo.

Tenía claro que había cometido un grave error y que nadie sabía que ella estaba allí arriba. No podrían ayudarla.

—Me voy. Despide a esa mujer ya o me voy yo —amenaza César.

—¡Que te calles, imbécil! Ve a la habitación y me esperas.

—Edurne, escúchame. César la ha cagado. Todos podemos equivocarnos. Quiero borrar esto que ha pasado. Te daré dinero en efectivo si lo olvidamos. Dos mil euros, ya. En efectivo por tu silencio.

A ver como salgo de esta, piensa Edurne obnubilada por el dolor y el miedo, un miedo tan real que nunca había experimentado. Aun así, como puede se recompone. Si demuestro miedo, esta vieja se me viene a encima, debo contraatacar. Dios acompáñame, se dice.

—Cinco mil, ya. En efectivo. Y vuelvo al trabajo administrativo, nada de levantar pacientes, ni hacer camas, ni sacar la basura, nada de nada, y a César lo quiero lejos de mí, que no pueda ni acercarse. Eso o envié la grabación de esta conversación —dice mientras saca su móvil del bolsillo y muestra que ha estado grabando—. Mire el video del ascensor y verá que he estado haciendo mientras estaba de rodillas. Tengo mi dedo sobre la tecla de enviar —dice Edurne entre jadeos—. Llame el ascensor, busque el dinero. Cuando este abajo y me lo entregue, llamaré a Andrés, le pediré que me venga a buscar, y solo cuando lo vea en el estacionamiento, quitaré mi dedo de aquí. No tiene opción, jefa. Usted lo dijo en la cena: soy una cabrona más inteligente de lo que a veces le gustaría.

La jefa entiende que no tiene opción. La rapidez de los acontecimientos no le ha permitido pensar. Decide ceder y comprar su silencio, luego verá cómo darle la vuelta a lo que ha ocurrido.

Cuando Andrés pasa a buscarla, decide no comentar nada de lo sucedido. Lleva el fajo de billetes que le ha entregado la jefa dividido en los dos bolsillos de su pantalón para evitar que se note el bulto. Le dice que la jefa ha cambiado de opinión y la ha dejado en trabajo administrativo.

—Se ha dado cuenta de que tenemos que entregar varios informes por lo que ha pasado con Rodrigo, y aún está pendiente de resolver con los familiares de Federica, que ya se han enterado de que se escapó de la residencia, para que no denuncien. También está pendiente el informe de los involucrados en la pelea por el partido de fútbol. En resumen, me necesita, es solo cochino interés —dice, no muy contenta de mentirle, aunque con cierto regocijo por haberle quitado su preciado dinero a la jefa.

—Entonces, ¿cuál es el plan para mañana?

—Como dijo Miguel, llegaré temprano, pero, claro, ni loca voy a levantar. Diré que me duele mucho la espalda, que de paso es verdad, y me voy a la mutua para que me den la baja. Realmente necesito unos días de descanso.

—¿Y todos esos informes pendientes?

—Los haré desde la casa. Me conviene estar a buenas con la jefa.

Mientras conversa con Andrés, Edurne revisa su móvil y ensaya con disimulo la grabación de una charla. Nunca lo ha hecho y hoy se ha dado cuenta que hubiese sido de gran ayuda.

* * *

A la mañana siguiente, llega a la residencia y, tal como lo habían acordado, anuncia que se va a la mutua. Pedro se molesta porque, según su programación, debe cumplir un turno y si Edurne se va no tiene cómo cubrirlo.

—Pues, llama a César, dile que llegue más temprano y entre los dos se ponen a levantar...

—Esa no es solución, tú estás tonta....

—Desde que empecé a trabajar no he faltado ni un día. Estoy doblada de dolor. Más de una vez me he puesto a levantar o a cambiar pañales sin tener por qué hacerlo, solo por ayudar, y resulta que tú no puedes y el aspirante a modelo tampoco. Qué cosas, ¿no? Y después las delicadas somos las mujeres. Me voy a la mutua, lamento dañar tu mañana.

En efecto, una vez que el médico la examina, determina que debe reposar. El diagnóstico: Lesión aguda en región lumbar por traumatismo directo; una semana de reposo y, dependiendo de la segunda evaluación, se determinará la conducta a seguir.

—Una semanita de descanso —dice Edurne al subir a la furgoneta.

—La jefa va a explotar —responde Andrés.

Al día siguiente, César recibe la baja médica de Edurne. Más que molestarse, se preocupa. Después de lo del domingo no ha podido dormir en toda la noche. Piensa que ella le podría haber contado lo sucedido a su marido y que en cualquier momento él podría ir a buscarlo a la residencia y matarlo a hostias, o quizás estén reunidos con algún abogado definiendo cómo acusarlo de maltrato, agresión o algo peor. Ninguna de las dos opciones es buena. Cree que la baja médica solo es una excusa para ganar tiempo. Esta vez siente miedo. César tiene claro que lo que les había hecho a otras mujeres, Edurne no se lo iba a dejar pasar sin cobrarle factura. Necesitaba planear una coartada.

Decide subir al piso de la jefa. Lo primero es borrar las imágenes de ese día en el ascensor; luego cuadrar con Tatiana que ese día a esa hora estaban tomándose unas copas en algún sitio. Era más fácil y conveniente montar una escena de infidelidad con tal de asegurar que no había estado en la residencia cuando ocurrió el incidente.

—¿Qué haces aquí arriba? —pregunta la jefa.

—Arreglando el desastre que provocaste cuando te dio la estupidez de contratar a esa mujer.

—Estupidez la que has hecho. Si no fuera por eso, todo iría bien. Sal de aquí, idiota, no me gusta que subas sin avisar.

—Hoy nos ha llegado una baja médica de una semana de tu protegida, para que sigas creyendo en ella...

—Con semejante hostia que le diste ayer, ¿qué esperabas? Ruega para que se haya conformado con la paga. Te salvas porque no tiene dónde caerse muerta. Te apuesto a que ni se lo ha dicho al marido con tal de quedarse con la pasta.

—¿En qué coño estabas pensando cuando la metiste aquí? Te advertí mil veces que nos iba a traer problemas.

—En sacarte a ti porque ya me tienes los cojones llenos. Te estás pasando de gilipollas... Así como te saqué de la mierda, te regresaré de nuevo.

—Esto te pasa por querer jugar a ser la duquesa delante de los demás; la buena, la que rescata a pobres que sin tu ayuda morirían. Era mejor cuando te daba por ir a campamentos de refugiados a comprar esclavos.

—Es mano de obra barata, imbécil, pagan tus vacaciones y las mías.

—Eso fue al principio, a estas alturas no tenemos por qué arriesgarnos así, ya bastante que hemos trincado y con lo que entra todos los meses no te va a dar ni tiempo de gastarlo.

—Te conformas con las sobras, por eso ya no te quiero aquí. Y por si crees que no me he enterado... ya sé que enviaste tu currículum a la nueva residencia. Me gustaría saber qué escribiste: ¿modelo, ladrón, lameculos? Ese es tu potencial, y sirves para estar aquí porque yo te dirijo. Sin mí no eres nadie.

—Sin mí tú te pudrirías en la cárcel —dice a voces César mientras patea un lote de cajas

—¿Yo? Yo de rositas, solo los pobres van a la cárcel. Ya te veré dentro de unos días cuando vengas de rodillas a pedirme perdón. No sería la

primera vez, cabrón.

—Déjame tranquilo, mujer. Tengo que borrar las imágenes de anoche.

—Ya está hecho. Habla con Tatiana, ya te está salvando el culo. Le he dado indicaciones, así que ya ha pagado una reserva con fecha del domingo en un motel. Cuando tú vienes, ya yo estoy de regreso. Me debes cinco mil euros por la gracia.

—Anótalo en mi lista y de paso descuenta cada vez que yo te he salvado el culo.

—Cabrón. Sal de aquí, no te soporto. —César hace el amago de contestar, pero la jefa lo interrumpe—: No quiero verte en todo el día.

* * *

Al mismo tiempo, en la comisaria...

—Listo, Edurne fue a la mutua esta mañana, el médico le ha dado la baja tal cual lo acordamos. Tendremos una semana de relativa calma para organizarnos. Ya tenemos lo que ha enviado Andoni con la agente, así que avísame y lo revisamos. ¿Habéis revisado todos los videos? —pregunta Alejandra.

—Sí. Los he visto todos y no te puedo explicar la indignación que tengo. Es una putada todo lo que ocurre allí. A este joven Rafael, el del incidente con Andoni en el servicio, investigale los antecedentes. ¿Pudieron encontrar al chico colombiano? —pregunta Miguel.

—Aún no, pero le pondremos un anzuelo a través de Edurne. Le enviaremos un mensaje de texto haciéndole creer que ella lo cita desde otro teléfono para no dejar rastro. Una vez que llegue allí, lo detendremos y nos lo traeremos aquí, sin que nadie se entere, por supuesto.

—Quiero que se enfoquen en César y Tatiana, es criminal lo que hizo esa mujer en el incidente del paciente que creía que España se estaba quemando. Qué cabrona hay que ser para ni siquiera alertar lo que estaba sucediendo. Una cámara del exterior la captó fumando mientras adentro todos los abuelos corrían y los auxiliares intentaban contenerlo. Hay que tener la sangre muy fría, no tener ni puta idea de lo que es tener conciencia.

—Jorge, dedícate en exclusiva a César, quiero saber todo de este hombre. Desde la primera vez que fuimos a la residencia por lo del asesinato, me ha dado muy mala espina. Es teatrero, adulator y siempre está a la defensiva —dice Miguel.

—La segunda vez que estuvimos en la residencia, nos invitó un café, en

plan "aquí todos somos amigos", ¿recuerdan? Luego se hizo un lío cuando le preguntamos si era el director. "No, no, soy el encargado", dijo. Sabe que asumir ese cargo lo responsabiliza y quiere evitarlo. Tendrá sus razones y eso es lo que hay que averiguar —añade Jorge.

—Pues, esa podría ser una forma, acércate a él en plan extraoficial, dile que tienes a tu suegro muy viejo dando lata en tu casa, que te explique los costos y déjale sentir que te puede sacar un poco de información. En estos momentos ya debe estar sintiendo nuestra presión con tantas inspecciones, informes que van y vienen. La presencia de Edurne lo tiene loco, quiere quitársela de encima.

—Puedo aprovechar para colocar unos micrófonos adicionales. Andoni ha grabado desde el servicio, ya que logró poner uno en un momento que lo dejaron a solas mientras hacía caca. Ha colocado otro en su habitación, por supuesto, en el comedor y en el área de fisioterapia, pero no tiene manera de instalarlo ni en la recepción ni en la oficina de César.

—Quiero un micrófono extra en la cafetería, allí se reúnen César y Pedro a tomar café. Cuando lo hacen se encierran para estar solos, algo deben decir allí que nos pueda interesar. Allí hay unas máquinas expendedoras de refrescos y otra de bollería, envíen un técnico a darles "mantenimiento" o lo que sea necesario. Jorge, encárgate tú de eso.

—Listo, jefe, hoy mismo.

—No me volváis a llamar jefe. Joder, ya hasta la palabra me suena mal. ¿Qué sabemos de Teodoro? —pregunta Miguel a Alejandra.

—Está ingresado en la UVI desde hace días. Ha broncoaspirado mientras lo alimentaban por la sonda, está muy delicado. Se ha ido complicando: los riñones le están fallando, es muy probable que no salga de la unidad, está comatoso.

—Me has dicho que Edurne no estaba en la residencia el día que eso sucedió.

—Ni ese día, ni el día anterior. Estaba en Madrid. Ese día lo alimentó una chica con nada de experiencia que estaba en periodo de pruebas para entrar a trabajar. Nadie le explicó cómo debía hacerlo, sino que ella "se fijó" en como lo hacían los otros. César la despidió al día siguiente, y ya con eso siente que ha resuelto todo. Esa información la corroboró Andoni. Él está muy preocupado por Edurne. El ambiente de por sí es muy agresivo y Edurne se la juega todo el tiempo.

—Si a mí me pusieran allí, termino a golpes el primer día —dice Jorge

—. Por eso me alegra que sea Andoni quien está allí.

—Entonces, ve con cuidado cuando contactes a César. No puedes perder los papeles.

—Tranquilo, jef... Miguel, en una hora me tienes allá con mi nuevo amigo César. Me tomo un café para relajarme y salgo a verlo.

—Perfecto, todos a currar.

—De acuerdo.

* * *

César está trabajando en su oficina cuando Pedro lo llama por el teléfono interno y le advierte que acaba de ver estacionándose a una patrulla, pero que solo viene un guardia. A diferencia de otras veces, no ha aparcado en la entrada, como intentando no llamar la atención.

Es lo último que César hubiera querido escuchar. Se apresura a revisar y guardar todo lo que tiene sobre del escritorio mientras piensa: «Esto es por lo de Edurne, la puta me ha denunciado, tengo que calmarme. Al principio voy a negarlo todo, pero después contaré que Tatiana es mi amante, rogaré que no se lo cuenten a mi mujer. Tengo que concentrarme en hacerle creer que estaba con ella para que sea imposible que me conecten con lo de Edurne».

—César, te solicitan en la recepción —anuncia Pedro por megafonía.

Sale de la oficina, pálido y con un fino rocío en su frente. Se acerca a Jorge, que se encuentra uniformado, le estrecha la mano y con la otra puesta con fuerza sobre su hombro, le dice:

—Adelante, amigo, bienvenido. ¿En qué le podemos servir?

—A pesar del uniforme, vengo por un asunto personal... Hace seis meses falleció la madre de mi mujer y nos hemos traído a su padre a vivir a nuestra casa. En fin, ya sabes cómo son estas cosas. O el viejo sale pronto de allí o no duramos casados dos meses más. Quería preguntarte precios y saber si aquí es posible traerlo por el día y que en la noche lo recojamos para que duerma en casa. Tiene ochenta y seis años, pero está sano. Mal de la cabeza porque se olvida de muchas cosas, pero no podemos atenderlo. Necesita ayuda para bañarse... ese tipo de cosas. Mi mujer no quiere internarlo, pero quizás algo así tipo medio tiempo... ¿Eso existe?

César se siente fascinado al darse cuenta de que la presencia del guardia nada tiene que ver con Edurne. Por lo menos aún no lo ha denunciado. Ve en Jorge la oportunidad de acercarse a ellos y venderle su versión de todos los hechos. Limpiar su imagen y asegurarse de que no tienen nada contra él.

—Lamento que nos conociéramos en una situación tan incómoda como cuando vinieron por primera vez. Ya sabe, lo que le sucedió a aquella señora... Sin embargo, todo eso quedó atrás. Vosotros atrapasteis a ese degenerado. Ahora, aquí se respira paz y tranquilidad. Nunca voy a entender cómo ese hombre logró engañarnos a todos. Tan educado que se comportaba aquí, tan atento que era con los abuelos... Uno nunca termina de conocer a la gente.

«Hijo de puta, es que te meto una hostia... Calma, Jorge, calma. Enfócate».

—Tranquilo, César, ya eso es caso cerrado. Yo entiendo que esas cosas pueden suceder a pesar de todos los controles. Digamos que fue mala suerte.

César ha mordido el anzuelo; se siente aliviado al escuchar del guardia una versión tan comprensiva de lo que allí ocurrió. Además, que quiera traer a un familiar directo a la residencia para César se traduce en que ha logrado ganar su confianza, así que se muestra dispuesto a ayudar.

—Por el dinero no te preocupes, podemos hacerte un precio especial. Lo puedes traer en la mañana antes de ir al trabajo y venir a buscarlo después de la cena, así llegará a casa directo a dormir sin dar tanto la lata. Aquí va a estar bien haciendo las actividades de nuestra terapeuta ocupacional: jugar bingo, pintar, todas esas cosas que a ellos les gusta.

—¿Y con su medicación?

—Tú trae el pastillero organizado, los chicos se encargarán.

—¿Nos podemos tomar un café mientras llamo a mi mujer? —pregunta Jorge.

—Claro, vamos a la cafetería; allí estaremos solos y podrás hablar con calma. —Camina hacia la cafetería y al llegar Jorge toma asiento en la mesa mientras César, todo servicial, se agencia de unos cafés—. Venga, aquí tienes, te dejo unos minutos para que hables con tu mujer mientras busco las planillas que debéis rellenar y el listado de documentos que debéis traer. Cinco minutos y regreso. Cierro para que nadie te interrumpa.

Jorge piensa: «Soy el puto amo, chaval. Se lo ha comido con patatas, le he clavado un micro debajo del escritorio de su despacho y ahora a poner el micrófono aquí y a ganar puntos con el jefe, digo, Miguel».

Unos minutos después, César entra con una carpeta en la mano.

—Esto sería lo que tendrías que traer y este sería el costo. Lo he hablado con la jefa y te ha dado el mejor descuento que se puede.

—Pues, muy agradecido contigo, César. Lo converso con mi esposa y te llamo.

—Te doy el número de mi móvil, así me llamas directamente.

—Te debo una —dice Jorge y se despide.

—Para nada, que para eso estamos.

* * *

Hace cinco días que Edurne está de baja médica. Está viendo televisión cuando suena su teléfono. Es Danny para contarle que él y Alberto se irán de la residencia; han conseguido trabajo en la nueva que han abierto, les ofrecen mejor sueldo, menos horas y, por arriba de todo, está el hecho de que es una residencia donde las cosas se hacen como se deben hacer. Cuentan con el número adecuado de auxiliares para atender a los residentes, solo deben hacer lo que a cada uno le corresponde para su puesto.

—Es mucha diferencia, Edurne; en esta residencia no tenemos que hacer las camas, las hacen las encargadas de limpieza. Nosotros solo levantamos a los abuelos. No tenemos que montar lavadoras ni secadoras, tienen a personas que se encargan de la lavandería. No tenemos que sacar la basura como allá, que hay que llevarla hasta los contenedores. Aquí, al terminar los cambios, los de limpieza pasan a buscar los sacos llenos de pañales. Lo más increíble, y para que se muera de la envidia, los cambios de pañales los hacen entre siete auxiliares mientras otro solo se encarga de estar pendiente de quién falta por cambiar, coordinando. Allá usted sabe que todo eso lo hacemos entre dos.

—¿A cuántas personas levanta cada auxiliar?

—Unas siete u ocho, no más. Cuando son asistidos, se atienden entre dos, ni te destrozas la espalda ni le haces daño al pobre viejo, y hay grúas en cada sala. Es demasiada diferencia, sin mencionar el trato y las cosas raras que sabemos que pasan allá... Eso es para ponerse a llorar.

—¿Cuándo se irían, Danny?

—Si me confirman esta la tarde, mañana ni me aparezco por allá, nada de trabajar preaviso ni esas cosas, que este mes he firmado en nómina una cantidad y me entregaron en efectivo doscientos euros menos. No voy a ser tan pendejo de cumplir yo la ley cuando ellos se la pasan por el culo.

—¿Se van Eduardo y tú?

—Mañana, nosotros dos, seguro, pero podríamos ser más. Yohan, Lourdes y Yamira también han metido currículo. No los han llamado todavía,

pero lo harán en cualquier momento. Saben que trabajamos duro, por lo menos de eso tenemos fama.

—¿Los otros no han metido papeles?

—¿Los otros? Si te refieres a los que yo estoy pensando, no. Saben muy bien que en otro lugar no los aceptarían. En este mundo la gente sabe muy bien quién es quién. Además, ellos no tienen papeles. Así que nos vamos “los buenos”. Tras enterarse de que nosotros estamos adentro, saben que nos van a preguntar qué opinamos de ellos. A Eduardo le han preguntado por mí y por Yohan, y a mí por ellos dos, así que ellos sabían lo que diríamos.

—No sé qué decirte, Daniel. La verdad es que es una muy buena noticia saber que van a salir de esta mierda. Pienso en los abuelos, ellos son los que salen perdiendo, pero ustedes están haciendo lo que deben hacer. Esta es una oportunidad única para ustedes. Además, estarán todos juntos. De verdad que me alegro por ustedes.

—¿Y por qué no mete sus papeles también? Nosotros ya le hablamos de usted al director de la nueva residencia y se mostró interesado. Estaría mejor que en esa mierda.

—Ya no vale la pena, Danny, lo de mis títulos debe ser cosa de semanas. A estas alturas, prefiero malo conocido que bueno por conocer, así dicen en mi país.

—No sea terca, piénselo. Cada día allí es estar en el infierno, eso usted lo sabe bien. Le queríamos avisar porque se ha portado muy bien con nosotros. Nos defendió muchas veces. Yo siento que su ayuda con lo de Aurora me salvó la vida.

—Calla, muchacho, que me vas a hacer llorar. Promete que se mantendrán en contacto conmigo. Diles que no les perdono que me abandonen... No mentira, diles que les deseo lo mejor.

Al terminar la llamada, Edurne piensa: «Esto se va a liar mañana. Al faltar estos dos, los que quedan no van a poder sacar el turno. No voy a avisarle a César, que él vea cómo coño resuelve. Voy a avisarle a Miguel, el desorden que habrá mañana podría ser una oportunidad para nosotros».

Vuelve a sonar el teléfono y Edurne atiende creyendo que es Daniel para comentarle algo que habría olvidado.

—¿Edurne?

—¿Quién es?

—Camilo.

—Camilo, qué bueno sa...

—¿Qué bueno qué? ¿Por qué me la jugó? Por su culpa casi me joden, ¿se le olvidó que yo le salvé el culo? Qué de bolas tiene usted, ¿cómo me pudo hacer esto? —le grita Camilo.

—Camilo... Camilo, no puedo entenderte de lo rápido que hablas. Cálmate y dime...

—No se haga la pendeja, yo de huevón no tengo nada. Yo de marica por andar confiando y va usted y me pone para que me den...

—Te juro que no sé de qué coño me hablas, Camilo.

—Usted me jodió, me mandó un mensaje para verse conmigo en el supermercado del centro. Si no es porque Yohan iba conmigo y reconoció a la mujer policía esos tombos, me agarran y me joden. ¿Se volvió loca?

—Tiene que ser un error, Camilo. Yo no te he enviado ningún mensaje. Habíamos quedado en que tú me buscarías a mí. Yo estaba esperando tener noticias. ¿Cómo crees que voy a hacerte una putada así? Nadie sabe lo que hemos hablado, te lo juro.

—Yo ya me piré. Así que no va a saber más de mí. Quiero creerle Edurne, pero no me la juego más por usted.

—No tiene sentido, Camilo. Piensa... ¿Qué gano yo metiéndote en problemas? Alguien te puso una trampa y a mí también, te lo puedo asegurar.

—Entonces, cuídese, Edurne. Si lo que me dice es verdad, alguien nos está jodiendo y, por cierto, para que lo sepa, Lucho sabe todo lo que yo sé, pero protéjalo, al igual que yo, está obligado allí. Ese "man" es bueno y la tiene a usted en aprecio. No deje que lo jodan.

Sin poder responder, Edurne solo escucha en silencio.

CAPÍTULO 18

La baja médica de Edurne ha terminado y hoy debe volver a trabajar a la residencia. Una vez más, se despierta, va hasta la cocina a desayunar, se queda observando el paisaje a través de la ventana y piensa: «¿Será que algún día me podré sentar en esa puta piedra a mirar a los putos patos, mientras pasa el puto río?».

—¿Qué haces, vida? —pregunta Andrés.

—¡Disfrutando del paisaje! —dice Edurne mientras se recoge el cabello en una coleta.

—Amaneciste mansita, ¿no? Ja, ja, ja, qué cara que tienes... —dice Andrés a la vez que intenta abrazarla, pero se encuentra con una Edurne indiferente—. Vamos, solo queda una semana y que conste que es porque tú aceptaste. Cuando llegues, te metes en la oficina, revisas todos los papeles que puedas y listo. Ante la mínima cosa que no te guste, me llamas y te saco de allí.

—Vámonos.

En la furgoneta, Edurne se enfoca en los sembradíos a ambos lados de la carretera y recuesta la cabeza en la ventanilla.

—Vas muy callada. Si no quieres ir, no vayas y punto —le insiste Andrés.

—Voy organizando las ideas para saber con exactitud qué voy a buscar entre tantos papeles. No sé quiénes ni cuántos renunciaron esta semana. Pensé que me llamarían cuando se vieran liados, pero no, nadie me ha llamado en todos estos días; me parece raro.

—No le des más vueltas a la cabeza, tú dedícate a lo tuyo. Listo, aquí estamos... Cuando quieras...

Edurne entra y saluda a Pedro. En la recepción está Lourdes, que la recibe con una sonrisa sin dejar de pasar la fregona. Más adelante está Pilar sentada con un abuelo, llenando unos formularios. Edurne sigue caminando hasta su despacho. Abre utilizando su llave. Todo está tal cual ella lo había dejado, no han movido ni un papel. En ese momento, Lourdes, que la ha seguido, se asoma a la puerta

—¿Puedo pasar?

—Claro que sí —Edurne se pone de pie y la recibe con un abrazo—. Cierra la puerta y siéntate. ¿Cómo has estado? ¿Qué tal las cosas por aquí?

—Primero, dime tú. ¿Cómo estás de la espalda después de esa hostia

que llevaste? Eres un pedazo de loca... Mira que acercarte a ese tío como estaba esa noche, desnudo, *cagao* y lanzando todo lo que tenía cerca. Solo a ti se te ocurre... Yo te dije que teníamos que llevarte a urgencia ese mismo día, pero tú no me hiciste caso.

—Estoy bien, Lourdes, morada pero bien. Ponme al tanto: ¿qué ha pasado en esta semana?

—Renunciaron Daniel y Eduardo. Había rumores de que Yohan también se iba, pero allí está, haciendo su turno. Como tú sabes, siempre exageran. Decían que se irían casi todos, al final solo se fueron dos. Igual con los abuelos, que se iba a vaciar la mitad de la residencia... Al final, se fueron doce abuelos a la residencia nueva. Han llegado nuevos, pero cada vez César los trae en peores condiciones, llenos de cables, mangueras, bolsas... Son los viejos que ya no quieren en los hospitales, y como no tienen familia y están muy jodidos, la junta los envía aquí sin preguntar mucho. Ahora sí que parece que nos van a comer los zombis.

—Qué mala eres... No les digas así. ¿Y tú qué has hecho esta semana?

—Me han tenido limpiando allá abajo, porque Lucho ha estado trabajando y tiene todo eso lleno de ese polvillo blanco que cuesta una barbaridad sacar. Ayer me dijo que había terminado, cosa que me alegra porque da mucho trabajo. Le he pedido una aspiradora a César y se ha reído en mi cara. En mi día libre me fui al campo con mi niña. Si puedo, cuando termine te muestro fotos para que veas qué grande y bella está.

—Como la madre. Muéstramelas ahora, ya que estas aquí.

—No tengo el móvil... Ah, es que tú no lo sabes: la semana pasada dieron la orden de que al llegar hay que dejar los móviles en la recepción. Parece que alguien publicó fotos de una abuela en las redes, los familiares la vieron y reclamaron. Así que ahora no podemos tener los móviles con nosotros.

—No lo sabía. Bueno, pues, me las muestras a la salida —dice Edurne y se pregunta si esa medida no ha sido tomada por una supuesta grabación...

Han pasado unas dos horas de su llegada a la residencia. Edurne sigue encerrada en su despacho y siente que no avanza. Sabe por Lourdes que Lucho había terminado el trabajo que estaba haciendo abajo y le ha despertado la curiosidad. Quiere bajar y ver de qué se trata, pero algo la hace dudar. Quizá sea instinto o simplemente miedo por lo que ya ha sucedido. Lo piensa unos minutos y llega a la conclusión de que es buen momento. Ha revisado el estacionamiento y sabe que no está el coche de César. Decide bajar a echar un

vistazo, pero antes va en busca de Lourdes pues quiere tener una especie de respaldo. Daniel y Eduardo, que solían ser su seguro ante cualquier apuro, ya no están. Yohan está cambiando pañales y es difícil hacerlo salir de allí, así que Lourdes es su mejor opción.

—José, ¿dónde está Lourdes?

—Por la hora, debe estar limpiando la zona nueva.

Edurne recorre el pasillo del pabellón.

—Aquí estoy, mujer, deja de dar voces —dice Lourdes asomando su cabeza desde una habitación—. Es muy escandalosa, ¿verdad, Andoni? — agrega.

—Hola, Andoni, ¿cómo estás? No le hagas caso, ella es la escandalosa. Tengo que pedirte un favor, Lourdes. Voy a bajar a la capilla, son las once en punto. Si en media hora no he subido, bajas a ayudarme.

—¿Qué vas a hacer allá abajo? —pregunta Lourdes.

—Voy a rezar un rato...

—Espera y te acompaño —dice Lourdes dejando ver su desaprobación.

—Que no, mujer, quiero estar un rato a solas, si en media hora...

—Si no has subido, yo bajo y te busco... Estás loca.

—Yo también te quiero, sigue con lo tuyo.

Ninguna de las dos se ha dado cuenta del velo de angustia que se había posado sobre el rostro de Andoni.

Edurne sale al estacionamiento tratando de evitar las áreas que cubren las cámaras. Entra a la capilla por la puerta reservada para el sacerdote, que da acceso al cuarto donde este se cambia de ropa. Huele a encierro, a sangre vieja. Es un olor que Edurne reconoce con facilidad después de tantos años trabajando en hospitales. Es el que queda cuando la sangre se seca en las sábanas. Le huele a sangre y a muerte. Entra a la capilla. Es evidente que han estado de obras: todas las bancas y los nichos están cubiertos de polvillo blanco, incluso las flores plásticas del altar. Apoyadas en las paredes, están las herramientas que han utilizado: palas, picos, cubos llenos de cascotes... Edurne comienza a mover los bancos hacia el centro para despejar los laterales de la capilla. Levanta las alfombras y las va apilando en una esquina. Lo hace con rapidez, en completo silencio, con dificultad y sudando a mares. Se detiene un instante y se pregunta cómo hará para justificar su estado cuando suba, pero su curiosidad y algo indefinible la empuja a seguir buscando.

Al quedar expuesto el suelo, se ven las líneas de frisado que forman

rectángulos perfectos. Le recuerdan los suelos de las viejas catedrales, sembrados de tumbas. Se encuentra ensimismada, paralizada al ver lo que claramente son.

Pero Edurne ha cometido un error grave: se ha confiado porque el coche de César no estaba en el estacionamiento, y ha supuesto que él tampoco estaría. La realidad es que desde hace dos días César lo tiene en el taller y la jefa le ha prestado su coche pequeño. César ha regresado a la residencia en el momento preciso para verla bajar a la capilla. Temiendo lo peor, ha puesto al tanto a la jefa, que ha bajado inmediatamente.

—¿Qué haces? —pregunta César con total frialdad, escoltado por la jefa mientras cierra la puerta de la capilla y camina con lentitud hacia Edurne. Mientras lo hace, se va quitando la americana. La dobla con cuidado y la coloca sobre el respaldo de uno de los bancos. Se levanta las mangas de la camisa, se arremanga con cuidado los puños, despacio. Ha tomado un listón de madera de donde se encontraban las herramientas y lo mece amenazante.

—Hasta aquí has llegado, pedazo de puta —dice César, mirando a la jefa como lobo esperando la aprobación de la manada.

—Hazlo —dice ella mientras mira a Edurne fijamente. Su rostro impassible la deja fría. Ha dado la orden de acabar con ella como si estuviese encargando que compren más pan. César sonríe anticipando lo que va a suceder. «Al fin, venganza contra esta intrusa. Esta pija, que cree que por haber estudiado es mejor que yo... Te vas a enterar de cómo es la vida real».

Edurne sabe que no tiene sentido gritar. Mira a los lados, arriba, abajo... Busca un milagro, una salida, pero no hay posibilidad de correr ni de defenderse ante un César iracundo y armado con un palo. Se da cuenta de que no hay marcha atrás. Rogar por su vida solo le daría más placer a la jefa y, por lo que ve en los ojos de César, nada le gustaría más a él en ese momento. Si sale viva de allí, ellos irán directo a la cárcel, y lo saben. Edurne retrocede mirando a su alrededor, buscando con qué defenderse. Empuja una de las bancas de una patada para alejar a César, pero se encuentra acorralada en una esquina. Apenas le da tiempo de cerrar los ojos cuando César dirige el primer golpe directo a las rodillas de Edurne, que cae desplomada. Antes de que pueda comenzar a llorar, llega el segundo golpe directo a las costillas. Ahora el llanto compite con la dificultad de respirar.

La jefa se acerca a César, levanta lentamente su mano indicando una pausa. Sus movimientos son lentos, hasta elegantes. Mira a Edurne como una reptil mira a su presa una vez que ha inoculado su veneno, expectante mientras

se retuerce de dolor, esperando a que deje de moverse.

—Me he equivocado contigo, cabrona. No tienes lo que hace falta para llevar un negocio como lo he hecho yo. Tienes huevos, pero eres corta y terca como una cabra, no lograste entender nada de lo que quise enseñarte. Pensar que te protegí de Nixon cuando quería follarte y le prohibí a Tatiana que te atacara... Mírate ahora, tú misma te jodiste la vida. Te he dado poder y no lo has sabido utilizar. Ahora, jódete. —Baja la mano y, manteniendo su mirada fija en el rostro abatido de Edurne, ordena—. ¡Termina de una vez, que hay cosas que hacer!

Edurne entra en una especie de obnubilación. Los golpes continúan cada vez con más crueldad. César alterna palazos con patadas, drenando toda su rabia y desprecio. En una pausa, le aplasta la cara con el zapato.

—Como a las ratas, Edurne, como a las ratas...

Todo transcurre delante de ella en cámara lenta. Es consciente de que está recibiendo un ataque brutal y sabe que no puede escapar. Entre golpe y golpe, gira suavemente la cara hacia César, presiente que ya viene el golpe final... César respira agitadamente. Toma aire y fuerzas. Edurne cierra los ojos y se concentra en los rostros de Andrés y sus hijos riendo abrazados. De repente, escucha un ruido intenso que la aturde. Una explosión que la estremece...

—No te atrevas a moverte, maldita vieja. Un paso más y te disparo a ti también. Las manos sobre la cabeza —ordena Andoni, que ha adelantado a Lourdes corriendo por las escaleras. Sin dejar de apuntarle a la jefa directamente a la cabeza, con su pie sacude el cuerpo de César, que permanece boca abajo totalmente inmóvil, pero gritando de dolor y pidiendo ayuda. Se acerca con rapidez a Edurne.

—Siéntese, si baja las manos, le disparo —dice Andoni en un tono tal que la señora obedece de inmediato.

—Edurne, Edurne, abre los ojos, por Dios, abre los ojos, ¡aguanta! —le grita Lourdes arrodillada a su lado. Intenta abrazarla, pero no encuentra la forma de tocarla sin hacerle daño. Sangra por todos lados. Con cuidado, le retira el cabello de la cara.

—No la muevas —le ordena Andoni al tiempo que levanta a Lourdes tomándola por el brazo—, ya viene una ambulancia en camino. Corre a llamar a su marido, dile que venga. Hazlo con prudencia, pero adviértele que está muy mal.

Y es que Andoni, al saber que Edurne iba a bajar a la capilla, le envió

un mensaje a Miguel, quien de inmediato puso en marcha el protocolo que estuvieron diseñando durante meses a sabiendas de que este momento podía llegar. Andoni contaba con un arma que habían instalado en su silla de ruedas, una Beretta 22, la única que cabía en el pequeño escondrijo, pero que con balas huecas podía hacer su trabajo, y vaya si lo había hecho. En el cojín de la silla habían ocultado un teléfono, no más grande que una cajetilla de fósforos, para comunicarse directamente con Miguel y su equipo.

En cuestión de minutos, se comienzan a escuchar las sirenas de las patrullas y ambulancias llegando a la residencia.

Sin dejar de apuntar a la jefa, Andoni se agacha y toma la mano de Edurne.

—No vamos a dejar que esta cabrona gane, Edurne. Somos los buenos, tenemos que ganar. Mira que tu marido nos matará a todos. Piensa en él, en pasear juntos con los patos y tu perro, piensa en tus hijos...paseando por ese puto río que tanto les gusta. Edurne, ¡aguanta!, tú sabes cómo hacerlo, ¡aguanta!

Dentro de su obnubilación, Edurne piensa que debe estar muy mal, pues le ha parecido ver a Andoni caminando. Luego todo se funde a negro.

Miguel llega junto a Alejandra, Jorge y el resto de los guardias civiles. Les abren paso a los médicos para que vayan directo a Edurne.

—Está respirando mal, tiene un neumotórax —dice el médico que la atiende mientras otro se encarga de César—. Necesitamos una buena vía, voy a intubar aquí mismo, no puede esperar...

En ese momento, Andrés entra desesperado a la capilla. Localiza a Edurne y corre hacia ella. Se arrodilla a su lado, con las manos le despeja la sangre de la cara, se acerca y la besa.

—Ni se te ocurra... Es una orden, cabeza... Te quedas conmigo... Ni se te ocurra ninguna otra cosa...

—Voy a intubar... —Andrés le sostiene la mano mientras el médico introduce el tubo y comienzan a oxigenar. Luego ayuda a levantarla para montarla en la camilla. Al pasar delante de la jefa, a la que ya le han puesto las esposas y la tienen sentada en una banca, Andrés se acerca y le restriega las manos ensangrentadas por el rostro. Ella intenta esconderlo contra el respaldo de la banca, pero Andrés lo hace con tanta fuerza que la cara de la jefa queda completamente cubierta de sangre.

—Maldita puta, vas a pagar cada gota de sangre que Edurne ha derramado, vas a desear haber sido tú la del disparo.

Víctor y Jorge se apresuran a apartar a Andrés. La jefa, con astucia, reclama a voces.

—¡Casi me mata! ¡Me ha ensuciado con sangre!

—Señora, tranquilícese —dice Jorge.

Miguel le solicita al jefe médico autorización para que Andrés acompañe a Edurne en la ambulancia. La de Edurne es la primera en salir, seguida por la que lleva a César. Una patrulla traslada a la jefa, otras dos la escoltan.

—Encárgate con Andoni de esto —le indica Miguel a Jorge—. Me voy con ellos al hospital. Apegaos al protocolo, no quiero ni un solo error. Ni uno solo, ¿entendido?

Tras asentir, se voltea y comienza:

—Cerquen toda la zona y sus alrededores. Dos guardias en cada puerta y en cada pasillo. Nadie puede salir de aquí sin mi autorización —ordena Jorge con suma autoridad—. Víctor, encárgate de arriba, que no se escape ninguna rata. Los quiero a todos aquí, tendrán que presentarme a su madre para poder salir. Cuerda de cabrones enfermos. Me cago en...

* * *

Las ambulancias llegan al hospital. Los dos pacientes son llevados directo a quirófano. Andrés está destrozado, de pie frente a la puerta donde están interviniendo a Edurne. Miguel intenta explicarle que debe regresar a la residencia, pues deben intervenirla de inmediato con los de la junta, trasladar a otros centros a los abuelos, interrogar y procesar a todos los detenidos. A Andrés nada de lo que le dice le importa. Miguel comprende y se retira.

Antes de dejar el hospital, organiza la custodia de César.

—Cuando salgan de quirófano, prohibidas las visitas. A Edurne solo la pueden ver Andrés y sus hijos. Al detenido, aislamiento total.

* * *

En la residencia, todo está convulsionado. La noticia de lo que ha sucedido ha corrido como pólvora por la ciudad. La llegada de las patrullas y ambulancias con sus sirenas ha llamado la atención de todos. Los de la junta han ocupado la oficina principal junto a la enfermera y bajo la supervisión de Pilar, la trabajadora social, van permitiendo uno a uno el paso de los familiares. Una vez comprobadas las filiaciones, los residentes les son

entregados con un acta de compromiso de estar localizables. Aquellos abuelos cuyos familiares viven en lugares retirados o no cuentan con nadie con capacidad para encargarse de ellos, serán trasladados a centros del Estado o a hospitales, de acuerdo con sus estados de salud.

Se le ha ordenado al personal que, dentro de lo posible, continúen la rutina básica: dar de comer a los residentes, cambiar pañales... En todas las áreas hay guardias que vigilan sus movimientos para evitar que cualquiera intente ocultar o destruir evidencias.

Miguel llega a la residencia y supervisa que todas las unidades estén llevando a cabo sus tareas y luego baja a la capilla para encontrarse con Alejandra.

—Toma, Miguel, debes entrar con protectores en los zapatos... Colócate una mascarilla y guantes, solo se puede caminar por los tablones esos, son exigencias de los forenses —le indica Alejandra.

Frente a él, un escenario tétrico. Han despejado el área, movilizado las bancas y retirado todas las alfombras. Luego colocaron los tablones sobre bases elevadas para que nadie pise el suelo. Hay marcadores numerados repartidos por todas partes. Han removido las zonas donde, por la coloración del cemento, parecen más recientemente trabajadas. En efecto, allí yace un cuerpo, envuelto en sábanas y plásticos, cubierto de cal para evitar los olores propios de la descomposición. A su lado han cavado otra tumba. Está desocupada, solo tapiada con maderas y una fina capa de cemento, la suficiente para soportar peso y ser removida con facilidad.

—¡Mierda! Esto es un jodido cementerio... ¿Cuántas tumbas hay? —pregunta Miguel.

—Hasta ahora, veintiséis. Pueden ser más y haber más de un cuerpo en cada una —responde Alejandra—. Hemos pedido refuerzos al equipo de forenses. Traerán un georradar. Ya te lo explico, primero dime: ¿qué sabes de Edurne? ¿Se va a salvar?

—Está muy mal, la llevaron directo a quirófano. Ese maldito se ensañó con todas sus fuerzas. Aún no he recibido noticias del hospital.

—¿Y Andrés?

—Destrozado, pero manteniéndose... Sigue poniéndome al tanto de lo de aquí, ella se merece que hagamos nuestro mejor trabajo.

—Llevará semanas la excavación... Luego vendrá el reconocimiento de los cuerpos de acuerdo con las condiciones en que se encuentren. Quizás meses... Ese primer cuerpo, a primera vista, los forenses piensan que podría

ser Juan Javier...

—¡Hijos de puta! Que tarden lo que sea necesario, pero quiero todo al detalle. ¿Dónde está Jorge?

—Arriba, tengo entendido que acordonó la oficina de César, la de la jefa y el despacho de Edurne... Víctor está liderando el equipo que se encargará del piso de la jefa.

—Deja de llamarla jefa, no le des ese poder —dice Miguel.

—Tienes razón, el piso de la detenida... Andoni y Jorge han llevado a un cuarto aislado a Tatiana, Rafael y a José, que no hace más que llorar. No sé a quién más tienen.

—No se olviden de citar al médico, que bastante tiene que explicar. Voy a ver a Jorge y Andoni, ¿sabes en qué piso están?

—En el segundo, a mano derecha, hay dos guardias afuera, así que sabrás dónde es.

* * *

Miguel entra a la habitación donde los mantienen aislados. Tatiana y Rafael están sentados en una cama y José en la otra, abrazado a su morral.

—Bueno, veo que te has ocupado de los detenidos. ¿Cómo estás Andoni? —le pregunta mientras lo abraza.

—Acojonado como nunca en mi vida. Dime de Edurne, ¿se salvará?

—Acabo de llamar, aún está en el quirófano. Costillas y rodillas fracturadas, las manos también, típico de alguien que se cubre ante un ataque así... La molió a golpes ese hijo de puta... Si tú no llegas a tiempo...

—Hija de puta mayor la cabrona que estaba allí mirando cómo la molía a golpes... No sé... Estaba como si estuviese presenciando un programa de cocina. Todavía tengo escalofríos.

—¿Qué vas a hacer con estos? —pregunta Miguel.

—Estamos esperando que suba el fiscal. Tengo entendido que también viene el alcalde. Supongo que quiere recibirlo y darle las primeras explicaciones.

—Sí, así me han informado. Déjalos aquí, pero si vas a salir, que un guardia se quede adentro. No quiero que estos se hablen entre sí, pero ni los buenos días, ¿entendido?

—Entendido. El fiscal ha llegado hace rato a la residencia, fue directo a la capilla y de allí no ha salido.

—Sí, lo sé. Allí lo he visto. Está en shock, no se puede creer lo que

está viendo. Le llevará tiempo asimilar semejante aberración. Espera a que suba antes de trasladarlos, manténlos aquí custodiados. Que se entretengan pensando cómo van a justificar lo que han hecho, aunque van a tener tiempo para pensar cuando los tengan encerrados. ¿Qué te hizo pensar que Edurne estaba en peligro?

—Instinto, y no solo mío. Su amiga Lourdes, la de la limpieza, cuando Edurne le dijo que iba a bajar a la capilla, al igual que yo, es que te podría decir que olimos la maldad. Lourdes disimuló unos minutos, máximo diez, en los que estuvo limpiando mi habitación. De repente, dejó todo y salió a buscarla. A medida que caminaba, aceleraba el paso como si supiera que debía apresurarse. Cuando se volteó y me vio detrás de ella sin la silla, no le importó. Comenzó a correr al tiempo que me hacía señas para que me diera prisa. Tampoco se sorprendió cuando vio mi arma. Se apresuró a abrir la puerta con sus llaves, y allí estaba él, a punto para terminar con Edurne.

—Malditos cabrones. ¿Dónde está Lourdes ahora? —pregunta Miguel.

—La tengo en la habitación de al lado, no quise dejarla cerca de estos mierdas —responde Andoni.

—Cuando pueda, iré a verla. Tengo mucho que coordinar aún. Y tú —dirigiéndose a José—, deja de lloriquear, que no te va a servir de nada. Mejor concéntrate en recordar dónde tienes cada archivo que nos vas a tener que entregar.

—Esta es Tatiana —indica Andoni.

—Sí, lo sé. La conozco muy bien... Tenías razón, Tatiana, Edurne les podía dar caña... y se las ha dado.

—Esa puta les mintió... Ella no es... —Tatiana intenta defenderse, pero Miguel la interrumpe.

—Recuerda que todo lo que digas podrá ser usado en tu contra. —Se voltea hacia Andoni—. Sigue con lo que hay que hacer aquí, yo vuelvo con Alejandra abajo, antes de que haga algo que luego haya que lamentar.

* * *

—Todo bajo control, Miguel. Tenemos dos equipos de forenses trabajando. He ordenado que me localicen al encargado de mantenimiento, que hoy está de descanso, y a todos los auxiliares de la noche, cocineros, encargados de limpieza, todos deben presentarse hoy mismo. Quedaría pendiente Camilo... Algún auxiliar sabrá dónde encontrarlo. Llama al hospital a ver qué te dicen de Edurne, estoy preocupada.

La actividad en la residencia es impresionante. La gente se aglomera buscando a sus familiares, la prensa no para de llegar, los curiosos no pierden la oportunidad de acercarse para complicar más las cosas. La misma escena se repite en el hospital con respecto a los periodistas. Ha sido necesario reforzar la seguridad. Para calmar los ánimos, se anuncia una rueda de prensa para dentro de dos horas.

* * *

La cirugía de Edurne terminó y la han trasladado a la UCI. Ha sido necesario colocarle un tubo torácico para corregir un neumotórax. Le han escayolado las manos por múltiples fracturas, la rodilla izquierda presenta rotura de ligamentos. Tiene el rostro hinchado y completamente amoratado; el párpado izquierdo no le permite abrir ese ojo debido a la hinchazón. Luce pálida, más bien amarillenta. Su cuerpo está rodeado de cables conectados a máquinas. Los riñones también han sufrido; su orina se tiñe de sangre que se recolecta en bolsas que cuelgan de la cama. Su estado es crítico, pero estable.

Andrés entra a verla y se acerca lo más que puede a ella.

—Terminó... Aquí estoy, esperando que despiertes para llevarte a casa. Te quiero en calma, descansando... Los chicos están afuera, quieren verte. Voy a dejarlos entrar. Quiero que vean lo fuerte y bella que eres. Cuando salgas, nos iremos de viaje con Hipócrates. Tenemos muchos planes... Ahora necesitamos que descanses, que recuperes tus fuerzas.

Se sienta a su lado y se queda en silencio. Pasados unos minutos, hace una seña para que dejen pasar a los hijos. Los dos entran abrazados y se acercan de la mano de su padre. Su hija se inclina y le habla al oído con serenidad, aunque las lágrimas no dejan de correr por sus mejillas. Luego su hijo la besa en la frente y en tono firme le dice.

—Nada de gilipolces, a dormir solo un rato y luego a despertarse. Mira que lo digo en serio. A despertarse.

—Tenemos que salir —dice Andrés—, tiene que descansar. Está estable, es cuestión de tiempo, su mamá sale de esta. Eso sí, va a estar quejica un buen tiempo —dice Andrés en broma para tratar de animar un poco a los chicos.

—Si se lo traemos, Hipócrates la despierta —dice su hijo.

—Tranquilos, la ven así porque está sedada. Ella va a estar bien. Confíen en Dios.

Al salir de la UCI, Andrés ve que Miguel está afuera, esperándolo.

—Se suponía que esto no iba a pasar, me aseguraste que estaba todo bajo control...

—No contábamos con que Edurne se arriesgara tanto.

—¿No? ¿La conociste apenas ayer? Tú sabías que había un riesgo mayor, tenías un hombre infiltrado y armado.

—Para proteger a tu mujer.

—Sin que lo supiéramos, nos mentiste. Tú y tu mariquera de trabajo en equipo. Dijiste que no podíamos escondernos información y tenías a un guardia encubierto, sin que Edurne ni yo lo supiéramos.

—Sabes que no podía revelarte toda la operación.

—Allí tienes el resultado... Allí adentro tengo a mi mujer con un tubo para poder respirar. Casi la muelen a palos, un éxito tu operación.

—Este no es el mejor momento para que hablemos, entiendo cómo te sientes.

—No, Miguel, no tienes ni puta idea de cómo me siento. ¿Qué se sabe del hijo de puta de César? —pregunta Andrés mientras vuelve a pararse de frente a la puerta de la UCI con la mirada fija en una ventanilla que permite ver el pasillo interno de la unidad.

—Sigue en el quirófano, la bala le lesionó la columna. Según las primeras impresiones de los médicos, no volverá a caminar. Cuando sepa algo más te lo comento —responde Miguel e intenta retirarse para dejarlo solo con sus hijos, pero Andrés lo retiene del brazo.

—¿Dónde tienes a la vieja?

—En la comisaria, aislada, en una celda y esposada. Ya ha comenzado el desfile de abogados.

—Eso era de esperar.

—No hay forma de que se libre de esta, son más de veinte cadáveres hasta el momento. Nada la podrá salvar.

—¿Los otros?

—Todos detenidos, Tatiana, Rafael, Pedro... Faltan unos auxiliares de la noche por presentarse y ya están entrevistando a Lucho, el de mantenimiento.

—¿Está involucrado?

—Sí. Lo está contando todo. A pesar de lo que pueda alegar, ha participado en la desaparición de esos cuerpos. Necesitará un buen abogado. No hemos dado con Camilo, es probable que ya no esté en España. Te dejo con tus hijos. Lamento mucho...

—Ya hablaremos. Este no es el mejor momento para hacerlo —dice Andrés secamente.

CAPÍTULO 19

Charo está sentada en la sala de interrogatorios, inmutable, las manos sobre la mesa; a pesar de las esposas, las mueve y contempla con placidez su manicura. Ante el ruido que produce la puerta al abrirse, ella gira la cabeza sacudiendo su cabello para despejarse la cara. Miguel, Alejandra y el jefe de investigaciones de la Guardia Civil, teniente Francisco Rodríguez, entran a la sala. Ella sonrío y abre las manos con las palmas hacia arriba invitándolos a sentarse frente a ella. Rodríguez percibe el gesto como una provocación, pero la ignora.

—Todos ustedes se van a cagar cuando sus jefes los llamen para que me suelten y me tengan que pedir perdón —dice Charo—. Ya los veré rogándome... Sois unos pobres asalariados, tú —dirigiéndose a Alejandra— tienes la misma cara de mileurista de Edurne. Sois todas iguales, se les nota en lo barato que visten.

Miguel rodea la mesa y se detiene a un paso de la detenida.

—Esto es serio, señora, nadie vendrá a salvarla, mejor dicho, nadie podrá salvarla. Los equipos que están en la residencia no paran de sacar cadáveres, y ruegue a Dios que Edurne salga bien de esta, que si no...

—Déjalo, Miguel, Jorge te está haciendo señas desde el ventanal —le indica el teniente—. Yo me quedo aquí con Alejandra.

* * *

—¿Qué pasa Jorge?

—Ha terminado la cirugía de César, el pronóstico es malo. Se salvará, pero no volverá a caminar. Necesitará otras cirugías para estabilizar la columna, pero no va a recuperar la movilidad.

—De Edurne, ¿sabes algo nuevo?

—Despertó de la cirugía, logró hablar con Andrés un momento. Está muy ansiosa y adolorida. Han preferido sedarla un poco más para que descanse. Pude pasar a verla. Tiene la cara tan hinchada que está irreconocible. Ese cabrón se ensañó con ella —le explica Jorge.

—Que haya hablado me tranquiliza mucho. Todo lo demás se arregla con tiempo y descanso. Me tenía muy preocupado que quedara con secuelas, me refiero a jodida de la cabeza, bueno, tú me entiendes —dice Miguel.

—Por otro lado, Andoni sigue en la residencia con el resto del equipo.

En el piso de la vieja han encontrado cajas y cajas con pertenencias de los abuelos. Va a ser un trabajo titánico clasificarlas. Es como cuando vemos en la televisión a esa gente que guarda todo, así sea basura; eso tiene un nombre... Diógenes, si no me equivoco. La vieja debe estar cagada...

—Para nada. Está disfrutando del momento y confiada en que sus contactos van a salvarla. Esto va a sacar mierda de muchos lados. Hay que blindar el operativo —dice Miguel, consciente de que este tinglado debe haber tenido padrinos dentro de la administración del Estado.

* * *

Mientras tanto, Alejandra y el teniente Rodríguez se han quedado con la detenida esperando a que lleguen su abogado y las autoridades judiciales. Constantemente revisan sus móviles para chequear la información sobre lo que está ocurriendo en la residencia. Inesperadamente, Charo comienza a hablar, altiva, en tono de perdonavidas...

—Tanto escándalo por un puñado de viejos... ¿Qué tan grave es que en vez de enterrarlos en el cementerio los haya enterrado en una capilla... cerca de Dios? Yo misma he pedido que me entierren allí.

El comentario obtiene respuesta por parte de Alejandra:

—Querrá que la entierren cuando se muera, no cuando le hayan quitado el dinero y ya no sirva para nada. Bueno, eso supongo...

—¡Yo no he matado a nadie! Los que están allí enterrados se murieron de podridos, de estar hechos mierda, de que les tocaba por viejos. Vamos, cariño —dirigiéndose a Alejandra—, no creas que eres mejor que yo... Tú en mi puesto hubieras hecho lo mismo. Tanto drama y golpes de pecho por viejos que a nadie le importaba. Los rescatamos de los hospitales, ¿entiendes? Sin mi ayuda hubieran acabado abandonados en la calle. Nadie los quiere recibir, los hospitales los rechazan, saben que lo que hacen es ocupar una de sus costosas camas.

Sus familias están "ocupadas", lloran como Magdalena bajo la cruz cuando los llevan a vivir a la residencia, pero igual los dejan. —Sonríe elegantemente, y prosigue—. Luego los visita toda la familia el primer fin de semana, van y se sacan fotografías con el querido abuelo para que los amigos no piensen que lo que en verdad han hecho es quitárselo de encima. Después del primer mes comienzan las excusas, si no es antes. "Que tengo a los críos enfermos en casa, el trabajo no me da tiempo ni para vivir, tengo un resfriado tan fuerte que prefiero no ir antes que contagiar al pobre abuelo". Mentiras,

mentiras, mentiras, puras y miserables mentiras. Anda a verlos en los bares, tomándose su cañita, en sus casas durmiendo siestas... Qué cojones me van a decir a mí.

A nadie le gusta limpiarles la mierda, esa es la verdad. Una vez que los viejos empiezan a usar pañales, hasta allí llegó la familia. Es que ponen hedionda toda la casa. Cuando caen en cama, se les acaba la vida; nadie en la familia quiere estar pendiente de cambiarlos de posición cada media hora, comienzan a salirles las escaras, ¿sabes que huelen a mierda? Te lo digo yo, una escara infectada, eso es estar podrido en vida. ¿La solución? A tomar por culo, de cabeza a la residencia.

»Entonces llegan con su despojo de ser humano a nuestras puertas y cuando les dices que le vas a cobrar cuatro pelas por hacer todo lo que no les da la puta gana de hacer a ellos, dan voces que se escuchan en el cielo. ¿Cómo pretenden que tengan techo, comida, enfermeras, médicos, psicólogos, que jueguen bingo, cartas, que les hagas fiestas, por cuatro pelas? Lo que les duele no es el abuelo, les duele el bolsillo.

Envalentonada tras interpretar la cara de Alejandra como si fuera admiración y entendimiento, prosigue:

—Ustedes me hacen ver a mí como un demonio. ¿Y ellos? Los que los traen y después nunca más se acuerdan, ¿esos son los buenos? Entonces, de verdad te digo que estáis todos jodidos de la cabeza. Que les den a todos en la madre... Venir a decir que la mala soy yo. ¡Qué cojones! La gente se muere cuando se olvidan de ellas. Todos los que están allí enterrados no tenían ni un maldito perro que les ladrase. Nadie los lloró, nadie los ha echado de menos. Yo al menos bajo a rezar por ellos. ¿No te jode? Vienen ustedes aquí como si yo fuera una mierda. Las gracias deberían darme... Hace más de veinte años que enterramos al primero y hasta ahora a nadie lo había reclamado. Estáis haciendo un escándalo de algo que a nadie le interesa.

El teniente se acerca a Alejandra y le susurra al oído:

—Lo peor de todo es que si sigue hablando voy a terminar dándole la razón. Como sociedad la estamos cagando, aunque no queramos darnos cuenta.

—Visto así —dice Alejandra levantando el tono de voz, como para que Charo la escuche—, suena a una gran obra de caridad, pero ahí están las pruebas de que se quedaba con las propiedades de estos "olvidados" y seguía cobrando sus pensiones hasta cinco años después de muertos...

—Ya salió la pija estudiadita a llevarme la contraria —salta Charo—. Te apuesto lo que quieras a que si te pregunto cada cuánto visitas a tus

abuelos, te harás la ofendida. Mírame bien a los ojos y dime si de verdad estás dispuesta a encargarte de los tuyos cuando lleguen a viejos. No debes tener ni pareja; hoy los jóvenes sois tan egoístas que solo pensáis en vosotros, en llenaros de títulos y carreras. Todos sois unos egoístas de mierda.

Sus palabras golpean a Alejandra. Su abuelo, muy probablemente, estará en la lista de cuerpos, una vez identificados, pero no va a permitir que su historia personal entorpezca el curso de la investigación, por lo que traga en grueso. El teniente advierte la turbación de Alejandra y le sugiere: «Mejor salgamos de la sala y esperemos en la puerta».

* * *

—Mí teniente, necesito hablar con usted unos minutos —se presenta Miguel, llevando la mano a su sien.

—Dime, Miguel.

—Me acaba de informar uno de mis agentes que han localizado al encargado de mantenimiento de la residencia. El hombre está colaborando, ha empezado a cantar solito. Ha dicho que lleva más de veinticinco años trabajando allí y que era el encargado de abrir las tumbas y luego tapiarlas. Dentro de todo lo decadente del asunto, este hombre ha tenido un rasgo de humanidad y le ha comentado al agente que, en cada fosa, mientras el cemento aún estaba fresco, con la punta de un clavo escribía el nombre de cada muerto y la fecha de su entierro, una especie de lapida interna. Eso nos va a permitir la identificación de los restos con mucha más rapidez de lo esperado.

—Joder, al fin alguien con algo de decencia en ese antro. Comunícate inmediatamente con el equipo que está en la capilla.

—Ya lo he hecho.

* * *

Eduarne ha pasado la noche estable. Le han disminuido la sedación y por momentos logra mantenerse despierta. Su rostro es la evidencia irrefutable de la brutalidad del ataque. Se muestra ansiosa y rompe en llanto con facilidad. Los médicos han permitido que Andrés permanezca por periodos más largos a su lado. También han autorizado a los hijos por solicitud directa del inspector Miguel.

Distinta ha sido la evolución de César; durante la noche ha presentado una hemorragia y han tenido que volver intervenirlo. Se encuentra intubado y

bajo sedación profunda.

—Quiero entrar a verla otra vez—pide la hija de Edurne

—Déjame hablar con las enfermeras y vemos si es buen momento, recuerda que las mañanas son muy ajetreadas en la UCI... Venga, nos hacen señas de que pasemos. Nada de ponerse a llorar, que los vea tranquilos.

—Hola, mami.

Edurne reacciona a la voz abriendo sus ojos hasta donde le permite la hinchazón.

—Aquí estoy —contesta—. Acércate para no hablar fuerte, me duele el pecho cuando levanto la voz.

—¿Cómo te sientes? —le dice mientras le acaricia la frente suavemente.

—Como los de las peleas de la UFC cuando un luchador se cae al piso y el otro se le monta encima a darle de a puñetazos.

—A ti te ganó la pelea el boxeador brasileño que se mueve como una araña —dice su hijo y todos ríen.

—No me puedo reír, me duele más. Quiero ver a tu papá. ¿Dónde está?

—Aquí estoy —dice Andrés mientras se coloca frente a ella y sus hijos dan un paso atrás.

—Perdón...

—Tonta, no hay nada que perdonar. Sal de aquí para que dejemos todo esto atrás.

—¿Los han agarrado a todos?

—Sí, a todos.

—Me iban a matar —dice y rompe a llorar—. No puedo respirar, Andrés, no puedo respirar... La jefa le dijo que me matara... Me pisaba la cara... —dice Edurne entre gorgojeos y bocanadas de aire—. Me pisaba... Yo me tapaba la cara...—Andrés saca a los chicos de la unidad, las enfermeras y médicos corren a atenderla. Vuelven a sedarla. Andrés espera a que se calme y sale de la unidad para atender a sus hijos

—Está oxigenando bien, fue un ataque de pánico. No tiene nada que ver con su tórax. Habrá que tener paciencia. Está en un estado postraumático. Tenemos que dejarla descansar, su cuerpo está evolucionando bien. Necesita calma y nosotros se la daremos. Esperemos a pasar la noche.

* * *

Dos días después de las detenciones.

Miguel y Andoni llegan a la residencia. Hay mucha gente trabajando por todos los rincones. Deciden comenzar la ronda de inspección desde arriba, por el piso de la jefa. En el centro del salón principal hay decenas de cajas precintadas y organizadas en cinco grupos. Sobre la mesa se encuentran las flores de plástico en bolsas de evidencias. En el armario del cuarto principal han encontrado ropa de hombre y frascos de colonia masculina.

—Quiero hablar con Víctor —indica Miguel a uno de los agentes que se encuentra recolectando pruebas.

—Aquí estoy, jefe, dígame para qué soy bueno.

—Actualízame. ¿Cómo vamos?

—¿Ve estos grupos de cajas? El primero, segundo y tercero son pertenencias de otras personas, muy probablemente de las que están enterradas en la capilla. Cosas absurdas: zapatos, sombreros, gafas, cinturones... A menos que la jefa, además de mala, sea fetichista o los guarde como trofeos, no sé qué otra utilidad podrían tener.

—Ya me espero cualquier cosa de esa mujer...

—Yo también... Esas cajas que están en el cuarto grupo son documentos; allí hay de todo. Un banquete para los de legales: registros de propiedad, hipotecas, empeños, cualquier documento que puedas imaginar. Los he mirado a vuelo de pájaro y solo las primeras carpetas encontré tres correspondencias con los nombres de la lista de desaparecidos.

—Esas pruebas valen oro, custódialas con tu vida.

—Que no le quepa duda. El quinto grupo es el más conmovedor: letras y compromisos de pagos de la mayoría de sus empleados. Supongo que con eso los chantajearía. La mayoría le debe dinero, montos que van desde quinientos hasta tres mil euros, mucho dinero considerando que los sueldos que les paga están por debajo del mínimo.

—A esta mujer le va a caer el diluvio universal...

—Ya lo creo, jefe. Ahora, sígame a la habitación. ¿Siente el olor? Es perfume de hombre, toda la ropa de la cama está impregnada, como si la hubiesen rociado con esa colonia. En su armario encontramos varios frascos, y hay más guardados en su despensa. Ayer estuvo aquí Jorge y él dice que ese es el olor del Chiclán, que lo recuerda de cuando lo trasladaron detenido en la patrulla. Dijo que tuvieron que dejar las ventanillas abiertas para que se ventilara durante varias horas después de bajarlo. No sé ni qué debo pensar... Aquí ser lógico no parece ayudar mucho.

»Un último detalle: cartas de amor del médico para la jefa, de hace

más de treinta años. ¿Qué tal? Si tenemos todo esto aquí arriba, me puedo imaginar el trabajo allá abajo.

—Sigo la ronda, a ver qué han encontrado en la oficina de César — indica Miguel—. Tú sigue aquí, Víctor. Buen trabajo. Mantenme informado. Vamos, Andoni.

* * *

—¿Quién está a cargo? —pregunta Miguel

—Aquí tenemos a Néstor, nos está esperando.

—Buenos días. ¿Qué tenemos aquí?

—Buenos días, inspector. Hola, Andoni. No mucho. Lo más llamativo es el cambio constante de proveedores, lo que hace pensar que no eran muy cumplidores con los pagos o que el director abría y cerraba negociaciones constantemente buscando comisiones a cambio de firmar los contratos. Un vulgar tramposo.

—Vamos a la zona caliente. Bajemos —dice Miguel.

La capilla luce muy diferente a como la dejaron el día de ayer. Han quitado todas las bancas, figuras religiosas, incluso han desmontado el altar. Todo ha sido envuelto en plástico, etiquetado y trasladado al salón de fisioterapia.

El piso de la capilla semeja una excavación arqueológica: marcas por todo el suelo, bandejas de acero con restos humanos, fragmentos de huesos que han encontrado en las tumbas del lado izquierdo, que según las fechas grabadas en el cemento corresponden a los primeros entierros. Del lado derecho de la capilla, las fosas son más recientes. Los cadáveres están en mejor estado. La furgoneta de la morgue ha realizado el traslado de seis cuerpos completos. Es una escena escalofriante.

* * *

Dos semanas después, en la residencia hay cierta calma. La dueña permanece detenida, el juez dictaminó que hay riesgo de destrucción de evidencias, así que ha denegado la libertad bajo de fianza. Sus abogados trabajan en apelar la decisión. La investigación y la prensa han volcado la mirada hacia la administración de la comunidad autónoma.

Miguel, Alejandra, Andoni y Jorge han ido juntos a visitar a Edurne al hospital. Está acompañada por Andrés y sus dos hijos. El primero en asomarse

después de tocar la puerta es Miguel.

—¿Podemos pasar?

—Claro, hombre, adelante.

—Vengo acompañado de Andoni...

—Pasen, adelante —indica Andrés al ver que vienen los cuatro. Se saludan con afecto, en especial a Andoni, a quien le brinda un abrazo—. Aquí la tienen un poco fea, pero hablando hasta por los codos, así que vamos bien —dice Andrés mientras ríe—. Estos son mis hijos.

—Teníamos miedo de venir por ti, no por ella, macho —dice Jorge al tiempo que le da un buen apretón de manos.

Es la primera vez que Andoni se encuentra con Edurne después de salvarle la vida.

—Lourdes ha estado aquí varias veces y no deja de insultarte: "Ese hijo de puta no tenía nada y nosotros cuidándolo"—dice Edurne riéndose mientras se sujeta las costillas para evitar que le duela—. Ahora, en serio. Ella me ha contado hasta el último detalle de lo que hiciste, así que te debo una grande —dice Edurne visiblemente emocionada.

—Con tal de que tú no cuentes cómo me veo peleando desnudo y sentado en el váter, estaremos a mano.

—En serio que me lo creí. Imitas perfecto a una persona que ha tenido un ictus. ¡Hasta la afasia! Hablabas con la misma dificultad que lo hacen los pacientes. ¡Qué cabrón! ¿Dónde aprendiste?

—Mi padre tuvo un ictus y yo lo imitaba para que se cabrease conmigo y se esforzara en recuperarse. Psicología barata.

—Pues, yo me la comí con patatas, como dice Jorge.

—Mañana le dan el alta —anuncia Andrés—, así que nos iremos a casa dos días y luego de vacaciones con los chicos, un mes a un pueblito a descansar.

—¿Y el perro? —pregunta Alejandra.

—Viene con nosotros, antes que al perro, la dejamos a ella —dice el hijo de Edurne señalando a su mamá.

—Esperamos no saber de ustedes en todo ese tiempo —concluye Andrés.

* * *

Hoy salen de viaje a un pueblecito a tres horas de la ciudad. Los chicos están acomodando las maletas en el portaequipaje del coche.

Hipócrates ya está echado en su cama, en la parte de atrás de la furgoneta.
Andrés sube a buscar a Edurne.

—Nos vamos. ¿Dónde estás?

—Aquí en la habitación, buscando mis gafas de sol. Mira lo que tengo aquí —dice Edurne mientras le muestra un fajo de billetes.

—¿Y ese dinero?

—Mío. Un pago que me hizo la “innombrable”.

—¿De qué?

—Prometimos que a partir de hoy no hablaríamos de nada relacionado con ella o con la residencia.

—O sea que tampoco me vas a decir qué vas a hacer con el dinero. Bien, es justo. Yo tampoco he dicho nada de *cierta* hemorragia de *cierto* paciente en la UVI, que ya puede perder cualquier esperanza de volver a caminar.

—Lo voy a usar para publicar el libro que escribiré, cuando decida contar esta historia...

FIN